

Rosario M. Martínez

Un plan absurdo



"A cada instante se pone
a cero el contador
y el ser humano tiene un
don maravilloso: la oportunidad
de empezar, e intentarlo de nuevo".

Arturo Pérez Reverte.

Título: *Un plan absurdo*
Autor: Rosario M. Martínez
Instagram: @rosariom_escritora
Registrado en Safe Creative.
Todos los derechos reservados.
ISBN: 9798871435861

Capítulo 1

No puede ser verdad

Regina

Cerré la floristería y caminé deprisa hasta el bar donde, un viernes más, había quedado con Lenna e Íñigo. Para no variar, iba tarde, y es que no sé por qué motivo la afluencia de clientes siempre era mayor cuando se acercaba la hora del cierre.

—Hola, chicos. Disculpad el retraso. —Les dije cuando llegué a la mesa donde ya estaban sentados y ojeaban la carta como si fuera la primera vez que la tenían entre sus manos.

—No te preocupes, en esta ocasión apenas han sido —Íñigo miró su reloj de pulsera— veinte minutos... —Ironizó entre risas.

Rodé los ojos y le asesté un manotazo en el hombro con el que no conseguí moverlo ni un solo milímetro. A continuación, les di un par de besos a cada uno antes de ocupar una de las dos sillas que quedaban libres.

—¿Qué tal os ha ido la semana? —me interesé, dejando el bolso sobre mis piernas como si dentro, en lugar de llevar un paquete de pañuelitos desechables y un bolígrafo con el logotipo de la floristería, llevara dos lingotes de oro de dos kilos cada uno.

—Yo estoy agotada... —indicó Lenna con voz cansada—. Echo de menos dormir bocabajo...

—Pronto terminará esta etapa. —Le dije con una sonrisa llevando una de mis manos a su vientre abultado de treinta y cinco semanas que aquel día se movía más que de costumbre.

—Pues no sé cómo tomármelo, Gina... —suspiró e hizo una mueca que me hizo gracia—. ¿Piensas que el siguiente nivel es mejor, más sencillo? Cuando la niña nazca, no creo que consiga dormir mucho más; podría decirse que la frase que más me han repetido últimamente a sido: «Aprovecha para dormir ahora porque, cuando des a luz, no vas a pegar ojo» —lloriqueó—. La crueldad de las personas no tiene límites, amiga.

—Ni que lo digas... —dramaticé siguiéndole el rollo y conteniéndome las ganas de estallar en una carcajada a la que estaba segura de que se sumaría.

—Dejad de dar por hecho las cosas. ¿No os habéis parado a pensar que cabe la posibilidad de que sea tan buena como su padre? —soltó Íñigo levantando la barbilla con orgullo—. Yo siempre fui un dormilón.

—Y lo sigues siendo, cariño. Y lo sigues siendo... —Le dijo con retintín acariciándole el antebrazo con un poco de pelusilla—. Puede caerle una bomba al lado, que ni se inmuta —Me explicó poniendo los ojos en blanco, y reí. Íñigo, sin embargo, no le vio el chiste por ningún lado.

Hacían una pareja ideal. Se compenetraban tan bien, y eran tan perfectos y guapísimos, que parecían haber salido de un anuncio de perfumes de esos donde la ropa interior blanca luce impoluta de principio a fin; indiferentemente si tienen que revolcarse por la cubierta de un barco, por las dunas de un desierto o por la orilla de una playa donde imagino a la gente haciendo fila fuera de plano para colocar la sombrilla justo cuando el set de grabación se recoja.

Lenna era mi amiga de toda la vida. No recordaba el momento exacto donde la conocí porque no tenía guardado ni un solo recuerdo de mi niñez donde ella no estuviera presente. Aquella chica rubia de mirada azul que conservaba la misma cara angelical de cuando niña, era como una hermana para mí; la que sustituía a esa otra que durante años pedí hasta la saciedad a mis padres —en vano—. A Íñigo, su «marido sin firma de por medio» como refería en ocasiones, lo conocí cuando, a la vuelta de su viaje de fin de carrera, trajo consigo un centenar de fotografías del muchacho en cuestión guardadas en la galería de su móvil. Perdí la cuenta de las veces que me las mostró; le brillaban tanto los ojos que supe de inmediato que se había enamorado hasta el tuétano. Aquellas instantáneas fueron lo único que se trajo de vuelta a Alemania porque el corazón se lo dejó a él con la esperanza de recuperarlo algún día junto con la promesa de volver a verse más pronto que tarde en el aire, ese que, desde que sus caminos se bifurcaron en aquel aeropuerto, pareció tornarse más denso; irrespirable para ambos.

Por suerte no tuvieron que esperar mucho. El granadino se quedó tan prendado de mi amiga que no dudó en mudarse a Wurzburg un par de semanas después. Le importó bien poquito todo lo que pudiera estar dejando en España por llevar a cabo aquella loca aventura en la que los dos se zambulleron de la mano sin pensar en nada que no fuera en ellos mismos. ¡Menudos valientes del amor estaban hechos!

Llevaban viviendo juntos casi cuatro años, y aunque Lenna siempre fue risueña, desde que Íñigo apareció en su vida parecía llevar anclada la sonrisa en la cara. Eran felices. Muy felices. Como me temía que nunca lo sería yo...

—¿Y el casting del martes cómo te fue? —le pregunté a este cuando pidió una primera ronda de cervezas sin alcohol por eso de empatizar con su chica.

—Otro «no eres el perfil que estamos buscando» para la saca. —dijo, asumiéndolo con resignación—; ya he perdido la cuenta de cuántos he escuchado...

—Vaya... lo siento. —Le froté el brazo y mostró una pequeña sonrisa.

—Lo seguiré intentando, Regina.

—Eso es. ¡Aquí no tira la toalla nadie! —insté dando una palmada en el aire.

—Si no lo digo, reviento: ¡No entiendo en qué narices están pensando esos idiotas cuando te rechazan! —intervino su chica negando con la cabeza en tanto soltaba algún que otro resoplido indignada—. Con tu don para la interpretación, y esta cara que parece estar esculpida por los mismísimos dioses, podrías llevar a cabo cualquier papel... ¡El que sea! —lo piropeó con total sinceridad. Poniéndole ojitos a la vez que le apretaba los mofletes transformándolo en

pececillo y haciéndonos reír.

A mi amiga no le faltaba razón. Íñigo tenía unos ojos castaños enormes con unas pestañas de esas que todas las mujeres del mundo queríamos tener: kilométricas y espesas. Su media melena oscura y ondulada la solía llevar agarrada en un moñete aunque, cuando se la soltaba, se convertía en el mismísimo Sandokán. Lucía una barba espesa cuidada al milímetro que, al igual que la melena, le quedaba genial. Rondaba el metro noventa y tenía un buen porte así que yo tampoco entendía cómo aquel actor iba dando tumbos de casting en casting desde que grabó aquel último anuncio de espárragos.

—Cuando estudié interpretación sabía dónde me estaba metiendo —admitió llevándose la jarra a la boca—: este mundillo es bastante complicado. Me da que los actores somos masoquistas por naturaleza. —Se encogió de hombros y bebió.

—Estoy segura de que pronto te veremos interpretando tu mejor papel. —Aseveré.

—Que el universo te escuche, Regina. —Dijo, alzando su jarra e invitándonos a brindar.

—Bueno, amiga, ¿y tú qué tal? —me preguntó Lenna cuando tragó el buche de cerveza.

—Pues lo de siempre: de la floristería a casa y viceversa...

Mi vida era tan sumamente plana que ir a hacer la compra podía considerarlo el momento más emocionante de la semana —sin contar obviamente aquel ratito a tres que cada viernes compartía con Lenna y su amado—. No recordaba la última vez que había hecho una verdadera locura. Bueno, puede que sí que la recordara pero prefería dejarla en ese cajón de mi cerebro donde no solía asomarme.

—Mi abuela octogenaria tiene más vida social que tú —apuntó Íñigo y, aunque le dediqué una mirada de esas que atraviesan, no podía rebatírsele—. Ahora se ha apuntado a Yoga...

—¿En serio? —preguntó Lenna que, por lo visto, desconocía dicho dato.

—Va con Amalia, su vecina; ambas de la misma quinta.

—¿Yoga?, ¿a los ochenta? —pregunté estupefacta—. Me temo que yo, con esa edad, estaré desparramada en un sillón orejero tomando vino frente la chimenea. Rodeada de gatos y flores. —Expuse.

Mi amiga puso los ojos en blanco y negó con la cabeza.

—¿Chimenea?, ¿en tu piso? —se burló.

—Quien dice chimenea dice radiador, tiquismiquis...

—Oh, sí... ¡lo mismito es una cosa que otra! ¡Pues anda que no cambia nada la escena, chica! —vaciló—. ¿Qué hacemos con ella, *puchu*? —se dirigió a su chico con ese apelativo cariñoso con el que solía llamarlo.

—Quererla tal y cómo es —claudicó con sorna—. Aunque ya sepa comer sola, no la vamos a abandonar a estas alturas...

—*Ni li vimis i ivindinir i istis iltiris...* —le remedé haciendo que estallaran en una carcajada—. ¡Callaos ya, petardos!

Estuvimos charlando de infinidad de temas como cada vez que nos juntábamos, tomamos varias cervezas más y compartimos un plato de bolas de carne y almendras antes de que tocara despedimos hasta el próximo viernes. Lo que entonces no sabíamos era que, horas más tarde, tendríamos que reunirnos en «el gabinete de crisis» de manera urgente.

Llegué al bloque de pisos donde vivía y abrí el buzón. Cogí en un puñado todo lo que había en su interior y subí los dos tramos de escaleras que me llevaban a mi casa.

Cuando entré, me deshice del bolso y las zapatillas *Converse*, y me recogí mi generosa melena negra en un moño desaliñado. Después, caminé descalza hasta la cocina. Metí en el

microondas los canelones que cociné el día anterior y, mientras estos se calentaban, revisé el correo. Como sospeché, la mayoría eran *flyers* publicitarios pero, entre estos, un sobre rojo captó mi atención. Para mi sorpresa no venía escrito el nombre del remitente así que con la curiosidad saliéndome por las orejas, cogí un cuchillo y lo abrí con cuidado.

Lo leí por encima antes de profundizar en aquel texto escrito a mano cuya letra no reconocí:

Querida Regina:

Me complace invitarte al setenta y cinco cumpleaños de mi padre. Gerard Meyer guarda un recuerdo precioso de aquella etapa que compartisteis juntos así que sería un honor para mí y mis hermanos que volváis a coincidir, en esta ocasión, en un día tan especial e importante para él y nuestra familia.

Sin más dilación me despido, no sin antes mencionarte que en una tarjeta adjunta encontrarás la fecha y la dirección del evento sorpresa, así como mi número de teléfono por si tuvieras cualquier duda.

Un abrazo, Mark Meyer.

Tuve que leerla tres veces y pellizcarme cinco. No podía ser verdad...

El cuerpo empezó a temblarme como llevaba años que no lo hacía. Estaba tan perdida en aquellas letras que ni tan siquiera escuché el pitido que el microondas emitía cuando terminaba su función.

Con las manos como dos gelatinas, saqué el móvil del bolsillo trasero de mi pantalón vaquero, y marqué el número de Lenna. El corazón me iba a mil por hora. Era tal la velocidad que llevaba que juro que tenía miedo a abrir la boca y que este callera sobre la encimera y echara a correr hasta caer por la ventana.

—Dime, Gina. —Dijo al descolgar.

—Lenna... —a duras penas conseguí pronunciar su nombre.

—Dime —repitió—, ¿qué te pasa? —preguntó con evidente preocupación.

—Ha vuelto. —Titubeé.

—¿Quién?

—...

—Gina, ¿estás ahí? Por favor, habla. ¿Quién ha vuelto? —insistió desesperada.

—Él...

—¿Quién es «él»? ¡Joder, me estás asustando!
—Derek. Derek Müller.

Capítulo 2

¿Un plan genial?

Regina

Llevaba un par de minutos sin apartar la mirada de la carta que le cedí mientras Íñigo la observaba con el ceño hundido preguntándose qué sería eso tan importante que su chica leía y que lo había obligado a interrumpir su siesta para venir a mi piso.

—Di algo, Lenna —le imploré, moviendo la mano entre la hoja y sus ojos para terminar con esa conexión que la abstraigo de mi salón.

—A ver... puede que él no asista. —Resolvió dubitativa.

—¿Cómo no va a ir? ¡Gerard es una persona importantísima en la vida de Derek! —exclamé.

Me froté la frente y me moví nerviosa en el sofá. Si el corazón me latía desbocado con solo imaginar que pudiera volver a verlo, ¿qué no sentiría al tenerlo frente a frente? Moví la cabeza para desechar la idea. Eso no iba a pasar.

—Ya sé que Gerard y el padre de Derek eran como hermanos y que los hijos de este último lo adoran, pero cabe la posibilidad de que por motivos de trabajo no pueda estar presente —dijo Lenna, dejando la carta sobre la mesa—. La última noticia que tuviste de él fue que trabajaba como vigilante de seguridad en el aeropuerto, ¿no? —asentí—; ahí los turnos son muy jodidos.

Sí, podía ser, pero conocía lo suficiente a Derek como para saber que era capaz de mover cielo y tierra por los suyos, por esos a los que quería a pesar de esa coraza de tipo duro e imperturbable que lucía y de la que parecía negarse a deshacerse aunque pudiera acarrearle más de un desencuentro con esos mismos a los que amaba. Aunque terminara alejándolos.

—Podría cambiarle el turno a cualquier compañero. Solo me ha dejado una opción —lamenté—: quedarme en casa.

—No puedes estar diciéndolo en serio...

—¿Es que acaso puedo hacer otra cosa, Lenna?

—Gerard no tiene la culpa de que Derek y tú...

—No lo digas. —Le pedí, interrumpiéndola, alargando el brazo en su dirección con la palma abierta.

Bajo la atenta mirada de mis amigos, me puse de pie y recogí las tazas ya vacías y la bandeja de galletas que saqué para acompañar, y caminé hasta la cocina con la mente puesta en un pasado que, en muchos momentos, deseé tener la capacidad de hacerlo desaparecer con solo un chasquido de dedos.

Lenna tenía razón: Gerard no merecía mi ausencia en un día tan especial para él, pero era consciente de que reencontrarme con Derek iba a resultarme difícil. Muy difícil.

—Tienes que dejarlo atrás. Pasar página de una vez por todas. —Intervino Lenna, sorprendiéndome por la espalda y sobresaltándome.

—¡Joder! Carraspea, silva, o tírate un puto pedo ¡pero haz algún ruidito antes de asaltarme por sorpresa! ¡Me vas a matar de un infarto! —dramaticé llevándome la mano al

pecho.

Rodó los ojos, e ignorando que tuviera un pie en el otro barrio por culpa de su manía a no hacer ruido, se acodó en la encimera mientras yo me disponía a fregar las tres tazas y lo que ensucié durante la comida.

—¿Qué quieres? —le pregunté tras algunos segundos en silencio donde no retiró sus ojos de mí.

—Que le echas coraje a las cosas.

—¿Coraje? —enarqué las cejas—. No sé de qué me hablas. —Mentí, encogiéndome de hombros y sin parar de mover en círculos el estropajo por el plato.

—Gina, no puedes vivir toda la eternidad esquivando a una persona.

—Sí que puedo. Mírame, ya llevo haciéndolo cinco años. —Solté orgullosa.

Negó con la cabeza y se irguió. Apoyó la parte baja de la espalda en la encimera y colocó sus manos sobre su vientre abultado, acariciándolo con delicadeza.

—Si no vas, te arrepentirás toda la vida. —Aseguré.

Cerré el grifo, me sequé las manos en el trapo de cocina que colgaba de la puerta del horno, y adopté su misma postura. Lenna me conocía bien, como también conocía el cariño y aprecio que le profesaba a aquel hombre.

Cuando entré a trabajar en el *Müller&Beltrán*, un hotelito pintoresco situado en la plaza principal de la preciosa ciudad vecina de Rothenburg ob der Tauber, Gerard Meyer ocupaba el puesto de gerente. A priori, su semblante serio me retrajo, pero en cuanto entablamos la primera conversación, esa en la que me explicó mis funciones como recepcionista, aquella impresión desapareció. Descubrí una persona increíble detrás de aquel cuerpo voluminoso, aquellas cejas espesas y ese bigote canoso que ocultaba parcialmente una preciosa sonrisa que no se borraba en ningún momento de su rostro.

Desde el primer día me hizo sentir a gusto. La verdad que ir a trabajar cada mañana se convirtió en un auténtico placer para mí; me sentía como en casa. Pero esa sensación de paz se fue transformando poco a poco a partir de que Derek, el hijo mediano del propietario del hotel, atravesara un buen día la puerta principal para empezar a poner mi mundo del revés.

—Lenna, no puedo pasar tres días en una casa rural cruzándome con Derek por los pasillos y fingir que no siento nada. —Me sinceré a sabiendas de que mi amiga jamás me creyó cuando le insistía hasta la saciedad con que Derek Müller formaba parte de mi pasado—. A los hijos del señor Meyer se les ha ido la pinza... ¿No podían celebrarlo de manera más «normal»? No sé, una barbacoa, un par de cervezas, un trozo de pastel y cada uno a su puñetera casa...

—Sea como fuere, tienes que asistir.

—Lenna...

—¡Ni Lenna, ni leches, Gina! —me interrumpió—. ¿Ya has olvidado quién fue el que te trajo a casa aquella noche donde la nieve lo cubrió todo y tu coche decidió que era un buen día para quedarse parado en mitad de la carretera? ¿Has olvidado quién sacó la cara por ti cuando unos clientes te acusaron de usar la llave de emergencia de su habitación para robarles aquella maldita cadena de oro que terminó apareciendo en el suelo del baño, junto a la bañera? ¿Olvidaste quién te enseñó a desenvolverte detrás de aquel mostrador como si hubieras nacido allí mismo? —tomó aire y lo expulsó de forma controlada. Me agarró la mano y ejerció un poco de presión, bastante inferior a esa otra que sus palabras provocaron en mi pecho y mi garganta—. La Regina que yo conozco no olvidaría jamás todo esto...

—Y no lo he olvidado... —musité.

—Entonces no puedes declinar la invitación por temor a cruzarte con Derek. Si lo pones

todo en una balanza, estoy segura de que se inclinaría hacia Gerard. Hacia ese cariño y agradecimiento que le tienes a pesar de los cinco años que pasaron.

Tragué saliva y decidí soltar lo que de verdad me daba miedo:

—¿Y si aparece con una chica y la presenta ante todos como su novia? ¿Y si tengo que verlo besándose y haciéndose arrumacos con ella durante tres putos días? Joder, Lenna, si se me retuercen las tripas con solo imaginarlo...

—Sé que no sería fácil.

—No, no lo es. —Suspiré.

Nos quedamos en silencio. Las dos teníamos la mirada clavada en las manecillas del reloj de la pared de enfrente: yo, pensando en cómo moverme en los distintos escenarios que pudieran plantearse si, al final, decidía ir; también en todo eso que Derek, a pesar del tiempo que llevábamos alejados, aún seguía removiendo en mí. Lenna, en vete a saber qué, pero verla tan callada me hacía pensar un sinnúmero de posibilidades y, a ser sincera, no tenía ni idea de por dónde me podía salir así que, para evitar que volviera a enumerarme otra serie de buenas acciones por parte de Gerard Meyer que me hicieran sentir como la mujer más desagradecida del planeta, me abrí:

—No quiero que descubra que fui incapaz de encontrar a alguien que me besara y acariciara como él. Que aunque lo intenté, nunca, jamás encontré una boca como la suya; ni unas manos que al menos se le asemejaran. —Escupí por primera vez, desgarrándome las entrañas con cada palabra que verbalizaba—. No quiero que sepa que por más que en estos cinco años he intentado convencerme de que forma parte de mi pasado, si cierro los ojos aún huelo su perfume y aún siento las yemas de sus dedos abrasándome la piel...

Mi amiga me miró y, después de unos pocos segundos, soltó:

—Si quieres, Derek no tiene por qué saber todo eso que mencionas. —Se irguió y se acomodó su vestido premamá—. Se me acaba de ocurrir el plan perfecto.

—¿Qué?

Ignorando mi pregunta, salió a toda mecha de la cocina dejándome descolocada para, poco después, aparecer arrastrando a Íñigo.

—¡Listo! —exclamó—. Aquí tienes la solución a tu problemilla. —Y señaló a su chico como si fuera una batidora último modelo y ella una azafata del precio justo.

Tanto Íñigo como yo la miramos sin entender nada así que se vio en la obligación de explicarnos qué diablos se traía entre manos:

—Tú temes que Derek descubra que no has conseguido rehacer tu vida, ¿no?

—Sí.

—Pues te presento a tu novio.

Abrí los ojos tanto o más que Íñigo.

—¿Te está dando un ictus? —le pregunté sin salir de mi asombro.

—¿Me he perdido algo, Lenna? —quiso saber Íñigo que, sin comerlo ni beberlo, acababan de meterlo en un berenjenal a la altura de todo eso que se le ocurría a la futura madre de su hija.

—¿Podéis dejar de mirarme así? Es un plan genial.

—¿Un plan genial? A ti se te ha ido la pinza, tía...

Les di la espalda y empecé a guardar en los muebles las tazas que habían estado escurriéndose junto al fregadero.

—¿Prefieres ir sola? Está bien, adelante. —Se cruzó de brazos con suficiencia.

—¿Alguna de las dos puede explicarme qué está pasando? No entiendo nada...

—Te lo resumo —lo miré—: tu mujer se ha vuelto loca. La niña debe de estar quedándose con sangre de más y a esta pobre no le riega bien el cerebro... Una pena, con lo joven que es... —Rodé los ojos.

Íñigo alzó una ceja y su cara de circunstancias no varió.

—*Puchu*, Regina teme que Derek, otro de los invitados a la fiesta sorpresa del viernes que viene, descubra que no volvió a enamorarse en estos cinco años. Si tú la acompañas y te haces pasar durante esos tres días por su chico, asunto resuelto. Después ella seguirá con su vida y él se lamentará eternamente de haber dejado escapar una mujer como ella; dime que no es un plan genial.

—Bueno, visto así...

—¿Me estás vacilando, Íñigo? —le pregunté, atravesándolo con las pupilas. Otro con falta de riego. Si es que ya lo dice el refrán: «Dos que duermen en el mismo colchón se vuelven de la misma condición».

—No...

La verdad que, por cómo nos miraba, era evidente que el pobre no estaba pillando nada.

—A ver, Íñigo, has dicho que visto así... —repetí sus palabras de manera literal.

—Es que según lo que Lenna comenta, no me parece tan descabellado.

—¿Estás apoyando a «la loca de los súper planes»? —bramé—. Venga, no me jodas; tú siempre has sido la parte cuerda de la relación...

—Gina, mi marido sin firma de por medio es un bombonazo.

—Y no te lo niego. Pero es tú pareja, no la mía; eso se nota. No hay química...

—Él será quien queramos que sea. ¿Hace falta que te recuerde que es actor?

Al oír esa palabra, Íñigo pareció engrandecerse. Juro que vi cómo levantó sutilmente el mentón y sacó pecho.

—Creo que puede funcionar. —Dijo este, visualizando un guion que solo estaba escrito dentro de su cabeza.

—¡Claro que puede funcionar! —Exclamó Lenna.

Me mesé el pelo sin apartar la mirada de mis amigos. A ver, esto entre tú y yo y que no salga de aquí, despertar celos en Derek era algo que me apetecía; darle una buena cucharada de su propia medicina tenía a mi yo interior aplaudiendo y haciendo piruetas. Pero también cabía la posibilidad de que el susodicho ya no recordara ni mi nombre y, una vez allí, tuviera que continuar durante tres días interpretando un papel —con mis nulas artes para ello— junto a mi recién estrenado novio de pega.

—¡Venga, Gina, di algo! —me alentó la artífice.

Moví la cabeza de lado a lado y, tras soltar un suspiro, claudiqué:

—Me lo pensaré. —La verdad que era incapaz de entender cómo podía estar planteándome llevar a cabo semejante locura que era obvio que hacía aguas por todos lados.

¿Podría ser que mi sed de venganza tuviera amordazada a mi sensatez? Yo apostaba por el sí.

—Por ahora me sirve. Estoy segura de que terminarás accediendo. Mi plan es perfecto. —Indicó con una seguridad aplastante.

—Esto... una cosita —levantó Íñigo la mano como si estuviera en mitad de una clase y necesitara despejar una duda—. ¿Podéis pasarme al móvil el guion?, preferiblemente en PDF —mencionó muy serio y profesional. Las dos lo miramos como si acabara de salirle una segunda cabeza y, a continuación, estalló en una carcajada—. Solo bromeaba, chicas.

«Gina, esto no es factible y lo sabes», me dijo apurada la voz de mi conciencia.

Capítulo 3

Matar las mariposas

Regina

«Gina, se te ha ido la olla», me repetía una y otra vez mi voz interior mientras guardaba ropa sin ton ni son dentro de la pequeña maleta que tenía abierta sobre mi cama.

No sé en qué momento me dejé convencer por Lenna. Bueno, venga, seré sincera que no he decidido contarte mi historia para andar con medias verdades. Más bien podría decirse que mis ganas de ver la cara que pondría Derek al verme llegar de la mano de tremendo maromo quedaron por encima de mi madurez emocional; esa que acababa de bajar tantos escalones que olisqueaba el olor nauseabundo de las cloacas.

—¿Cuántas bragas piensas llevarte? —me preguntó mi amiga, devolviéndome a mi habitación—. Son solo tres días... ¿ya lo has olvidado?

Miré la maleta y abrí los ojos de par en par cuando descubrí la torre de bragas que había hecho de manera inconsciente en una de las esquinas de esta.

Con disimulo, agarré un puñado y las llevé de vuelta al cajón de mi mesita de noche. Era más que evidente que mi cabeza estaba muy lejos de aquellas cuatro paredes y es que, desde que le escribí un *WhatsApp* a mi amiga diciéndole que haríamos lo que me propuso, no daba pie con bola.

—A ver, déjame a mí —me apartó y, sin rechistar, ocupé ese lugar en el colchón donde ella había estado sentada; intercambiándonos los papeles—. Gina, deja las preocupaciones a un lado —pareció leerme la mente—. Confía en mí, todo va a salir genial.

—Voy a quedar fatal cuando se descubra toda esta pantomima. Pasaré a convertirme en el hazmerreír del lugar. —Añadí—. Derek tendrá material para estar burlándose de mí durante años...

—Eso no va a pasar. Íñigo se ha tomado tan en serio su papel que me obligó a responder un par de hojas repletas de preguntas sobre ti que ha estado repasando durante toda la semana; sabe hasta el dato más insignificante de tu vida. Creo que conoce más de ti que tú misma.

—Genial... —ironicé—. Igualito que yo que no me sé ni su segundo apellido... —rodé los ojos.

—Sánchez. —Resolvió.

—Algo es algo... —me burlé con tonito—. Ya solo me queda encomendarme a todos los Santos para que esa sea la única pregunta que me hagan sobre “mi novio”... —dibujé las comillas en el aire.

—¡Que dejes de preocuparte, pesada! —resopló, guardando dentro de la maleta otra de las camisetas que escogí para llevarme—. Vais a ser la envidia de todos, ya lo verás.

¿La envidia? Lenna confiaba demasiado en su chico y en mí para llevar a cabo ese plan que, según ella, era ideal. Cabía la posibilidad de que Íñigo consiguiera interpretar el mejor papel de su vida y que defendiera de maravilla ese personaje que se le había sido asignado, pero yo no daba un duro por mí.

Aún no había puesto un pie fuera de mi búnker y ya me temblaban hasta las pestañas. Los nervios instalados en el estómago llevaban incluso días impidiéndome comer con normalidad; estaba siendo más difícil de lo que había imaginado. ¡Pero si se me iba a salir el corazón por la boca y aún no había empezado el espectáculo!

—Se me va a notar, Lenna. Siempre he mentido de puta pena. ¿Te acuerdas cuando le dije a mi madre que el profesor de física había faltado a clase y que por eso regresé una hora antes del instituto? Me caló en cuanto pronuncié la primera palabra...

—Tenías dieciséis años; no compares. Tampoco estabas curtida en eso de hacer pellas...

—¡Que miento fatal! —bramé—. ¡Que me empieza a sudar el bigotillo, se me seca la boca y me tiembla el labio!

Lenna estalló en una carcajada a la que no le vi la gracia.

—¿Te echo también este vestido blanco? —me preguntó, ignorándome por completo.



Aproveché el trayecto en coche para someter a Íñigo a un tercer grado acerca de sus gustos para igualar, aunque solo fuera un poco, la balanza. Necesitaba conocer de él todo cuanto fuera posible porque mi dignidad dependía de ello. Si alguien descubría nuestro farol, no soportaría la vergüenza.

—Pues ya hemos llegado. —Indicó cuando echó el freno de mano en el aparcamiento. Una zona asfaltada rodeada de árboles altos y frondosos.

El corazón me latía desbocado y las manos me temblaban tanto o más que las piernas. Aún estábamos a tiempo de marcharnos. De volver por la misma carretera por la que habíamos venido, meterme en la cama, cubrirme la cabeza con la almohada y desear que se esfumara el fin de semana para regresar a mi preciosa floristería el lunes como si aquello no hubiera pasado.

—Escúchame, Gina —colocó su mano en mi hombro y dirigí la cabeza en su dirección—. No voy a permitir que las cosas se tuerzan, ¿entendido?

—Gracias, Íñigo. —Conseguí exteriorizar aunque con un hilo de voz.

—No tienes que agradecerme nada. Para eso estamos los amigos. Hoy por ti, mañana por mí. —Me pellizcó la barbilla con cariño y paró el motor—. ¿Vamos? —asentí—. ¡Pues que empiece el espectáculo!

Dio una palmada en el aire y abandonó el coche con determinación. Lejos de seguirlo, permanecí un par de minutos más allí dentro, interiorizando el papel que estaba a punto de empezar a interpretar mientras miraba a través de los cristales buscando con desesperación el coche de Derek. A pesar de mi riguroso escrutinio, no lo vi por ningún lado y, de algún modo, eso me hizo respirar un poco aliviada aunque, contradictoriamente, un latigazo de desilusión me sacudió. «No hay quien te entienda, Gina», me dijo mi vocecilla interior y sí, llevaba toda la razón.

Arrastrando nuestras maletas, nos encajamos en el porche. Para mi grata sorpresa, descubrí que el lugar donde se llevaría a cabo la celebración era un hotelito rural y no una cabaña de dimensiones reducidas donde los invitados tendríamos que convivir apilados aquellos tres días como había estado imaginando.

Miré a Íñigo de reojo y afirmé con la cabeza como si con ello le estuviera dando el pistoletazo de salida para empezar con el teatrillo. Estiracé la espalda sacando pecho y le ofrecí mi mano para que me la cogiera; no lo dudó ni un solo segundo.

Atravesamos las puertas que conducían al interior y nos plantamos en mitad de un recibidor que pareció abrazarnos de golpe. El olor a madera mezclado con el de los árboles que rodeaban el edificio también se percibía con intensidad allí dentro.

El hall, al igual que la fachada, estaba revestido con listones oscuros; y el suelo, parcialmente enmoquetado, amortiguaba el crujido que la madera emitía con cada paso.

Apenas pude fijarme en más detalles en aquel primer barrido porque mis ojos empezaron a trabajar por libre buscándolo a él. A ese que una parte de mí se moría por volver a ver mientras la otra quería hacerlo desaparecer del planeta. A Derek.

Unas quince personas hablaban de manera distendida en una sala anexa al hall y que, desde nuestra ubicación, podía controlar quiénes se movían por ella. Algunos de los allí presentes, como nosotros, aún tenían sus equipajes junto a ellos así que respiré aliviada al comprobar que todavía no había dado comienzo la fiesta.

—¿Está entre esos? —me susurró Íñigo cerca del oído, señalándolos con la barbilla.

—No...

—A lo mejor no ha venido. —Dijo, manteniendo el mismo tono susurrante.

Iba a contestarle que cabía esa posibilidad ya que Derek, por su físico, no era de los que pasaban desapercibidos, cuando una voz masculina, dándonos los buenos días, nos sorprendió por la espalda. El corazón me hizo un triple salto mortal dentro del pecho, y por cómo Íñigo me apretó la mano, supe que a él también le pilló fuera de juego aquella irrupción.

Ambos giramos la cabeza en la misma dirección hasta toparnos con el propietario de dicha voz: un tipo alto y corpulento al que de inmediato le saqué el parecido.

—¿Regina Weber? —me preguntó, mirándome directamente a los ojos, mostrando una preciosa curva en los labios que me pareció idéntica a esa que llevaba siempre instalada su padre.

—La misma —le respondí con una sonrisa tan amplia como la suya.

—Yo soy Mark Meyer —me tendió la mano y se la estreché—. Un placer conocerte.

—Lo mismo digo.

—Me alegró mucho que aceptaras la invitación. Mi padre me ha hablado en infinidad de ocasiones de ti. Estoy seguro de que le hará mucha ilusión volver a verte después de tanto tiempo.

—Yo estoy deseándolo. —Aseguré sin mermar la sonrisa. Gerard era un ser excepcional. Una persona de las que se quedan grabadas en el corazón de todo aquel que tiene la dicha de conocerlas.

—¿Y tú eres...? —se dirigió a mi acompañante con las cejas hundidas y una mirada de las que atraviesan cuando, al analizarme de los pies a la cabeza, se percató de que estábamos unidos por las manos. Juro que vi cómo se le torció el gesto.

—Íñigo Suárez. Su chico. —Indicó este sin titubear, ofreciéndole con firmeza la mano que no sostenía la mía.

—Íñigo... —masculló, masticando cada letra y mirándole la mano con desconfianza.

Me extrañó que Mark se pensara durante unos segundos si estrecharle la mano o, por el contrario, dejarlo con el brazo estirado en su dirección y fingir ceguera momentánea. No se me pasó desapercibida la mirada recelosa que este le dedicó antes de que, finalmente, terminara respondiendo de manera educada al gesto de mi falso noviete con un apretón que finalizó con rapidez, como si, de pronto, la mano de Íñigo se hubiera convertido en fuego.

—Te incluiré en la lista de invitados, Íñigo. —Pronunció con seriedad, mirándolo como si con sus pupilas deseara ensartarlo cual pincho moruno. Y fue entonces cuando caí en la cuenta de que no avisé de que iría acompañada y que quizá fuera ese “el problema”.

—Cuando llamé para confirmar, se me olvidó indicar que no vendría sola... —bisbisé sintiéndome culpable.

—No te preocupes, Regina. Todas las habitaciones son muy amplias. —Y sí, esta vez también sonó seco.

Metió una mano en uno de los bolsillos traseros de su pantalón vaquero y sacó un puñado

de llaves. Las miró y después nos cedió un par que venían unidas por una anilla dorada de la que colgaba un pequeño cartelito de madera con el número 12.

—Podéis esperar en el salón —señaló la amplia zona que quedaba al frente, esa donde todos los invitados parecían arremolinarse y, a medida que los minutos pasaban, levantaban más y más el tono de voz para hablar entre ellos—. En breve llegará el cumpleaños.

Le dimos las gracias y, abriéndose paso entre Íñigo y yo, obligándonos a deshacer la lazada de manos que manteníamos desde que llegamos al hotel como quien atraviesa la línea de meta partiendo en dos la cinta que la señala, se marchó para saludar a un chico que acababa de llegar.

—Me da que, por alguna extraña razón, no le has caído muy bien... —Indiqué.

Me miró y sonrió de lado.

—Puede que mi belleza sea la única culpable —bromeó alzando el mentón y haciéndome reír—. ¿Será que hemos despertado celos en el tipo equivocado? —me preguntó frunciendo la frente—. Mira que, de ser así, significaría que lo hemos hecho de puta madre, Gina.

El tema de los supuestos celos lo descarté de inmediato porque no tenía sentido alguno; Mark y yo no nos conocíamos de nada así que su reacción debió de ser por otra cosa que a mí se me escapaba de las manos. Aunque sus formas me descolocaron y pensé en ellas por más tiempo del que quizá merecían, por primera vez me creí capaz de llevar a cabo aquel plan “genial”. Si Mark se había tragado la mentira, el resto también lo haría.

Llevábamos unos quince minutos en el salón cuando se escuchó un siseo de esos que estaban más cercanos a la puerta.

—Ya llega. —Susurró uno de los invitados que estaban más próximos a la entrada con la intención de que dicho mensaje fuera trasladándose de unos a otros hasta llegar a los del fondo. Y así se hizo.

Se instaló de golpe un silencio en la sala que solo fue interrumpido por una tos que se intentó calmar con rapidez con un buche de agua mientras recibía algunas miradas reprobatorias de los que estaban cerca. ¿Pretendían que la pobre chica tosiera para adentro? No sé cómo me contuve las ganas de gritarles la pregunta.

Mark encabezaba la muchedumbre acompañado de un chico y una chica que, por el parecido que compartían, di por hecho que serían sus hermanos. Cada uno sostenía un tubo de esos que lanzan confeti cuando los accionas y se movían nerviosos esperando la aparición estelar de su padre en tanto se recordaban algunas pautas a seguir que solo ellos parecían conocer.

Pocos minutos después, una nube de papelillos de colores envolvió a Gerard. Por su mandíbula descolgada quedó más que evidente que no esperaba semejante sorpresa. Como tampoco supo cómo reaccionar cuando sus tres hijos se abalanzaron sobre él para abrazarlo y los invitados aplaudíamos como si de ello dependiera nuestra propia existencia.

Las miradas de los allí presentes permanecieron fijas en ellos. Todas a excepción de la mía, que se desvió hasta clavarse en la figura masculina que apareció de pronto justo por detrás de los protagonistas como si su cuerpo y mis ojos hubieran pasado a convertirse en un par de imanes cuyos polos opuestos acabaran de encontrarse.

Derek tenía el cuello estirado y miraba a su alrededor con desesperación, como si estuviera buscando a alguien; también portaba esa sonrisa que siempre fue mi perdición. La misma que hizo que mis cimientos amenazaran con desmoronarse para dejarme sepultada bajo los escombros de aquella mentira que tenía que llevar a cabo durante nada más y nada menos que tres eternos días.

Volver a verlo después de tanto tiempo solo me sirvió para darme cuenta de que, en su

día, su fuego arrasó con tanta fuerza mi interior que, a pesar de los años que llevaba trabajando para sofocarlo, y cuando creía que había conseguido apagarlo, solo me bastó tenerlo relativamente cerca para que las ascuas volvieran a reavivarse tirando por tierra mi lucha incansable por extinguirlo.

—Es él, ¿verdad? —me susurró Íñigo cerca del oído. Apenas pude asentir—. Empezaron a brillarte los ojos de forma distinta al verlo.

No fui capaz de decirle nada. Ni una sola palabra. Retiré la mirada de Derek y la llevé a las punteras de mis zapatillas *Converse* blancas. «Gina, mata de una vez por todas esas mariposas que revolotean en tu estómago», me suplicó la voz de mi cabeza. «Ya sé lo que tengo que hacer —le repliqué mentalmente—. ¡No me presiones más! Este fin de semana voy a pisotearlas una por una...», aseguré antes de llevar de nuevo la vista al frente. Antes de que mis ojos volvieran a posarse en él. Antes de que nuestras miradas se encontraran después de cinco años. Antes de que me dedicara una sonrisa con la que supe que acababan de multiplicarse todos esos seres diminutos y alados que alzaban el vuelo en mi estómago cada vez que Derek paseaba, aunque solo fuera de puntillas, por mi cabeza.

—El tipo tiene buen porte... —Indicó Íñigo.

¿Buen porte? Eso se le quedaba bastante cortito. Derek parecía estar cincelado por el mismísimo Miguel Ángel.

Saltaba a la vista que estaba más musculado que la última vez que lo vi. ¿Había estado dedicándose exclusivamente a esculpirse durante los últimos años? Cabía la posibilidad. A fin de cuentas a Derek solo le importaba él...

Le dio un abrazo a Mark y me quedé paralizada cuando lo vi esquivar a toda esa gente que se encontraba entre nosotros. No retiraba sus ojos de mí. Como si me hubiera convertido de pronto en su único objetivo. Ese que estaba dispuesto a alcanzar aunque para ello tuviera que saltar por encima de esos que le dificultaban el poder acercarse a mí.

«Pero ¿qué está haciendo?, ¿pretende hacer como si nada hubiera pasado entre los dos? ¿Y por qué diablos sonrío así? Gina, es una orden: ¡Sal de ahí!».

—Íñigo, dime que no está viniendo, que es fruto de mi imaginación y que aún sigue detrás de Gerard y sus hijos. —Bisbisé.

—No. No estás delirando —lo miré siendo consciente de que me temblaba hasta el flequillo—. Ha llegado el momento de sacar la artillería pesada.

—No puedo hacerlo.

Hice el amago de marcharme pero su brazo me rodeó con fuerza la cintura, inmovilizándome a su lado.

—Puedes. —Dijo con los dientes apretados.

Miró al frente metiéndose de lleno en su personaje antes de que Derek se posicionara ante mí y su perfume, ese que siempre usó, me abofeteara haciéndome revivir los momentos que compartimos en el pasado.

—Hola, Regina —me saludó a la vez que me atravesaba con sus ojos azules con la misma fuerza con la que siempre lo hizo—. Cuánto tiempo sin verte...

Agradecí que Íñigo estuviera sosteniéndome porque no descartaba que mis piernas perdieran de un momento a otro la labor de mantenerme en pie.

—Hola, Derek. —Conseguí pronunciar fingiendo que su presencia no removía nada dentro de mí.

—Estás tan guapa como siempre.

—Yo diría que está mucho más —añadió Íñigo dejándome un beso en la coronilla—.

Cada día un poco más...

A Derek se le esfumó la sonrisa de golpe. Era como si hasta que Íñigo no se pronunció no se hubiera percatado de su presencia.

—Te presento a Íñigo —pronuncié consiguiendo que volviera a mirarme—: mi chico.

Lo miró de arriba abajo para después dejar sus pupilas clavadas en los dedos que asomaban por mi cintura.

Íñigo le tendió la mano a la vez que la curva de sus labios se hacía tan grande que casi le rozaba las orejas. Nada que ver con el rostro desencajado de Derek, que fue incapaz de responderle al saludo hasta pasados unos segundos.

—Derek Müller.

—Un placer.

Lejos de responderle un «igualmente», le soltó la mano y desvió de nuevo la mirada hacia mí.

—Tengo que irme —indicó con tono ronco—. Nos vemos.

Ni tan siquiera me dio opción a responderle. Giró sobre sus talones y se marchó por donde mismo había venido.

—Hemos estado genial, Gina. —Celebró Íñigo.

Asentí con los ojos a punto de derramarse.

Capítulo 4

Jugando a ser dios

Derek

Soy incapaz de expresar cómo me sentí al verlos juntos.

Yo, que pensé que cuando volviésemos a encontrarnos todo partiría desde donde mismo se quedó, acababa de llevarme la mayor bofetada de realidad de toda mi vida.

—Mark, tenemos que hablar. —Le dije apretándole con tanta fuerza el hombro desde atrás que incluso hizo un mohín de dolor.

Dejó a medias la conversación que tenía con uno de los invitados y me miró:

—¿A pasado algo? —me preguntó hundiendo las cejas.

¿Algo? Había pasado todo, ¡joder!

—Necesito que hablemos. A solas. —Recalqué cortante.

El chico con el que estuvo hablando entendió que sobraba y agradecí que se fuera de inmediato.

—¿Qué te pasa, Derek?

—¿Lo sabías?

—¿Cómo dices? —me devolvió la pregunta arrugando más el entrecejo.

—¡Que si sabías que Regina venía con su novio! —exclamé elevando el tono y atrayendo la mirada de los que estaban más próximos a nosotros.

—Te está mirando todo el mundo —me susurró—. ¿Puedes calmarte?

¿Calmarme? ¡Pero si me ardían las putas entrañas! Que me mirasen era lo que menos me importaba.

—Lo sabías o no —inquirí frotándome la nuca en tanto la rabia iba creciendo dentro de mí.

Miró a ambos lados para cerciorarse de que los que nos rodeaban habían retomado sus respectivas conversaciones ignorando así la nuestra, y respiró aliviado cuando comprobó que habíamos dejado de estar en el punto de mira. Colocó su mano en el centro de mi espalda y me obligó a caminar hasta la puerta que conducía al aparcamiento privado del hotel.

—Derek, si no te tranquilizas no pienso hablar contigo... —me advirtió cuando, cerrando la puerta tras pasar, dimos algunos pasos más hasta quedar en mitad de aquella explanada asfaltada.

—¿Cómo voy a tranquilizarme? ¿Acaso tienes idea de cómo me he sentido cuando la he visto con él?

—Te estuve llamando para decírtelo, pero no cogías el teléfono.

—¡Iba conduciendo! —resoplé—. Y tampoco vi apropiado conectar el manos libres y que tu padre, que estaba sentado justo a mi lado, se enterase de toda esta mierda.

—¿Te recuerdo que «toda esta mierda» como tú la llamas fue idea tuya? —me atravesó con las pupilas.

Hundí los dedos en mi pelo y tiré de este desesperado. Mis pies no conseguían mantenerse anclados en un mismo sitio; no podía dejar de moverme de un lado para otro.

—¿Cuándo te has enterado de que vendría acompañada? —pregunté, esta vez algo más sereno aunque mi interior siguiera bullendo.

—Lo supe cuando me acerqué a saludarla esta misma mañana. Me dijo que se le pasó indicarme cuando me confirmó la asistencia que vendría con el tipo ese...

El tipo ese... Maldito sea...

Nos quedamos en silencio durante un tiempo que no era capaz de contabilizar. Desde que los vi juntos mi reloj dejó de girar.

—Parece un puto actor turco... —Musité apretando la mandíbula.

—Derek...

—¡Tengo ojos! No quieras convencerme de que tampoco es para tanto... —bramé.

—Es evidente que el tío es guapo. No iba a decirte eso.

Rodé los ojos.

—¿Entonces qué?

—Quería que supieras que, como me indicaste, les asigné la habitación 12...

—¡Genial, colega! —aplaudí con ironía moviéndome en círculos—. Ahora tendré el privilegio de escucharlos follar desde la mía... ¡JODER, MARK! ¿HAS HECHO ALGO BIEN? —Grité.

—¡No te consiento que me hables así, gilipollas! —me enfrentó apuntándome con el dedo—. Sabes de sobra que me he limitado a hacer, paso por paso, todo lo que me dijiste. Si te ha salido el tiro por la culata es tu problema, no el mío.

Que no se dejara amedrentar era una de las cosas que más me gustaban de mi amigo. Mark era esa pared con la que tienes que golpear para entender que por ahí no vas bien encaminado.

—No debí de jugar a ser Dios. Uno no puede manejar el destino a su antojo. —Dije rendido, dejándome caer en el lateral de uno de los coches que estaban aparcados y llevando la vista a los árboles que quedaban junto a la valla que lindaba con la carretera.

—Era una posibilidad —me dio un apretón en el hombro y se posicionó a mi lado—. Es más, recuerdo incluso que la barajamos el día que propusiste llevar a cabo todo esto —tenía razón—. Después de cinco años no era tan descabellado que hubiera rehecho su vida. —Sacó su paquete de tabaco y se encendió un cigarrillo.

«No todo el mundo es tan imbécil como tú, Derek, que llevas aferrado al recuerdo de Regina Weber desde que la perdiste de vista cinco años atrás. Ella, por el contrario, consiguió enamorarse. Tú, a pesar de buscarla en esas chicas con las que estuviste, jamás conseguiste volver a sentir ni tan siquiera una tercera parte de lo que te hizo sentir ella», me dijo la voz de mi cabeza con esa sinceridad que tanto daño me hacía a veces.

—La tengo clavada aquí —hundí el dedo en mi pecho, justo donde se ubicaba ese músculo que llevaba latiendo de manera más acelerada desde que mis ojos se encontraron con los de ella—, y aquí también —lo llevé a mi sien—. Dudo que pueda olvidarla, Mark... —confesé llevando la mirada al cielo.

Se hizo un silencio y viajé al día donde todo se orquestó. U orquesté más bien. Lo recordaba perfectamente porque apenas habían pasado tres semanas. Las mismas que llevaba con los nervios a flor de piel.

Mark y yo quedamos en mi casa para tomarnos unas cervezas como tantas otras veces cuando se me ocurrió la —brillante— idea de celebrar el cumpleaños de su padre con una fiesta sorpresa que no era más que una excusa para volver a reencontrarme con Gina. Sabía que esta adoraba a Gerard así que di por hecho que aceptaría la invitación que le enviaríamos. No me equivoqué.

Al principio, Mark no estuvo de acuerdo. Insistió en que con una barbacoa en el patio trasero de la casa de sus padres en la que no faltara la cerveza, era suficiente; que Gerard ya no estaba para pasarse tres días de celebración; que si me había vuelto loco y se me había olvidado que nuestro trabajo como vigilantes de seguridad en el aeropuerto no nos convertía en millonarios... Perdí la cuenta de los contras que me enumeró pero conseguí convencerlo cuando le hablé de aquel hotel rural en el que ahora nos encontrábamos y no pudo rechazarlo. Bueno, y que le prometiera que correría con el ochenta por ciento de los gastos también sirvió para que diera su brazo a torcer. No me importó. Si tenía que dejarme todos mis ahorros en aquella fiesta con tal de recuperar a Regina, habría sido el dinero mejor invertido de toda mi vida.

Lo que me pareció excelente aquella noche, ahora me resultaba tan ridículo que me avergonzaba ser el urdidor e impulsor de aquel plan que, a pesar de llevar poco tiempo en marcha, ya hacía aguas por todas partes.

—Derek, estoy convencido de que, a partir de hoy, vas a conseguir borrártela de la cabeza. Tenerla tan presente en tu vida te ha limitado siempre a la hora de rehacerla. Lo tuyo con esa chica es un capricho; te lo puso difícil y lo tomaste como un reto...

—¿Un reto? ¿Que Gina es un capricho? —negué vehemente—. ¡No tienes ni idea de lo que dices! Un capricho fue la moto que me compré hace cuestión de un año. No me jodas.

—Joder, tío, es que de verdad que no entiendo qué cojones te pasa con ella. ¿Es que acaso no es una más de todas esas que nos hemos tirado?

—¿Una más? —le pregunté ensartándolo con las pupilas—. ¿Crees que si fuera *una más* habría organizado todo esto? Sabes que, desde que la vi subiendo la persiana de su floristería, no he pensado en otra cosa que no fuera en dar con la excusa perfecta para provocar un encuentro.

—¿No podrías haber pedido como deseo navideño olvidarla? —¿olvidarla? Creo que era más fácil que terminara olvidándome de mí—. Ese buzón de los deseos lo carga el diablo... —Dijo antes de apagar el cigarrillo en la suela de sus botas.

Seis meses atrás, durante las últimas navidades y movido por mis hermanos, me acerqué junto a ellos al buzón de deseos que habían instalado, como cada año, en la plaza del ayuntamiento de esa ciudad mágica donde nací y crecí: Rothenburg ob der Tauber.

Estos aseguraban que cualquier deseo que allí se metiera se hacía realidad. Lo dijeron tan

convencidos que, a pesar de que algo en mí me decía que era inverosímil, accedí a escribir el mío en un papelito que introduje por la rendija de aquel armatoste rojo rodeado de espumillón mientras le rogaba mentalmente que hiciera el milagro de volver a ponérmela en el camino. Y bueno, a decir verdad, sí que me lo concedió.

Cinco años atrás, Regina desapareció de un día para otro. Cambió de número de teléfono y eliminó todas sus redes sociales. También dejó su piso de alquiler en Rothenburg y el puesto como recepcionista en el hotel de mis padres consiguiendo así que me fuera imposible dar con su paradero.

Perdí la cuenta de las noches que pasé en vela. La busqué tanto sin obtener ni una sola pista, que incluso llegué a pensar que aquella morena de ojos claros que me traía loco había sido producto de mi imaginación. ¡Y qué producto, joder!

Después de cinco años mortificándome con preguntas sin respuesta, y cuando la di por perdida a pesar de que mi cabeza se negara a borrarla del disco duro, la vi.

Había quedado con Mark para ir juntos al gimnasio y decidí acortar por una de las calles por la que no solía pasar porque siempre estaba a rebosar de gente, pero aquella tarde iba con la hora justa y esta comunicaba directamente con esa otra calle donde estaba mi gimnasio.

Iba pensando en mis cosas camuflado entre el gentío cuando mis pies se quedaron clavados en la acera y mis ojos en ella, que levantaba la persiana metálica de una pequeña floristería de la que ni tan siquiera conocía de su existencia, mientras hacía malabares con un vaso de cartón con el logo de la cafetería de la esquina para evitar que se le derramara el café.

¿Habíamos estado siempre tan cerca? De ser así me parecía una broma de mal gusto por parte del destino aunque, visto lo visto, a ese canalla era más que evidente que no le caía muy bien que digamos.

No sé cuántos minutos permanecí allí, a unos diez metros de su cuerpo, inmóvil. Lo único que me devolvió a aquella acera fue el codazo de un chico que iba con prisa y al que, cuando se disculpó, fui incapaz de responderle; y también el sonido metálico de algo que no supe reconocer hasta que Gina salió de la tienda tirando de una estantería de color rosa con ruedas que estaba repleta de macetas coloridas y que dejó pegada a la fachada, atrayendo de inmediato la mirada de todos esos que pasaban por delante.

—¡Buenos días, Regina! Preciosas hortensias tienes esta mañana. —Le dijo un hombre de unos setenta años que se ayudaba de un bastón para caminar porque cojeaba un poco.

—Buenos días, Bernard. Recién llegadas. ¿Quiere que le guarde una?

Su voz...

Se me paró el corazón, la respiración, y el mundo.

No me perdonaba el haberme olvidado de cómo sonaba.

—Por favor —le respondió el hombre—. Voy a comprar el pan y la recojo a la vuelta. Amalia hoy me va a querer un poquito más.

—¿Y quién no le querría a usted? Con o sin hortensia, es un sol.

Antes de retomar sus pasos, el caballero le dedicó una sonrisa cargada de cariño que esta le devolvió con ternura. A pesar de la distancia, podía ver esa curva infinita que formaron sus labios y que siempre consideré mi perdición junto con esa otra que trazaba la silueta de su cintura, su cadera, y sus preciosas piernas.

Fruto de un ataque de valentía con el que no me reconocí, me planteé entrar en la floristería, fingir que no sabía que trabajaba allí y preguntarle al fin, mirándola a los ojos para que no pudiera mentirme, dónde había estado todo este tiempo que estuve buscándola desesperado.

Necesitaba obtener la respuesta a por qué se fue de esa manera así que, ni corto ni perezoso, me planté en la puerta. Como supe que pasaría, cuando solo nos separaba un cristal, mi valentía se esfumó. Tenía miedo a que me rechazara porque sí que tuviera un motivo real para haber tomado la medida drástica de desaparecer aunque yo hubiera sido incapaz durante todos estos años de dar con él.

Elevé la mirada hasta el rótulo aguamarina que indicaba, con letras curvas, rosas, y entre flores, el nombre de aquella preciosa floristería de la que, aun con la puerta cerrada, emanaba un increíble olor a flores que ni el mejor de los ambientadores podía igualar. *Reginas Garten* era ese trocito de mundo que le pertenecía y en el que yo me moría de ganas por entrar y formar parte.

A través del cristal de la puerta la vi manipular unas flores con esa delicadeza que poseían sus manos mientras se movía al ritmo de una música que no sabía si sonaba de manera real dentro del establecimiento o que si, por el contrario, solo se estaba reproduciendo dentro de su cabeza. «Pasa y descúbrelo por ti mismo, chulo», me vaciló la inconsciente de mi voz interior. Esa que en muchas ocasiones me empujaba a la piscina sin comprobar si corría el riesgo de estrellarme de cabeza contra el cemento del fondo.

Como era de esperar, no pude hacerle caso.

El hecho de imaginarme frente a ella, de volver a respirar su perfume y volver a encontrarme con sus iris grises, volvió a paralizarme.

Ajena a que la observaba, sonreí cuando vi cómo se contoneaba con los brazos en alto hasta perderse por unas cortinillas que había justo detrás del mostrador para, poco después, regresar con un buen puñado de rosas amarillas en las que sumergió la nariz sin quitarse la sonrisa de la cara.

—Disculpe, ¿va a pasar? —me preguntó una señora que llevaba entre las manos una maceta que había cogido de la estantería de la entrada.

—Esto... no... disculpe. —Titubeé haciéndome a un lado.

La mujer empujó la puerta y el sonido de una campanita hizo que la mirada de Regina se fuera directamente a esta. No sé cómo pude actuar tan rápido para evitar ser visto pero, en cuestión de segundos, me quedé en cuclillas pegado a la fachada de ladrillo caravista como el cobarde que era para, a continuación, caminar del mismo modo por debajo del enorme escaparate sintiéndome el centro de atención de todos aquellos que me rebasaban.

Aunque esa calle siempre estaba a rebosar de gente, juraría que aquella mañana lo estaba aún más.

Una vez dejé atrás la fachada de la floristería, me puse de pie y corrí hasta el gimnasio.

Mark me estaba esperando en la puerta. Cuando me vio, se señaló el reloj y gruñó echándome en cara la tardanza.

—¡La vi, tío! —exclamé eufórico ignorando su cabreo.

Me miró de arriba abajo y se encogió de hombros. Giró sobre sus talones y me dio la espalda sin mostrar ni un ápice de interés.

—¿No vas a preguntarme a quién?

—¿A quién? —ladeó un poco la cabeza y me miró con pasotismo.

—Ahora no te lo cuento. Que te den, capullo.

Le di un empujón y lo aparté de mi camino. Por el rabillo del ojo lo vi reírse; le encantaba buscarme las cosquillas.

Tomé las escaleras que llevaban a la segunda planta con mi amigo pisándome los talones y, cuando solo me quedaba un escalón, me devolvió el empujón haciéndome llegar a la planta con un tropezón que, gracias a mi buenos reflejos, no me costó varios dientes.

—Venga, te perdono que me hayas dejado esperando media hora —me dio una colleja cuando me repuse—. ¿A quién has visto?

—¡A Regina!

Abrió tanto los ojos que pensé que se le caerían al suelo.

Y a mí se me pasaron —solo un poco— las ganas de partirle la cara en el ring de boxeo.

Capítulo 5

Objetivo tocado

Regina

Después de saludar a Gerard y comprobar que el cariño que nos tuvimos seguía intacto, de recordar a dos voces algunas anécdotas que compartimos de nuestro paso por el *Müller&Beltrán*, y de presentarle a mi falso noviete y él a nosotros a sus otros dos hijos con los que aún no había tenido el placer de coincidir, Íñigo y yo subimos a la habitación que nos habían asignado cuando vimos varios de los invitados enfilarse hacia las suyas.

Aunque tuvimos que atravesar el enorme salón donde recibimos al cumpleañosero, los pasillos que conducían a las escaleras, y los dos tramos de escalones que llevaban a la primera planta, no volví a cruzarme con Derek. Obvio que mis ojos lo buscaron con desesperación a cada paso que di, pero agradecí que así fuera. Ya había comprobado lo que provocaba en mí su cercanía y no quería exponerme al “peligro” por más veces de las necesarias; aún tenía mucho personaje que interiorizar.

—Vaya pasada... —bisbisó Íñigo cuando pasamos al interior de la habitación. No lo dije, pero yo también lo pensé.

Era un espacio amplio donde los rayos del Sol se colaban por el enorme ventanal que daba a una terraza que, a su vez, daba a la zona de la piscina.

Al entrar, lo primero que llamó nuestra atención fue el olor que nos abrazó. No sabría explicar a qué olía exactamente porque era una mezcla de madera, flores y cítricos que lo convertía en único. En una auténtica delicia.

La habitación constaba de un pequeño saloncito donde se ubicaba la terraza y que estaba compuesto por un sofá biplaza de color beige, una mesa de centro bajita y un televisor que estaba colgado en la pared, encima de un mueble auxiliar con varios cajones.

Conforme entrabas al salón, a mano izquierda, había una puerta que daba a la habitación. Esta solo tenía un par de camas con edredones blancos inmaculados a juego con las cortinas que contrastaban a la perfección con la madera oscura con la que estaba forrado todo el suelo; y una mesita de noche entre ambas en la que había una lámpara con el pie de cerámica gris. También tenía una ventana por la que la luz se colaba a sus anchas como por el gran ventanal del salón.

De vuelta al salón, y esta vez a la derecha, justo enfrente de la del dormitorio, otra puerta conducía directamente al cuarto de baño. Y ojito, no creas que era un cuarto de baño al uso como puede que sea el tuyo y el mío, no. Me quedé boquiabierta en cuanto lo vi. Tenía un lavabo rocoso de esos modernos que había visto un par de veces en las casas de los millonarios que se empeñaban en mostrarles al mundo entero su espectacular morada mediante revistas de esas que llenan los revisteros de las peluquerías, y del que salía el agua por una pequeña “grieta” que esta presentaba. Era una pasada. Parecía que te estabas lavando las manos en mitad de la naturaleza, bajo una cascada porque incluso su sonido era muy similar.

La ducha tenía el suelo de piedra oscura, juraría que pizarra, y los azulejos que la rodeaban lucían un dibujo a tamaño real de unos bambús que llegaban casi al techo y unos cantos negros en la parte más baja que se confundían a la vista con la piedra del suelo.

—No me importaría vivir en ese baño... —le dije a Íñigo cuando, al haberlo analizado palmo a palmo, cerré la puerta y me dirigí a la habitación donde se encontraba él deshaciendo su equipaje.

—Es una pasada.

—Todo aquí parece serlo. —Indiqué mirando por la ventana y enamorándome de inmediato de las preciosas vistas que esta brindaba.

—Ni que lo digas. ¿Has visto la piscina?

No, había estado tan ocupada deleitándome con el cuarto de baño, sentada en la taza del WC —que parecía ser lo único normalito de la estancia—, que me olvidé de todo lo demás.

—Aún no.

—Pues es enorme... Y posee una zona de descanso bastante amplia con tumbonas, sombrillas de paja y palmeras que invita a pasar horas y horas en ella con un cóctel fresquito.

La idea de tomar el sol cóctel en mano me resultaba sublime. Veníamos de haber pasado un invierno donde el frío y las nevadas no nos habían dado mucha tregua, y me apetecía muchísimo pasarme horas y horas expuesta al calorcito de finales de junio. El único problema que le vía era que pudiera coincidir con Derek en esa zona. Si volvía a verlo prácticamente desnudo, firmaría mi propio fracaso porque me delataría el charco de baba que formaría alrededor de mi tumbona.

—¿Has hablado con Lenna? —le pregunté—. Me encantaría que estuviera aquí...

—Sí. Acabo de colgar. A mí también me encantaría; llevo echándola de menos desde que me subí en el coche después de dejarla en casa... —Se le quebró un poco la voz pareciéndome la mar de mono. Estaban tan enamorados el uno del otro...

—¿Le has contado algo sobre el primer contacto con Derek?

Desvié la conversación para que no se viniera abajo.

—Sí. Está orgullosa de ti.

«Pues debe de ser la única...», pensé acompañándolo con un suspiro.

Volví a llevar los ojos a la zona ajardinada que veía desde la ventana y mi corazón se saltó un latido cuando lo vi aparecer de pronto allí abajo. Hice el amago de regresar al interior de la habitación pero he de reconocer que era débil ante su cuerpo y que contemplarlo me resultaba muy tentador. Muy muy tentador. «¿A esto te refieres cuando afirmas estar orgullosa de mí, amiga mía?», le pregunté mentalmente.

Iba caminando sin rumbo fijo con las manos metidas en los bolsillos de su tejano. Lo vi pensativo. De vez en cuando se frotaba la nuca como si con ello intentara esclarecer sus ideas y yo aprovechaba para deleitarme con los músculos tensos de su brazo. El muy canalla estaba más bueno que nunca... «Gina —carraspeó mi voz interior para sacarme de allí—, recuerda para qué estamos aquí». En esta ocasión no le respondí, me limité a ponerle los ojos en blanco y continué recreándome con su espalda contorneada y el pectoral que se le pronunciaba sobre la camiseta negra que llevaba. Y de pronto, como una avalancha que me dejó sin respiración al sepultarme, recordé cómo su cuerpo se fundió en tantas ocasiones con el mío; cómo sus manos acariciaron cada centímetro de mi piel como jamás supo hacerlo nadie; cómo me comía su boca mientras la mía le suplicaba que no parara...

—Pues ya estaría. —Dijo Íñigo cerrando de un portazo el armario y sacándome de golpe de mis pensamientos lascivos justo cuando Derek se encaminaba al interior del hotel

desapareciendo de mi campo de visión—. Sobre la mesa del salón hay algo que deberías ver. —Indicó, echando la cremallera de su maleta ya vacía.

—¿Puede esperar? Aún no he recolocado mis cosas. —Señalé con las pupilas la mía, que aún seguía apalancada en la misma esquina donde la dejé cuando llegamos.

—Creo que deberías priorizar lo del salón...

Hundí las cejas. ¿Tanta importancia tenía?

Sin decir nada, salí de la habitación y me dirigí a la mesa. Sobre esta había un bol de cristal con fruta fresca y brillante, y una tarjetita de bienvenida. Justo al lado, un papel que di por hecho que sería a lo que Íñigo se refirió.

Lo agarré y empecé a leerlo en voz alta:

•CUMPLEAÑOS GERARD MEYER•

PLANNING FIN DE SEMANA:

VIERNES 26 JUNIO:

12:00h – Recibimiento del cumpleaños en el salón principal.

14:00h – Barbacoa en la zona de la piscina.

17:00h – Tarta y entrega de regalos.

21:00h – Cena en el comedor.

SÁBADO 27 JUNIO:

08:30h – Desayuno en el comedor.

10:30h – Yincana (comenzará en el aparcamiento principal).

14:00h – Comida en la zona de la piscina.

18:30h/23:00h – Fiesta + cena ibicenca en la zona de la piscina (dress code: ¡Todo al blanco!).

DOMINGO 28 JUNIO:

9:00h – Desayuno en el comedor.

10:30h – Senderismo (la comida se llevará a cabo fuera del hotel).

19:00h – Entrega de llaves en recepción.

—¿Pero esto qué es, una broma de mal gusto? —musité echándole otro vistazo a la lista eterna e infernal que tenía entre mis manos.

—¿Qué te parece? —Estuve tan concentrada en aquel *flyer* informativo que ni siquiera me percaté de su presencia.

—¿Que qué me parece? —bufé—. ¡De locos, tío! ¡No tengo energía para llevar a cabo todo esto en un solo fin de semana! Y llámame loca si quieres, pero dudo mucho que el cumpleaños sí que pueda... —Íñigo se carcajeó y se dejó caer en el sofá con las piernas abiertas mientras se recogía el pelo en un moñete con la gomilla negra que siempre solía llevar en su muñeca derecha—. ¿Quién habrá sido el lumbreras que ha planificado todo esto? —sacudí el papel.

—Yo me he preguntado lo mismo. —Se encogió de hombros y agarró el mando de la tele—. Aunque no me negarás que hay actividades bastante chulas —rodé los ojos—. Por cierto, ¿te vas a poner el bikini para la barbacoa? —preguntó con sorna.

—Íñigo, no tengo el aguacate para bromas, ¿en? —Le advertí apuntándole con el dedo a pesar de que estaba situada a su espalda. No me hacía falta verle la cara para saber que tendría la nariz ensanchada por estar conteniéndose una carcajada. Juro que contemplé el darle una colleja en esa nuca que acababa de dejar expuesta y que parecía llamarme a gritos, pero preferí coger el camino de la no violencia —al menos por el momento—.

—Tranquila, fiero, era por saber qué ropa ponerme.

Hice una bola con el planning y la lancé sobre la mesa.

—¿Cómo vamos a conseguir fingir en tantos eventos a rebosar de gente? —una sensación de ahogo empezó a apoderarse de mí—. No contaba con esto. Como mucho pensé que esta patraña se limitaría a un par de comidas y algún que otro encontronazo con Derek por las zonas comunes. —Resoplé—. Nos van a pillar, Íñigo —entré en pánico y comencé a hiperventilar moviéndome desesperada por el salón—. ¡NOS VAN A PILLAR! —grité abanicándome la cara con las dos manos.

—No va a pasar eso —dijo con la confianza que a mí me faltaba y esa calma que no entendía cómo podía poseer después de conocer ese plan de fin de semana tan movidito. Empezaba a entender a mi amiga cuando decía que a veces la sacaba de quicio la parsimonia de su chico; lo estaba viviendo en mis propias carnes—. Lo haremos de puta madre.

¿De puta madre? De puta pena diría yo. ¿Es que acaso no se percató de cómo me temblaba el cuerpo cuando coincidía con Derek?

—Necesito hablar con Lenna. —Indiqué palpándome desesperada los bolsillos de mi pantalón buscando mi móvil a sabiendas de que allí no estaba.

—Me parece genial. Seguro que encontrará las palabras que necesitas.

—No quiero consejos; no quiero escucharla decirme una vez más que solo tengo que confiar en mí y en el proceso; no quiero que intente convencerme de que lo haremos genial. ¡Lo único que quiero es gritarle que su plan es absurdo! —bramé.

Íñigo se mantuvo en silencio, encendió la tele y, como si aquello no fuera con él, se concentró en el programa de cocina que emitían en ese momento en tanto yo me movía ansiosa de aquí para allá.

—Solo tienes que creértelo, Gina. —Me dijo Lenna al otro lado de la línea con ese tono de voz dulce que poseía. Había perdido la cuenta de cuántas veces oí, en las últimas semanas, eso del «tienes que creértelo».

Encerrada en el baño, llevaba más de media hora en videollamada con ella, y apenas empezaba a tranquilizarme. Creo que los gritos que le di al principio llegaron a todos los rincones del hotel.

No tardé en arrepentirme de haberle hablado así. Sabía que mi amiga solo quería ayudarme, a fin de cuentas fue la única que vivió conmigo lo de Derek; la única que me vio llorar; la única que me llamaba a todas horas solo para asegurarse de que me encontraba bien. La única que siempre estuvo a mi lado.

—Si vieras lo guapo que está... —suspiré llevando la barbilla al techo para facilitar que el aire entrara hasta mis pulmones.

—Cuando vuelvas a verlo, hazle una foto de extranjos y me la mandas.

—¿Estás loca? —la miré con los ojos abiertos de par en par.

—Solo un poquito. —Me sacó la lengua y rio.

Mi amiga nunca lo conoció en persona. Tan solo lo vio en las fotografías que Derek y yo nos hacíamos juntos y que, a veces, yo le reenviaba para que viera cómo estaba. Era como si, de alguna manera, me negara a aceptar que la tenía lejos. De esa forma la hacía partícipe de mi vida.

—Lenna, ¿puedo preguntarte algo?

—Sí, claro. Dispara.

—¿Por qué crees que se acercó como si nada? Digo, era como si no tuviera ni un ápice de culpa de lo que pasó.

—Siempre has dicho que es un egoísta, ¿no? —asentí—. Puede que le importe bien poco

cómo puedes estar sintiéndote tú...

—Y cómo me sonreía... ¡Qué cínico! —chasquéé la lengua aunque mi piel reaccionó erizándose al recordar aquella curva.

—Le gusta gustar, Gina.

—Ojalá nuestros caminos nunca se hubieran cruzado. —«No te lo crees ni tú, guapa», me corrigió mi alter ego—. Ahora tengo que dejarte. Voy a cambiarme de ropa para bajar a la piscina. En menos de una hora dará comienzo la barbacoa.

—Y vuestra actuación. —Sí, eso también.

Entrando de nuevo en pánico en tres, dos,...



No necesité atravesar los cristales que daban a la zona de la piscina para verlo. No importaba cuánta gente hubiera, ni cuan lejos estuviéramos el uno del otro, su cuerpo parecía ser un imán para mis ojos...

Estaba hablando con Mark, reía y parecía relajado, ajeno a que mis ojos estaban fijos en él, en sus movimientos, en esa sonrisa que me levantaba los pies del suelo.

Como habíamos ensayado antes de salir de la habitación, Íñigo y yo nos adentramos a la zona de la piscina con las manos entrelazadas y con una sonrisa más forzada que la que puso Derek en cuanto nos vio.

—Objetivo localizado al fondo a la derecha. Junto a la parrilla. —Indicó Íñigo.

—Ya lo vi... —dije con un hilo de voz.

Siempre tuve un don para localizarlo entre la multitud, y este parecía seguir intacto a pesar de los años en desuso.

—Y debimos de ponernos los trajes de baño —se desabotonó otro botón de la camisa—. Hace calor.

Sí, yo también sentía calor y no, no era por el sol que nos pegaba con fuerza en las coronillas sino porque la camiseta de Derek dejaba muy poquito a la imaginación y mi cabeza iba por libre.

A medida que Íñigo y yo avanzábamos por el césped esquivando y saludando invitados que no conocíamos de nada, la curva de los labios de Derek fue borrándose hasta convertirse en una fina línea impersonal que no me decía nada.

—No deja de mirarnos... —mencioné con los dientes apretados.

—Entonces démosle lo que espera. —Indicó Íñigo.

Frenó nuestros pasos, me agarró de la nuca con fiereza e hizo un leve movimiento con mi cuerpo consiguiendo así que le diera la espalda a Derek. Nuestras bocas se quedaron separadas pero sabía que, desde la posición de este, las vistas eran muy diferentes.

—Y he aquí la importancia de cuidar los planos. —Susurró guiñándome un ojo.

—Lo llevas en la sangre. Para ti toda esta mierda te hace sentir como pez en el agua.

—Ni que lo digas. —Y me devolvió a mi posición inicial limpiándose con el reverso de la mano los labios para darle más credibilidad al asunto.

—No está... —bisbisé con el corazón encogido cuando, al llevar la vista al frente, tan solo vi a Mark que, por cierto, me miraba como si quisiera matarme con las pupilas. ¿O era a Íñigo?

—Objetivo tocado. Preparémonos para el siguiente ataque.

Con lo de «objetivo tocado» bien podía referirse a mí porque solo yo sabía lo difícil que me resultaba todo cuando tenía cerca a Derek; incluso lo más sencillo se volvía complejo:

respirar, por ejemplo.

Capítulo 6

¿Soy un idiota?

Derek

—¿Y qué tienes pensado hacer? —me preguntó Mark cuando nos acercamos a la barbacoa para comprobar que todo estaba en orden después de haber cogido un par de cervezas del botellero.

—Quiero preguntarle qué pasó. Por qué se fue sin despedirse.

—¿Con él delante?

Mierda. Él. Siempre se me olvidaba que no había venido sola.

—¿Puedes hacerme un favor?

—Derek...

—Y te prometo que no volveré a pedirte ninguno más.

—¡Ja!, eso no te lo crees ni tú. ¿A quién pretendes engañar? —Rodó los ojos y reí.

—Vale, cabe la posibilidad de que mi promesa no termine cumpliéndose... —Admití—.

Pero vamos a lo que importa: ¿vas a echarme un cable o no?

—¿Es que acaso tengo otra opción? —se encogió de hombros y le dio un trago a su botellín.

—No.

—Entonces venga, suéltalo antes de que me arrepienta. —Me animó.

—Tienes que conseguir que la deje sola. —Solté.

—Oh, sí, claro. ¿Te parece bien que le proponga sexo en el baño, o ves mejor que le diga que su coche ha salido ardiendo? Creo que lo del coche tendría mejores resultados porque me da que no soy su tipo; me faltan un par de tetas y un coño... —ironizó poniendo los ojos en blanco.

—No, idiota —me carcajé y le di un empujón—. Con que le derrames una cerveza por encima sería suficiente. Se verá obligado a subir a la habitación para cambiarse y entonces yo...

—No —me interrumpió—. Me niego. Ni lo sueñes.

—Joder, Mark... ¡Venga, tío! Ya sabes que me debes una.

—Que hicieras de intermediario con aquella chica del gimnasio lo he pagado con creces. ¿Cuántos favores te he hecho desde entonces?

—¿Intermediario? Tuve que fingir que no podía levantar aquellas pesas que me dejé caer sobre el pecho. Me obligaste a gritarte que me ayudaras para presumir de forzudo mientras yo me limitaba a patalear como un enclenque. Me comí mi orgullo para que así pudieras engrandecer el tuyo. No compares lo de derramarle una cervecita por encima al bobo ese con lo que tuve que hacer yo; sigues estando en deuda conmigo. ¿Has olvidado que incluso tuve que cambiar de gimnasio porque empecé a ser el hazmerreír de todos los *mazados*?

Se quedó pensativo algunos segundos, como si estuviera aprovechando ese paréntesis para ponerlo todo en una balanza.

—Bueno, venga —accedió a regañadientes.

—Así me gusta. —Sonreí orgulloso de mi poder de convicción—. Cuando lo veas, pasas por su lado y...

Y me quedé mudo porque, al mirar hacia la puerta, los vi aparecer agarrados de la mano y portando esas sonrisas de quienes son inmensamente felices.

—¿Y qué? —me preguntó Mark. Aunque lo oía, parecía como si se hubiera alejado varios metros de pronto. Su voz me llegaba distorsionada porque mis sentidos se marcharon de su lado sin previo aviso—. ¿Y qué, Derek? —insistió dándome un puñetazo en el pectoral que no tuvo ninguna repercusión en mí.

Ante mi mutismo, decidió mirar en la misma dirección que lo hacía yo, y entonces lo entendió todo.

—Dime cuándo lo hago.

Ahora incluso sonaba más seguro que cuando se lo planteé. Como si al verlos aparecer las ganas de mancharle la camisa al tipo se le multiplicaran. En cambio a mí, las únicas ganas que incrementaron fueron las de desaparecer de allí. Más aún cuando la agarró de la nuca y la besó como tantas veces lo hice yo.

Me negaba a encajar que su boca ya no me pertenecía; que sus ojos ya no centelleaban solo cuando me miraban a mí; que dejamos de ser especiales aunque cuando estuvimos juntos llegué a dudar de que lo fuéramos. Y, una vez más, me maldije por cobarde. Perdí la cuenta de las veces que me pregunté por qué no le hice la pregunta si en lo más profundo de mi corazón sabía de sobra cuál iba a ser su respuesta.

Ya no importaba.

Ya no quedaba nada.

Quizá Mark tuvo razón todo este tiempo atrás cuando insistía en que tenía que olvidarla, pasar página y vivir mi vida sin estar mirando al pasado constantemente.

—Me voy.

Con rabia, lancé el botellín a la papelería y escuché como se hizo trizas dentro de esta. Podría decirse que fue un símil con mi corazón porque, cuando se besaron, juraría que lo oí crujir.

Giré sobre mis talones decidido a desaparecer de allí.

—¿A dónde crees que vas, Derek? —Mark me sujetó con fuerza por el antebrazo.

—A mi puta casa. Y no me frenes, por favor. —Le pedí mirándolo a los ojos en tanto los míos se anegaban.

Me solté de su agarre con brusquedad y abandoné la zona de la piscina por la puerta de atrás.

Agradecí que no insistiera ni que me siguiera. Que me conociera era un plus para estas cosas.

Una vez en el aparcamiento, me palpé los bolsillos hasta dar con las llaves de mi coche. Mi único objetivo era salir de allí para ponerme a salvo.

Maldije la hora en la que acorté por aquella calle donde volví a verla después de los años. Creo que era mucho más feliz cuando no sabía de ella; al menos entonces vivía en una farsa, un teatro donde daba por hecho que Regina también estaba echándome de menos, y no en una realidad que me daba bofetadas por todos lados.

Maldije la hora en la que, después de salir del gimnasio, la seguí hasta su casa para averiguar a dónde vivía.

Maldije la hora en la que organicé aquella fiesta sorpresa y le pedí a mi amigo que redactara la maldita invitación que metí en su buzón con la esperanza de que confirmara su asistencia y que, al darse el encuentro entre los dos, recordáramos lo que una vez fuimos siéndosenos imposible no retomar lo que dejamos a medias un día.

Nada de lo que mi cabeza imaginó y planificó pasó. Al contrario, fueron mis mayores miedos los que se hicieron con la situación dejándome al borde de un precipicio del que estaba a

punto de despeñarme si no ponía distancia cuanto antes.

—Derek, ¿qué tal? —me preguntó sorprendiéndome por detrás—. ¿Vas a algún lado? —colocó su mano en mi hombro y ejerció un poco de presión.

No, él no. Ahora no.

Mi hermano me conocía demasiado. Fingir que no me pasaba nada no era fácil.

Me tragué el nudo de la garganta y roté la cabeza en su dirección colocándome mi mejor careta. Evité mirarlo a los ojos porque sabía que estos podían traicionarme y brindarle demasiados datos a mi hermano.

—Hola, Logan. ¿Qué pasa?

Hundió las cejas y noté el análisis minucioso que empezaron a hacerme sus pupilas. Eso de ser el hermano mayor lo dotaba de un don para ello porque no lo hacía solo conmigo, Enzo y Emma, mis hermanos menores, también lo habían experimentado. A Logan pocas eran las cosas que podían ocultársele.

—¿Estás bien?

—Sí, claro.

—¿Seguro? —insistió achinando los ojos inconforme con mi respuesta.

—No empieces, Logan. Por favor. —Pedí con tono de advertencia.

—Está bien... —claudicó mostrándome las palmas. Su boca pronunció aquellas palabras pero sus ojos aún seguían escrutándome en busca de lo que pudiera estar carcomiéndome.

—¿Has venido solo?

—No, tuve que regresar al coche porque olvidamos coger el regalo —zarandeó la bolsa dorada que llevaba en la mano—. Martina y Emma ya están dentro. Enzo llegará en cuanto recoja a Ayla.

La verdad que hubo un tiempo que pensé que el amor no estaba hecho para los hermanos Müller. Que teníamos algún tipo de maldición sobre nosotros que nos impediría encontrar esa otra mitad que nos completara. Pero me equivoqué, al menos con ellos; lo mío era harina de otro costal.

Emma aún no nos había presentado a ningún chico aunque ya la había pillado alguna que otra vez sonriéndole a la pantalla del móvil como una boba, como cualquier chica de diecisiete años que empieza a jugar con el sexo contrario —o con el mismo, no habíamos tenido ninguna charla sobre eso porque nunca fue algo que me interesara. Lo único que importaba es que fuera feliz; sea con quien sea—. Y bueno, con respecto a los otros dos, aún me costaba verlos tan enamorados, sobre todo a Enzo, que siempre fue de los que iban picando aquí y allí llenándosele la boca con eso de que él no se enamoraría jamás porque se vivía mucho mejor sin ataduras. Ayla supo cómo hacer que se comiera sus propias palabras —cosa que me encantó— porque fue metiéndose en su corazón poco a poco; creo que ni él mismo se dio cuenta de que aquello estaba pasando...

Logan, en cambio, se enamoró de Martina en apenas unos días. Un amor a primera vista en toda regla.

No se conformaron con vivir una historia romántica en plena Navidad de esas que solo duran mientras las luces de colores lo inundan todo y resuenan villancicos en cada esquina. Se enamoró hasta el tuétano de una chica que solo iba a pasar una semana en la ciudad. Lo hizo con tanta fuerza que ni tan siquiera pareció importarle lo que pudiera ocurrir con eso que apenas habían iniciado una vez que ella tuviera que regresar a su país. Sí, has leído bien. Martina no vivía en la ciudad de al lado; era de España, más concretamente de Sevilla.

Logan era un kamikaze. En todos los aspectos de su vida. Mi hermano era de los que no

se rendían si sabía que merecería la pena. Y con Martina lo tuvo claro desde el principio.

Cierto es que, en más de una ocasión, lo traté como si estuviera loco cuando en realidad me moría de envidia por no tener los cojones que él tenía para tirar para adelante con lo que de verdad le hacía feliz. Incluso estuvo dispuesto a dejar Rothenburg ob der Tauber por ella, por una chica a la que apenas acababa de conocer porque aseguraba que era la mujer de su vida.

Mi hermano mayor era un valiente. Siempre lo fue. Yo, en cambio, ni tan siquiera fui capaz de decirle a Regina, poco antes de que desapareciera, que la quería. Que el pacto no tenía sentido y que me había enamorado.

—¿Os quedaréis todo el fin de semana? —le pregunté.

—No. Solo estaremos durante la barbacoa y la entrega de regalos. Martina trabaja mañana en el taller de costura; y Enzo, Ayla y yo en el hotel.

El hotel. El *Müller&Beltrán*. El negocio familiar del que me desentendí cuando mi padre nos lo dejó en herencia poco antes de morir y que, meses después, empezó a hacer aguas por todos lados. El mismo que, hacía apenas un año, Enzo y Logan consiguieron reflotar para terminar transformándolo de nuevo en el mejor de Rothenburg. El lugar donde, cinco años atrás, la conocí a ella, a Regina, convirtiéndose en el único testigo de lo que entre nosotros empezó a brotar. Joder, si las paredes de ese hotel hablaran...

Puede que fuera por los recuerdos que me traía por lo que le pedí tantas veces a mis hermanos que se deshicieran de él. No había ni un solo recoveco de este que no me recordara a Gina.

En los últimos años incluso evitaba pisarlo porque me llenaba de rabia ser incapaz de encontrar la razón a su partida por más preguntas que me hiciera. Lógico, no era yo quien tenía en su poder las respuestas y, aun sabiéndolo, me cabreaba muchísimo conmigo mismo. Y con el resto del mundo, para qué mentirnos. Las peleas con mis hermanos fueron míticas. Supongo que uno termina vertiendo sus mierdas sobre esos con los que más confianza tiene porque sabe que, al final, predominará el amor y todo quedará guardado en el cajón del olvido.

Lo único que pretendía era olvidarla, fingir que tampoco había calado tan hondo en mí a pesar de lo ridículo del hecho en sí cuando mis ojos aún la buscaban desesperados por la calle. Bueno, a ver, que quisiera salvar a Logan y a Enzo de la quiebra también era un motivo de peso para que les insistiera hasta la saciedad con que echaran el cierre. Podría decirse que fueron un cúmulo de cosas las que consiguieron que dejara de ver el *Müller&Beltrán* como lo que en su día fue; ya no tenía cabida en mi vida. Era como si su esencia hubiera desaparecido con la partida de Gina.

—Por ahí dentro está Mark; le encantará volver a verte —no sabía qué hacer para que se largara y así poder hacerlo yo—. Y Gerard estará al caer. —Miré la hora en mi reloj de pulsera sin prestarle ni tan siquiera atención a lo que marcaban las manecillas.

—Sí, voy a saludarlos. ¿Vienes?

—No. Tengo que...

—Huir. —Terminó la frase dejándome descolocado.

—¿Cómo dices?

—Que estás huyendo, Derek. Te conozco como nadie. —Soltó con seguridad. Me quedé en silencio. Nunca le había dado explicaciones a mi hermano y aquella no iba a ser la primera vez—. ¿Está Regina Weber? —me preguntó volviéndome a dejar fuera de juego.

—¿Quién? —disimulé sin mirarle a los ojos por eso de su don.

—No te hagas el tonto que a mí no me engañas. Sé que entre vosotros hubo algo. Lo sé yo y lo saben todos los empleados que trabajaban por aquel entonces en el hotel.

Oímos unos pasos que se acercaban corriendo y agradecí que Mark interrumpiera aquel momento tenso aunque eso significara que no pudiera largarme ya de allí.

—¡Lo acabo de hacer, Derek! —gritó emocionado.

Aprovechando que mi hermano me daba la espalda y lo miraba a él intentando entender a razón de qué venía aquella efusividad, negué con la cabeza advirtiéndole que no siguiera hablando delante de Logan.

—¿Qué se supone que has hecho? —disimulé y crucé los dedos para que entendiera el tonito en mi voz.

—Pues... —alternó la mirada entre mi hermano y yo y crucé los dedos un poco más fuerte—. Pedirle el número de teléfono a Lisa, la chica de la recepción, ¿qué iba a ser si no? Lo hemos hablado hace un rato. —Me guiñó el ojo y respiré aliviado.

Estuvo rápido. Punto para Mark.

—¿Tú no piensas cambiar nunca? —le dijo mi hermano dándole un apretón en la nuca para después fundirse en un abrazo.

—Me va bien así, Müller. —Vaciló este con una sonrisa.

—Tan pillo como siempre —le palmeó la espalda y ambos rieron con complicidad—. Os dejo solos para que le des todos los detalles —me señaló con un cabeceo—. Voy a saludar a tu padre y a tus hermanos —indicó—. Por cierto, convéncelo para que no se vaya.

Mark me miró y le hice un gesto para que ignorara lo que acababa de pedirle mi hermano.

—¿Se ha ido? —Me susurró. Era fácil echar la mirada por encima de su hombro y comprobarlo por sí mismo, pero así era mi amigo.

—Sí, ya entró.

—Le he echado la cerveza por encima. Tenías que haberlo visto —se carcajeó con malicia—. Tienes que regresar, Derek. Regina está sentada en una de las tumbonas. Sola. —Puntualizó.

—No voy a ir a ningún lado que no sea a mi casa.

—Estarás de coña...

—Estoy hablando muy en serio. Regina tiene novio, son felices. Sé cuándo tengo que retirarme.

—¿Felices? Lo dudo. ¿No te das cuenta que entre ellos no hay química?

—¿Tú eres tonto? —pero si los acababa de conocer, ¿cómo se atrevía a asegurar algo así?

—¿Lo eres tú? —me dio un empujón.

—Puede que se me haya pegado de pasar tanto tiempo a tu lado.

—Me acabo de jugar un puñetazo por parte del tipo al echarle la puta cerveza por encima. No vas a dejarlo así. Vas a ir a hablar con ella, solo así conseguirás pasar página.

—No voy a ir a ningún lado —insistí—. Bueno, sí, a mi casa. —Abrí mi coche pulsando uno de los botones de las llaves.

—Y una mierda. —Me las arrebató en un visto y no visto, y volvió a cerrarlo hundiendo el dedo en otro de los botones.

—Devuélvemelas.

—Habla con ella.

—No quiero.

—¿Eres un gallina? —me tentó cacareando y batiendo los brazos como dicha ave.

—¡Cállate, capullo! Qué vergüenza ajena me provocas... —resoplé, le di un manotazo en el brazo y dejé al fin su pésima imitación—. Y ahora devuélveme las llaves.

—¿De verdad que es eso lo que quieres?

—Sí.

—¿Quieres seguir preguntándote toda la vida qué habría pasado si...? No tires la toalla tan a la ligera; el Derek que yo conozco no se rinde a la primera de cambio cuando de Regina Weber se trata.

—El Derek que mencionas ahora entiende que es absurdo remar a contracorriente; especialmente cuando mis brazos están reventados. Ella es feliz; yo... yo intentaré serlo. Algún día.

Nos quedamos en silencio y me devolvió la llave sin decir nada más. Le di las gracias, giré sobre mis talones y me posicioné al lado de la puerta, dándole la espalda. Accioné el mando por segunda vez desde que estaba allí y acepté el final de mi historia con Regina porque sí, a veces los finales felices no se dan. Al menos no de manera bidireccional.

—¿No será que tienes miedo a que te diga la verdad? —me preguntó justo cuando ya tenía una pierna dentro del coche.

—¿Qué verdad? No sé de qué me hablas.

—Pues de *esa* verdad. La misma verdad que empezaste a ver en sus ojos y te acojonó.

—Sigo sin pillarte. —Salí y me posicioné frente a él, apoyando los brazos en la puerta que nos separaba.

—Reconócelo de una vez, Derek. ¡Admite que tienes miedo a que te diga que también sintió por ti y que, como hiciste tú, se saltó el puto pacto ridículo que hicisteis! —vociferó, atravesándome el pecho con sus palabras porque sí, era justo eso lo que me pasaba—. Voy a decirte algo —se puso serio, algo que no era muy habitual en él—: si te marchas, nunca más vuelvas a nombrarme a Regina, ¿lo has entendido? —me advirtió apuntándome con el dedo—. Tienes en tus putas manos el poder darle respuesta a todas esas preguntas que te han estado ahogando todos estos años y no lo haces. ¿Sabes? Solo un idiota no se daría cuenta de cómo le brillan los ojos cuando te mira. ¿Es que acaso eres un idiota, Müller?

Me hizo la pregunta mirándome fijamente a los ojos. Tragué saliva y engullí como pude el nudo que se había instalado en mi garganta conteniéndome las ganas de echar fuera de mí en forma de llanto toda la rabia que me provocó el ver cómo el imbécil ese besaba a la única mujer que había amado en toda mi vida.

—Dime, ¿eres un idiota? —insistió.

¿Es que acaso lo dudaba? ¡Claro que lo era! El rey de los idiotas diría yo. Lo era porque solo un idiota se habría acojonado de iniciar una relación con alguien especial; y yo lo hice.

Capítulo 7

Sigue siendo él

Regina

—¡Joder, tío, lo siento! —se disculpó Mark al derramar sobre Íñigo la cerveza que iba bebiéndose.

—No pasa nada —dijo este sacudiéndose con la mano la espuma que tenía en la pechera de su camisa—. Los accidentes suceden...

Apresurada, saqué una toallita húmeda de mi bolso e intenté retirarle parte del líquido que le bajaba por el cuello y empapaba su ropa.

No sé si Íñigo se creyó lo del accidente, pero yo juraría que lo hizo adrede. Por alguna

extraña razón lo tenía entre ceja y ceja desde que lo conoció esa misma mañana.

—Iba distraído hablando por teléfono y no te vi. Lo siento mucho. —Se excusó una vez más.

—De verdad, no te preocupes. —Lo tranquilizó con esa calma que lo caracterizaba.

—Tu ropa... —bisbisé sin poder dejar de mirar el estado en el que había quedado.

—No pasa nada, Regina. Subiré a la habitación, me daré una ducha y me cambiaré. —Me dijo.

Juraría que Mark mostró una sonrisa triunfal que me descolocó y que logró que mis cinco sentidos se afinaran para ver más allá de lo que mostraba.

—¿Quieres que suba contigo? —le propuse, sin dejar de mirar de reojo al amigo de Derek.

—No te preocupes, cariño. Será solo un momento. No tardo. —Me guiñó el ojo y elevó un poco la comisura.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

—Está bien. —Claudiqué. Íñigo parecía no entender que no quería quedarme sola; y yo no quería seguir insistiendo para que Mark no notase la ansiedad que me provocaba ejercer aquel papelón sin mi compañero de reparto al lado.

Me dejó un beso en la frente, se despidió de Mark, y se marchó.

—¿Te apetece tomar algo, Regina? —me preguntó.

—No, gracias. Esperaré a que regrese mi chico para hacerlo juntos.

—De acuerdo. No sabía que compartíais garganta... —Ironizó encogiéndose de hombros.

Rodé los ojos y me mostró una sonrisita burlona. Definitivamente Mark y Derek eran tal para cual. Ahora entendía por qué se llevaban tan bien; eran iguales de insoportables.

—Lo has hecho aposta, ¿verdad? —entrecerré los ojos como si así pudiera intimidarlo.

—¿Cómo dices? —Con pasotismo, lanzó a la papelera que tenía al lado el vaso vacío que contuvo la cerveza que bañó de arriba abajo al pobre Íñigo.

—Sé que le has derramado la cerveza queriendo.

—¿Yo? —dramatizó hundiendo su dedo índice en el centro de su pecho.

—Mark, ¿tienes algún problema con mi novio?

—Ninguno. Digamos que estaba en el lugar equivocado, en el momento equivocado. —Elevó la comisura con suficiencia.

—Pues, para la próxima, ten más cuidado por dónde andas, ¿entendido? —le advertí.

—Tenlo tú también.

—¿Yo? —hice su mismo gesto solo que lo exageré un poco más. Curvé tanto la espalda hacia atrás que temí que me diera un tirón.

—Sí. Sería horrible que te toparas con alguien que terminara empapándote. ¿No te parece? —Soltó sin despeinarse.

Abrí tanto los ojos que temí que se me cayeran al césped y terminaran llenos de hierba seca y arenilla. Quizá podía pecar de mal pensada y que él, lejos de referirse a lo que «cierto amigo suyo» pudiera provocar en mí —y en mis bragas—, estuviera haciendo referencia a un nuevo encontronazo con otro invitado en el que, por desgracia, yo fuera la que terminara bañada en cualquier líquido; o que un choque con otra de las muchas personas que anduvieran por allí pudiera acabar, por accidente, conmigo dentro de la piscina si estaba demasiado cerca del borde. Como se abrió ese abanico de posibilidades, y no quería malpensar —más aún— de Mark, preferí preguntar:

—¿Qué quieres decir con «terminar empapada», Meyer?

Se rascó la nuca y se carcajeó.

—Los has tenido mejores, Regina Weber. Y lo sabes. —Me pellizcó la barbilla y me guiñó el ojo en un gesto que me descuadró tanto que consiguió dejarme muda.

Con chulería, giró sobre sus talones y puso rumbo a la puerta trasera de la piscina. Caminaba con tanta seguridad que parecía que la gente se movilizaba a su paso para formar un pasillo. Con la espalda estirada y esa maldita sonrisita que me resultaba exasperante instalada en su rostro, desapareció de allí.

—Menudo capullo... —musité replanteándome el salir corriendo tras él y darle un empujón que lo lanzara de lleno a la piscina.

«Recuerda, Regina, lo importante es pasar desapercibida estos tres días. Cuantos menos ojos tengas clavados en tu persona, menos posibilidades de ser descubierta tendrás». Tenía suerte ese imbécil de que mi alter ego fuera tan sensata y pacífica.

Después de permanecer unos minutos inmóvil dándole vueltas a esa última frase que me soltó Mark, hice un barrido visual por la zona. Los invitados estaban repartidos en pequeños grupos que parecían estar posicionados por el recinto de manera estratégica: juntos pero no revueltos. Reían, bebían y empezaban a degustar los primeros trozos de carne que iban saliendo de las brasas y que varios camareros, bandejas en mano, las iban distribuyendo por aquí y por allí.

Una vez más me sentí fuera de lugar y maldije la hora en la que acepté la invitación. Mirase donde mirase, solo encontraba caras desconocidas a excepción de las de Logan, el hermano mayor de Derek, que acababa de llegar junto con una chica rubia que se parecía mucho a él y otra que no me sonaba de nada pero que, por cómo la trataba el mayor de los Müller, di por hecho que sería su pareja; y las de un par de empleados del hotel con los que en su día me llevé bien pero para los que ahora parecía haberme vuelto invisible.

A lo lejos divisé la zona de las tumbonas. Como me había dicho Íñigo, era preciosa y sí, invitaba a degustar un cóctel en tanto el sol te acariciaba.

Comprobé que quedaba una tumbona libre al fondo. Era la que estaba más alejada del borde de la piscina así que di por hecho que ese sería el motivo por el que la gente le dio de lado; preferían colocar sus pertenencias a la vista mientras se daban un baño.

Retiré con la mano algunas hojas secas y palitos que habían caído sobre esta, y después me senté mirando hacia la puerta principal, esperando ver pronto a Íñigo y dejar de sentirme el bicho raro del lugar.

—¿Por qué tan sola?

Su voz... Su maldita voz... Se me erizó la piel y agradecí el estar sentada porque mi cuerpo empezó a temblar como solo lo hacía con Derek.

Elevé la mirada repasándolo desde la punta de sus zapatillas deportivas blancas hasta el tupé algo despeinado que lucía. Bueno, reconozco que frené unos segundos en el bulto que escondía su bragueta y que solo sirvió para ponerme aún más nerviosa.

—No estoy sola. —Solté a la defensiva. La verdad que no estoy segura de si mi tono de voz estuvo a la altura de la frase porque el temblor también se había apoderado de mi garganta.

—¿No? —miró a ambos lados—. Pues yo diría que sí.

—Mi novio ha ido a cambiarse de ropa. El imbécil de tu amigo lo ha puesto empapado de cerveza.

—Vaya... es una lástima.

—¿Una lástima? —pregunté con sorpresa. ¿Derek sintiendo lástima por alguien? No me

encajaba. La gente puede cambiar, pero no tanto.

—Sí, es una lástima que me lo haya perdido —se burló y ahí tuve la confirmación de que seguía siendo el mismo capullo de siempre—. Me hubiera encantado presenciarlo. —Se carcajeó.

Me levanté como si tuviera un muelle propulsor en el culo y agradecí que mis piernas me acompañaran.

—¿Eres gilipollas? —le di un puñetazo en el pecho que no lo movió ni un solo milímetro. Aquel roce fugaz solo sirvió para una cosa: reactivar la corriente que siempre se dio cuando cualquier parte de su cuerpo entraba en contacto con la mía y, por ende, hacerme recordar que seguía siendo él. Siempre él.

—Tranquila, Gina, solo bromeaba. —Me guiñó el ojo con chulería a la par que agarraba un par de botellines de la bandeja de uno de los camareros que, justo en ese momento, pasaba por nuestro lado—. Toma. —Me cedió uno.

—No, gracias —indiqué mostrándole la palma de una de mis manos a modo de pared—. Me lo tomaré cuando regrese Íñigo.

—Como quieras. —Se encogió de hombros y lo dejó sobre la mesita baja que había al lado de la tumbona. Le dio un trago largo al suyo y se retiró con la lengua una gota que se le había quedado en el labio superior. Tuve que contener un jadeo cuando mi sexo se contrajo con ese minúsculo gesto—. ¿Lleváis mucho tiempo juntos?

Genial, esa pregunta la estudiamos cuando veníamos en el coche.

—Tres años.

—Hacéis buena pareja.

—Gracias.

Se hizo un silencio en el que sentí sus ojos clavándose en mí con más fuerza. Avivando con tanta facilidad la candela que nos perteneció solo a nosotros dos, que supe que estaba perdida. De nada me sirvió alejarme de él todos esos años si, al darse un ínfimo contacto, una simple mirada, o un intercambio de palabras que no eran más que eso, palabras, todo parecía reanudarse desde ese mismo punto donde lo dejamos...

—¿Te hace feliz, Regina?

—¡Claro que me hace feliz! ¿Qué pregunta es esa? —le reproché cruzándome de brazos.

—Supongo que la que se le hace a alguien a quien le tienes cariño y solo deseas que sea feliz.

Se me encogió el corazón. De todas las respuestas, no contemplé que me diera una donde su chulería brillara por su ausencia. «¿Derek interesado en que alguien que no es él mismo sea feliz? ¿¡Quién eres tú y qué has hecho con ese capullo del que aún sigo enamorada!?».

—Pues quédate tranquilo. Soy inmensamente feliz. —Respondí con suficiencia.

Soltó el botellín junto al que cogió para mí y hundió varios dedos en su pelo. Lo noté nervioso, como si necesitara soltar algo que le apretaba la garganta y estuviera pensando cómo hacerlo.

—Regina, ¿puedo preguntarte algo? —y ahí estaba. Me sentí orgullosa de ver que después de tantos años aún seguía siendo capaz de descifrar los gestos de Derek.

—Claro. Ya veré yo si te contesto.

Resopló y negó con la cabeza. Balanceó su cuerpo y metió ambas manos en los bolsillos delanteros de su pantalón vaquero. Me miró a los ojos y le sostuve la mirada a pesar de lo nerviosa que me ponían aquellos océanos azules donde tantas veces bucéé sintiéndome la dueña de cada gota que lo componían. Se la sostuve arriesgándome a que el gris de los míos pudieran

gritarle todo aquello que aún seguía intacto dentro de mí y me desmontara en un momento aquella farsa.

—¿Por qué te fuiste así?

Su pregunta fue una estaca que me atravesó el pecho. Sentí cómo cada palabra se clavaba con fuerza para hacerme viajar a todas aquellas noches donde estuve horas y horas llorando por él, por mí, por nosotros.

—¿«Así»?

—Sí, «así». Sin despedirte. —Añadió.

Tragué saliva y conté mentalmente hasta diez. No quería formar un espectáculo y que todas las miradas se posaran en nosotros.

—¿De verdad que no lo sabes, Derek? —hundí las cejas. De no haber sido por la rabia que tenía, me habría roto. Dolía. Dolía igual que el primer día y él parecía no tener ni idea de nada.

—¿Es que hay algo que deba saber?

«¡Claro que sí, capullo! ¡Yo tengo la imagen grabada en mi puta cabeza!», quise gritarle.

—Olvidalo, Derek. —Me limité a decir con una serenidad que nada tenía que ver con cómo bullía la sangre por mis venas—. Voy a buscar a Íñigo.

Hice el amago de irme pero apenas había dado un par de pasos cuando su brazo me frenó rodeándome con fuerza la cintura para inmovilizarme contra su cuerpo.

—No voy a olvidar nada de lo que vivimos. Nunca. ¿Te ha quedado claro? No vuelvas a pedírmelo, Regina. —Su voz ronca y el bulto duro que empezó a abrirse paso entre los dos, me cortaron la respiración.

—Suéltame. —Le pedí con un hilo de voz.

—¿Y si no quiero? —vaciló, acercando un poco más sus labios a los míos.

—Mi novio te partirá la cara.

—Mira cómo tiemblo, Gina... —restó otro centímetro entre su boca y la mía y mi corazón se saltó un latido. Si alargaba un poco la lengua podía rozar sus labios con esta.

«Ni se te ocurra hacerlo», me avisé mentalmente.

—O puede que sea yo la que te la parta. —Bisbisé esperando haber sonado convincente. Echaba de menos cómo me besaba. Extrañaba el calor de su lengua inundando mi boca y el tacto suave de sus manos conquistando cada centímetro de mi piel.

«Gina, por favor. Mantente firme. Recuerda lo mal que lo pasamos juntas», me suplicó mi yo interior al ver cómo la cercanía de Derek estaba haciéndome perder el norte.

Queriendo ponerme a salvo de esa corriente que llevaba rato sacudiéndome la columna vertebral y lanzando espasmos a mi epicentro, le di un empujón con el que, a pesar de ponerle todas mis fuerzas, no tuvo repercusión alguna en él una vez más.

—Derek Müller Beltrán, no te lo voy a volver a repetir —le advertí con mi tono más amenazador—: o me sueltas, o te daré una patada en los huevos.

Era contradictorio. Lo que verbalizaba era muy diferente a lo que de verdad sentía. Era como estar prisionera entre sus brazos con la sensación de no querer salir de estos nunca.

—Está bien, voy a soltarte, aprecio demasiado mis huevos como para seguir jugándomela pero, antes de hacerlo, quiero que sepas que aunque tengas a ese imbécil en tu vida y me asegures que junto a él eres inmensamente feliz, tu vida sigo siendo yo. —Acercó su boca a mi oído y se me puso en pie la piel—. Me lo dicen tus ojos; y me lo dice tu cuerpo —tragué saliva y apreté los labios para mantener a rajatabla ese jadeo que estuvo a punto de abandonar mi garganta—. ¿Es que acaso no ves cómo vibras cuando me tienes cerca? —a medida que fue

llegando al final de la pregunta, su voz se fue transformando en un susurro provocativo que viajó directamente a mi entrepierna. Contuve un quejido cuando sus dedos se hundieron un poco más en mi talle. Abrasándome—. Y recuerda algo: dos personas que están destinadas a estar juntas, aunque se eviten, terminarán encontrándose. De nada te servirá seguir esquivándome, Regina; estuve, estoy y estaré siempre cerca. Muy cerca.

—¿Qué está pasando aquí? —nos asaltó Íñigo.

Lo miré tan nerviosa que olvidé que en realidad no le estaba poniendo los cuernos y que aquella cara de pocos amigos que presentaba mi falso novio no era más que parte de su excelente papel. Lenna tenía toda la razón: yo tampoco entendía cómo podía estar sin trabajo. Hasta yo me había creído ese ataque de celos repentino.

Derek me soltó, pero no lo hizo de golpe como quien es sorprendido haciendo algo que no debe, sino que pareció recrearse con ese calor que mi cuerpo le transfería a las yemas de sus dedos hasta que no pudo seguir alargando el contacto. A modo de reto, y con esa chulería innata que poseía, le sostuvo la mirada a Íñigo durante unos segundos. Después, agarró el botellín del que estuvo bebiendo y me miró a los ojos:

—No olvides lo que te he dicho, Regina. —Dejó caer los párpados despacio y vi un «por favor» en ese insignificante pestañeo.

No pude contestarle, tampoco gesticular. Estoy segura de que no fue consciente siquiera del incendio que dejó en mi cuerpo. Giró sobre sus talones y se dirigió al grupo de personas en el que estaban sus hermanos y el idiota profundo de Mark sin saber que toda yo ardía.

—¿Por qué coño has tardado tanto? —le reproché con los brazos en jarras cuando conseguí reconectar mis neuronas.

—Lo siento. Me llamó Lenna y se me fue el santo al cielo. —Se excusó preocupado.

Me mesé el pelo y me senté en la tumbona. Él lo hizo a mi lado.

—¿Qué ha pasado?

—Ha pasado todo, Íñigo... —lamenté.

—¿Os habéis besado? —me preguntó espantado.

—No. Mucho peor.

—¿Te ha metido mano?

—No.

—¿Entonces? ¿Has aceptado verte con él para “serme infiel”? —dibujó las comillas en el aire.

Sonreí y negué con la cabeza.

—Aún peor. Mi cuerpo, ese que parece ir por libre y que le importa bien poquito lo mucho que sufrió mi corazón, le ha dejado claro que sigue perteneciéndole, Íñigo. Podría mentirle, decirle que lo he olvidado, que volví a enamorarme y que soy la mujer más feliz sobre la faz de la Tierra, pero dime cómo ocultarle el temblor de mi cuerpo cuando choca con el suyo, o el brillo que se instala en mis ojos cuando lo descubren entre cientos. Hay cosas que no se pueden ocultar por más que uno quiera.

Llevó su mano a mi espalda y me reconfortó al frotármela.

—Pensé que no sentías tanto por él —ladeé un poco la cabeza y lo miré—. Aunque Lenna me contó por encima lo que vivisteis, pensé que, después de cinco años, aquello que sentiste habría perdido algo de fuerza.

—Lo amo, Íñigo. Lo amo a pesar del esfuerzo que hago diariamente para convencerme de que Derek significa problemas. De que Derek duele y mucho. De que Derek es todo eso que debo mantener alejado si quiero mantener a este —me coloqué la mano sobre el corazón— a

salvo.

Capítulo 8

Si no puedes con el enemigo, únete a él

Derek

—¿Cómo ha ido? —me preguntó mi amigo al oído en cuanto me uní al grupo, ese en el que también estaban mis tres hermanos, mis cuñadas y los hermanos de Mark.

—Mal. Siempre mal. Te dije que lo mejor era que me fuera a mi casa. —Le respondí prácticamente susurrando para evitar que los demás se enterasen de lo que nos traíamos entre manos. A fin de cuentas, lo de aquella fiesta sorpresa no era más que una patraña nuestra en la que, de alguna manera, estaban involucrados sin saberlo. Los convertimos en actores secundarios de una puesta en escena que cada vez me resultaba más y más ridícula.

—Chicos, vamos a por unas cervezas —indicó Mark—. Ahora volvemos—. Todos asintieron y continuaron con la conversación.

Me echó el brazo por encima del hombro y me arrastró algunos metros. Cuando estábamos lo suficientemente alejados, volvió a abrir fuego:

—Cuéntamelo todo.

Le narré por encima lo que había pasado obviando, por no encontrar las palabras que le hicieran justicia, eso que sentí cuando rodeé su cintura y la pegué a mi cuerpo con la clara intención de besarla. No pensé en nadie, solo en nosotros, y di por hecho que si estampaba mis labios contra los suyos recordaría lo que en su día sentimos con cada beso que nos dimos.

La tuve a apenas unos centímetros, un par como mucho, y juro que sentí el momento exacto en el que se desató la guerra en mi interior. Muy a mi pesar, lo de pensar solo en nosotros no duró mucho y pronto fui consciente de que no estaba sola y que el tal Íñigo podía estar viéndonos desde algún punto. Regina tenía pareja y no tenía interés alguno en causarle problemas así que me contuve las ganas y terminé accediendo a su petición de liberarla de mi agarre a pesar de que mi cuerpo me suplicaba que no lo hiciera.

—Y te juro que no sé qué pude hacer mal para que se alejara de la noche a la mañana... —finalicé, soltando un suspiro.

—No le des más vueltas. Las tías son rencorosas por naturaleza —rodó los ojos y se cruzó de brazos mirando descarado a un par de chicas que chapoteaban en la piscina—. Seguro que es algo sin importancia pero que, para ella, supuso un mundo. Las reinas del drama: ellas... —Añadió.

—No lo creo... Percibí dolor en sus ojos... Sé que le hice daño, Mark. Y eso me atormenta —hice una breve pausa—. Desearía poder evitarle todas y cada una de las lágrimas que tuviera que derramar a lo largo de su vida, así que no concibo ser yo el que se las haya provocado.

—Insístele si así vas a quedarte más tranquilo.

—No quiero meterla en problemas con su chico. Íñigo...

—Te pilló con las manos en la masa, ¿no? —terminó la frase.

—Así es. La tenía inmóvil, pegada a mi cuerpo, cuando nos sorprendió por la espalda ese capullo de rostro tallado por los mismísimos dioses...

—¿Y no te lo recriminó? —cabeceé negando. —Insisto, Derek: ese tío no está

enamorado de ella.

—No empieces otra vez. —Le pedí cansado.

—¿Qué habrías hecho tú de haber sido al contrario? Si fueras tú su pareja y otro la tuviera rodeada del talle mientras le habla al oído, ¿qué habría pasado? —me retó clavándome las pupilas.

Si viéndolos juntos se despertaban todos mis demonios a pesar de que no éramos nada, no quería imaginar qué habría pasado si yo hubiera estado en el lugar de Íñigo y hubiera sorprendido a otro tipo con las manazas puestas sobre mi chica en tanto le hablaba tan cerquita...

—Él es él y yo soy yo... —resolví como si no me afectara en absoluto.

Nos quedamos en silencio y, aunque intenté evitarlo, volví a mirarlos, coronándome como el mayor de los masoquistas. Le metió un mechón de pelo detrás de la oreja y apreté los puños de manera instintiva en un gesto cargado de rabia. Necesitaba irme cuanto antes de allí. Hacerlo mientras todos dormían para que no pudieran frenarme era algo que empezaba a ganar fuerza dentro de mi cabeza. Sabía que Mark se enfadaría, pero nuestra amistad se restablecería con los días volviendo a ser los amigos inseparables que siempre fuimos.

—Dices que estoy equivocado, ¿no? —rompió el silencio de golpe y lo miré con una ceja enarcada. Lo conocía y sabía que estaba a punto de soltar una de sus bombas, esas a las que aún no me acostumbraba a pesar de los años—. Pues compruébalo tú mismo. Se me acaba de ocurrir una id...

—No —lo interrumpí—. No quiero nuevas ideas. No quiero *tus* ideas —destaqué—. Me voy a ir a mi casa y ya nos veremos el lunes en el gimnasio.

—No te lo crees ni tú —hundió un dedo en mi pectoral—. Hace una hora tuvimos esta misma conversación en el aparcamiento; no seas pesado. No voy a ceder.

Me froté la nuca y emprendí un par de paseos en círculo como si así pudiera pensar con más claridad.

—Mark, ¿puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿Me quieres? —frené mis pasos ante él y fijé mis ojos en los suyos—, ¿me aprecias aunque solo sea un poco?

—Sabes que eres como un hermano para mí.

—Entonces permite que me vaya. —Le rogué.

Se mesó el pelo y me miró. Tomó aire y lo expulsó despacio. Por lo que leí en sus ojos supe que no iba a darme la respuesta que quería oír. ¡A testarudo no había quien lo igualase!

—Lo siento, Derek. No puedo. Todo esto fue cosa tuya, no voy a comérmelo yo solo.

—¡Pero es que nada está saliendo como planifiqué! —bramé.

—Sé que me repito mucho pero te dije en numerosas ocasiones que no hacía falta tanta parafernalia, que con la barbacoa sería suficiente, pero te empeñaste en ir añadiendo diferentes escenarios para todos esos encuentros que se suponía que propiciarías con ella. Si me quieres tanto como yo a ti, entenderás que no es justo que esté solo al frente de todo. Bastante tengo con estar quitándole a mi padre la idea de la cabeza de pirarse de aquí prácticamente a cada hora...

Tragué saliva y fui consciente del nudo que tenía alojado en la garganta.

—No puedo verla con él. —Bisbisé llevando la mirada una vez más a la butaca que ambos compartían. Él tenía la mano en su espalda y la acariciaba con cariño mientras la escuchaba hablar con atención. Por cómo la miraba, parecía no importarle que minutos antes yo hubiera rodeado la cintura de su chica dejándola pegada a mi cuerpo hasta el punto de poder oír los latidos de su corazón. Íñigo estaba seguro de lo que tenían y yo no era amenaza alguna para

él. Eran una pareja consolidada. No tenía nada que hacer contra eso—. Duele demasiado, Mark.

—Lo sé. Te conozco y me lo llevan diciendo tus ojos desde que esta mañana te enteraste de que vino acompañada. Pero piensa que solo serán tres días. —Indicó, restándole importancia a la vez que agarraba una cerveza de la bandeja del camarero que pasó por nuestro lado.

—¿Te parecen pocos? —fruncí el ceño.

Movió la cabeza negando y respiré aliviado, ya me veía lanzándolo de un empujón a la piscina con la rabia bulléndome por las venas.

—Mira, Derek, esto es fácil —le dio un trago a la cerveza—: si no puedes con el enemigo, únete a él.

—¿Cómo? —abrí los ojos espantado.

—Pues eso, hazte colega de Íñigo.

—Trae —le retiré el botellín de la mano y lo encesté con puntería en la papelera—, ya has bebido suficiente por hoy.

—¿Qué haces, tío? —resopló—. ¡Que estaba lleno!

—¿Pero tú te estás escuchando? El alcohol empieza a hacer estragos en tu cerebro.

—Sé bien lo que he dicho. No he bebido tanto como crees.

—¿Cómo se te ocurre decirme que me haga amigo de Íñigo? De todos los tíos del planeta, en este momento es al que más odio.

—Solo estando cerca podrás ver las grietas de esa relación. Esos no están tan bien como tú crees. Te digo yo que hay algo raro en ellos... —insistió achinando los ojos, analizándolos desde la lejanía—. No hay... química... —Empezaba a rallarme esa nueva faceta de Mark de ver más allá de lo que el resto de los mortales alcanzábamos a ver—. ¿Es que eres ciego, Derek? Fíjate bien, sus gestos son fríos... forzados...

Los miré de reojo y se me contrajo el estómago. No estaba de acuerdo con mi amigo. Yo sí veía *feeling* entre ellos. Y lo odiaba. Mucho.

—Se te va la pinza...

—Hazme caso, propicia un acercamiento con él. Gánate su confianza. —Indicó con tanta confianza que me resultaba chirriante al tratarse de semejante idiotez. No es que Mark fuera un tipo lúcido en su día a día pero es que, con aquello, se estaba coronando.

—No, gracias. —Le di un par de manotazos en la espalda y me dirigí de nuevo al grupo dejándolo plantado.

¿Unirme «al enemigo»? ¿ganarme la confianza de Íñigo? A estas alturas ya debía conocer lo que su novia y yo tuvimos y estaría odiándome con la misma intensidad que yo a él.

Mark estaba perdiendo el poco juicio que le quedaba; solo un insensato podía llegar a proponerme algo así.



Me senté en uno de los taburetes del bar del hotel, pedí una copa y le di un primer trago mirando a la nada, regocijándome en el silencio que allí se disfrutaba y que tanto necesitaba en ese instante.

Hacía apenas unos minutos que había finalizado la cena y la posterior sobremesa que, para mi gusto, por tener que ser testigo directo de las miraditas cómplices y las risas que Regina y *el Rapunzel* venido a menos compartieron, duró demasiado.

Perdí la cuenta de las veces que miré el reloj para después maldecir que las manecillas girasen tan despacio, y es que no veía el momento de salir de aquel maldito comedor en el que ni la compañía de Mark, ni la de esas otras chicas que se acercaron con la clara intención de que,

tras tomarnos un par de copas, terminásemos entre las mismas sábanas, me animaban por más que hicieran hasta lo imposible para hacerme sentir a gusto.

Supe que era el momento de marcharme cuando una de ellas, una rubia explosiva que en cualquier otro momento de mi vida me habría hecho babear, rodeó mi cuello con sus brazos y, acercando demasiado su boca a la mía, me propuso follar en los baños. Así, a bocajarro. Dejándole claro que se equivocaba conmigo, deshice la lazada de sus brazos y se los dejé pegados a la cadera. No sabía qué pretendía hacer Mark con ellas —bueno, sí que lo sabía—, pero yo tuve claro desde el principio, y así se lo hice saber a él cuando me dijo en un par de ocasiones que cuál de las tres me gustaba, que no me perdería en el cuerpo de ninguna. No cuando el mío se estremecía con solo imaginar rozando el de Regina. No cuando, sabiendo que la tenía a solo una pared de distancia, mi cabeza no dejaba de mostrarme, como diapositivas, tantos momentos que vivimos juntos que el solo hecho de pensar en meter a otra en mi cama que no fuera ella lo sentía como una traición hacia su persona.

A ver, no pretendo engañarte, ni colgarme el cartelito de «hombre del año». Claro que había follado con muchas mujeres en los últimos cinco años, pero lo único que me quedaba cuando el encuentro llegaba a su fin era un sabor amargo en la garganta y la certeza de que, buscase donde buscase, ninguna me haría sentir lo que Regina.

No entraba en mis planes acabar el día sintiéndome aún peor de lo que ya me sentía. Cinco minutos de placer ya no me merecían la pena.

A pesar de la amplitud del salón, tenía la sensación de que me faltaba el aire, era como si, a medida que los minutos avanzaban, las paredes fueran desplazándose poco a poco estrechando el comedor sin que nadie se estuviera percatando de ello. Nadie a excepción de yo mismo, que me cosqué de que se estaba haciendo más y más pequeño cuando, al mirar a cualquier punto, siempre me topaba con Gina y su particular actor de anuncio de dentífrico.

Aunque la gran mayoría de los invitados, una vez terminada la cena, regresaron a sus habitaciones, yo fui incapaz de subir a la mía. Eso de pillar la contigua a la de Regina había sido otro error más, uno garrafal si tenía en cuenta que los gemidos podían llegar a mis oídos. No estaba preparado —ni quería estarlo— para experimentar algo así. No después de haberla tenido tan cerca aquella tarde en la piscina, y durante la noche en la cena, y me había reafirmado en que lo que sentía por ella no era poca cosa como intenté convencerme en tantas ocasiones durante los últimos años.

Allí sentado, observé durante minutos los hielos que flotaban en el vaso de culo grueso que sostenía en una de mis manos. Aunque me transferían su frío, no era suficiente para hacer desaparecer el calor abrasador que el cuerpo de Regina había incrustado en las yemas de mis dedos. Estaba convencido de que, si no lo dejaba pronto sobre la barra, empezarían a derretirse aguándome el wiski.

Estaba tan concentrado en el líquido ambarino que contenía el vaso, como si este tuviera la capacidad de hacer desaparecer todo lo que me atormentaba con solo mirarlo, que no me percaté de su llegada. Lo vi solo, al final de la barra, en una esquina donde la luz apenas se proyectaba y lo mostraba como si fuera una casi imperceptible sombra.

Retorciéndome de nervios en aquella banqueta alta, alterné la mirada entre las dos entradas que desembocaban en el bar esperando verla aparecer de un momento a otro. El corazón me latía con tanta fuerza que parecía estar amenazándome con salirse del pecho. Y sí, ahí volví a reafirmarme en que Gina no era —ni sería jamás— una más en mi lista de conquistas. Esa forma desesperada de bombear sangre no se da con cualquiera.

Al contrario que los míos, que brincaban de una puerta a otra esperando su entrada

triunfal, los ojos de Íñigo estaban clavados en la pantalla de su teléfono móvil y tecleaba sonriente como si tras esta se escondiera la persona más extraordinaria del mundo. ¿Estaría hablando con ella? ¿Le estaría preguntando por qué se demoraba tanto? Si aquella mirada y esa sonrisita boba que lucía no era la de un tío enamorado, que bajara Dios y me lo rebatiera; Mark estaba viendo cosas donde no las había.

Entendí que iba a estar solo cuando, tras unos minutos, alzó el brazo y le pidió algo al camarero. Reconozco que me extrañó. Durante la cena no se separaron, rieron cómplices y los gestos cariñosos no faltaron entre los dos. Verlo en aquella barra en lugar de estar devorándola entre las sábanas —como habría hecho yo de estar en su piel—, me chocaba. ¿Habrían discutido y por eso bajó solo?, ¿estaría wasapeándose con otra mientras Gina dormía en la habitación ajena a lo que su amado estaba haciendo? Aunque me parecía una verdadera estupidez, algo en mí tenía la esperanza de encontrar alguna grieta en esa relación por la que poder colarme, y una infidelidad era motivo más que suficiente para que se formase.

«Si no puedes con el enemigo, únete a él», me repitió la voz de mi amigo como si estuviera en la banqueta de al lado. Vale, podría intentarlo, pero ¿cómo iba a conseguir que Íñigo admitiera que no atravesaban su mejor momento, o si, por el contrario, que estaban mejor que nunca? No éramos amigos. Y las pocas veces que coincidimos no podría decirse que hubiera habido buen rollo.

No tardó en encendérseme la bombilla.

—Disculpe —llamé al camarero. Me miró y se acercó—, sume a mi cuenta lo que tome aquel caballero. —Lo señalé.

—De acuerdo.

Lo observé servir el ron en una copa de balón para seguidamente dejárselo, junto con una botella de refresco de cola, delante. El camarero me apuntó con el dedo, le dijo algo e Íñigo me miró. Le mostré el pulgar y, aunque al principio se mostró reticente, terminó devolviéndome el gesto con una sonrisa que no me resultó, como era de esperar, sincera.

Ocultándome detrás del vidrio grueso de mi vaso, lo miré de reojo de vez en cuando. Su atención seguía puesta en la pantalla de su móvil y sus dedos no paraban de moverse con determinación por esta en tanto la sonrisa se le mantenía intacta.

Reconozco que la curiosidad me estaba consumiendo porque, para qué mentirnos, la posibilidad de que él y Gina estuvieran atravesando una crisis y que *el Rapunzel* pudiera estar teniendo un lío de faldas con la chica del otro lado de la pantalla, no me abandonaba la mente.

Me planteé tropecientas formas diferentes de abordarlo pero en ninguna veía claro cómo continuar con la conversación una vez propiciado el encuentro. Íñigo y yo no teníamos nada en común, a excepción de estar enamorados de la misma chica.

—Derek —sentí una mano en el hombro y me sobresalté. Giré la cabeza y me encontré a Íñigo y a esa sonrisa de dientes perfectamente alineados y blancos como la nieve que parecía llevar siempre anclada en el rostro. Sí, lo maldije por ser tan jodidamente perfecto porque eso me lo ponía todavía más difícil—, gracias por la invitación.

Estuve tan perdido en mis pensamientos que ni tan siquiera me percaté de que había abandonado el final de la barra para plantarse justo detrás de mí.

—No ha sido nada.

—Te debo una. —Me tendió la mano y se la estreché con más fuerza de la que quizá podía considerarse normal. Imaginar que aquella mano acariciaba cada centímetro de la mujer que amaba me mataba.

Nos despedimos de manera educada y me reproché el haber perdido la oportunidad de

tener un acercamiento en el que recabar algún dato de interés sobre su relación con la mujer de mi vida. Pero es que, aunque lo hubiera intentado, no habría podido fingir que su cercanía no me retorcía las tripas.

En aquella ocasión mi amigo no estuvo acertado. No, no podía unirme al enemigo por más que hubiera querido porque hay guerras en las que no todo vale. De repente, y en un momento de lucidez en el que dejé mi egoísmo a un lado, imaginé el dolor que sentiría Regina al descubrir que su chico la estuviera traicionando. Entonces dejé de querer que su relación presentase cualquier tipo de grieta aunque eso supusiera tener que aceptar mi derrota.

Primero ella y su felicidad. Por encima de la mía. Siempre.

Capítulo 9

Tenías razón

Derek

Me había quedado solo en el bar a excepción de los dos camareros que se movían de un lado para otro detrás de la barra, dejándolo todo preparado para el día siguiente.

Los huéspedes fueron abandonando el bar a medida que la madrugada fue abriéndose paso pero daba la sensación de que mi reloj iba a otro ritmo diferente. Para mí, las horas, a pesar de ver cómo las manecillas avanzaban dando pequeños saltos por la esfera, parecían no sumar. Era como si, de algún modo, al fin hubiera conseguido echarle el freno a un día intenso y caótico. El mismo que me mantuvo con el pie hundido en el acelerador, sin importarme que pudiera estrellarme en cualquier momento, desde que amaneció.

—Disculpe, vamos a cerrar. —Me indicó el camarero.

—Oh, sí... Claro... —titubeé.

Me eché el último trago en la boca y pagué la cuenta.

Había llegado el momento de regresar a mi habitación y eso era algo que me angustiaba. Saber que estaban juntos al otro lado de la pared me mortificaba, pero no podía seguir alargando algo que terminaría dándose tarde o temprano. No podía pasar las noches en algún sofá de la sala de estar del hotel, en mi coche, o en cualquiera de las butacas de la zona de la piscina. ¿O sí? Moví la cabeza para deshacerme de la idea antes de que se hiciera más fuerte.

Deslicé el vaso vacío al centro de la barra y me puse de pie. Me re Coloqué la cinturilla del pantalón y me acomodé la camisa. Después, caminé hacia la puerta. Un par de metros antes de atravesarla, y justo debajo de la banqueta que Íñigo ocupó, algo llamó mi atención. Miré a todos lados como si estuviera a punto de cometer un delito y quisiera asegurarme de no tener testigos, y me agaché para agarrar una cartera negra que di por hecho que sería de él.

Contemplé dejársela al camarero para que se la hicieran llegar a su habitación a la mañana siguiente pero, de pronto, tuve una corazonada. Ignorando esa voz interior que me gritaba que no estaba haciendo lo correcto, me la guardé con disimulo en el bolsillo trasero del pantalón y abandoné el bar sin mirar atrás.

Aligeré el paso hasta llegar al ascensor sintiéndome el mayor de los delincuentes y, cuando entré en este y las puertas se cerraron brindándome la privacidad que necesitaba, la saqué.

Me temblaban las manos. Sabía que no estaba haciendo lo correcto y, aun así, la abrí.

Registré el tarjetero sin saber bien qué pretendía encontrar. Todo parecía dentro de lo

normal: un par de tarjetas de crédito a nombre de Íñigo Suárez Sánchez, alguna que otra tarjeta de visita a las que no les presté atención, y su carnet de conducir.

«¿Ya te has quedado tranquilo? —me recriminó mi voz interior—. Estarás orgulloso...». Me sentí el más rastrero de los tíos porque, en mi fuero interno, albergaba la esperanza de encontrar algo que convirtiera a Íñigo en una mala persona.

Cuando el ascensor llegó a mi planta y abrió sus puertas, quise regresar la cartera al bolsillo de mi pantalón a la vez que avanzaba por el pasillo que conducía a las habitaciones, pero no atiné y esta cayó al suelo, desperdigándose por este varios papeles que estuvieron guardados en uno de los compartimentos.

—Mierda... —Bisbisé.

Me puse en cuclillas y fui recogiendo todo con cuidado, devolviéndolo al interior de la cartera de manera ordenada como si allí no hubiera pasado nada.

Deslicé la palma por la moqueta para hacerme con los últimos papeles cuando, cubierta parcialmente con un tique de compra, vislumbré la esquina de lo que parecía una fotografía. La cogí y el corazón se me frenó en seco. Estaba realizada en un fotomatón y, por el desgaste que presentaba, supuse que no había sido tomada recientemente. Una chica preciosa, rubia, y con unos enormes ojos azules, le tiraba un beso a la cámara; a su lado, un Íñigo sonriente la miraba como si fuera la única mujer sobre la faz de la Tierra. «Puede ser cualquiera, Derek. Relájate», se apresuró a advertirme mi voz interior conocedora de eso que estaba pensando. No, no podía ser cualquiera porque, al darle la vuelta, un «Te quiero» escrito a mano con tinta azul, hizo que saltaran todas mis alarmas.

—Hijo de puta... —Musité con los dientes apretados.

Con la cartera en el puño, me dirigí a la habitación de Mark. Aporreé la puerta sin importarme que fuera de madrugada y todo el hotel estuviera envuelto en un silencio sepulcral, como tampoco me importó que Mark tuviera allí dentro a cualquiera de las chicas —o todas— de la sobremesa. No me importaba nada que no fuera destapar la farsa de Íñigo.

—¿Qué coño...? —preguntó con la voz ronca y los ojos entornados por la luz del pasillo cuando me abrió.

—¿Estás solo?

—Sí.

Le di un empujón y lo obligué a hacerse a un lado. Pasé al interior como un toro y lancé la cartera sobre la mesa. Después hice lo mismo con la fotografía, que planeó hasta caer encima.

—¡Lo tengo, Mark! —celebré—. ¡Tenías razón! ¡No la quiere!

Mi amigo llegó al salón arrastrando los pies y frotándose los ojos para intentar adaptarse a la luz.

—¿Has visto la hora que es?

—Me importa una mierda la hora. —Gruñí.

—Ya, pero a mí no. Mañana tenemos que levantarnos temprano, Derek. Si le pedí a Fabiola y a Fanny que se marcharan cuando terminamos de follar, no sé qué te hace pensar que tu compañía me apetezca más... ¿Puedes irte?, mañana hablamos... —bostezó encaminándose hacia el dormitorio.

—Mira —lo paré agarrándole con fuerza de la nuca y le señalé la foto, ignorando su pregunta.

—Derek —bostezó de nuevo—, estoy agotado. No imaginas la caña que me han dado... Ya no estoy para est...

—Hice lo que me sugeriste. —Lo corté.

—¿Yo te he sugerido algo? Ahora mismo no sé ni dónde estoy de pie... —balbuceó—. ¿De qué me estás hablando?

—De eso de unirme al enemigo y bla, bla, bla...

—Ah, ya... Sí...

—Lo intenté. Lo invité a una copa en el bar de abajo pero, finalmente, fui incapaz de acercarme y mantener una charla con él. Y menos mal que no lo hice; ese imbécil y yo jamás podremos ser amigos. —Escupí con rabia.

—Genial, Derek —volvió a bostezar, me daba la impresión de que no me escuchaba y que su cabeza solo fantaseaba con regresar a la cama.

—Es la cartera de Íñigo. —Indiqué.

Ese dato pareció despertarlo de golpe. Abrió los ojos como platos y me miró horrorizado.

—¿Se la has robado?

—¡No! —exclamé.

—¿Entonces? Espera, no digas nada, déjame adivinarlo. Te cayó en la manos mientras sobrevolaba tu cabeza —ironizó. Rodé los ojos y me contuve las ganas de darle un puñetazo.

—Se le cayó al irse.

—Claro, y era mucho mejor echártela en el bolsillo que dejársela a los camareros o entregarla en la recepción, ¿verdad? —vaciló.

—Lo contemplé, pero tuve una corazonada; y no me he equivocado. —Agarré la fotografía y se la puse delante de la nariz—. ¿Qué me dices de esto?

Mark la observó algunos segundos sin decir nada y después me miró:

—Te dije que percibía algo raro en ellos. Le es infiel, por eso son forzados sus gestos.

—No voy a permitir que se ría de ella. —Me froté la nuca moviéndome nervioso.

—¿Y qué piensas hacer?

—Decírselo. —Solté convencido. No pensaba callarme algo así.

—Espera, Derek. No debes actuar en caliente. Aunque la fotografía no deja lugar a dudas, puede que haya alguna explicación para que la lleve en la cartera. Se me ha ocurrido algo.

—Soy todo oídos.

Capítulo 10

Las casualidades no existen

Regina

—Venga, Gina, levanta. Empieza a haber movimiento en el pasillo. Y yo necesito café.

Bostecé y metí la cabeza debajo de la almohada. Me importaba bien poco lo que empezara a cocerse en los pasillos; y la máquina de café no se iba a mover del sitio.

No me apetecía llevar a cabo la actividad programada para aquella mañana. Lo único que quería era que los días pasaran rápido para largarme cuanto antes de aquel hotel, regresar a mi día a día en la floristería y perder de vista, de una vez por todas, a Derek.

Tras un rato haciéndome la remolona, me vi obligada a salir de la madriguera cuando Íñigo levantó la persiana como si su vida dependiera de ello; dándole permiso al sol para que inundara cada recoveco de la habitación y bañara mi cara.

Adaptando mis pupilas a la repentina claridad, me senté en el colchón y apoyé la espalda en el cabecero almohadillado en tanto me retiraba algunas legañas.

—Regina, tenemos que hablar —dijo serio, abriendo la puerta del armario para elegir la ropa que iba a ponerse. Se despertaba con una vitalidad envidiable—. Cuando llegué anoche ya estabas dormida y no pude decírtelo...

—A cuenta de eso, quería agradecerte que me dejaras sola.

—No tienes nada que agradecerme. —Agarró unas bermudas y una camiseta y se sentó a los pies de la cama—. ¿Te encuentras mejor? —con destreza, se agarró el pelo en un moñete con la gomilla que llevaba en la muñeca dejándoselo perfecto.

—Si te soy sincera, no lo sé... —Me encogí de hombros y arrastré los pies por la cama hasta dejarme las rodillas pegadas al pecho. Me las abracé y apoyé la barbilla en estas. Llevé la mirada a la pared de enfrente y repasé mentalmente todo lo acontecido.

Después del encuentro con Derek en la piscina, me quedé tocada. Las palabras que me dijo al oído no dejaban de martillearme la cabeza, y es que, oír después de tantos años que no estaba dispuesto a olvidar nada de lo que vivimos, distaba mucho de lo que durante todo ese tiempo que estuvimos alejados di por sentado que pensaba. Fueron muchas las veces que me dije a mí misma que Derek no guardaría ningún recuerdo de nosotros, que fue el único que no rompió el pacto y que la culpa era mía por haber sentido de más.

Apenas comí. Ni tan siquiera pude probar la tarta —¡con lo que a mí me gusta el dulce!— porque su presencia tenía el poder de apretarme la garganta hasta el punto de cerrármela.

Cuando bajamos al comedor descubrí que los asientos estaban previamente asignados y que, justo enfrente de la silla que llevaba mi nombre, un cartelito señalaba el de Derek. Contemplé pedirme un bocadillo para llevar y regresar a la habitación porque supe que, estando sentado tan cerca, no tendría la posibilidad de retirarme en toda la noche la careta de «novia de». Esa que empezaba a asfixiarme complicándome así llevar a cabo ese absurdo papel que interpretaba a duras penas.

A pesar de que Íñigo siempre me lo ponía todo mucho más fácil, cada vez me costaba más fingir que aquel rubio de ojos azules no provocaba nada en mí. Verlo como un tío más de los que pasaban por allí me resultaba imposible porque mi interior se estremecía cada vez que nuestros ojos se encontraban; por muy breve que fuera dicho encuentro.

Se ve que los horarios que indicaban en el *flyer* para llevar a cabo cada actividad no iban con él ni con su inseparable colega. Llegaron cuando la gran mayoría de invitados ya ocupábamos nuestras sillas, atrayendo las miradas de varias chicas que, entre risitas, se daban codazos las unas a las otras para después señalar con las pupilas a Derek y a Mark que, ajenos a lo que estaban provocando entre las féminas, avanzaban por el comedor conversando con calma, paseando esos metros noventa de puro músculo como si sus mundos girasen a un ritmo diferente que el del resto de mortales.

¿Se creían el ombligo del mundo? Creo que no hace falta que te conteste a la pregunta.

La verdad que el canalla estaba más guapo que nunca. Daba la impresión de que se había peinado cada mechón de pelo y rasurado la barba a conciencia; también que había elegido su atuendo con la única finalidad de desquiciarme. El pantalón chino azul marino se le ajustaba de puto vicio a sus muslos fuertes y a ese trasero bien trabajado; y la camisa blanca que lucía no era menos. Aquel trozo de tela que parecía estar confeccionada a medida, no dejaba de gritarme que se la arrancara sin miramientos por más que le siseara para acallarla.

Evité cuanto me fue posible el contacto visual para no mostrarme una vez más débil ante su presencia. Pero su perfume no quiso ponérmelo fácil. Ese olor tan suyo estuvo viajando hacia mi nariz durante toda la noche y fueron varias las veces que tuve que frotarme la piel de los brazos para bajar esos vellos que se erizaban sin permiso cuando su olor me alcanzaba. Por más

que a lo largo de aquellos cinco años hice todo lo que estuvo en mi mano para arrancarme de lo más profundo de mi cerebro ese olor que jamás encontré en nadie más, esa noche comprobé que fue en vano.

Como si el tiempo no hubiera pasado llevándose consigo las sensaciones de lo vivido antaño, su perfume me transportó a los incontables besos robados en los pasillos del hotel; a las charlas eternas tumbados en el capó de su coche, estacionados en un lugar apartado donde las estrellas brillaban de manera más intensa; a los muchos momentos donde me perdí en su cuerpo y hasta las sábanas de su cama o la mía nos sobraban. A las despedidas en las que, tras cerrar la puerta de mi casa y volver a quedarme sola, hundía la nariz en mi ropa y sonreía como una tonta al comprobar que, aunque se había marchado, algo de él se había negado a hacerlo.

Aquel olor que una vez impregnó mi cuerpo seguía intacto en mí, y todo mi ser lo sabía.

Cuando finalizó la cena y dio comienzo una sobremesa en la que los invitados empezaron a dispersarse, copas en mano, por el salón, las chicas que estuvieron desnudándolos con la mirada durante toda la comida, aprovecharon para propiciar un acercamiento con ellos. Tanto Derek como Mark parecían encantados. Reían, bebían y se hacían fotos con esas sonrisas —en ocasiones exageradas— inamovibles que lucían.

Estaban tan pegados los unos a los otros que podría decirse que el aire conseguía correr a duras penas entre aquella aglomeración de seres sedientos de sexo envalentonados por el alcohol que se rozaban más que las rodillas de una cabra.

Perdí la cuenta de las veces que cambié de ubicación arrastrando al pobre Íñigo de un lado para otro, pero es que no podía ver las manos de las chicas entrando en contacto con cualquier parte del cuerpo de Derek.

Hubo un momento clave en la noche, uno que pareció pulsar ese interruptor capaz de hacerlo volar todo por los aires en un nanosegundo. Los recuerdos del pasado recobraron protagonismo cuando, en el último cambio de ubicación, divisé los brazos de una de las chicas colocándose alrededor del cuello de Derek para después dejar sus labios a pocos centímetros de los de él.

Juro que sentí cómo se me subió por el esófago lo poco que había conseguido ingerir para dejarle hueco en el estómago a una bola que fue adquiriendo volumen a la velocidad de la luz. La misma velocidad a la que se dispararon mis latidos y mis piernas empezaron a temblar.

Fui incapaz de seguir presenciando aquel espectáculo así que salí corriendo de allí sin mirar atrás. Bebiéndome los tramos de escaleras como si acabara de poseer el poder de volar.

Ni tan siquiera me importó si Íñigo seguía o no mis pasos. Mi única prioridad era huir, escapar de una escena que me removía y sacudía como el primer día y cuyas consecuencias ya conocía de sobra.

A pesar de las muchas veces que Íñigo me pidió que parara, no lo hice hasta llegar a la puerta de la habitación que compartíamos. Las manos me temblaban tanto que introducir la llave en la cerradura me resultó imposible así que, con esa paciencia y ese saber estar que era tan suyo, me la retiró y fue él el que, sin mencionar palabra alguna pero haciéndome sentir que estaba conmigo en aquello, abrió en tanto mis lágrimas esperaban un pestañeo para escapar de mis ojos cual pistoletazo de salida.

Pasé directamente al dormitorio y me lancé sobre la cama, y fue entonces cuando rompí a llorar como hacía años que no lo hacía.

Recuerdo vagamente que Íñigo intentó consolarme con palabras de esas que reconfortan pero que para mí, en ese momento, tuvieron el mismo efecto que podría tener que me hubiera leído el prospecto de un antihistamínico: ninguno. Así que, como si tuviera la capacidad de

leerme el pensamiento, y tras varios minutos en silencio de pie en una de las esquinas del dormitorio, se marchó de la habitación dejándome sola.

Me quedé dormida vencida por el sueño cuando ya no me quedaban más lágrimas y antes de que Íñigo regresara.

—¿Qué querías decirme? —retomé, desviando poco a poco la mirada hacia él.

—Pues que anoche bajé al bar y... bueno... me lo encontré a él.

—¿A Derek? —abrí los ojos de par en par y el corazón se me encogió al pronunciar su nombre.

—El mismo.

—¿Y qué hiciste?, ¿qué pasó?

—Me senté en el lado opuesto a donde él estaba, al fondo de la barra, y fingí no haberlo visto.

—Genial.

—Pero entonces pasó algo que me dejó descolocado... —hundí las cejas y permanecí en silencio para que continuara—. Me invitó a una copa.

—¡¿Qué?! ¿Cómo que te invitó a una copa, Íñigo? ¿Y la aceptaste?

—Sí, claro.

—¿Y te dijo algo?, ¿hablasteis? Dime por favor que no os emborrachasteis juntos y que no recuerdas si metiste la pata o no... —supliqué.

—No.

—¿No qué? —reconozco que el temor a que nuestro plan se hubiera ido al garete se notó en mi tono de voz.

—Regina, tranquila. No hablamos de nada.

—¿Se limitó a invitarte y ya está? —perdí la cuenta de las preguntas que le había hecho en apenas un par de minutos. Paciencia poseía a raudales porque seguía respondiéndomelas sin rechistar.

—Así es. La verdad que pensé que, tras la invitación, propiciaría un acercamiento. Pero se limitó a mirarme de reojo durante todo el tiempo que estuve en el bar. Gina, Derek es muy raro...

Y al fin respiré aliviada. No fui consciente de lo que aquella conversación había provocado en mí hasta que vacié por completo mis pulmones y descubrí que llevaba bastante rato respirando a medias.

—¿Raro? ¡Niño, no te dejes engañar. Derek es gilipollas profundo. —Rematé tan convencida de lo que acababa de decir como si hubiera afirmado que la hierva es verde. Me levanté y me re coloqué el pantalón del pijama—. Me doy una ducha y bajamos. No dejo de pensar en lo maravilloso que va a ser cuando mañana le digamos adiós a toda esta pantomima y al fin pierda de vista a ese engreído. Creo que nunca he deseado tanto volver a mi rutina...

Bajamos los tramos de escaleras que conducían a la recepción y sonreí bobalicona al ver un par de chicos empujando una máquina de algodón de azúcar hacia la zona de la piscina.

—¿Te he dicho alguna vez que adoro el algodón de azúcar? —Le comenté con una sonrisa de oreja a oreja.

—No. No tenía ese dato. Pero acabo de anotarlo en mi cerebro; uno nunca sabe cuándo tendrá que usarlo —me guiñó el ojo y sonreí—. ¿Sabor favorito?

—Fresa. Siempre fresa. —Se me hizo la boca agua. Lo mío con esa golosina era amor del bueno.

—Anotado también.

Estaba segura de que una vez finalizado aquel fin de semana sabríamos prácticamente todo el uno del otro. Si algo bueno había sacado de todo aquello era el haber tenido la oportunidad de conocer mejor al tipo por el que mi mejor amiga llevaba loca desde el primer momento que sus caminos coincidieron. Lenna era la chica más especial, buena y generosa que había conocido a lo largo de toda mi vida, e Íñigo un tipo afortunado que supo ver en ella eso que unos pocos privilegiados nos deteníamos a observar para quedar inmediatamente hechizados con su magia.

Entramos en el comedor y una bofetada de un delicioso olor a pan tostado y dulces recién horneados nos dio la bienvenida.

—¿Dónde nos sentamos? —le pregunté. Tenía los ojos clavados en la máquina de café que quedaba justo a su derecha, al lado de un par de dispensadores de cereales, y parecía que le importaba bien poco todo lo demás.

—Me da igual. —Lo dicho. Su objetivo estaba bien claro.

—¿Al fondo?

—Vale. —Pronunció reteniendo la saliva para no formar un charco en el suelo.

Si le hubiera preguntado si se cortaría la coleta a cambio de una patada en la espinilla, estoy convencida de que me habría respondido lo mismo. En su cabeza solo debía de resonar la palabra «café». Todo lo demás había pasado a un segundo —o tercer— plano.

Avancé entre las mesas y decidí ocupar una de las que estaban pegadas a la cristalera que daba a la piscina por poseer las mejores vistas. En todo momento di por hecho que Íñigo seguía mis pasos pero, al plantar mi trasero en la silla, descubrí que llegué sola hasta allí y que él se quedó junto a la máquina de café —vaya, ¡qué sorpresa!— como si esta proporcionara oro líquido.

En tanto Íñigo escogía su desayuno paseándose por el buffet tazón en mano, yo miraba inquieta la puerta. No lo podía evitar, Derek me ponía nerviosa incluso cuando no estaba presente. Muy a mi pesar seguía poseyendo ese maldito poder sobre mí.

—Todo tiene una pinta buenísima. —Afirmó, dejando sobre la mesa un plato con un par de tortitas con beicon, un trozo de tortilla y una taza de café XXL.

—¿Piensas beberte todo eso, o es que pretendes hacerte unos largos en cuanto te quites los zapatos? —le pregunté con sorna.

Soltó una carcajada y me contagió.

—Llevo soñando con este momento desde que anoche terminamos de cenar —confesó con la boca hecha agua—. Reconozco que tengo cierta dependencia al café y que lo llego a tomar en cantidades ingentes...

—Ya veo... ya...

—En realidad lo tomo para contrarrestar lo dormilón que soy. No llevo mal madrugar, pero necesito irme muy temprano a la cama para poder hacerlo.

—Yo soy bastante noctámbula. Supongo que los problemas siempre suelen taladrarme el coco a la misma hora...

—Pues dormir es esencial. El cuerpo se reinicia. Y la cabeza también. No podemos estar siempre pensando; hay que darse una tregua. —Le dio un sorbo e hizo un mohín, después empezó a abanicarse la lengua haciéndome reír—. Demasiado caliente. —Añadió.

—O tú demasiado impaciente. —Le di una colleja y me levanté para servirme el desayuno.

Apenas quedaban en el plato las migajas de lo que fue una riquísima tostada de tomate y york. Pero mi taza de café —de tamaño normal, nada de piscina olímpica como la de mi amigo — aún seguía por la mitad. A pesar de que estaba prácticamente a dos grados más que un iglú, mi boca iba y venía dando pequeños sorbos con tranquilidad, como si quisiera alargar aquel desayuno más que de costumbre sin importarme que mi capuchino estuviera helado.

—¿Siempre desayunas tan despacio, Gina? —me preguntó Íñigo sin levantar los ojos de la pantalla del móvil. Llevaba varios minutos hablando por *WhatsApp* con mi amiga, trasladándome los mensajes que esta le iba dejando para mí, y sonriéndole como un bobo a esos otros que se guardaba para sí mismo. Cuando estaba cerca de ellos se me subía la glucosa en sangre.

—Sí. Soy una chica tranquila —mentí—. El desayuno es una de las comidas a las que le dedico más tiempo —seguí mintiendo. Había noches que alargaba tanto la cena que terminaba el último bocado bien entrada la madrugada—. Digamos que es el momento en el que empiezo a conectar con el hoy, y hacerlo lleva su preparación. —Ahí no mentía. En mi casa también me quedaba obnubilada algunos minutos delante de la taza mirando a la nada, intentando asimilar que me enfrentaba a un nuevo día. Recargándome las pilas con el tictac de las manecillas del reloj que tenía en la cocina.

Aunque por las mañanas mi lentitud era evidente, la realidad era que una parte de mí estaba alargando aquello con la única intención de ver a Derek aparecer de un momento a otro a sabiendas de que su presencia siempre terminaba sacándome de mis casillas. Era una verdadera masoquista removiendo un pasado que aún seguía doliendo.

¿Cuándo pensaba pasar página? Podía empezar dejando de buscarlo por las esquinas como buscaba el cargador de mi móvil cuando en la pantalla veía que me quedaba un tres por ciento de batería.

Poco antes de que las horas reservadas para el desayuno dieran fin, y saltándose una vez más el horario establecido por el organizador del cumpleaños, apareció.

Mi corazón se saltó un latido cuando lo vi atravesar la puerta principal del comedor con esa seguridad aplastante que poseía a la hora de caminar —o de hacer cualquier cosa, para qué obviarlo—. Vestía un tejero desgastado y una camiseta amarilla que se le ajustaba al torso como un guante. En los pies sus deportivas blancas, esas que llevaba tan impolutas que parecía que las iba estrenando. Tardé poco en darme cuenta de que los dos íbamos vestidos igual. ¿Es que a parte de la capacidad de volverme loca, de instalarse en mi cerebro cual bacteria devoradora de sensatez, ahora también podía leerme la mente? ¡Habrase visto!

A pesar de los metros que nos separaban, pude percibir el cansancio en sus ojos. Daba la impresión de que apenas había dormido, e inevitablemente lo imaginé retozando con la rubia de la noche anterior. Pensar en sus manos acariciando cada centímetro de una piel que no era la mía, o en su boca devorando con fiereza otro cuerpo como en su día amalayó el mío, me retorció las tripas.

Tenía que ponerle remedio a esos ataques de celos absurdos que me daban cuando de él se trataba. Entender de una vez por todas que Derek era libre para estar con unas y con otras. Libre como siempre lo fue y me costó y dolió tanto entenderlo.

Permaneció parado junto a la entrada para hacer desde allí un barrido visual mesa por mesa como si estuviera buscando a alguien.

Ese corazón que al verlo se quedó algunos segundos sin bombear para después retomar con más fuerza su tarea, abandonó mi cuerpo cuando sus ojos me encontraron. Mantuvo algunos segundos la mirada clavada en mí, dibujando poco a poco una sonrisa que no terminó de mostrar completa porque la tristeza de sus ojos azules no se lo permitían. Lo conocía lo suficiente para leer más allá de aquella casi imperceptible curva: Derek necesitaba contarme algo. Algo importante. ¿Algo que no le resultaba fácil?

—Se acerca... —Bisbisé con los dientes apretados cuando lo vi encaminarse decidido hacia nuestra mesa.

Me removí nerviosa en la silla y comprobé que esa velocidad que tomaron mis latidos cuando sus ojos se cruzaron con los míos apenas fue un calentamiento para esa otra que alcanzó mi corazón cuando Derek fue borrando metros entre los dos con cada zancada. Sentí que ese musculo que a veces iba por libre estaba amenazándome con abandonarme el pecho y terminar zambulléndose en la taza ya vacía tamaño embalse de Íñigo si no ponía pies en polvorosa antes de que alcanzara mi mesa.

—¿Me has dicho algo? —alzó la mirada de la pantalla de su teléfono y me miró.

—Que se está acercando...

—¿Quién?

—¡Mi hermana, Íñigo! —gruñí, tirando de ironía.

—¿Tu hermana? —hundió las cejas—. ¿Pero tú no eras hija única?

Le di una patada por debajo de la mesa y, justo cuando fue a preguntarme por qué había

hecho eso, Derek se colocó a nuestro lado con una pose de lo más arrogante. Borrando por completo de sus ojos ese ápice de tristeza mezclado con cansancio que oteé desde la distancia para darle paso a una ira que me dejó fuera de juego.

—Buenos días. —Nos saludó cortante.

—Buenos días. —Le respondimos a la vez.

Mientras que se dirigía a nuestra mesa, sus océanos azules estuvieron fijos en mí pero, cuando echó el ancla a nuestro lado, su objetivo cambió drásticamente.

—¿Todo bien por aquí? —aunque la pregunta fue lanzada para los dos, no dejó de mirar de manera directa a mi falso novio.

—Sí, bien. ¿Y tú qué tal? —Le preguntó este después de que Derek lo atravesara con sus pupilas durante varios tensos segundos.

—Genial. —Percibí cierta rabia en aquella palabra soltada con retintín. Se llevó la mano al bolsillo trasero de su pantalón vaquero y sacó algo que apretó en el puño por un breve instante —. Por cierto, toma, campeón, anoche te la dejaste olvidada en el bar. —Y le lanzó al pecho con fuerza una cartera negra que terminó cayendo al suelo.

—¿Qué coño haces, capullo? —Bramé, poniéndome de pie de golpe, arrastrando la silla con la parte posterior de las rodillas y atrayendo la mirada de los pocos comensales que quedaban en el comedor.

—Déjalo, Regina —me interrumpió Íñigo colocando su brazo estirado en mi dirección antes de agacharse para recoger la cartera del suelo.

—¿Que lo deje, Íñigo? ¡Sin respiración es que voy a dejarlo! —Gruñí—. No sé a qué estás jugando, Derek, pero ya vale. —Le advertí apuntándole con el dedo.

—Que yo sepa no estoy jugando a nada... —indicó, encogiéndose de hombros y cruzando los brazos con chulería—. Pero puede que tu chico sí que esté jugando a algo; y digo yo que podría invitarnos a unirnos a la partida... Tengo todo el tiempo del mundo... —Ladeó la cabeza despacio hacia Íñigo, retándolo y dejándome aún más desubicada con semejante afirmación. ¿Qué narices estaba pasando? No entendía nada.

—Gracias por devolvérmela, Derek. —Se limitó a decir con tranquilidad, guardándose la cartera en el bolsillo trasero de sus bermudas como si el asunto no fuera con él.

Tuve que sostenerme la mandíbula para que esta no se me descolgara. ¿Es que Íñigo no tenía sangre en las venas? ¿Cómo podía mantenerse impasible ante los continuos ataques de Derek? Definitivamente estaba rodeada de locos. Daba la impresión de que todos se habían puesto de acuerdo para acabar con la poca cordura que me quedaba y que la única que estaba interpretando el papelón de su vida era yo.

—De nada, machote. —Respondió sin apartar los ojos de mi amigo.

—¿Machote? ¿Quién te crees que eres para hablarle así? —le reproché dándole un empujón.

—Regina, cariño —Íñigo volvió a frenarme, esta vez agarrándome por la muñeca y clavando sus ojos oscuros en los míos—, déjalo, ¿vale?

Seguía sin entender cómo podía tener esa actitud calmada frente a la insolencia de Derek, pero dejó caer despacio los párpados y supe leer entre líneas.

—Müller, ¿tienes algo más que hacer aquí? —le pregunté lo más serena que pude.

—No. Nada más. Por el momento. —Añadió.

Lo vi tragarse las palabras que se le apelonaron en la garganta tras masticarlas para no escupirlas. Algo raro en él.

—Entonces déjanos desayunar tranquilos. —Le pedí.

Me atravesó con sus pupilas y me erizó la piel. Se humedeció los labios y después los apretó. Derek nunca fue de los que meditaban las palabras, ni de los que contenían sus pensamientos, pero aquella mañana actuó de manera muy diferente. Parecía otro Derek, uno que luchaba contra sus propios principios autoconvenciéndose de que hacía lo correcto.

—Hasta luego, Regina. —Me dijo antes de girar sobre sus talones para poner rumbo a una mesa donde Mark lo esperaba y que no fue hasta ese momento que lo vi.

¿Podía haber actuado de forma tan chulesca porque su amigo estaba cerca? Cabía esa posibilidad, aquel dúo parecía engrandecerse cuando estaban juntos. Aun así había cosas que no me encajaban.

—Íñigo, ¿puedes explicarme qué está pasando? —quise saber cuando volvimos a quedarnos a solas.

—Termínate el café; ahora te lo explico afuera.

Miré la taza y la deslicé al centro de la mesa.

—No tengo ganas. —Me puse de pie.

—Entonces vayámonos de aquí.

Colocó su mano en el centro de mi espalda y salimos del comedor. En silencio, nos dirigimos al aparcamiento principal del hotel buscando algo de intimidad, pero caímos en la cuenta de que la actividad de aquella mañana partiría desde allí mismo cuando descubrimos que no éramos los únicos en el parking.

Íñigo buscó un lugar apartado entre dos coches. Lejos de miradas indiscretas u oídos que pudieran escuchar eso que necesitaba explicarme.

—Creo que la he cagado, Gina. —Me susurró mirando a todos lados.

—No me asustes —le supliqué con mi tono de piel mutando a harina—. ¿Qué has hecho? Se frotó la nuca y dio una vuelta de trescientos sesenta grados sobre su propio eje.

—Ha debido de ver la foto que tengo en la cartera. —Bisbisó.

—¿Qué foto, Íñigo? —la verdad que no sabía si quería oír la respuesta.

—Una que tengo con... Lenna...

—¿¡QUÉ!?

—Shhh, ¡no grites! —me pidió colocando su mano sobre mi boca—. No hace falta invitar a toda esta gente a la conversación.

—¿Cómo has podido dejar semejante evidencia? —le pregunté sin salir de mi asombro cuando retiró la mano.

—No sé, jamás pensé que Derek llegaría a tener acceso a mi cartera. ¡Joder! Tomé todas las medidas que creí oportunas: me quité la alianza, no dejo a la luz el tatuaje con el nombre de Lenna, e incluso le cambié el nombre en mi teléfono por si en algún momento me entraba una llamada suya estando Derek delante. Pero ¿una foto en la cartera? —resopló—. ¡En la vida hubiera imaginado que pudiera caer en sus manos!

—Dime que al menos no os estáis besando... —rogué.

—No. No nos estamos besando. —Respiré aliviada—. Pero la estoy mirando como si me muriera por hacerlo... —musitó.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡MIERDA, ÍÑIGO!

Volvió a taparme la boca y se acercó a mi oído.

—Si sigues gritando no solo va a sospechar Derek.

Tomé aire y después lo expulsé despacio.

—Está bien, a lo mejor no la ha visto. A lo mejor es una jodida casualidad y su actuación es porque te odia por ser mi pareja... —quise convencerme en voz alta aunque pareciera que

estaba dirigiéndome a mi amigo.

—Podría pensar que es una casualidad pero tengo el presentimiento de que con Derek las casualidades no existen, Regina.

—¿Por qué lo dices?

—Olvídalo, son cosas mías...

—¿Crees que yo tengo la capacidad de olvidar? Lo siento mucho pero no. Cuando la repartieron yo debía de estar haciendo cola en la de la capacidad de aferrarme a las cosas que no me hacen bien. De esa tengo como para siete personas...

Íñigo sonrió y negó con la cabeza.

—A ver, creo que no es casualidad su actuación después de haber tenido en su poder mi cartera. Tampoco creo que lo sea este eterno cumpleaños, o que mi camisa se empapara de cerveza, o que esté durmiendo en la habitación de al lado...

—¿¡QUÉ!? —en esta ocasión me tapé yo sola la boca para ahorrarle el trabajo a Íñigo.

—Anoche lo escuché hablar por teléfono en la terraza.

—No me jodas, Íñigo. ¿Ahora también tenemos que tener cuidado con lo que hablemos dentro de la habitación? —lloriqueé—. ¡No aguanto más esta mierda!

—Tenemos que pensar algo... —se rascó la sien.

—Yo ya lo he pensado.

—¿Sí? ¿Y puedo saber qué?

—¿Irnos de una vez por todas? —pregunté con ironía.

Rodó los ojos y cabeceó de un lado a otro.

—Lo siento mucho, Gina, pero yo jamás dejo un trabajo a medias.

Capítulo 11

La yincana, ella y yo

Derek

—¿Podrías repetirme lo que te dije ayer? —bramó mi amigo en cuanto tomé asiento a su lado—. En serio, Derek, hablar contigo es como hacerlo con la pared... —chasqueó la lengua contra los dientes.

—No lo he podido evitar. —Admití hundiendo los dedos en mi flequillo. Arrepintiéndome en cierto modo de no haber sido capaz de contenerme.

—¿Cuántas veces te recalqué que debías de actuar con calma para no levantar ningún tipo de sospecha? Creo que Íñigo ya sabe que has visto la foto.

—Tranquilo, ese idiota no sabe ni por dónde le da el aire. —Me recosté en la silla y entrelacé los dedos sobre mi abdomen.

—¿Puedes dejar de subestimar a las personas? —se inclinó hacia mí—. La gente no es tan imbécil como piensas. Y tú tampoco eres tan listo como crees. Cuando te he visto estamparle la cartera en el pecho me han entrado ganas de matarte.

Vale, quizá me había pasado un poco...

—¿Y qué pretendías que hiciera? ¿Sabes la rabia que me da que me mire con esa carita de angelito? Pareciera que nunca ha roto un plato el muy capullo... —bufé.

—¿Y sabes la rabia que me da que hayas podido tirar por la borda el plan de sonsacarle la puta verdad?

—Lo de hacerte su colega durante la yincana y pretender emborracharlo durante la fiesta ibicenca de esta noche, era un plan absurdo. Reconócelo, Mark.

—¿Ah, sí? Pues ayer no pensabas lo mismo... —dijo ofendido.

—Pero me he pasado toda la puta noche dándole vueltas a esto y lo he visto más claro. — Con suficiencia, le di un pellizco al bollo de canela que tenía a medio comer en su plato, y me lo metí en la boca.

—Vaya, pues ya podrías haberte dado cuenta un poco antes; yo tampoco he podido dormir. Empiezo a cansarme ¿sabes?

—¡Yo también estoy cansado, Mark! —lo corté irguiéndome de golpe en la silla y dando un manotazo en la mesa. No me importó atraer las miradas de los pocos que aún quedaban en el comedor. Después de aquel cumpleaños no volvería a verlos—. Es ridículo pretender que vuelva a caer rendida en mis brazos. Por lo visto hice algo gravísimo que no me perdona. Han pasado cinco años, ha rehecho su vida, y no tengo ni puta idea de lo que pretendo conseguir desenmascarando a su novio. Es más que evidente que le importo una mierda.

Me acodé en la mesa y hundí la cabeza entre mis antebrazos.

—Sí que le importas, Derek —aseguró, dándome un apretón en la nuca con la intención de destensarme—. Llevaba aquí sentado mucho tiempo antes de que llegaras y, oculto tras mis gafas de sol, me dediqué a observarla. Perdí la cuenta de las veces que la vi mirar hacia la puerta esperando verte aparecer.

Saqué parcialmente la cabeza de mi escondite y lo miré:

—¿Y qué te hace pensar que estaba esperando mi llegada? —pregunté escéptico—. Mira a nuestro alrededor. No hay mucho más que ver. La puerta es la zona que más emoción puede provocar... Es donde hay más *vidilla*...

—Nada de *vidilla*, idiota. Supe que te estuvo buscando a ti cuando, en cuanto atravesaste la puerta, empezó a moverse nerviosa en la silla, se le tiñeron las mejillas y se recolocó el pelo veinte veces. Derek, Regina no está enamorada de Íñigo, lo está de ti. —Afirmó antes de darle un bocado al bollo.

Quise suplicarle que no le echara más palitos a la candela de mi esperanza porque, a medida que iba compartiendo espacio con ella, la sentía alejarse más y más de mí por mis modales.

Era de idiotas aferrarse a un pasado cuando el presente era mucho más esclarecedor. Regina no podía ni verme. Y en el fondo la entendía. En el libro «Derek y sus mil y una formas de alejar a las personas que le importan» acababa de añadir el capítulo mil dos al tratar como lo hice —aunque tuviera motivos más que suficientes— a su novio.

—Jamás pensé que lo diría pero estoy deseando que termine todo... —bisbisé—. Volveré a mi rutina y fingiré que nada de lo sucedido este fin de semana pasó. Evitaré la calle de la floristería y eliminaré de mi memoria la ubicación de su casa. —Decirlo era fácil.

—¿Y ya está?, ¿te rindes?

—Sí.

—No te reconozco, tío. Mi amigo pelearía hasta el final.

—¿Y es que no lo he hecho, Mark? A veces los finales no están marcados donde creemos, sino que se plasmaron mucho antes de que fuéramos conscientes de que ya habían sido escritos. La busqué como un loco cuando dejó el hotel y desapareció de Rothenburg ob der Tauber, y lo sabes. Y aunque a veces perdí fuelle por el cansancio de no saber ya dónde buscar, seguí sin rendirme. Tampoco tiré la toalla cuando, por casualidad, la encontré junto a aquella floristería. Sabes que orquesté toda esta patraña con la clara y única intención de reconquistarla,

de removerle todo aquello que vivimos juntos. No me negarás que peleé hasta quemar el último cartucho.

—Aún no has quemado el último.

—¿Te refieres a lo de la yincana? —asintió—. No, Mark. No más trampas.

—Dicen que en el amor y en la guerra todo está permitido. Quizá haya llegado el momento de sacar la artillería pesada.

—O quizá haya llegado el momento de dejar de hacer el idiota. Nada cuya base sea una mentira, por insignificante que parezca, tendrá un buen resultado.



Llegamos al aparcamiento cuando prácticamente todos los invitados se arremolinaban en este para dar comienzo a la yincana. Una actividad que, como imaginarás, también estaba amañada con la finalidad de compartir momentos a solas con Gina.

Cuando, semanas atrás, me reuní con los chicos encargados de organizarla, nada de lo que pasaría a posteriori entró en nuestros planes. Bueno, en mis planes. Regina no debía de estar acompañada por su pareja, ni la situación entre nosotros tan tensa. Ya no tenía sentido que los dos formásemos parte del mismo equipo cuando lo que fuimos estaba tan hecho trizas, así que, fingiendo que iba a saludarlo, me dirigí al cabecilla de los organizadores y le pedí que sacara esas bolas marcadas con un punto casi imperceptible y en las que en su interior guardaban nuestros nombres, y que nos añadiera al bombo sin ningún tipo de privilegio. Pasaríamos a estar en manos del destino, como el resto de participantes.

Con un par de pitadas de silbatos, los monitores captaron nuestra atención desde la tarima improvisada en uno de los laterales del aparcamiento. Desde el punto donde Mark y yo estábamos situados alcanzaba a ver a Gina y a Íñigo. A pesar de estar el uno al lado del otro, no se rozaban. No intercambiaban ningún gesto cariñoso y tuve que escuchar de nuevo a mi Pepito Grillo particular —Mark para el resto del mundo— preguntándome al oído que si seguía viendo en ellos a una pareja normal.

La verdad que ya no sabía qué creer. Mi amigo estaba insistiendo tanto en que no había química entre ellos, que empezaba a suggestionarme.

Aunque cabía la posibilidad de que simplemente estuvieran escuchando atentos, como el resto de invitados que se alistaron para participar, las explicaciones sobre la yincana y que los arrumacos ya vendrían cuando estuvieran a solas, me gustaba pensar que mi amigo llevaba la razón. Era como si aún quedara un pequeño hilo del que tirar. Como si no estuviese todo perdido.

La vi sonreír cuando revelaron que el premio era un vale para disfrutar, durante todo lo que quedaba de día, y hasta que finalizara la fiesta ibicenca de esa misma noche, de barra libre de algodón de azúcar de la máquina que hice que instalaran aquella mañana en una de las esquinas de la zona de la piscina.

Permaneció con la sonrisa anclada varios segundos, como si ya pudiera degustar el sabor dulce del premio en sus papilas. Seguía siendo la misma de siempre. Seguía siendo esa muchacha que se ilusionaba con algo tan simple como un algodón de azúcar. Y eso me hizo enorgullecerme. Saber que aún seguía conociendo qué conseguía hacerle la boca agua me daba cierto poder sobre ella.

No sé cuánto tiempo estuvo salivando con carita de niña ilusionada pero, de repente, como si un recuerdo que no le apetecía rememorar hubiera surcado su mente como una estrella fugaz, la sonrisa se le borró de golpe.

Empezó a mirar a su alrededor como si buscara a alguien en concreto. Y sonreí conocedor de que era yo su objetivo cuando, al clavar sus ojos en mi persona, frenó dicha búsqueda. Aunque su seriedad no auguraba nada bueno, se me antojaba maravilloso aquel contacto visual donde fuimos capaces de hablar sin necesidad de pronunciar ni un solo fonema. Como hicimos tantas veces en aquel pasado que añoraba.

Gina ató los hilos en su cabeza y conseguí mi objetivo. Cuando elegí a conciencia el premio, quise que pasara justo eso. Estaba seguro de que acababa de viajar a aquellos meses que compartimos y es que llegué a perder la cuenta de los muchos algodones de azúcar con los que la sorprendí durante el tiempo que estuvimos “juntos”.

Podría decirse que estos formaban parte de nosotros, de nuestra historia. Fueron tantos los que se comió en la explanada desde la que tantas veces vimos el atardecer, asegurando que aquel pequeño trozo de mundo parecía estar más cerca de las estrellas que el resto, que, si pensaba en el sabor de sus besos, todos llevaban ese delicioso toque a fresas dulces que dejaba esa enorme nube rosa en su lengua.

Aún con las miradas conectadas, tracé una curva ascendente en los labios de la que no pareció contagiarse. Negó con la cabeza a modo de desaprobación y volvió a llevar sus ojos al frente, a ese pequeño escenario donde media docena de monitores aguardaban el inicio de la yincana.

—Y ahora procederemos a formar las parejas. —Indicó Peter, uno de los trabajadores, metiendo una de sus manos en la enorme ensaladera transparente para después remover un montón de bolas de color verde.

Fue diciendo en voz alta los nombres que contenían las bolas que iba abriendo y, cuando la pareja subía al escenario, les pedía que se colocasen unos petos deportivos del mismo color y que se hicieran a un lado para proceder a sacar una nueva pelota y continuar así con los emparejamientos.

—Regina Weber... —mencionó.

El corazón me dio un vuelco al oír su nombre. Esta elevó el brazo para hacerse ver y Peter le pidió que se pusiera a su lado. Una vez allí, volvió a meter la mano en la ensaladera para sacar la bola que contenía el nombre de esa otra persona que pasaría a ser su compañero de juegos.

—Y... Derek Müller.

Se le petrificó la cara y a mí se me paralizó la circulación a la vez que una maraña de nervios empezó a engrandecerse en mi estómago. La vi mirar a Íñigo con ojos suplicantes, como si le rogara que la sacase de allí, pero este hizo un movimiento de cabeza invitándola a tranquilizarse. La verdad que el tipo derrochaba seguridad por cada poro. Yo, en su lugar, habría actuado de manera muy diferente.

—Pero ¿no habías pedido que no se hicieran trampas? —me susurró Mark.

—¡Y lo hice! Vi cómo metían nuestros nombres en otras bolas sin marcar. Unas idénticas al del resto de participantes. —Bisbisé.

—Pues enhorabuena, el destino se ha puesto de tu parte. Aprovéchalo, Müller. —Y me dio un empujón sacándome de manera abrupta del corillo de personas que aún no habían nombrado.

Anduve los pocos metros que me separaban de Regina y me posicioné a su lado. Aunque evité mirarla directamente para no incomodarla, por el rabillo del ojo pude ver cómo se movía nerviosa.

—Coged vuestros respectivos petos y colocaros junto a las otras parejas. —Nos pidió

Peter al darse cuenta de que permanecíamos estáticos cuando él ya había metido la mano en la ensaladera con la intención de sacar otro nombre.

A pesar del tembleque de mis piernas, acaté su orden y me acerqué a la joven que sostenía ambos chalequillos. Pero Regina no reaccionó hasta que Peter no se lo repitió unas cinco veces.

—Lo has hecho tú, ¿verdad? —me dijo, agarrando con desdén el peto rojo que nos habían asignado y el mapa con la ubicación de cada prueba de la yincana junto con una tarjeta que nos sellarían a medida que fuéramos completándolas.

—¿A qué te refieres?

—A que formemos parte del mismo equipo, Derek. Y no te hagas el tonto, no te pega.

—No he tenido nada que ver. No tengo la culpa de que el destino se empeñe una y otra vez en ponernos frente a frente.

—No te creo. Te conozco lo suficiente como para saber que contigo las casualidades no existen.

—Piensa lo que quieras, Regina. —Me encogí de hombros y empecé a meterme el chalequillo de nylon con demasiada dificultad.

No sé cuánto tiempo llevaba forcejeando con aquel trozo de tela, empezaba a agobiarme y mis resoplidos eran muestra de ello.

—¿Qué mierda le pasa...?

—Pues que te queda pequeño. —Y no me hacía falta verla para saber que había puesto los ojos en blanco.

—Si no te limitases a mirar y me echaras una mano, me sería más fácil metérmelo. —Bufé.

—Primero, no te estaba mirando; no eres el centro de mi universo. Y segundo, te digo que te queda pequeño —insistió sin inmutarse—; si sigues así vas a romperlo. Yo en tu lugar lo usaría a modo de brazalete.

A pesar de lo mal que lo estaba pasando, ese comentario consiguió hacerme reír. Pero fue una risotada efímera, casi interna. Tenía la cabeza prisionera dentro del peto y, aunque podía apreciar el cielo a través del cuello de este si miraba hacia arriba, y esto indicaba que la libertad estaba a apenas un palmo, los hombros presionados me dejaban muy poco margen para maniobrar y empezaba a desesperarme.

Con los brazos estirados por encima de mi cabeza, y moviéndome como una maldita lombriz para encajar aquella diminuta prenda del diablo en mi torso sin morir en el intento, sentí que me faltaba el aire.

—¡Regina, ayúdame, joder! —y sí, lo reconozco, lo supliqué.

La oí reírse y una parte de mí se alegró por ello a pesar del momento angustioso que estaba viviendo.

Justo antes de ponerme a pedir auxilio a pleno pulmón a cualquier alma misericordiosa que estuviera por allí, sentí un fuerte tirón de la tela y por fin logré sacar la cabeza. Cogí una bocanada de aire y, al expandir el pecho, escuché un crujido que anunciaba que, en mitad de la espalda, se acababa de abrir una enorme raja.

—Jo-der... —musité.

—Te dije que te estaba pequeño...

Rodó los ojos y la vi contenerse una carcajada para no deshacerse de esa careta de cabreo que se colocó en cuanto empezamos a discutir en el comedor.

—Y ahora que ya están todas las parejas —concluyó Peter—. ¡Que empiece el juego!

La verdad que me sorprendió que ya se hubieran formado todas las parejas. ¿Tanto tiempo había estado forcejeando con aquel chalequillo que finalmente acabó destrozado?

Busqué a Mark por si el destino también se había puesto de su parte y lo había unido a Íñigo para llevar a cabo ese tercer grado que, durante el desayuno, le dije que ya no tenía sentido alguno. Pero no. Mi amigo defendía el color blanco junto a su hermana; e Íñigo y un primo de Mark, el amarillo.

—Cada pareja empezará en un punto diferente. Deberéis buscar la bandera con vuestro color, esta indica la primera actividad que tendréis que llevar a cabo. Una vez completada, se os sellará la casilla correspondiente y se os indicaran los puntos obtenidos. Ganará el equipo que complete todas las actividades con la mayor puntuación en el menor tiempo posible. —Explicó—. ¿Estáis listos?

Un generalizado «sí» lo empujó a accionar su silbato y todos empezamos a correr como locos en busca de ese banderín de salida.

—¿Dónde narices estará el rojo? —lancé la pregunta al aire.

—Déjame mirar el mapa...

Pensé que no me contestaría pero me sentí un poco menos tenso cuando lo hizo. Agradecí que dejásemos a un lado, aunque solo fuera durante la yincana, nuestras rencillas.

—¡Sígueme! —me pidió.

«Al fin del mundo si me lo pides...», dije para mí.

Entre el resto de participantes que buscaban con la misma desesperación esa primera actividad desde la que partir, corrí tras ella hasta divisar a lo lejos la bandera de nuestro color.

—¡Bienvenidos a la actividad roja, chicos! —nos saludó pizpireta la monitora. Gina y yo respondimos con una sonrisa.

La actividad roja, como la había llamado, no era otra que una carrera de sacos. «Perfecto, algo sencillito para empezar», pensé. La proximidad a Regina me tenía la cabeza en otro lado así que agradecí encontrarme con una prueba que no requiriera de mi capacidad al cien por ciento. No estaba seguro de poder darla.

La chica nos cedió un saco y un antifaz que miré con recelo.

—¿Y esto? —pregunté al coger con los dedos aquella venda negra.

—Digamos que hemos complicado un poquito el juego —genial, mi gozo en un pozo—. Uno de vosotros deberá meterse en el saco y taparse los ojos; el otro le irá guiando por el circuito para que esquivе los obstáculos.

—¿Obstáculos? —fruncí el entrecejo.

La joven señaló el circuito que tenía a su espalda y, efectivamente, un camino trazado con tiza y con conos de diferentes tamaños distribuidos a cada equis metros, nos dio la bienvenida.

—¿Quién guiará? —preguntó. Miré a Regina y los dos vociferamos un «yo» a la vez—. A ver, tenéis que poneros de acuerdo; ¡no perdáis el tiempo!

—Ponte el antifaz, Derek. —Me ordenó seria.

—¿Y por qué yo?

—Porque yo no confío en ti. No quiero destrozarme la boca en la primera prueba.

—¿Cómo?, ¿y yo sí tengo que confiar en ti?

—Yo nunca te he dado motivos para no hacerlo... —Aseguró encogiéndose de hombros y cruzando los brazos con prepotencia.

—¿Y yo a ti sí? —le recriminé sin salir de mi asombro.

—El tiempo sigue contando... —nos presionó la monitora.

—¡Vale, joder! —gruñí—. ¡Lo haré yo!

Bastante molesto por haber tenido que dar mi brazo a torcer, introduje los pies en el saco y me tapé los ojos. No sin antes memorizar el recorrido cuanto me fue posible por si a Regina se le cruzaban los cables y se vengaba de eso tan jodido que, según ella, le hice en el pasado.

—¿Estás preparado? —me preguntó la chica.

—Yo ya nací preparado —vacilé, en mi línea.

El sonido estridente de un silbato dio comienzo al juego y Regina, bien metida en su papel, empezó a darme indicaciones a grito pelado.

Que si cuidado a la derecha; que si cuidado a la izquierda.

Que si para; que si continúa.

Que si lo estás haciendo bien; que si te estás pasando mis indicaciones por el fundillo.

¡Una verdadera locura!

¡Estaba deseando deshacerme de aquel maldito y desacertado antifaz! No me hacía falta verme desde fuera para saber lo ridícula que debía de ser mi imagen en ese instante en el que me encontraba dando pequeños saltitos aferrado a los bordes de un saco que apenas superaba mis rodillas, con la espalda encorvada y el peto completamente destrozado a lo más estilo Hulk —pero en cutre—... Patético...

—¡SIGUE RECTO, DEREK! ¡CONTINÚA! ¡DALE! ¡YA CASI LO TIENES! —me animó desgarrándose la garganta—. ¡LO HAS CONSEGUIDO! —Celebró como si con mi llegada a la meta le estuvieran revelando la receta de la *Coca-Cola*.

Me deshice del antifaz y lo lancé por los aires; después saqué del saco los dos pies a la vez de un salto y me sumé a su celebración manteniendo las distancias aunque me moría de ganas de alzarla entre mis brazos en tanto girábamos como una peonza.

Cuando la vi aplaudir tan alegre sin esa máscara que había estado llevando desde el principio, se me alojó un nudo de emoción en la garganta y miles de recuerdos que compartimos se sumaron para agrandarlo.

—¡Felicitaciones, equipo rojo! Lo habéis hecho genial. —Nos dijo la joven estrenándonos la tarjeta con el primer sello y anotando un primer punto—. ¡El próximo juego os espera! ¡Mucha suerte!

Regina echó a correr como si nos siguiera una jauría de lobos hambrientos. Y yo, como hice anteriormente, la seguí.

—¡Bienvenidos! —nos saludó el encargado de controlar la nueva actividad—. Os presento la prueba blanca —señaló otro recorrido, en esta ocasión uno que hacía zigzag y que estaba delimitado por unas cuerdas gruesas—: carrera a tres piernas.

Miré de reojo a mi compañera y la pillé haciendo lo mismo.

—¿Pretende que me deshaga de los calzoncillos? —musité para que solo pudiera oírme ella.

—A parte de cerdo, créido... ¡Lo tienes todo!

—Sabes de sobra que digo la verdad. —Le guiñé un ojo y me dio un empujón que me hizo reír. Ella se mantenía tan seria que me resultaba aún más chistosa la situación.

—He estado con tíos mejores.

—¿Mejores que yo? —se ruborizó y tragó saliva de forma exagerada, como si una imagen muy nítida de una parte concreta de mi anatomía hubiera surcado su mente—. Mientes.

—¡Niño es un claro ejemplo —pretendió sonar convincente—. No sé qué clase de mentiras te habrán soltado tus amantes para engrandecerte el ego, pero no te lo creas todo.

—¿Amantes?

—No me cabe duda de que vas levantando pasiones allá donde pisas.

—¿Lo dices por ti? —enarqué una ceja y mostré una sonrisa ladina.

—¿Por mí? Yo hace mucho tiempo que dejé de verte.

—¿Entonces?

—No sé. Anoche mismo. Durante las copas. Vi que ligaste.

—¿Yo? —me carcajeé. ¿Estaba celosa? Joder, aquello estaba saliendo redondo—. No lo recuerdo —me encogí de hombros.

—¿No recuerdas a una rubia que te rodeó el cuello y te comió la boca? Seguro que después te la subiste a la habitación sumando así un nuevo nombre a tu libro de conquistas...

—¿Libro de conquistas? ¿Una rubia que me comió la boca? —reí—. Creo que estás un pelín equivocada.

—¿Equivocada? Sé bien de lo que hablo.

—No me he comido la boca con nadie —aseguré mirándola a los ojos para que viera que no ocultaba nada—. Por ahora —le guiñé el ojo y ella rodó los suyos hasta colorearlos de blanco—. ¿Estás celosa?

—¿Yo? ¿Celosa? ¿De ella? Por favor, Derek...

—Insisto, Regina: mientes.

—¡No miento! —resopló, cruzándose de brazos en un gesto infantil.

—Sí que lo haces. Mientes cuando afirmas que me besé con una rubia porque eso no pasó. Mientes cuando aseguras que has estado con hombres mejores que yo. Mientes cuando dices no estar celosa. Y mientes aún más cuando afirmas que hace mucho tiempo que dejaste de verme; tú misma te has delatado al mencionar a mi supuesta conquista. Sé bien que no paras de buscarme.

—Y eso es todo. —Zanjó el chico justo cuando iba a rebatirme lo que acababa de asegurarle. Regina y yo lo miramos con los ojos abiertos de par en par; no nos habíamos enterado de nada.

—Esto... disculpa, estábamos resolviendo un asuntillo y no nos hemos enterado bien de la explicación... —Dijo Gina algo avergonzada.

—No pasa nada. Os lo repetiré, parejita —se carcajeó—. Pero dejad la charla que el tiempo vuela. ¡Y seguro que queréis ganar el premio!

Con esa amabilidad y paciencia con la parecían estar dotados todos los monitores de la yincana, nos explicó que debíamos de hacer el recorrido sorteando los obstáculos unidos por uno de los tobillos. Aunque a priori se presentaba sencilla, ya tenía la experiencia de la prueba anterior y entendí que allí todo se complicaba cuando te ponías manos a la obra.

—Lo importante de esta actividad es estar sincronizado con el compañero. Debéis de imaginar que sois uno. —Zanjó, cerrando la correa con la que nos acababa de atar por los tobillos.

—Pues la llevamos clara... —musitó.

—¿Has dicho algo? —le pregunté a pesar de haberla oído perfectamente.

—Que el sol nos da de cara; eso lo complica todo un poco más.

—Sí. Con el sol en la cara la llevamos clara. —Ironizó.

Ajeno a aquellos tiritos que Gina y yo nos estábamos dando, el chico dio un pitido y empezó a animarnos como si superar aquella prueba también lo convirtiera en ganador a él.

No sé cuánto tardamos en ponernos de acuerdo para iniciar las zancadas, lo único que sí que sé es que nos llevó más de un traspie el dar las primeras —y las siguientes, para qué mentirnos a estas alturas—.

—¡Pero deja de tirar! —me recriminó enfadada.
—¡Pero si no estoy tirando! —resoplé—. Lo único que hago es andar. O al menos intentarlo...

—Corres, Derek. ¡Estás corriendo!
—No lo hago. No tengo la culpa de que tus piernas sean más cortas...
—¿Mis piernas cortas? —me dio un empujón con el hombro con el que consiguió desestabilizarnos a los dos.

—¡No hagas eso! ¡Vamos a terminar en el suelo! —le advertí sin dejar de dar pasos.
—¡Pues deja de provocarme!
La miré con picardía y una sonrisa canalla.
—¿Te estoy provocando?
—Sí. Rabia, ira, ganas de matarte; llámalo como quieras. —Bramó.
—Ganas de perderte en mí es lo que tienes.
—¡Eres insoportable, Derek Müller! No he conocido a nadie más prepotente y engreído que tú. —Resopló y no pude evitar carcajearme.

La verdad que oírla con ese tono también provocaba cosas en mí. Cosas muy distintas a esas mencionadas por ella: ganas de agarrarla por la cintura, ganas de pegarla a mi cuerpo, ganas de besarla, y tremendas ganas de hundirme dentro de ella de nuevo...

Como supe que pasaría, no dejó de quejarse durante todo el recorrido. Era contradictorio tener la sensación de que, a medida que íbamos acercándonos a la meta, más lejos la percibía. Se me estaban haciendo eternos aquellos veinte metros...

—¡Seguid así! —nos animó el chico—. ¡Lo estáis haciendo genial!
¿Genial? Si íbamos dando tantos tumbos de un lado para otro que parecía que habíamos desayunado wiski en lugar de café.

Tras un par de tirones más, varios empujones y algún que otro gruñido por parte de la mujer que más me gustaba del mundo, conseguimos alcanzar la meta.

—¡LO HEMOS LOGRADO! —vociferó emocionada.
Creo que se le olvidó por un segundo que estábamos unidos por los tobillos, como también que nos habíamos pasado la prueba discutiendo, así que, cuando dio un salto para celebrar que habíamos conseguido finalizar otra actividad con éxito, cayó redonda al suelo arrastrándome a mí con ella.

Aunque mi cuerpo se desplomó sobre el suyo, mis antebrazos apoyados en el asfalto a los lados de su cabeza hicieron bien su función y soportaron gran parte de mi peso. Nuestras caras se quedaron a apenas unos centímetros de distancia, podía sentir su respiración agitada estampándose en mi rostro y el movimiento exagerado de su corazón martilleando mi pecho. Mi erección empezó a abrirse paso entre nosotros dejándole claro lo que provocaba en mí.

Clavé mis ojos en los suyos y pude reflejarme como tantas otras veces lo hice cuando entre nosotros todo parecía mágico. Por un momento tuve la sensación de que nada había cambiado. Que todo seguía en el mismo punto donde, cinco años atrás, lo dejamos de manera precipitada; sin ni tan siquiera despedirnos.

Me mordí el labio inferior por no comerme los suyos. Conteniéndome sin saber de dónde estaba sacando las fuerzas.

—¡Actividad sellada! —oí a lejos. Por un instante olvidé dónde estábamos. Como si nos hubiéramos aislado del resto del mundo en una parcelita que nos perteneció aunque solo fuera por un puñado de segundos.

—Quítate, Derek... —me pidió con un hilo de voz—. Por favor...

A pesar de las ganas de permanecer así una eternidad, acaté su petición sin pronunciar palabra alguna. Desatando una guerra en mi interior entre el deber y las muchas ganas que tenía de fundirme con ella como si de un solo ser tratásemos.

Me puse de pie, me acomodé el pantalón, y le ofrecí mi mano para ayudarla. La miró y dudó pero, justo cuando iba a devolverla al bolsillo delantero de mi tejanos entendiendo que era imposible que entre nosotros volviera a darse ningún tipo de roce, me la agarró.

—Gracias. —Susurró.

No dije nada, me limité a sonreír de forma forzosa y a asentir como si mi interior no hubiera sido arrasado por un ciclón que llevaba su nombre.

Capítulo 12

La yincana, él y yo

Regina

—Gracias. —Me limité a decirle con los labios casi sellados.

Preguntarme qué acababa de pasar era absurdo cuando aún desprendían calor los rescoldos de la candela que me apresuré en apagar para no quedar expuesta una vez más ante él.

Llevaba cinco años, con sus días y sus eternas noches, obligándome a olvidar lo que su cuerpo provocó en el mío cada vez que entraron en contacto para que, en cuestión de segundos, todo ese trabajo se fuera al garete.

Si desde que lo vi ante mí por primera vez después de tanto tiempo tuve claro que no fue suficiente lo que hice para olvidarlo, con aquella caída en la que al sentirlo sobre mí toda mi piel reaccionó erizándose, en la que percibí su respiración estampándose en mi cara y la tomé como propia, y en la que tras notar poco a poco su erección acoplándose entre los dos una sacudida brotó desde mi epicentro para devastarme por completo a posteriori, tuve aún más claro que era una mera marioneta cuyos hilos estaban enredados en los dedos de Derek por más que hubiera estado todos aquellos años convenciéndome de que no era así.

A estas alturas ya no podía engañar a nadie y, en caso de lograr hacerlo, solo sería a mí. ¡Si hasta quedé en evidencia mostrando esos celos absurdos que me provocaba el que hubiera podido pasar la noche con la tipa del comedor! Estaba perdida y debía centrarme si no quería fastidiarlo todo a solo un día de terminar con aquel plan absurdo.

—¡Corred, parejita! La prueba amarilla os espera. —Nos animó el monitor dando pequeñas palmaditas en el aire.

Agarré la tarjeta aún con el corazón en la boca y, aunque las veces anteriores me di con los talones en el culo para llegar cuanto antes a la siguiente actividad, en esta ocasión lo hice caminando. Sin prisa.

Derek iba a mi lado y, a pesar de que mis ojos estaban fijos en las punteras de mis zapatillas *Converse*, sentía los suyos clavados en mí.

—No quieres ganar, ¿verdad? —me preguntó con tono apagado, hundiendo los dedos en su tupé prácticamente deshecho.

—¿Por qué lo dices?

—No te apresuras por llegar a la siguiente prueba... Es como si, de pronto, hubieras tirado la toalla...

—Creo que hemos perdido demasiado tiempo con las dos primeras —me escudé en esa mentira a medias para no reconocer que ese acercamiento que habíamos tenido me había dejado tocada—; las posibilidades de alcanzarnos con la victoria se han reducido considerablemente...

—¿Estás segura? —ladeé la cabeza en su dirección y me volví a topar con esos inmensos océanos azules en los que hacía apenas unos minutos estuve a punto de morir ahogada, y con esa media sonrisa con el poder de erizarme hasta el último pelo de la coronilla—. Deberías de mirar a tu alrededor antes de afirmar algo así... —Y me invitó a hacerlo con un sutil movimiento de barbilla.

Hice un pequeño barrido visual por las diferentes pruebas y una carcajada sincera brotó desde lo más profundo de mi garganta. En todas las actividades, sin excepciones, las parejas se mostraban apuradas —tanto o más que nosotros—. Sin ir más lejos, justo en esa que acabábamos de dejar atrás, dos chicas intentaban ponerse de pie a apenas un metro de la línea de salida en tanto las risas no se lo ponían nada fácil.

—No sé tú pero yo me niego a aceptar que el premio no será mío.

—Pero ¿a ti qué más te da? Nunca te ha gustado el algodón de azúcar, Derek.

—Y no te falta razón, pero a ti te encanta y por ti soy capaz de lo que sea, Regina. Métetelo aquí de una vez por todas. —Y me dio un toquecito en la sien antes de echar a correr en dirección a esa siguiente actividad que nos esperaba.

Sé que tardé en reaccionar, que puede que permaneciera inmóvil regocijándome en sus palabras por más tiempo del que ni tan siquiera fui consciente mientras la emoción se fue instalando en mi garganta hasta adquirir un volumen que incluso me dificultaba el tragar saliva. Me atrevía a asegurar, sin temor a equivocarme, que era una de las frases más bonitas que me habían dicho en mucho tiempo.

Me hizo sentir especial que, aun habiendo pasado tantos años, ese dato siguiera almacenado en su cabeza aunque la distancia, el tiempo o las circunstancias equis de la vida se impusieran entre ambos.

Aunque en ese momento se me hubieran caído las bragas al suelo con su frase, me apresuré en enfundarme de nuevo mi impenetrable armadura. Esa que forjé a conciencia en mi casa los días previos al cumpleaños por si coincidíamos. La misma que por nada del mundo debía de retirarme si quería salir de una sola pieza de aquel —interminable— fin de semana.

No era la primera vez que Derek me doraba la píldora. Sabía utilizar la palabra perfecta en el momento idóneo para regalarme así el oído. Bajar la guardia solo podía conducirme a —más— noches eternas llorando. Él entendía el amor de manera muy diferente a la mía. Podría decirse que el mediano de los Müller era un alma libre; y yo esa que era capaz de tragarse la llave de la prisión de sus brazos con tal de que no me soltaran nunca.

A pesar de que a lo lejos lo vi hacer aspavientos en tanto vociferaba mi nombre y me pedía que me apresurase para empezar, me planteé abandonar la yincana y, con ella, aquel peligro con complejo de Adonis y capacidad de mandarme al psicólogo con una simple caída de párpados. Tenía que regresar a la habitación, darme una ducha de agua helada para terminar de apagar la fogata mientras me fustigaba por ser tan débil ante él, y después llamar a Lenna con la esperanza de que tuviera las palabras exactas con las que acallar un poco esa voz interior que no dejaba de repetirme que no era tan fuerte como pretendía aparentar y que ponerme piedras en un camino que me moría por transitar solo serviría para ralentizarme la caminata, pero no para prohibirme adentrarme a sabiendas de cómo acabarían mis pies.

Sí, la teoría la tenía clara pero la práctica, una vez más, se me resistió un poquito...

No me culpo. Doy por hecho que Derek empezó a tirar de los hilos que manejaban mis

pies y no pude hacer nada al respecto.

Me posicioné a su lado aún con la emoción apretándome la garganta y con el miedo de volver a entrar en contacto con él y perder el poco juicio que me quedaba.

La chica encargada de la actividad me dio la bienvenida con una amplia sonrisa para, a continuación, explicarnos la prueba.

—...y es tan simple como colocarle la cola al burro. —Concluyó.

—Parece fácil. —Indicó Derek frotándose las manos ansioso por empezar.

—Lo es. Ahora necesitaría que me dijeseis quién se tapaná los ojos. El otro tendrá que dar las indicaciones para dejar la cola lo más centrada posible. Os recuerdo que si la claváis en el pequeño círculo rojo, tendréis un punto extra. —Hundió el dedo en ese puntito minúsculo que hacía bastante complejo el juego.

Derek me miró y sonrió con malicia.

—Ahora te toca a ti.

—¿Por qué?

—A ver, Gina, creo que es justo.

«Justo sería que mi cuerpo dejase de temblar con tu maldita presencia, Derek Müller», pensé.

Miré el corcho donde estaba dibujado el burro y después a la chica.

—Lo haré yo. —Claudiqué dando un paso al frente. Por el rabillo del ojo vi la sonrisita triunfal de Derek y resoplé—. Más te vale hacerlo bien —le advertí con el dedo en flecha y mi mejor mirada intimidatoria—. Si por tu culpa me quedo sin barra libre de algodón de azúcar, morirás lentamente.

Soltó una pequeña carcajada ronca y elevó la comisura:

—No te preocupes por eso, yo lo hago todo bien, Regina Weber. —Se humedeció el labio inferior y me guiñó el ojo, y me obligué a desviar la mirada hacia el culo del burro para que no me viera babear como un caracol.

Le di la espalda, me coloqué el antifaz y, en cuanto la chica nos dio el pistoletazo de salida, Derek empezó a darme indicaciones concisas.

—Gina, presta atención a lo que voy a decirte porque ya casi lo tienes —vociferó a los pocos minutos. Asentí para que supiera que le había escuchado y afiné el oído—. Una cuarta a tu izquierda —una cuarta a mi izquierda—. Genial. Y ahora tres dedos hacia abajo —tres dedos hacia abajo—. ¡Clávala!

Como estuve haciendo desde el inicio de la prueba, llevé a cabo aquella última indicación y, de pronto, un grito apuntándome que lo había logrado, me sobresaltó.

Me retiré el antifaz y empecé a dar saltos con los puños en alto cuando vi la cola clavada justo en el centro del punto rojo. Creo que ni con los ojos abiertos la habría conseguido dejar tan centrada.

Corrí en su búsqueda con la euforia saliéndoseme por las orejas, y me abracé a su cuello como una autómatas en tanto él me rodeaba el talle para elevarme del suelo.

El abrazo apenas duró unos segundos. Cuando fui consciente de que de nuevo me había dejado arrastrar por la felicidad de completar otra actividad, me apresuré en finalizarlo buscando como loca el suelo con las punteras de mis zapatillas.

Tanto a Derek como a mí nos costó despegarnos. Se notó en la lentitud con la que lo hicimos. Con los ojos conectados, parecíamos gritarnos que lo alargásemos un poco más, pero mi sensatez colocó mis manos en su pectoral y lo empujó despacio para imponer distancia.

—¡Lo habéis hecho genial! —nos felicitó la monitora.

—Es que somos el equipo perfecto. Solo que ella se niega a verlo. —Aseguró Derek sin apartar sus pupilas de las mías.

Tragué saliva y me ruboricé al instante. Incapaz de rebatírsele por no poder pronunciar palabra alguna, agradecí que la chica nos diera la tarjeta sellada y nos animara a correr hacia la siguiente actividad.

Llevábamos un casi un cuarto esperando nuestro turno para comenzar con la prueba naranja; ya solo nos quedaban tres por completar y la verdad que mi espíritu competitivo había crecido considerablemente en tanto veíamos cómo otra pareja era incapaz de apagar cincuenta velas con un par de pistolas de agua.

La prueba se intuía divertida pero, como las anteriores, no era tan sencilla como en un principio pensábamos: los disparos debían de hacerse a cuatro metros de distancia y en un tiempo máximo de cinco minutos.

—¡Os queda solo un minuto! —les recordó el tipo que estaba al timón de la actividad.

Los disparos no cesaban. Algunos acertados. Otros ni por asomo...

—¿Cómo se te da? —me preguntó susurrando para no distraer a los jugadores.

—¿Disparar? —asintió—. Creo que peor de lo que imagino... En mi cabeza todo parece tan sencillo...

Rio y le devolví la pregunta:

—¿Y a ti?

—Regina, la duda ofende. ¿Te recuerdo que soy vigilante de seguridad del aeropuerto?

—¡Alto el agua! —ordenó el animador.

Bajaron las pistolas y se miraron muertos de la risa rememorando lo que acababan de hacer.

—Habéis apagado un total de veinticinco velas. Por lo tanto, ¡sumáis veinticinco puntos más en vuestra tarjeta! No está nada mal, eh. —Los felicitó.

Una sonrisa orgullosa cruzó ambos rostros. Todo el mundo estaba disfrutando de la yincana pero yo tenía la impresión de no estar al cien por ciento. Para mí no estaba resultando fácil compartir aquella experiencia con el único hombre capaz de levantarme los pies del suelo con una mirada o una sonrisa. Ese que me alteraba con su sola presencia. El que, ahora que le había colgado el cartelito de «peligro» sobre la cabeza, me resultaba más atractivo cuando más parecía imposible.

—¡Es vuestro turno! —nos indicó, invitándonos a traspasar la cuerda que rodeaba la zona reservada para esa prueba.

Derek la levantó, colocó la mano en la parte baja de mi espalda y me hizo pasar primero. Como cada vez que se había dado, aquel minúsculo contacto me erizó la piel.

Ocupamos la «zona de tiro» ubicada tras una línea marcada con celo grueso blanco en el asfalto, en tanto el monitor prendía de nuevo las cincuenta velas.

Al coger la pistola de agua del suelo, miré a mi compañero y reí. Empuñaba la suya de manera tan profesional que me hizo gracia. Gracia y *pepsicola* el peluche, para qué obviarlo. La tensión en sus brazos resaltaban aún más sus músculos volviéndolo todavía más sexi. Más apetecible. Más todo.

—Fiera, no olvides que es solo un juego. —Lo piqué dándole un empujón que lo desestabilizó.

Retiró el ojo de la mira y, girando la cara en mi dirección, sonrió de lado.

—Yo todo me lo tomo muy en serio, Gina. Todo.

«Todo menos lo que tuvimos...», lamenté.

Regresó la vista al frente y lo imité.

—Preparados... listos... ¡ABRID AGUA! —gritó el muchacho. Me parecía muy chistoso lo de «alto el agua» y «abrid agua».

Derek no dudó ni un segundo. Empezó a lanzar chorros certeros y me quedé inmóvil observando boquiabierta su destreza. Di por hecho que, como él mismo destacó, por su profesión se le daría bien, pero superó con creces mis expectativas. Estuve por dejar la pistola en el suelo y cruzarme de brazos para limitarme a contemplar semejante espectáculo. La verdad que la escena despertaba en mí demasiados pensamientos sucios para tratarse de un simple juego de niños.

Por el «bien» del equipo, decidí aportar mi granito de arena y empecé a lanzar agua a diestro y siniestro.

Podría darme la vacilada y dejar escrito que se me dio de maravilla, pero la verdad siempre termina saliendo a la luz. Creo que, tirando alto, conseguí apagar seis.

—Wow, ¡felicidades! ¡Cincuenta velas apagadas en menos de tres minutos! Acabáis de haceros con el record, equipo rojo. Ha sido increíble.

Derek estiró la espalda, se cruzó de brazos y sopló la boca de la pistola con esa chulería que lo caracterizaba.

—No vaciles tanto, Müller —le recriminé—. No me has dejado participar. Eres muy prepotente, ¿lo sabías? Creo que no sabes qué significado tiene la palabra «equipo».

Y antes de que pudiera contestarme, le lancé un chorro de agua directamente a la cara. «¡Vaya, ahora sí que he tenido puntería!», pensé con sorpresa.

La verdad que tardó tanto en reaccionar, y se quedó tan serio mientras las gotas se deslizaban por su rostro, que pensé que me había equivocado de lleno al abusar de su confianza.

—¿Sabes una cosa, Regina? —hundió las cejas y clavó sus pupilas en las mías. La oscuridad bañaban sus ojos y me desconcertó—. No tienes ni idea de lo mucho que la acabas de cagar... —Y sin darme tregua, empezó a dispararme sin contemplaciones.

Eché a correr por el cercado escuchando a lo lejos la risa escandalosa del monitor. Aunque le imploraba ayuda, este debía de considerar que era mucho mejor partirse la caja antes de mediar.

—¡PARA, DEREK! —le ordené a voz en grito.

—¿Te rindes? —me preguntó sin dejar de dispararme. El agua empezaba a traspasar mi ropa.

—¿ERES IDIOTA? ¡TE ESTOY DICIENDO QUE PARES!

—Eso no responde a lo que te he preguntado: ¿te rindes, Gina? —Insistió sin dejar de accionar el gatillo.

—¡QUE SÍ, QUE SÍ! ¡QUE ME RINDO! ¡PARA, CAPULLO! —exclamé llena de rabia.

Cesaron los chorros y por fin pude dejar de corretear. Muy enfadada, me retiré el agua de los ojos y la cara, y observé unos segundos mi ropa: estaba empapada. El tejano estaba adherido a mi piel, y el peto rojo a la camiseta que llevaba debajo. Tampoco mi pelo se salvó del ataque porque no dejaba de gotear.

El muy imbécil no falló ni un solo tiro.

—Te juro que te lo voy a hacer pagar. —Lo amenacé sin tener ni idea de cómo devolvérsela.

—No me digas... —chuleó tirando de ironía.

—Estás jugando con fuego, Derek Müller.

—Quemarme contigo se me antoja maravilloso —me guiñó el ojo—. Sería un placer...

—Tú no vas a quemarte conmigo jamás —lo corté—. Deja de soñar y pon los pies en el

suelo de una vez. ¿Quién te crees que eres?

—Alguien que te gusta demasiado. —Afirmó sin titubear.

—¡Ja! No te lo crees ni tú. Yo solo tengo ojos para Íñigo. ¡Métetelo en la cabeza, pesado!
—Agarré de malagana la tarjeta recién sellada y, a paso ligero, y seguida por un Derek que no dejaba de carcajearse, caminé hasta el siguiente juego sin dejar de maldecirlo.

Capítulo 13

Eso que no Pudo Borrar el tiempo

Derek

Me encantaba. Juro que me encantaba toda ella. Más incluso cuando fingía enfadarse y se le arrugaba la nariz.

A pesar de que se esforzó en hacerme creer que estaba cabreada, no podía creerla. El brillo de sus ojos y el rubor en sus mejillas la delataban. Una cosa era lo que escupía por la boca, y otra muy diferente lo que de verdad me chivaban aquellos dos enormes ojazos grises que me cautivaron desde la primera vez que me topé con ellos en el recibidor del *Müller&Beltrán*.

Iba un par de pasos por delante y, aunque si quería podía ponerme a su altura de una única zancada, preferí disfrutar de las extraordinarias vistas que me ofrecía su figura desde atrás. Esas curvas por las que tantas veces aceleré sin pensar en si podía o no estrellarme, eran mi perdición. Mi prisión donde con gusto cumpliría la mayor de las condenas sin llevar la cuenta de los días que me quedaban para salir. Todo eso que sabía que desestabilizaba mis cimientos y aún así era incapaz de huir para ponerme a salvo.

Hasta ese momento no me había detenido a observar qué tan perjudicada había quedado tras «la batalla»: el pelo le goteaba cada vez que se lo llevaba a un lado y lo exprimía con sus manos, el tejano empapado se le pegaba aún más al culo y a las piernas y la obligaba a caminar un poco raro, y el peto rojo presentaba incontables lunares debido a los chorros directos de agua que le lancé haciéndole parecer una prima no muy lejana de cualquier mariquita.

«Te has pasado, Derek...», me dijo mi voz interior pretendiendo hacerme sentir mal. «*Nah*, ha sido demasiado divertido —le respondí—. No me arrepiento de nada».

—Oye, gruñona —la llamé y, aunque ni tan siquiera se giró para mirarme, sabía que su atención la había captado por el chasquido que su lengua hizo contra sus dientes—. Reconoce que empezaste tú. Tienes muy mal perder...

—¡Apresúrate, Derek! —me ordenó, pasando olímpicamente de lo que acababa de decirle—. Quiero terminar con toda esta mierda cuanto antes y perderte al fin de vista. —Bramó, exprimiéndose de nuevo el pelo.

—Me temo que eso es más complicado de lo que piensa, señorita Weber. Siento mucho ser yo quien se lo diga pero, después de finalizar la yincana, seguiremos alojados en el mismo hotel...

—¡Cállate! —me interrumpió autoritaria, girando la cabeza con brusquedad para poder mirarme—. Ni me lo recuerdes... —gruñó, acelerando un poco más el paso.

Apreté los labios para no reírme pero, en cuanto llevó de nuevo la vista al frente, fue lo primero que hice. Joder, me lo estaba pasando tan bien que incluso empecé a temerle al karma. Como este pretendiera devolverme vengativo aquellas risitas que me estaba echando a costa de Regina, estaba jodido. Muy jodido.

—¡Hello, guapísimos! —nos saludó con alegría la encargada de aquel penúltimo juego. Una chica con el pelo bañado en laca que estaba convencido de que si cabeceaba como Raffaella Carrà no se le movería ni un solo mechón. Llevaba los rizos tan apelmazados en la parte superior de la cabeza, y lucía un rubio platino tan extremo que parecía una coliflor—. Estoy encantada de teneros aquí, *babys*. Podéis llamarme Fifi —se presentó, tendiéndonos la mano. Se la estrechamos por turnos y continuó—. ¿Estáis *preparadinchis* para llevar a cabo la mejor actividad de todas, *grupichi* rojo? —transmitía muy buen rollo; justo lo que mi compañera/amordemivida y yo necesitábamos para destensar un poco el ambiente.

—Solo tienes que vernos... ¡Estamos *preparadinchis* para todo! —Aseguré frotándome las manos, apropiándome de esa ridícula palabreja que me pareció chistosa.

Gina me miró y me atravesó con las pupilas. Aunque hice hasta lo imposible por mantener el semblante serio, no lo logré. Verla con varios mechones mojados pegados en la cara formándole algún que otro simpático caracolillo, no ayudaba.

—Sí, estamos *preparadinchis* para todo. Incluso para acabar contigo y lanzar tu cuerpo inerte al mar... —musitó para que solo pudiera oírla yo a la vez que me daba un codazo en las costillas con demasiada puntería.

Encogiéndome, me carcajeé. Fifi me miró sin entender a razón de qué me reía de manera tan escandalosa así que me vi en la necesidad de aclararle que no era su pelo, ni su vocabulario *especialinchi*, como tampoco ese apodo que compartía con la gatita del vecino de mi madre los causantes de mis risotadas.

—Son cosas nuestras, Fifi —expliqué, señalándonos a Gina y a mí con el dedo—. Un pequeño rifirrafe sin importancia... —otro más—. Podría decirse que nuestra relación siempre ha sido así: una montaña rusa.

—Entiendo... —dijo, aunque su cara no indicaba lo mismo.

Le eché un vistazo de reojo a Gina y la pillé mirándome con los ojos tan abiertos que estuve por pedirle que los entornara un poco por temor a que le salieran rodando por el asfalto como dos canicas. Pero sabía que eso solo serviría para que me asestara un nuevo codazo y no era algo que me resultase apetecible; aún tenía la zona de las costillas resentida por el anterior.

Tuve que volver a contenerme la carcajada cuando vi descolgársele la mandíbula a mi preciosa compañera de equipo en cuanto Fifi dio por finalizada la explicación de la actividad.

—Me niego. —Soltó a la defensiva, cruzándose de brazos a modo de muro impenetrable y elevando la barbilla con orgullo.

—No estás hablando en serio, ¿verdad?

—¿Acaso me ves reírme, Müller? —enarcó una ceja.

—Mira que eres sosa... Te recordaba mucho más divertida... —la tenté.

—Es que yo ya no soy aquella Regina que conociste. —Afirmó—. No pienso jugar a algo así —señaló con los ojos la gran cesta cargada de huevos que estaba encima de una mesa plegable que había sido colocada junto a la línea de salida—. No quiero rozarte. Ni que me roces. —Aclaró.

—¿Por qué?, ¿es que acaso tienes miedo?

—¿Miedo?, ¿de ti? Ja, ja, ja... No hagas que me dé un ataque de risa, por favor; con los tuyos ya tenemos suficiente... —Ironizó rodando los ojos.

—No. De mí no debes de tener miedo. No muerdo a no ser que me lo pidas —le guiñé el ojo y me percaté del sofoco que conseguí provocar en ella con algo tan simple como lo eran un puñado de palabras y un guiño. Tragó saliva a la vez que sus mejillas se tornaban carmesí progresivamente—. Sabes de sobra que me estoy refiriendo a otro tipo de miedo. Uno que te

acojona porque eres incapaz de dominar.

—¿Ah, sí?, ¿y puedo conocer cuál es, *Don te conozco mejor que tú misma*? —preguntó, tirando de sarcasmo para camuflar con este el temblor nervioso de su voz.

Pillándola desprevenida y consiguiendo así dejarla fuera de juego, pellizqué su barbilla y elevé un poco su rostro para conectar nuestros ojos.

—Aceptar que tu cuerpo aún me pertenece. —Solté, bajando el tono con cada palabra que salía de mi garganta a la vez que iba restando centímetros entre su boca y la mía.

—¿Cómo dices? —preguntó con un hilo de voz, las cejas hundidas y la respiración acelerada.

—Digo que los asuntos del pasado no pueden permanecer toda la vida en ese cajón del olvido que te empeñas en mantener cerrado a toda costa. —Me sorprendía estar siendo capaz de verbalizar todo aquello sin titubear aun teniendo el corazón bombeando desbocado debajo de mis costillas. Estaba haciendo un enorme ejercicio de contención para no comerle la boca; estábamos demasiado cerca para las muchas ganas que le tenía—. Por más distancia que pongas entre nosotros, los recuerdos que creamos juntos no se quedarán en silencio en un rincón de tu cerebro donde te sea fácil ignorarlos sino que, día a día, noche tras noche, cuando te quedes a solas contigo misma y recuerdes cómo te besé, te acaricié y te hice tocar el putito cielo cada vez que me tuviste entre tus piernas, te será inevitable traerlos de vuelta a tu presente.

»Quieras reconocerlo o no, siempre has sido y serás mía, Regina. Lo sé porque aún tiembles ante mi presencia, o cuando simplemente te rozo; lo sé porque tus ojos no son capaces de mentir como sí que puede hacerlo tu boca; lo sé porque yo también fui, sigo y seguiré siendo tuyo a pesar de la distancia que impusiste entre ambos. A pesar del tiempo que estuvimos sin vernos. Lo que tuvimos siempre fue real. Y lo real no desaparece así como así.

—A... a... a ti se te está yendo la pinza, ¿en? —balbuceó tras retirarse bruscamente de mí, evitando mantener contacto ya no solo físico, que también, sino visual. Sabía, tanto como yo, que eso la delataría. La conocía mucho más de lo que ella alcanzaba a imaginar. La forma de morderse el labio y el bamboleo nervioso de su cuerpo, sumado al rojizo de sus mejillas, reforzaba, palabra por palabra, mi teoría—. Derek, tu ego te está jugando una mala pasada conmigo...

—¿Eso crees?

—No lo creo —y por fin me miró, ocultándose tras una máscara de indiferencia hacia mi persona que le sentaba fatal—. Te lo puedo asegurar.

—Tu piel no dice lo mismo.

Se miró los brazos y comprobó cómo estos estaban erizados.

—Tengo frío —se los frotó—. ¿Hace falta mencionar que estoy calada hasta los huesos?

—Está bien. Entonces, si no le temes a nada y estás segura de tus sentimientos hacia mí, no veo motivos para negarte a jugar.

—El motivo es que no pienso faltarle el respeto a mi novio. No veo apropiado llevar un huevo de un lado para otro entre nuestros cuerpos.

—A mí no me parece una falta de respeto siempre y cuando la otra persona no signifique nada para mí; justo tu caso, ¿verdad?

—¡Obvio que es mi caso! —resopló indignada.

—Pues tu negativa me hace pensar lo contrario...

—Esto... equipo rojo, perdonadme la intromisión pero ¿vais a participar? —nos interrumpió la chica mirando la esfera de su reloj—. El tiempo es oro, y lleváis bastante perdido... —Ya no sonreía tanto como cuando llegamos, ni utilizaba esas palabrejas con las que

endulzaba las frases; supongo que estábamos acabando con su paciencia.

Miré a Regina y la animé a hablar con un cabeceo, dejando en sus manos la decisión de continuar o retirarnos.

—¡Está bien! ¡Jugaremos! —claudicó entre resoplidos—. Eso sí —me apuntó con el dedo—, ni se te ocurra posar tus manazas en mí. Estás advertido, Derek Müller.

—No lo haré —le mostré las palmas.

Giró sobre sus talones y se dirigió con paso firme hacia la línea de salida. Pisaba con tanta fuerza que daba la impresión de que, de un momento a otro, el asfalto se desquebrajaría bajo sus pies.

Una vez situados, y con un primer huevo entre nosotros, esperamos el pitido que nos indicara que el juego daba comienzo.

Podía oír su respiración agitada y el corazón golpeando desde dentro con fuerza. De nuevo evitaba mirarme a los ojos; en cambio yo no hacía otra cosa que no fuera buscar los suyos.

Cumpliendo lo prometido, llevé mis manos a mi espalda y ella dejó caer las suyas a cada lado de su cadera. La verdad que rodearla con mis brazos y pegarla a mi cuerpo hasta quedar fundidos en un solo ser, me tentaba demasiado. Pero no quise incomodarla.

—Y el juego comienza en tres... dos... uno... ¡Ya!

Arrancamos con una descoordinación con la que ya contaba así que, como supuse que pasaría, en cuanto dimos un par de pasos el huevo se estrelló a nuestros pies.

Resignados, regresamos al punto de salida sin dirigirnos la mirada. La situación era tan tensa que incluso el aire parecía más denso. Irrespirable.

Regina cogió otro huevo y lo puso con delicadeza entre los dos.

—Vamos. —Me pidió con sequedad.

—¿Piensas estar así mucho tiempo?

—No sé de qué me hablas.

—Me refiero a tu cara de seta... —aclaré mientras íbamos dando pequeños pasitos con la meta en el punto de mira.

—Concéntrate en lo que estás haciendo. —Indicó.

Apenas habíamos conseguido avanzar poco más de un metro cuando el segundo huevo cayó también.

—¡Leches! —bramó.

—¡Venga, equipazo, no perdáis la esperanza! —nos animó Fifi desde la silla donde, móvil en mano, controlaba el tiempo—. ¡Lo conseguiréis! —dijo, alzando el puño.

Durante los diez minutos que duraba la actividad, cada huevo que consiguiéramos meter en la cesta que estaba al final sumaría un punto y, con aquel comienzo, la verdad que pintaba bastante mal. La positividad de Fifi no era contagiosa.

—¡Esto es una mierda! —masculló.

—Quizá, si te arrimases...

—¡Ni lo sueñes! —me interrumpió—. Prefiero perder.

—Entonces perdamos. —Con suficiencia, la invité con la mano a regresar a la casilla de salida.

Desandamos lo poco que habíamos conseguido avanzar esa segunda vez y se hizo con otro huevo que colocó entre su voluminoso pecho y la parte más alta de mi abdomen. Si a eso de mantener el menor contacto posible le sumábamos la diferencia de estatura, se nos complicaba todo un poco más.

Como ya estaba siendo costumbre, unos cinco pasos después, ese también se nos resbaló

hasta quedar hecho una tortilla en el asfalto.

—¡Esto es imposible! —exclamó con rabia, dando una patada al aire.

—A ver, permitidme que os eche un cable —nos sorprendió la voz de la joven y vivaracha monitora justo cuando iba a contestarle que la solución era sencilla pero que, para no variar, mi compañera la tenía en sus manos y que no estaba por la labor de colaborar. Pero preferí permanecer en silencio. Con cuidado, Fifi puso un nuevo huevo entre nosotros y, colocando una mano en mi espalda y otra en la de Regina, ejerció un poco de presión hasta dejarnos prácticamente pegados. Tan pegados que pude oír el gemido que Gina ahogó en su garganta a la vez que el corazón volvía a tomar velocidad dentro de su pecho y su piel se ponía en pie—. Es que estabais demasiado separados... Así os va a resultar imposible llegar a la meta.

Me tragué un «te lo he dicho» por eso de no echarle más leña a la candela.

Reconozco que esperé una queja por parte de Regina pero, al permanecer muda e inmóvil, entendí que aquel movimiento rápido de Fifi no se lo vio venir y que, cuando quiso tomar medidas, ya estaba perdida en mí.

La chica agarró las delicadas muñecas de Gina y las guio hasta dejar sus manos sobre mi cintura; después tiró de las mías y unió mis dedos en la parte baja de su espalda, rodeando su talle como desde el principio deseé.

—Ahora sí. —Nos dijo, dando una palmada en el aire para que nos pusiéramos en marcha.

Incliné la cabeza y busqué sus ojos. Necesitaba comprobar que no estaba incomoda pero, una vez más, estaban esquivos.

Capítulo 14

Nena

Regina

Supongo que, a estas alturas, me darás la razón si afirmo que nada me salía como planificaba.

Solo puse una única condición para realizar aquella penúltima actividad. Una sola. Y pasó a convertirse en simples palabras sin importancia, de esas que se lleva el viento, cuando Fifi decidió tomar cartas en el asunto y dejar nuestros cuerpos tan cerca el uno del otro que el calor del de Derek traspasó mi ropa hasta alcanzar una por una cada capa de mi piel.

Sé que lo hizo por nuestro bien. Que el suelo había pasado a convertirse en un campo de minas de huevos estrellados con cáscaras por doquier y que no habíamos sumado ni un solo punto en esos primeros minutos de juego. Pero es que empujándonos a fusionarnos en un bloque de hueso, carne y demasiado músculo por lo que a Derek respectaba, era una tortura para mí y un verdadero peligro para el plan que estaba llevando a cabo, junto a Íñigo, aquel fin de semana.

—¿Estás bien? —me preguntó antes de emprender los pasos hacia la mesa ubicada en la meta.

Tragué saliva e intenté exteriorizar lo que mi voz interior me gritaba. Pero fui incapaz. No pude decirle que dejara de rozar mi espalda con sus dedos como quien no quiere la cosa porque a mí, ese ínfimo contacto me levantaba los pies del suelo; tampoco que retirase su cuerpo porque empezaba a quemarme y convertirme en terreno calcinado no era justo cuando no hacía mucho que empezaron a asomar brotes verdes donde hacía tiempo que no se observaba vida

alguna.

—Sí. Claro —aunque mentí con descaró, le contesté con toda la seguridad que pude. Controlando el temblor de mi voz a pesar de que el de mis piernas me contradijera—. ¿Por qué no iba a estarlo, Müller?

—Que no te rozara era la única condición que pusiste al inicio —inclinó la cabeza para poder mirarnos. Lo vi serio. Preocupado incluso—. Si me pides que quite las manos, lo haré. Aunque créeme, Regina, no quiero... —Admitió, perdiendo fuelle en su tono para acabar hablando entre susurros.

—No importa... —bisbisé atropellada por su confesión, por lo que la oscuridad de su mirada cargada de deseo me transmitía y por lo que ese acercamiento estaba provocando por debajo de mi ombligo—. Es solo un juego. —Añadí, como si quisiera convencerme a mí misma y no como si lo importante fuera restarle importancia a lo que pudiera estar pensando él.

Finalizando así el contacto visual para que no viera que yo también lo deseaba con fuerza, bajé la cabeza.

—Oye, ¿estás segura? —insistió—. Mira que si...

—Qué sí, Derek. —Lo interrumpí, murmurando casi pegada a su pectoral, drogándome con su perfume e imaginando con nitidez la piel desnuda de su trabajado pecho. Tirando de archivo para martirizarme un poquito más con semejante imagen como la buena estúpida que era. Hundiendo mis dedos en su cintura sin ser consciente de que lo hacía.

«No te lo crees ni tú...», me recriminó mi vocecilla interior, conocedora de lo que Derek llevaba despertando en mí desde que me lo crucé por primera vez.

Hubo un tiempo que me gustaba pensar que el destino me lo puso en el camino para hacerme más fácil, amena y bonita la travesía. Pero no tardé en darme cuenta de que se trataba de alguien que solo compartió unos cuantos pasos a mi lado —quizá los mejores de toda mi vida— pero que finalmente acabó tomando una salida diferente a la mía en la bifurcación sin darle importancia a lo que compartimos durante ese corto pero intenso viaje en el que un día nos embarcamos juntos.

—Escúchame —retiró una de sus manos de mi espalda y, creyendo que la otra sería la siguiente en abandonarla para no incomodarme, estuve a punto de suplicarle que no lo hiciera. No hizo falta porque, lejos de dar por finalizado aquel impuesto abrazo, solo la condujo hasta mi barbilla y, con delicadeza, como si en sus dedos estuviera sosteniendo los pétalos quebradizos de cualquier flor, me la elevó para obligarme a mirarle a los ojos. Dejando tan cerca nuestras bocas que por un instante pensé que me besaría. Matándome de ganas con antelación—. Te va a salir algodón de azúcar hasta por la orejas, nena. —Bromeó queriendo destensar el momento.

Aunque apenas consiguió que trazara una sonrisa forzada cargada de una desilusión absurda porque el beso, como era lógico, no se dio, algo en mi interior se contrajo por ese «nena» que, después de tantos años, volvía a oír.

Al fin mis pies parecieron sincronizarse con los suyos y pusieron rumbo a la cesta que se veía al final del recorrido aunque mi cabeza prefirió disociarse del resto de mi cuerpo para recrear, sin venir a cuento, y como si pudiera palparlo en ese instante, el último encuentro que tuvimos en el hotel.

5 años antes...

A pesar de no ser la primera vez que lo hacía, me sobresaltó su brazo rodeándome por sorpresa el talle desde atrás cuando me disponía a regresar a la recepción tras haberle dejado una segunda llave a los huéspedes de una de las habitaciones de la segunda planta.

No le hizo falta hablar para que supiera de inmediato quién era mi asaltante. Su perfume

se coló con sutileza por mi nariz y una corriente eléctrica, que solo había experimentado con él, me recorrió a posteriori la columna vertebral. Despejando cualquier incógnita a pesar de no tener duda alguna de su identidad.

Estrechó un poco más el agarre para que sintiera su dureza en mi trasero; haciéndome ver que estaba preparado.

—Derek... —ronroneé su nombre cuando una de sus manos se posó en mi muslo desnudo, por debajo de la tela del vestido capeado que elegí aquella mañana y que empezó a sobrarme en cuanto inició un trayecto ascendente en busca de mi sexo.

—¿Cómo has sabido que era yo? —preguntó con voz grave, tan cerca de mi oído que se irguieron todos los vellos de mi cuerpo.

—Siempre eres tú... —Jadeé, moviendo mi trasero por su erección aún presa en su pantalón.

«Siempre eres tú» era mucho más que una respuesta a su pregunta. Era mi realidad. Llevaba tiempo incluyéndolo en todos mis planes del presente, pero, cada vez con más frecuencia, lo imaginaba como protagonista de esos otros que formaban parte de mi futuro a sabiendas de que no hacía lo correcto. Preocupante, sí. Inevitable, también.

Posó sus labios en mi cuello y fue dejando besos mojados en toda la piel que conquistaba a la vez que sus dedos se colaban dentro de mis braguitas con demasiada lentitud para las muchas ganas que tenía de él.

—Quiero tenerte. Ahora. —Indicó autoritario, sacudiéndome desde los pies hasta la coronilla. Incapacitándome para tomar alguna decisión sobre mi persona. Dejándome así manejar a su antojo. Deshaciéndome con sus caricias como un trozo de algodón de azúcar en cuanto entra en contacto con la humedad de una lengua.

—Hazlo. Hazlo por favor. —Rogué.

Me hizo girar sobre mis pies para quedar de frente y me atravesó con esos ojos azules de los que podía asegurar que llevaba enamorada más tiempo del que quizá era consciente; saltándome por completo el pacto. Un pacto que, de manera contradictoria, fui yo quien lo propuso.

Sin despegarme de su cuerpo, y besándome como si llevara años sin hacerlo, me condujo hasta quedar resguardados en un recoveco del pasillo. Uno donde, a veces, colocaban un par de macetones para ocultar unos desconchones que aparecieron, no hacía mucho, en las paredes. Un espacio pequeño, claustrofóbico incluso, pero que decidimos hacer nuestro aquella mañana. Un rinconcito lejos de cualquier mirada indiscreta aunque los verdaderos indiscretos estuviéramos siendo nosotros.

—¿Sabes? —me mordió el labio cuando el beso nos concedió una tregua y después un lengüetazo que viajó directo a mi clítoris arrancándome un gemido. Alargando aquella tortura que iba alimentando, sin ningún tipo de contemplaciones, el deseo que nos teníamos—. Llevo pensando en ti todo el día, nena. —Murmuró, dejando caer su frente sobre la mía en tanto me envolvía con sus fuertes brazos haciéndome sentir en casa.

Elevé la mirada para poder mirarlo a los ojos. Brillaban tanto o más que los míos. No podía estar equivocada. Lo conocía —o al menos eso quería creer—. Me negaba a pensar que era solo sexo; unos ojos no centellean de esa forma cuando no hay algo más.

—¿En mí? —pregunté ilusionada. No perdía la esperanza de que un día me dijera que sentía lo mismo que yo. Que era hora de hacer trizas aquel contrato imaginario que, como dos verdaderos cobardes, decidimos firmar una noche.

—En cómo iba a follarte en cuanto te viera. —Me susurró sobre la boca consiguiendo

que un nudo de decepción se instalara con fuerza en mi garganta.

«¿Qué esperabas, tonta?», me recriminó esa voz que se apresuraba en ponerme los pies en el suelo cada vez que mi imaginación empezaba a hacer planes con el único hombre por el que había sentido amor. El mismo que, injustamente, debía de ver como un buen amigo con el que tener sexo excelente y después fingir que nada cambiaba en mi interior a pesar de lo mucho que lo amaba.

Pegó mi espalda a la pared en un movimiento tan rápido que no me lo vi venir, y me inmovilizó contra esta. Introdujo ambas manos por debajo del vestido y pellizcó el filo de mis braguitas para deslizarlas por mis piernas. Levanté primero un pie y después el otro para que pudiera sacarlas, quedando expuesta ante unos ojos que me devoraban.

—Joder, nena... —Masculló antes de colocar una de mis piernas en su hombro y hundir su lengua en mi sexo para devorarlo.

Eché la cabeza hacia atrás y me dejé llevar por aquella bola de placer que viajaba por todo mi cuerpo. La destreza de su lengua y la ventaja de conocer lo que me gustaba y cómo me gustaba, me estaba empujando al clímax.

El temblor, los gemidos irrefrenables y el incremento considerable de humedad, me delataron.

—No quiero que te corras... No ahora.

Se puso de pie y colocó una mano en mi trasero, clavando sus dedos en mi carne, y la otra en la parte posterior de mi cabeza. Con necesidad, atrapó mi boca con la suya y coló su lengua en esta para invitar a la mía a bailar en esa pista donde ambas se movían expertas. Transfiriéndome el delicioso sabor de mi excitación junto con el de su saliva.

Con presura, movido por las tremendas ganas acumuladas y el morbo que le provocaban aquellos encuentros fortuitos, liberó su erección. Primero de su tejano, después del bóxer para, a continuación, levantarme del suelo sin apenas esfuerzo y acoplarme sobre esta haciendo a un lado mi ropa interior, aferrándose con fuerza a mis muslos. De una sola embestida se hundió en mi cavidad que, excitada, lo esperaba, y un sonido gutural, primario, abandonó con fuerza mi garganta. Derek se apresuró en acallarme con un nuevo beso para no alertar a ningún huésped. Le habíamos cogido el gusto a asaltarnos en cualquier lugar sin importarnos el riesgo que pudiéramos correr.

Entrando y saliendo de mí con movimientos que me hacían rozar el cielo con la punta de los dedos, con embistes tan certeros que me volvían los ojos hasta alcanzar a ver el interior de mi cabeza, grité su nombre cuando, a la vez que se derramaba dentro de mí, yo sentía que me iba con él.

—Te amo, Gina —bisbisó a tropicónes, asfixiado por lo que acabábamos de vivir.

El corazón se me frenó en seco. Noté cómo dejó de bombear durante varios segundos para poco después arrancar de manera brusca y atropellada.

Necesité oírlo de nuevo. Quise asegurarme de que lo que acababa de escuchar no había sido producto del momento eufórico que atravesaba y que, como yo de él, se había enamorado perdidamente. Así que me aventuré a formularle la pregunta con el corazón aún acelerado. Y no solo por el incipiente orgasmo, sino por el peso que esas palabras tenían al juntarse.

—¿Qué has dicho, Derek? —dije con un hilito de voz.

Lo miré. Tragó saliva y percibí nerviosísimo en sus movimientos.

—Olvídalo —me dejó en el suelo y empezó a recolocarse la ropa, pretendiendo guardar una erección que no se lo estaba poniendo fácil—. Tengo la sangre concentrada en la polla —se carcajeó—; no me riega el cerebro. —Sacó mis braguitas del bolsillo trasero de su pantalón y me

las dio—. Póntelas —me pellizcó la barbilla y me guiñó el ojo—, no quiero que nos pillen y que tu trabajo peligre. —Y me dejó un beso fugaz en los labios que dolió como si una estaca acabara de atravesarme el pecho.

«¿Qué más necesitas para alejarte?», me preguntó, esta vez con un poco más de tacto, mi yo interior. Sabía que se me habían hecho trizas las ilusiones y el corazón, y no quiso hacer leña del árbol caído.

De vuelta al ahora...

—¡Os quedan solo cuarenta segundos! —nos vociferó Fifi, sacándome de golpe de mis recuerdos con su cuenta regresiva a pleno pulmón.

Derek me conducía como di por hecho que había estado haciendo durante el tiempo que yo opté por perderme en el pasado que nos perteneció, en lugar de concentrarme en sumar puntos en la prueba que era para lo que verdaderamente estábamos allí.

Estuve tan obnubilada, que era incapaz de enumerar las veces que hicimos el recorrido en ambos sentidos. Tampoco podría decir si todos los huevos llegaron en buen estado a la cesta. Desde que sus brazos me rodearon y mi mente empezó a divagar lejos del aparcamiento, yo desaparecí de la escena aunque mi cuerpo siguiera yendo y viniendo al ritmo que marcaba mi compañero de equipo.

—¡Ni tan mal! —indicó frotándome con suavidad la espalda cuando dejamos el último huevo en la cesta segundos antes de que el silbato de Fifi diera por finalizada la actividad.

Portaba una amplia sonrisa y un brillo extra en los ojos que me apretaron la garganta. Pensé que tanta cercanía pudo dar pie a que Derek creyera que estaba receptiva y que había hecho borrón y cuenta nueva entre nosotros, así que, aun siendo lo último que me habría gustado hacer, me retiré con brusquedad de sus brazos imponiendo distancia y dejándolo descolocado.

—¿Te pasa algo? ¿He hecho algo que...?

—El juego terminó ¿verdad? —lo interrumpí.

—Sí... —Asintió aunque su ceño fruncido seguía mostrando desconcierto ante mi cambio repentino.

—Entonces ya no tenemos que seguir unidos, Derek.

—Oh, ya, claro. Entiendo... —Titubeó desubicado. Frotándose la nuca como cuando intentaba aclararse las ideas.

—Pues eso.

Nos quedamos sumidos en un silencio incómodo que agradecí que Fifi interrumpiese con su particular vidilla.

—Sabía que remontaríais —aseguró al asomarse a la cesta—. Hacéis un *grupichi* maravilloso. Me atrevería a decir que el que más conexión ha demostrado de todas esas *parejinchis* que han pasado hoy por aquí; a pesar de ese comienzo *rarinchi*...

Derek la miró y pareció obligarse a sonreír. Yo, en cambio, no pude. Si esa conexión que se suponía que teníamos, nunca pareció tener fuerza suficiente para retenernos, ¿para qué nos servía entonces?

Fifi empezó a contar en voz alta cada huevo que iba sacando de la cesta. Comprobando, para que fueran válidos, que hubieran llegado en buen estado.

—¡Enhorabuena, siete *puntinchis* más! —Celebró—. ¡Mucha suerte para la última prueba! Aunque, viendo la trayectoria que habéis tenido a lo largo del juego, no la necesitareis. —Selló la tarjeta y se la dio a Derek.

Tras agradecerle sus buenos deseos, abandonamos ese espacio el uno al lado del otro manteniendo las distancias. De nuevo nos vimos envueltos en un silencio incomodo que Derek

se negaba a alargarlo.

—Esta noche le daremos una sorpresa a Gerard.

—Bien.

—Mark y sus hermanos le van a regalar un viaje a Galicia, España.

—Bien.

—Por lo visto lleva toda una vida queriendo conocerla y estos han pensado que es el momento perfecto.

—...

—También le daremos una placa conmemorativa a una trayectoria impoluta. Mis hermanos y yo queríamos agradecerle de alguna manera su dedicación e implicación con el *Müller&Beltrán* durante todos esos años en los que formó parte de la plantilla.

—Merecido. —Me limité a responder. Aun pareciéndome un gesto precioso, no mostré mayor efusividad. Gerard siempre fue un compañero extraordinario así que me alegré mucho de que, de algún modo, y aun habiendo pasado bastante tiempo, se le reconociera su impecable paso por el hotel.

—Será un momento muy emotivo. Ojalá mi padre pudiera estar presente. Eran muy buenos amigos...

Asentí y, ante mi poca palabrería, decidió callar.

Capítulo 15

Un giro dramático

Regina

Cuando llegamos a la zona del aparcamiento que estaba reservada para la prueba azul, un chico con el pelo color calabaza y la cara salpicada de pecas, de unos veinte años, nos saludó y se presentó como Taylor. Como todos los monitores, desprendía una alegría digna de envidia.

—Por lo que veo os enfrentáis a vuestro último juego —dijo muy sonriente mientras analizaba la pequeña cartulina que Derek le cedió—. ¡Y con bastante puntuación acumulada! —exclamó sorprendido.

—Tienes ante ti a los ganadores de la yincana. —Presumió mi compañero.

—Bueno, aún no está todo dicho —vaciló el chico—. No debes de bajar la guardia, Müller. —Le guiñó el ojo con complicidad y este se carcajeó.

¿Müller? ¿De qué se conocían? Una vez más, la frasecita de Íñigo asegurando que con él nada era casualidad, resonó con fuerza dentro de mi cabeza. Con la mosca detrás de la oreja, afiné mis sentidos con la intención de atar cabos.

—Esto es pan comido. —Aseguró con suficiencia.

—Manzana comida más bien. —Le corrigió.

Hundí las cejas y miré al pelirrojo.

—¿Manzana comida? —pregunté.

Hasta ese momento no me había percatado de las manzanas que, con tanza, colgaban de unas plataformas que estaban atornilladas a unos postes de hierro.

—Has oído bien. —Sonrió en mi dirección y después caminó hacia los mástiles—. Con las manos en la espalda, deberéis devorar el mayor número de manzanas durante los diez

minutos que dura la prueba. Cada manzana sumará dos puntos. —Explicó, desplazándose entre las frutas, esquivándolas para no golpearlas con la cabeza.

—Fácil. —Apuntó Derek.

—¡Pues vamos a ello! —nos animó el joven con una palmada.

Derek se colocó junto a una manzana y yo lo hice al lado de otra. Llevé las manos a la espalda, entrelacé los dedos y comencé a planificar cómo y por dónde atacar sin tenerlo del todo claro.

—Están un pelín altas ¿no? —manifesté, alzándome sobre las punteras de mis zapatillas y viendo cómo en ese momento se le añadía un plus de dificultad al asunto.

—Pues yo diría que están a la medida justa. —Dijo Derek encogiéndose de hombros. Era incansable cuando de contradecirme se trataba.

Acercó la boca a la manzana e intentó morderla, pero se le resistió, dejándolo con la boca abierta cual pajarillo de nido que espera a que su mamá regurgite un delicioso gusano recién cazado para alimentarse. Me contuve la risa.

—Esto... —Taylor carraspeó y lo miramos—. Así lo vais a tener muy complicado... —apuntó con cierto apuro.

—¿Complicado? —cuestioné, observando el brillo increíble que lucía aquella pieza de fruta que me pedía a gritos ser mordisqueada.

—Así es. Si no os ponéis los dos junto a la misma...

—¿Te refieres a...? —señalé a Derek y a mí—. ¿Delante de la misma...? —señalé la manzana.

—Sí. Claro. Uno frente al otro para inmovilizar la pieza entre las dos bocas y así poder morderla.

La sangre se me bajó a los pies y las luces de neón del cartelito que anunciaba peligro empezaron a parpadear. No podía estar tan cerca de la boca de Derek. No podía arriesgarme a que se diera ni el más mínimo contacto.

—Yo... no lo veo... necesario... —tartamudeé.

—Créeme, te resultará mucho más fácil si lo hacéis juntos.

—Que sea menos sencillo no lo convierte en imposible, Taylor. —Señalé.

—A ver, Regina, deja la cabezonería. El chico tiene razón. —Indicó Derek.

—¡No! —me apresuré en negar—. No la tiene. Tú preocúpate de tu manzana que yo me preocuparé de la mía. —Sentencié.

Chasqueó la lengua contra los dientes y con un leve cabeceo animó a Taylor a accionar el silbato; y así lo hizo.

Con la boca abierta, me abalancé sobre la manzana, golpeándome los dientes y dándome cuenta en ese preciso instante de lo complejo del juego. Aun así me negaba a rendirme, nada que ver con Derek que, cruzado de brazos, miraba al horizonte como si la prueba no fuera con él.

—¿No piensas participar? —le recriminé colocando los brazos en jarras.

—No.

—¿No? —pregunté sin salir de mi asombro.

—No sé tú pero yo le tengo bastante aprecio a mis dientes. No entra en mis planes hacérmelos polvo durante un juego; no merece la pena.

—Vaya... ¿y puedo saber dónde quedó ese «no pienso aceptar que el premio no será mío» que dijiste un par de pruebas atrás? —lo parafraseé con retintín.

—Insisto, no merece la pena. Como tú también mencionaste pruebas atrás, a mí no me gusta el algodón de azúcar. —Se encogió de hombros y llevó de nuevo la mirada al frente. ¡Me

exasperaba!

—Oh, vaya, genial. Y a los demás que nos den, ¿verdad? —le recriminé, enfrentándolo—. Sigues siendo el mismo egoísta de siempre... —Murmuré.

—¿Cómo dices? —Hundió las cejas a la vez que sus ojos azules me atravesaban.

—Que eres un egoísta. —Repetí sin titubear.

—¿Yo?, ¿egoísta? —forzó una carcajada irónica—. Créeme si te digo que si hubiera mirado más por mí y menos por los que me rodean, me habría ahorrado muchos disgustos.

—No hablarás por mí...

—¡Hablo por todos! —bramó. El azul de sus ojos empezó a oscurecerse y eso podía significar solo dos cosas: deseo o cabreo, y no tenía pinta de estar pensando en sexo precisamente—. Ya estoy hasta los cojones de que se me tache como el ser más egoísta del planeta. De que se me describa como una persona pasota e insensible que solo se mira su puto ombligo y le importa una mierda los demás. ¿No te has parado a pensar que quizá lo único que pretendo es no hacerme más destrozos en el corazón? No sé hasta qué punto, ponernos a salvo, nos convierte en egoístas.

Hablaba desde el dolor. Nunca antes lo vi tan afectado y eso me hizo bajar un poco las revoluciones.

—Lo único que quiero es terminar con esto. —Bisbisé. El nudo de la garganta pareció apretarse un poco más. Realmente no sabía si «con esto» me estaba refiriendo a la yincana o a eso otro que, a pesar de los años, aún me era imposible arrancarme del alma.

—Y yo. Ponerle de una maldita vez por todas el punto y final a esta tortura. La balanza no siempre se inclina a nuestro favor por más que lo demos todo de nosotros. —¿Sería que él sí que estaba hablando del juego? Tenía mis dudas—. Taylor, no jugaremos. Por separado es imposible; y juntos inviable.

Se agarró con fuerza el bajo del peto y se lo sacó por la cabeza terminando de destruirlo. Lo hizo una bola y se lo dejó al muchacho en la mesa plegable desde la que controlaba el juego.

—¿Estáis seguros? —quiso cerciorarse, observando con disgusto la tarjeta donde no podría estampar su sello.

—Sí.

—No. —Lo contradije con rotundidad, captando la atención de ambos—. Aunque mi compañero se niegue a jugar, yo no pienso rendirme —me dirigí a Taylor que, sin salir de su asombro, empezó a dibujar una sonrisita triunfal—. Se me ha resentido la voz por gritarle cómo moverse dentro de un saco por una pista que parecía eterna; he estado a punto de partirme la crisma cuando, atados por los tobillos, caímos redondos al suelo; he sentido muchísima angustia con los ojos vendados intentando afinar el oído lo máximo posible para clavarle la jodida cola al burro; también corro el riesgo de coger el catarro de mi vida porque me han bañado, literalmente hablando, con una maldita pistola de agua helada. Y por si esto fuera poco, mira mis preciosas *Converse* —se las mostré alternando los pies y las miró con interés—. Antes eran blancas. Ahora tienen un maravilloso color anaranjado y un delicioso aroma a huevos. —Bramé con ironía—. Cabe la posibilidad de que no sume ni un solo punto en esta prueba, pero no reizará en esa maldita cartulina que me rendí.

—¡Esa es la actitud, guapetona! —me felicitó el joven pelirrojo agarrando su silbato—. ¿Estás preparada?

Tomé posición, grité un «sí» que derrochaba orgullo a raudales y, llevándoselo a la boca, lo hizo sonar de inmediato.

No me lo pensé dos veces y empecé a lanzar bocados, mayoritariamente, al aire. Tras el

sexto, perdí la cuenta de los manzanazos en la boca que llevaba. Estaba consiguiendo un aumento de labios sin necesidad de acudir a ninguna clínica ni soltar pasta alguna. Estaba convencida de que, de seguir haciéndolo *tan bien* —nótese la ironía—, solo era cuestión de tiempo el lucir unos morros de salchichas Weisswurst que nada tendrían que envidiarle a los filtros de *Instagram* o *TikTok*.

He de reconocer que, después de varios minutos y más golpes de los que podía aguantar, el chiste dejó de tener gracia. Estaba resultándome más difícil de lo que en un principio pensé, pero rendirme y admitir que hacerlo sola era imposible. No entraba en mis planes; no le daría el gusto a Derek.

—¡Últimos dos minutos! —vociferó Taylor, poniéndome más nerviosa.

—Joder, no puedo seguir cruzado de brazos viendo cómo una manzana te gana la batalla. Si sigues así durante los dos minutos que quedan, parecerá que has estado compartiendo ring con Topuria en lugar de con una inofensiva fruta —se burló, colocándose justo en frente—. Solo la sostendré —se anticipó antes de que pudiera negarme. Como yo, se llevó las manos a la espalda y el tamaño de su pectoral aumentó considerablemente—. No invadiré tu espacio; me ha quedado muy claro que mi presencia te desagrada.

«Tu presencia me pone el mundo del revés, Derek Müller. Y tú sin saberlo...», le dije mentalmente, conteniendo un suspiro.

Agarró la manzana con los dientes y, aunque dudé varios segundos, acabé mordisqueándola intentando no pensar en lo cerca que tenía su boca; intentando inhalar lo menos posible su perfume. En resumen, intentando sobrevivir a un par de minutos que, de manera contradictoria, quería transformar en horas.

—¡Pasad a la siguiente! —Nos pidió Taylor con entusiasmo, dando palmaditas y pequeños saltos en círculo sin dejar de mirar su reloj de última generación.

Nos posicionamos junto a la manzana contigua y reconozco que aquel chico de pelo zanahoria que no paraba de brincar de allá para acá me transmitió su nerviosismo y efusividad. Tan contagiada estaba con su vitalidad que me lancé a la pieza sin comprobar primero si Derek ya la tenía sujeta con sus perfectos dientes o no. Estampándome de lleno con unos labios cálidos que amortiguaron los míos en un roce que apenas duró unos segundos.

—Lo siento... —bisbisé tragándome un jadeo. Estaba tan cerca de su boca que tuve que hacer un enorme ejercicio de contención para no perderme en ella.

Sus ojos descendieron despacio por el tabique de mi nariz hasta quedar clavados en mis labios aún entreabiertos, ansiosos. El corazón me latía tan desbocado que temía sufrir un infarto allí mismo con una manzana, una “zanahoria” y el causante de ese fallo cardíaco como únicos testigos.

—Gina... —susurró mi nombre y a continuación se pasó la lengua por los labios haciéndolos aún más jugosos. Más apetecibles para mí.

—¡AAAAAAHHHHH, DIOOOOOOOOSSSSSS! —Un grito desgarrador nos sacó de aquel ensimismamiento.

Miré hacia un grupo de personas que empezaban a arremolinarse y, entre las piernas de estas, oteé una figura masculina retorciéndose en el asfalto. La reconocí de inmediato.

—¡Íñigo! —exclamé.

Corrí a todo lo que mis piernas daban de sí y, a empujones, conseguí posicionarme de rodillas a su lado.

—Íñigo, Íñigo ¿qué te pasa?

—El tobillo... —Atinó a decir. Con ambas manos se hacía presión en este sin dejar de

removerse entre quejidos.

—¿Qué le pasa al tobillo?

—Creo que me lo he roto... —sollozó.

—No me jodas, Íñigo.

Le retiré las manos para comprobarlo por mí misma —como si entendiera—. A simple vista no vi nada fuera de su sitio.

—No estarás fingiendo todo esto por lo que Derek y yo estábamos a punto de hacer, ¿verdad? —le pregunté al oído.

—No sé de qué leches me hablas, Gina. ¿Tú y De...? —elevó el tono movido por el dolor y me apresuré en acallarlo con una mano.

—¡Déjenme pasar, soy médico! —Oí vociferar una voz demasiado lejana para la tremenda desesperación dolorosa que evidenciaban los gritos de mi amigo.

Los cotillas concentrados a nuestro alrededor fueron haciéndose a un lado hasta dejar un pasillo por el que un tipo robusto de unos sesenta años que peinaba canas, ataviado con un bañador fucsia con un estampado llamativo de patitos de goma amarillos, y una camiseta desmangada puesta del revés apareció arrastrando unas *crocs* verdes con varios pines de flores.

—¿Qué le ha pasado? —le preguntó, tomando mi misma pose.

—Estaba haciendo la carrera dentro del saco cuando pisé mal... —Explicó a duras penas sin lograr acabar la frase.

—¡Si es que estas actividades las carga el diablo! —intervino una mujer que estaba camuflada entre el barullo—. Los jóvenes de hoy en día tienen la cabeza en otro lado...

—¡Señora, su comentario no suma! —le grité con rabia sin llegar a ubicarla.

—Gina... —Íñigo me contuvo una vez más, rodeándome la muñeca y ejerciendo un poco de presión para que me calmase justo antes de que la mandara a freír patatas.

El hombre con gusto nulo para la ropa se concentró en la zona que Íñigo le señaló y, tras varios apretones en los que mi amigo dejó claro por sus gritos que había visto las estrellas, se puso de pie:

—No está roto —indicó—. Pero deberías ir al hospital; tiene pinta de esguince.

—No puedo tener tan mala suerte... —lloriqueó, aceptándole la mano al chico con el que estuvo formando equipo y que, con cara de culpa y preocupación, observó la escena desde un segundo plano.

—La ambulancia viene de camino. —Intervino Derek que, hasta ese momento, no me había percatado de su presencia.



—¿Y se puso muy mal? Mira que Íñigo es muy aprensivo, Gina. Si hay sangre, se desmalla.

Lenna estaba preocupada y no era para menos. Quizá no estuve muy acertada con el mensaje que le escribí en cuanto nos subimos en la ambulancia, justo antes de quedarme sin cobertura y por ende incomunicada: «Ha habido un giro dramático en los acontecimientos. Vamos de camino al hospital». Así, directa. Sin rodeos. Sin contemplar que mi *WhatsApp* pudiera adelantar la llegada de ese bebé tan esperado por todos pero que aún tenía bastantes meses por delante para desarrollarse. Bruta. No, brutísima.

—Tranquila. El doctor ha salido para informarme de que no hay nada roto. Como ya sospeché el médico del bañador ridículo, es solo un esguince. Deberá guardar reposo varios días.

—Me levanté de la silla metálica de la sala de espera donde llevaba inmóvil desde hacía casi una hora y empecé a caminar sin rumbo por el pasillo con los ojos clavados en las punteras de mis

zapatillas llenas de huevo ya seco. Verlas me levantaba el estomago, ¡qué ascazo!—. En cuanto lleguemos al hotel, regresaremos a Wurzburg.

—¡Ni de coña! —exclamó al otro lado del teléfono.

—Lenna, Íñigo no puede continuar llevando a cabo ninguna de las actividades programadas.

—Él no, tú sí.

—No pensarás que...

—Tú misma me has contado que esta noche le harán un precioso homenaje a Gerard.

—Sí.

—Pues piensa el motivo real por el que acudiste a esa fiesta. Ni Íñigo, ni Derek, ni incluso tú misma sois lo verdaderamente importante en todo esto. Gerard merece que estés ahí en un día tan especial como hoy.

—Ya no sé si quiero...

—¿¡Qué!? —me interrumpió.

—Lenna, tener a Derek tan cerca es peligroso. ¿Has olvidado lo que te he contado?

—Si te refieres al roce de labios no, no lo he olvidado. Pero mi amiga no es ninguna desagradecida.

—¡Claro que no lo soy!

—Nosotras somos mujeres educadas. ¿Recuerdas cuando me obligaste a darle las gracias a Nicole?

—Lenna, por favor, no compares —rodé los ojos a pesar de que no podía verme—. Solo tuviste que comprarle un paquete de pipas y un refresco de naranja. No corrías riesgo alguno.

—Estábamos enfadadas. ¡Me había robado a mi chico!

—No era tu chico. Era el de medio instituto —apunté—. Y no te lo robó, te avisó de que este le había tirado los trastos.

—Le comió la boca, guapa.

—Pero Nicole se retiró.

—Bueno, eso es lo que ella nos contó; no hay pruebas de ello...

—¡Ya vale! —zanjé—. Que no me compares un agradecimiento con otro.

—Tienes razón. El tuyo es mucho mayor. Si no llega a ser por ese hombre...

—¡Ya, ya lo sé! Ya sé que Gerard fue mi guía, que sacó la cara por mí y que jamás dejó que me intimidaran. Pero entiende que estoy corriendo demasiados riesgos. Si aparezco en esa fiesta sin Íñigo y Derek intenta tener un acercamiento...

—Gina, lo has hecho bien hasta ahora. Confía un poco más en ti.

—¿En mí? ¿Te refieres a esa misma persona que se quedó inmóvil cuando nuestros labios se encontraron? Amiga, creo que no eres consciente de la fuerza que posee el huracán Derek para devastarme...

De todos los seres del planeta, en mí era en quien menos confiaba. No descartaba abandonar mi cuerpo a su suerte si Derek se acercaba. No sería la primera vez que perdía la cordura ante su presencia...

Capítulo 16

No debo Besar al amor de mi vida

Regina

—Íñigo, ¿de verdad que vas a estar bien? —le acomodé el cojín debajo del pie—. Si quieres que me quede, solo tienes que pedírmelo.

—Regina, no te preocupes por mí. Estaré bien.

—¿Estás seguro? —insistí.

—Segurísimo —sonrió.

Miré a mi alrededor para comprobar que todo estaba en orden.

—¿Necesitas algo más?

—No. Lo tengo todo. —Me guiñó el ojo y me mostró el mando de la tele y su móvil—.

Vete tranquila.

Asentí despacio y después giré sobre mis talones para dirigirme a la puerta.

—Gina —llamó mi atención. Frené mis pasos y lo miré—. ¿Y tú estás bien? En el taxi venías muy callada. Y ahora te noto rara. Excesivamente nerviosa. —Tragué saliva.

—Estoy bien —forcé una sonrisa con la que no estaba segura de haberlo convencido—. Es solo que ya sabes lo poco que me gusta la idea de tener que coincidir con Derek. Y menos aún sin que estés tú. Con tu presencia toda esta mierda es más sencilla. Al menos Derek no propiciaría ningún tipo de acercamiento; cosa que ahora no descarto...

No estaba bien. Estaba acojonada. El efímero roce de labios que tuvimos estuvo a punto de hacerlo volar todo por los aires. Si volvía a suceder algo así, no sé si tendría fuerza suficiente para alejarme de su boca.

—En el aparcamiento, cuando estaba en el suelo, me preguntaste al oído que si estaba fingiendo para interrumpir lo que Derek y tú estuvisteis a punto de hacer. ¿A qué te referiste?

Por más que lo intenté, no logré retirarme de los labios la sensación cálida de los suyos desde que se dio ese ínfimo contacto. Ni tan siquiera fueron útiles los minutos eternos que pasé debajo del chorro de agua fría con la intención de borrarla.

Desanduve los pocos pasos que había dado y regresé junto al sofá. Ocupé el reposabrazos y, mirando al frente, al televisor, tomé aire y después lo expulsé despacio. Masticando mientras tanto las palabras que estaba a punto de soltar.

—No ha sido fácil llevar a cabo las actividades a su lado, Íñigo. El tira y afloja no nos ha dado una tregua y reconozco que esa tensión solo ha servido para aumentar aún más mis sentimientos hacia él; lo quiero como jamás he conseguido querer a nadie. Lo tengo grabado a fuego en mi alma y ocupa tanto espacio en mi corazón que no hay hueco para nadie más. —Confesé—. Durante el último juego, ese de mordisquear la manzana...

—Os besasteis. —Me interrumpió y agradecí que fuera él quien terminara la frase.

—No podría llamarlo beso. Apenas fue un roce...

—Un roce que te dejó con ganas de más. —Tragué saliva y, con mi silencio, otorgué—. Gina, no sé qué pudo pasar entre vosotros pero, si tus sentimientos son tan fuertes, ¿por qué te empeñas en frenarlos?

—Porque sé que a su lado nada sería sencillo.

—Quizá haya cambiado. Las personas lo hacemos con los años.

—Las personas como él no cambian. —Aseguré—. No entra en mis planes volver a pasar por lo mismo ahora que los trozos de mi corazón empiezan a soldar.

—Ya sabes que, si necesitas hablar, puedes hacerlo conmigo. Si quieres contarme qué os pasó...

—No quiero recordarlo. No ahora. No tengo tiempo para retocarme el maquillaje —me

obligué a sonreír y me puse de pie—. Gracias por estar a mi lado en esto, Íñigo. Cuando hablo contigo todo parece volverse un poco más sencillo. Lenna y tú tenéis esa capacidad y me siento muy afortunada de teneros en mi vida.

—Somos muy majos —se burló.

—Hablo en serio. No sé cómo voy a devolvértelo. Si no te hubiéramos incluido en este plan absurdo, ahora no estarías haciendo reposo... No puedo evitar sentirme culpable.

—Olvida eso. Tú no tienes culpa de nada. Además, me vendrá bien un descansito —se acomodó en el sofá y se recolocó el cojín que tenía debajo de la cabeza. Llevaba allí tumbado desde que volvimos del hospital y, aunque al principio sí que lo vi algo desesperado por ese repentino límite de movimientos que se le había impuesto, ahora parecía que empezaba a asumirlo—. La yincana me ha dejado exhausto. A ver cómo amanezco mañana...—. Reí. Yo también tenía la sensación de que al día siguiente tendría agujetas. Ya no estábamos para esos trotes; no éramos unos críos—. Y sobre lo de cómo devolverme el favor, con que me invites a un algodón de azúcar estaremos en paz.

—Cuenta con él. Te lo traeré después. Y ahora tengo que irme —miré el reloj que colgaba en la pared—. Se me ha hecho tarde.

—Nos vemos luego.

Dejé el ascensor y tomé aire. Las puertas de cristal que daban a la piscina estaban a solo unos metros de esas otras de metal que acababa de cruzar y que parecían gritarme que regresara al cubículo y que hundiera el dedo en el número de mi planta. Llámalo sexto sentido si quieres pero un puñado de alarmas empezaron a sonar dentro de mi cabeza en cuanto puse un pie en el hall.

A través de los cristales observé cómo un barullo de personas vestidas de blanco, siguiendo a rajatabla el *dress code*, ya habían empezado la fiesta.

Miré mi atuendo para asegurarme de que todo estaba en su sitio. Me puse la única prenda blanca que metí en la maleta. Bueno, realmente lo guardó Lenna mientras aseguraba que, si Derek me lo veía puesto, se retorcería y arrepentiría de haberme «dejado escapar». Se trataba de un vestido ceñido de falda cruzada que realizaba aún más mis caderas y que mostraba parte de mis muslos y mis rodillas; el cuello halter dejaba al aire mis hombros y mi espalda pareciéndome muy elegante a la par que sexi.

La verdad que era precioso, pero nunca vi el momento de estrenarlo. No recordaba cuándo lo había comprado pero ahora me alegraba mucho de haberlo hecho y de que mi amiga no dudara de incluirlo en mi equipaje.

Complementé el look con unos pendientes sencillos dorados y unas sandalias de tacón con varias tiras negras. El pelo me lo ondulé y me lo recogí en una coleta alta. Apenas me puse maquillaje; un poco de máscara de pestañas y brillo de labios.

Me dirigí a la fiesta con el corazón a mil por hora y, sin pretenderlo, mis ojos empezaron a buscarlo en cuanto puse un pie en la zona de la piscina. No tardé en dar con él. Aunque solo pude verlo de espaldas, podría haberlo reconocido entre cientos. O miles.

Con la intención de que Derek no diera conmigo, ocupé el lado opuesto a él y me camuflé detrás de un grupo de personas que no conocía y que charlaban animadamente.

—¿Champán? —me preguntó una de las camareras que, bandeja en mano, se paseaba entre la gente. Los nervios me habían secado la boca así que no lo dudé. Agarré una de las copas y le di las gracias.

Me humedecí los labios con el líquido dorado, frío y burbujeante e hice una morisqueta a la que la acompañó una sacudida de cabeza. Era incapaz de entender cómo la gente podía

beberse aquello. O peor aún, repetir.

—Dicen que el primer trago es el peor —rio—. ¿Regina Weber?

Su voz me sorprendió por la espalda. Supe de inmediato quién era y el estómago se me encogió.

Giré sobre mis pies y la miré. El tiempo pareció no haber pasado por ella. Seguía tan guapa como siempre y, por desgracia, la oscuridad de sus ojos azules tampoco parecía haber cambiado.

—Hola, Leah.

—¡Qué alegría volver a verte! —«una lástima no poder decir lo mismo», pensé—. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y tú?

—Genial. —Dibujó una sonrisa tan amplia que casi le rozaba las orejas—. Estás increíble. —Indicó. Me analizó desde los pies al pelo con una sonrisa exagerada.

—Gracias.

—¿Estás trabajando?

—Tengo mi propio negocio: una floristería.

—Vaya, te has convertido en empresaria... ¡Excelente! —Era tan obvia la envidia en su tono que daba repelús oírla.

—¿Y tú, sigues en el hotel?

—No. Cuando Donovan Müller falleció, y el *Müller&Beltrán* pasó a estar en manos de dos de los hijos, empezó a hacer aguas por todos lados y me largué. Dicen que una retirada a tiempo es una victoria. —Se carcajeó con malicia. En su línea.

El *Müller&Beltrán* era uno de los hoteles más reconocidos de Rothenburg ob der Tauber. Estaba situado en una plazoleta llena de vida. Muy cercano a excelentes restaurantes y edificios de los que su visita es prácticamente obligatoria si estás de paso por la ciudad. Todos esos puntos positivos lo convirtieron durante años en la opción más atractiva para los turistas que buscaban dónde hospedarse.

Sus propietarios, Donovan Müller y Valentina Beltrán, presumían orgullosos de aquel hotelito donde los huéspedes se sentían como en casa. Al igual que todos los empleados que tuvimos la suerte de trabajar en él. Podría decirse que éramos una gran familia pero, como en todas, no faltaba la oveja negra y, en este caso, tenía cuerpo de mujer, melena rizada y rubia, y unos profundos ojos azules. Leah.

Tras la muerte de Donovan, y como mencionó esta, el *Müller&Beltrán* pasó a ser propiedad de sus hijos. Aunque yo ya no trabaja allí cuando esto sucedió, sí que me llegó la información de que dos de los hermanos de Derek, Logan y Enzo, se pusieron a los mandos y que, al poco tiempo, el hotel empezó a ir cuesta abajo a pesar de que los chicos estaban haciendo hasta lo imposible por mantener a flote ese lugar que tan importante era para todos ellos.

Cuando oí la noticia, me entristeció. Era incapaz de imaginarme el afamado *Müller&Beltrán* tan destrozado como mencionaban. Siempre preferí pensar que las malas lenguas exageraban con la intención de desprestigiarlo. No hacía mucho habían construido un hotel no muy alejado y di por hecho que se trataba de competencia desleal.

—Aunque ahora me arrepiento... —Añadió.

—¿Por?

—¿No sabes que lo han reformado?

—No. —Se me dibujó una sonrisa de manera automática.

—Dicen que esta nueva versión es mejor que la anterior.

—¡Pues no sabes cuánto me alegro! Es una excelente noticia. —Aseguré derrochando felicidad. Estaba emocionada de verdad.

—Quien también debe de estar arrepintiéndose es Derek.

Se me retorcieron las entrañas. Odiaba que se pusiera su nombre en los labios. Leah tenía el don de ensuciar a las personas a su paso. De destrozarlas y después fingir que era inocente.

—¿Por qué?

—Tanto él como su hermana pequeña renunciaron a sus respectivas partes como dos auténticos cobardes.

—Tendrían sus razones, ¿no crees?

—Obvio que las tenían: quedarse sin pasta. —Volvió a carcajearse con maldad.

—Leah, ¿no crees que es contradictorio que tú, que te largaste justo cuando temías por tu sueldo, destaques exactamente eso? —la enfrenté—. Deberías hacértelo mirar... —. Mi ex compañera no solía quedarse callada ante algo que pudiera considerar un ataque. Parecía tener siempre preparada una frase con la que defenderse pero, en ese momento, enmudeció. Supe que mi respuesta la dejó descolocada. Acababa de darse cuenta de que yo ya no era aquella chica que conoció en su día. A esta nueva Regina no podría pisotearla; ni ella, ni nadie—. Que te vaya bien, Leah. E intenta ser feliz de una vez para que tu vida te parezca más atractiva que la de los demás.

Le di la espalda con la intención de largarme. Su presencia me desagradaba demasiado como para permanecer más tiempo ante ella.

Apenas conseguí dar unos pasos cuando me sujetó por el codo. Leah era de las que no se conformaban si no tenían la última palabra, y ya contaba con ello. Pero esta vez no le iba a dar el gusto:

—Te he dicho que te vaya... —le dije, elevando el tono y siendo incapaz de acabar la frase cuando, al girarme, fue con Derek con quien me topé y no con ella.

—Es un gusto coincidir contigo... —Ironizó poniendo los ojos en blanco.

¿Es que ese hombre mejoraba en cuestión de horas? ¿Habría hecho un pacto con el diablo? Juraría que estaba más guapo que por la mañana. El desorden en su flequillo tan propio de él, y esa incipiente barba lo hacían irresistible. Vestido con unas bermudas vaqueras blancas y una camisa remangada del mismo color, lucía increíble. Impecable. Estuve tentada a pedirle que se abotonara esos tres o cuatro botones que mostraban parcialmente su trabajado pectoral por mi estabilidad mental pero, entre tú y yo, la estampa me gustaba demasiado como para cometer semejante estupidez.

—Lo siento, pensé que eras otra persona.

—Leah. —Adivinó.

—Prefiero no hablar de ella.

—Entonces no lo haremos. —Sonrió de lado—. Estás preciosa.

—Gracias —me ruboricé—. Tú también estás guapo.

—Oh, vaya, viniendo de ti cuenta el triple. Eso de piropear no es muy habitual en ti; eres más áspera que la lengua de un gato. —Le di un empujón y rio—. ¿Cómo está tu chico?

—¿Íñigo?

—Sí. Tu chico.

«Gina, por lo que más quieras, céntrate».

—Esto... bien. Solo ha sido un esguince. Pero deberá guardar reposo varios días; no ha podido acompañarme.

—Me alegro.

—¿De que no pueda acompañarme? —espeté.

—De que solo haya sido un esguince, malpensada.

—Ah, claro. Gracias. —Titubeé avergonzada. Quizá había llegado el momento de descargar la escopeta y tranquilizarme.

—Aunque no voy a negarte que también me alegro de que estés sola. —Me guiñó el ojo y, aunque me fundió los plomos, reaccioné. Le asesté otro empujón aunque, previsor, lo esquivó. No había sido buena idea descargar la escopeta. Con el mediano de los Müller no se podía bajar la guardia.

—¡No te pases, Derek! —le advertí.

—Tranquila, solo bromeaba. —Sonrió.

—¿Sabías que el ochenta por ciento de lo que aseguramos estar diciendo en broma realmente enmascara una verdad?

—No sé de qué me hablas —se burló haciendo un mohín—. No se me dan bien las estadísticas.

—¿Y sabías que eres exasperante?

—Algo he oído por ahí. Ya sabes, las malas lenguas... —Se carcajeó y me perdí en su boca. Las ganas de besarlo eran cada vez mayores y mi fuerza de voluntad disminuía a demasiada velocidad—. ¿Estás bebiendo champán?

Miré mi copa extrañada, como si acabaran de colocármela en la mano. Me había olvidado por completo de que la sujetaba.

—Sí.

—A ti no te gusta el champán, Regina.

—¡Qué sabrás tú!

—¿De ti? Todo.

—Me da que hablas de la antigua versión. Ya no soy...

—Aquella Regina que conociste... —me parafraseó con retintín—. No te esfuerces, no te lo compro. Sigues siendo la misma.

—No.

—Sí.

—¡Que no, joder! —bufé.

—Que sí. Que cuando te miro a los ojos sigo viendo a aquella chica simpática, especial e ingenua que un día llegó a Rothenburg completamente perdida. —Me acarició la mejilla e hice un sobreesfuerzo para no acomodar mi rostro en su mano dejándome llevar y arropar por su calidez. Se humedeció los labios y ambos tragamos saliva al conectar nuestras pupilas—. Quería darte algo. —Dijo con un hilo de voz.

«Lo siento mucho pero no debo besar al amor de mi vida. Tengo novio y lo sabes», le dije mentalmente a la vez que, de manera contradictoria, deseaba que me besara como si el mundo estuviera a punto de hacerse pedazos.

Se llevó la mano al bolsillo trasero y me tendió una cartulina rosa. Qué decepción, no era un beso...

—¿Qué es esto?

—Respóndete tú misma.

La leí para mí y sonreí como lo haría una niña al abrir ese regalo que tanto deseó y al fin lo tenía entre sus manos.

—¿Hemos ganado? —asintió sonriendo tanto o más que yo—. ¡No me lo creo!

—¡Pues créetelo! Podrás comer tanto algodón como quieras.

—¡Gracias, Derek!

Dejé la copa en la bandeja de un camarero que pasaba por allí y, sin pensarlo, me lancé a sus brazos movida por la efusividad que me brindó la felicidad. Cuando estos me rodearon y mi cara se hundió en el hueco de su cuello, me sentí de nuevo en casa. En mi lugar seguro, ese al que tantas veces acudí cuando mi mundo se desmoronaba. El mismo hogar que, paradójicamente, terminó sepultándome entre sus cascotes.

No sé cuanto duró el abrazo. Por un momento perdí la noción del tiempo y también desconecté de todo lo que formaba parte de aquella escenografía donde nos encontrábamos. Cuando me obligué a despegarme de él, lo miré a los ojos sosteniéndonos la mirada para dejar que fueran estas las que se dijeran todo lo que nuestras bocas no se atrevían a verbalizar. El brillo de estos llamó mi atención; daba la sensación de que si parpadeaba se derramaría y supe que él también guardaba todos esos recuerdos bonitos que vivimos.

—A esto me refiero cuando aseguro que sigues siendo la misma. —Musitó demasiado cerca de mis labios. Acunando mi cara entre sus manos.

No me atreví a preguntarle a qué se refería. No quería delatarme si mencionaba que a cómo lo miraba; o a cómo mi cuerpo se estremecía al entrar en contacto con el suyo; o a cómo sus abrazos aún seguían oliendo a casa. A mi casa.

—Voy al baño. —Quise huir y esa fue la única salida que encontré. Cogí sus manos y las quité de mi cara desatando una nueva guerra interna—. Hasta luego, Derek. —Dije sin apenas voz.

—Hasta luego. —Pestañeó despacio.

Dejándolo allí plantado, me perdí entre la gente sin saber bien a dónde dirigirme. Deseando más que nunca que, al darme la vuelta, él siguiera mis pasos. Pero no sucedió.



Me acerqué a Gerard en cuanto todos los que se arremolinaron a su alrededor para felicitarlo por ese merecido homenaje se dispersaron.

Tras la cena, regresamos a la zona de la piscina y dio comienzo el momento más bonito de la noche. Contemplé la ceremonia desde una esquina, alejada del resto de invitados como si tuviera la peste. A pesar de que con varios de los allí presentes compartí buenos momentos durante la época que trabajamos en el hotel, no me veía capaz de entablar conversación con ninguno de ellos. Todo en mí era raro. Derek se equivocaba al afirmar que seguía siendo la misma.

Reconozco que agradecí aquella soledad que me impuse, así nadie pudo ver cómo rodaron mis lágrimas por mis mejillas cuando sus hijos y los cuatro hermanos Müller le hicieron entrega de la placa conmemorativa a una trayectoria intachable.

Sobre el pequeño escenario, compartieron con todos nosotros muchas anécdotas que ambas familias protagonizaron y observé muy emocionada a las madres de Derek y Mark que, desde un lugar privilegiado, se daban la mano sin dejar de compartir miradas cómplices y alguna que otra carcajada cuando rememoraban lo que mencionaban; especialmente cuando ambas pasaban a convertirse en las actrices principales de los hechos.

—Enhorabuena, Señor Meyer. —Le dije con sorna. Siempre le dio rabia que lo llamaran así y yo lo hacía cada vez que podía solo por escucharlo fingiendo enfado.

—¡Regina, querida, gracias por estar aquí! —me abrazó con fuerza. Los ojillos anegados eran el reflejo de un alma emocionada y agradecida—. Y deja el «Señor» para otros; apenas soy un chavalín de setenta y cinco primaveras.

Reímos y comprobé cómo el paso del tiempo había dejado huella en su rostro. Nuevas arrugas surcaban su cara y aún así seguía siendo guapísimo. Mark compartía un gran parecido con su padre y, aunque me cayera como una patada en el estómago, debía de reconocer que el mejor amigo de Derek era un tipo muy atractivo.

—Ha sido todo precioso. —Afirmé.

—Estoy muy emocionado. No esperaba algo así.

—No mereces menos. —Aseguré.

Miró a su alrededor y después a mí:

—¿Tienes un par de minutos? Me gustaría hablar contigo.

—Sí, claro.

Me ofreció el brazo y me agarré a él. Caminamos juntos hacia las puertas de cristal y abandonamos la zona de la piscina. Una vez en la recepción, Gerard ocupó uno de los sofás que estaban junto a la pared y me invitó a hacerlo a su lado.

—¿Estás bien? —se interesó. Cogió una de mis manos y la encerró entre las suyas.

—Sí. —Y me callé un «aunque no del todo».

—Me ha encantado volver a coincidir contigo. Te marchaste tan apresuradamente que no nos dio tiempo a despedirnos...

Bajé la mirada y la clavé en mis rodillas. Mi presente se había empeñado en traerme de vuelta, cada dos por tres, mi pasado. Era como si, aunque pretendiera escapar de este, siempre me llevara ventaja. Siempre terminara alcanzándome.

—Regina —agarró mi barbilla y me obligó a mirarlo—, si no quieres responderme no lo hagas pero ¿por qué te fuiste? Recuerdo que aquella mañana llegaste contenta, como siempre —añadió—. Por eso me sorprendió mucho tu renuncia. No me lo vi venir.

—Cuando llegué no era algo que estuviera en mis planes.

—¿Pasó algo? Podrías habérmelo dicho. Habría hecho todo cuanto hubiera estado en mi mano para solucionarlo. Y lo sabes.

—No habrías podido. —Aseguré con pesar.

—Derek, ¿verdad? —el corazón me dio un vuelco cuando mencionó su nombre. Las cinco letras que lo componían provocaban un seísmo en mí y mis ojos se llenaron de lágrimas—. Fue él el causante de tu precipitada huida. —Supuso.

—Se nos fue de las manos. —Admití y una lágrima rodó por mi mejilla. Gerard se apresuró en secármela y meforcé en mostrarle una sonrisa.

—Cuando Donovan me contó que habías pasado por el despacho para decirle que te ibas, estaba convencido de que su hijo tenía algo que ver.

—¿Por qué? —pregunté sorprendida.

—Lo vuestro era un secreto a voces, Regina. En el hotel todos los sabíamos.

—Pensé que disimulábamos bien. —Musité.

Se carcajeó y negó con la cabeza.

—Se veía a kilómetros la química que había entre ambos. Las miradas cómplices no nos pasaban desapercibidas a ninguno. Mucho menos a su padre. —Sonreí.

—Supongo que es imposible tapar el sol con un dedo.

—Para Donovan, su hijo era transparente; a este le era imposible ocultarle algo por mucho que se esforzara. Eran idénticos, quizá por eso chocaban tanto. Él no lo habría reconocido jamás, pero yo sí que puedo asegurar que Derek era su ojito derecho.

—Me consta que Derek siempre fue un chico complicado. Nada que ver con el resto de sus hermanos.

—Quizá era su forma de hacerse notar. —Sonrió—. Nunca fue conformista; tan peleón que a veces resultaba exasperante —asentí curvando los labios. Daba fe de ello—. Cuando te fuiste, estuvo buscándote durante meses. Sin rendirse. Todos los días. Llegaba al hotel y nos preguntaba a todos por ti. Uno por uno. Estaba desesperado. Te quería, Regina.

—Espera, ¿te manda él? ¿Derek te ha pedido que hagas esto?

—¡No! Nunca hemos hablado de este tema.

—Es que últimamente tengo la sensación de que con Derek nada es casualidad; pensé que te había pedido que me convencieras de que en algún momento estuvo interesado por mí.

—No necesitaría que me convenciera de eso. Sé que lo estuvo. Sé que lo está. —Corrigió.

—Gerard, cuando se quiere a alguien, cuando te interesa, no la dañas; él me hizo añicos el corazón.

—Conozco a ese muchacho desde que era un niño. Lo vi hacerse el hombre que es hoy en día correteando por los pasillos del *Müller&Beltrán*. Estoy seguro de que jamás te haría daño de manera consciente; él no es así.

Bajé la mirada y suspiré.

—Ya nada importa, Gerard. Han pasado cinco años, y he rehecho mi vida...

—Pero tus ojos no mienten. He visto cómo lo miras.

—Tengo novio. —Y lo dije como si eso fuera revelador.

—Y no dudo de tus sentimientos hacia tu chico. Pero Derek aún sigue muy presente en ti.

Tragué saliva y entendí que no podía seguir estando cerca de Derek si no quería delatarme. Quedaban menos de veinticuatro horas para que todo finalizara, para que todo volviera a la normalidad. No podía fastidiarlo. Tocaba volver a ser fuerte para no deshacerme ante ese que era mi maldita debilidad.

—Le guardo cariño por todo lo que compartimos, pero no hay ni volverá a haber nada más —sentencié—. Poner distancia entre ambos fue lo mejor que pude hacer. A pesar de lo mucho que dolió —y aún seguía doliendo—. A veces hay que perderlo todo para ganar.

—Si tú lo decidiste así, estoy convencido de que tendrías tus razones. Además, yo no soy nadie para criticar tu actuación. Mi única intención era conocer el motivo de tu partida. Me atormentó durante años la posibilidad de que hubieras estado teniendo algún problema con un compañero y no me hubiera dado cuenta.

Le acaricié la barba y sonreí.

—Eso jamás habría pasado. Si había alguien que me protegiese de todo y de todos cual florecilla, ese eras tú. Pero esto no estaba en tus manos. Si incluso se me escapó de las mías... —Me obligué a sonreír—. Nunca te lo dije pero, de no haber sido por ti, nada habría sido igual. Gracias por todo lo que hiciste por mí.

Nos fundimos en un abrazo y un nudo me apretó la garganta. Lenna tenía razón, Gerard era el único que importaba verdaderamente aquel fin de semana y, por primera vez, me alegré de haber aceptado la invitación.

Capítulo 17

Hundir el pie en el acelerador

Derek

—Tardan demasiado. ¿De qué estarán hablando?

—¿Desde cuándo eres tan cotilla, Derek?

Mark me dio una colleja y se encaminó a la barra. Lo seguí aunque mi cabeza no dejaba de girarse con la esperanza de verlos atravesar las puertas.

—Deberíamos de esperar a que regresen para verles las caras. ¿Crees que tu padre le hablará bien de mí?

—Si en algún momento tu nombre sale a colación en la conversación, no tengas la menor duda de que así será; a veces creo que te quiere más a ti que a mí. —Se carcajeó poniendo los ojos en blanco—. Una cerveza, por favor. —Le pidió al camarero, acodándose en la barra.

—Otra, por favor. —Pedí levantando el dedo.

No tardaron en servirnos los dos botellines.

—¿Y ahora vas a contarme qué es eso tan importante que querías decirme? —me preguntó y, a continuación, bebió.

—Nos besamos.

—¿¡QUÉ! —soltó el botellín tan fuerte sobre la barra que me extrañó que no lo hiciera pedazos.

—Shhh joder, baja la voz. No estamos solos, ¿lo sabías?

—¿Y cómo pretendes que actúe si me lanzas una bomba así? Derek, ¡que has besado a Regina!

—A ver, besarnos como tal no fue. —Reconocí con la boca pequeña.

—¿Puedes explicarte mejor? Yo, o beso o no beso... No sé cómo lo harás tú.

—Digamos que apenas fue un roce de labios —admití con pesar—. Puede que se me esté yendo un poco la cabeza, que las falsas ilusiones me estén jugando una mala pasada y que esté montándome mi propia película. Pero tengo la sensación de que aún siente *cosas*.

—No has descubierto nada nuevo. Llevo diciéndote que Regina está enamorada de ti desde el principio. Pero, para no variar, ignoras mi sexto sentido. —Se encogió de hombros y le dio otro trago a su cerveza.

—No es que ignore tu sexto sentido es que, que afirmaras algo así, era demasiado para mí. Pero hoy pude comprobarlo por mí mismo. En la yincana, durante las pruebas, fueron varios los roces que se dieron y vi cómo vibraba; cómo las mejillas se le teñían y cómo me miraba los labios cuando hablaba sin ser consciente de que se estaba mordiendo los suyos. Y no hace mucho, cuando me acerqué a ella para darle el premio del juego —expliqué—, nos abrazamos y, por primera vez, no se apresuró en alejarnos.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

—¿A qué te refieres? —hundí las cejas y bebí.

—Pues al siguiente paso. Si ya sabes que Regina aún siente algo por ti, digo yo que harás algo.

—A ver, Mark, creo que a ti se te está yendo la pinza incluso más que a mí. Aunque Regina aún sienta cosas, está saliendo con Íñigo. Tiene novio. ¿Lo has olvidado?

—No. Pero a quien no debería de olvidársele de que sí que lo tiene es a ella, y por lo que cuentas...

—No ha pasado nada, ¿vale? —la defendí.

—Eso no era lo que decías hace unos segundos.

—Es normal que aún sienta cosas. Lo nuestro fue muy fuerte e intenso, y se truncó de forma repentina. Ni tan siquiera pudimos despedirnos. ¿Sabes qué pasa cuando no se cierra un libro? Que puedes estar tentado a releer alguna que otra página. Algún párrafo —expliqué—. No irá a más porque ella sabe echar el freno cuando yo hundiría el pie en el acelerador hasta estamparme los sesos contra el primer muro de hormigón que me encontrase.

—Derek, créeme —me dio un apretón en la nuca—, Regina también vive en una lucha continua consigo misma. No quiero imaginarme el dilema que tendrá.

—Por eso he pensado que lo mejor es imponer distancia entre nosotros desde hoy mismo.

—¿Por el bien de ella? —asentí—. ¿Estás dispuesto a renunciar al amor de tu vida por no desestabilizarla?

—Así es.

—Entonces supongo que te dará igual si te digo que acaba de llegar, ¿verdad? —giré la cabeza tan rápido que estuve a punto de sufrir un tirón—. Total, desde hoy mismo se convierte en un ser invisible para ti, ¿no? —se burló.

La observé deslumbrado por su belleza como cualquier enamorado del arte lo haría con una pintura o una escultura que le provoca fascinación. Sin saberse contemplada, reía despreocupada, siendo más ella que nunca, cogida del brazo de Gerard. Las pulsaciones se me dispararon.

—A ver, quien dice hoy, dice mañana. No nos pongamos tiquismiquis a estas alturas. —Le guiñé el ojo a mi amigo y le di un golpe en el hombro.

—No tienes remedio, Müller.

—Por cierto, aquella chica no te quita el ojo de encima. —Señalé.

—Pues habrá que ir a saludarla. —Se tomó lo que quedaba en su botellín de un trago y lo devolvió a la barra.

—Tú tampoco tienes remedio, ¿lo sabías?

—Los remedios para los farmacéuticos.

Reí negando con la cabeza y nuestros caminos se bifurcaron. Él tomó el que lo llevaba a esa nueva mueca en su cinturón; yo el que conducía a la única mujer que me levantaba los pies del suelo.

Mientras iba en su búsqueda, la tuve todo el tiempo en mi objetivo. Estaba despidiéndose de Gerard y, entre besos y abrazos, ambos se dedicaron miradas cargadas de cariño. Ya conocía el afecto que se tenían; perdí la cuenta de las veces que Regina lo alabó en mi presencia y las muchas otras que Meyer destacó las infinitas cualidades de esa muchacha que llenó de luz la recepción del *Müller&Beltrán* durante el tiempo que estuvo allí.

—¿A dónde vas con tanta prisa, Müller? —Leah apareció de la nada. Atrapó mi camisa en su puño y me obligó a parar. Borró distancia entre los dos y me vi obligado a dar un paso atrás para volver a meterla en la ecuación.

—Hola, Leah. ¿Qué tal?

—Bien. Disfrutando de la velada.

—Genial. —Miré por encima de su cabeza para asegurarme de que no perdía de vista a Regina. Por suerte la encontré haciendo cola junto al puestecito de algodones de azúcar.

—¿Buscas a alguien? —enarcó una ceja.

—A Regina. Pero ya la tengo localizada.

—Regina, Regina... Siempre Regina... —resopló—. ¡Cómo os gusta a los tíos complicaros la vida!

—Supongo que nos van los retos. —Me encogí de hombros.

—Olvídate de retos. ¿Nos tomamos una copa juntos? Después de tantos años sin vernos tendremos muchas cositas que contarnos. ¿No crees?

—Te lo agradezco pero no. Insisto, voy a ver a Regina. Quizá otro día. —Forcé una sonrisa y la rodeé con la intención de marcharme. Pero me sujetó por la muñeca.

—No volviste a llamarme... —ronroneó.

—¿Es que acaso tenía que hacerlo? —fruncí el ceño.

—No sé... —tiró de mi camisa y volvió a recortar distancia entre ambos. Nunca antes me había sentido tan incómodo—. Estuvo bien, ¿no te parece?

—Leah, no pasó nada. Creo que te confundes.

—Nos besamos.

—No pasó de eso.

—Pero nos besamos. —Insistió.

—Solo te utilicé. —Confesé. La verdad que en mi cabeza no sonaba tan mal pero, cuando me lo puse en los labios, me di cuenta de lo desagradable que había sido. Aun así no me disculpé, la vi sonreír y lo dejé estar.

—¿Utilizarme?, ¿para qué si puede saberse? —preguntó deslizando su dedo sobre la piel desnuda de mi pectoral y maldije el no haberme abotonado la camisa hasta arriba.

—Olvídalo. —Le dije retirándole la mano.

—¿Y no crees que podrías volver a utilizarme un ratito? —me preguntó sugerente. Coqueteando de forma descarada—. Solo un ratito, Derek.

—Creo que has bebido demasiado por hoy. ¿Qué te parece si te vas a la habitación y te acuestas? Mañana será otro día.

—¿Y si te vienes conmigo?

—Leah —la agarré por los hombros y clavé mis pupilas en sus ojos—, no sigas.

—Me gustas mucho.

—Cualquier hombre estaría encantado de estar contigo, pero yo estoy enamorado de Regina y solo tengo ojos para ella. —Eché otro vistazo al puesto y descubrí a Gina mirándome—. Y ahora tengo que dejarte. —La rodeé y la dejé farfullando palabras que no fui capaz de descifrar.

Esquivando a los invitados que, copas en mano, se movían de un lado a otro como si el césped les quemase los pies, me dirigí al carrito rosa del que salía un delicioso olorcillo.

—¿Ya va a hacer uso de su premio, señorita Weber? —Me miró de reojo y asintió. De la enorme sonrisa que tuvo instalada mientras hablaba con Gerard no quedaba ni la sombra—. Huele de maravilla, ¿verdad? —Y, una vez más, solo se limitó a mover la cabeza de arriba abajo. Sin mencionar una sola palabra. Sin mostrar ni un ápice de simpatía. Su repentino cambio me confundió—. ¿Me he perdido algo? Estás... diferente...

¿Tendría algo que ver la reciente charla con Gerard? Inconscientemente empecé a analizar todas las conversaciones que había tenido con el padre de mi amigo buscando alguna

donde no quedase muy bien parado que digamos. Pero no encontré nada.

—...

—Regina —la agarré de la barbilla y la obligué a mirarme pero, a diferencia de ese último abrazo que no se apresuró en finalizar, sí que retiró la cara con brusquedad para evitar que pudiera seguir rozándola—. ¿Puedo saber qué mosca te ha picado ahora?

—No me ha picado ninguna mosca. Estoy bien, ¿vale? —me respondió cortante.

—Pues quien lo diría... —ironicé rodando los ojos.

—Supongo que todos estamos bien.

—Si lo dices por mí, sí. Estoy bien —sonreí.

—Ya, ya lo sé. —Dijo con mordacidad.

Llevó de nuevo la mirada al hombre que, con movimientos envolventes, le estaba haciendo un enorme algodón de azúcar de color rosa que parecía no tener fin.

Tras unos minutos de espera, este le cedió su gigantesca nube de fresa. La agarró, le dio las gracias y giró sobre sus talones sin ni tan siquiera mirarme. Como si nunca hubiera estado a su lado.

—¿Te vas?

—No pensarás que esté ahí hasta que amanezca. —Satirizó.

—Me refiero a si te vas sin mí.

Desvió la mirada del algodón hacia mí y, entrecerrando los ojos, me atravesó:

—¿Es que habíamos quedado? —preguntó con sarcasmo, llevándose un trozo de algodón a la boca—. No tenía constancia de eso... —paladeó y se relamió.

Ella no lo sabía pero esa chulería también me volvía loco.

—¿Gerard te ha dicho algo malo de mí? —necesité saber.

—¿Gerard? —con sorna, soltó una risita—. El pobre te aprecia tanto que es incapaz de verte defectos...

Respiré aliviado pero seguía sin ser capaz de adivinar cuál era el motivo de su brusca transformación.

Aceleró el ritmo de sus pasos y yo hice lo propio con los míos para seguir estando cerca de ella. A testarudo no me ganaba nadie. E inconformista era un rato.

—¿Piensas dejar de seguirme en algún momento? —me preguntó cuando, al cruzar la puerta que daba a la recepción, comprobó que no se había deshecho de mí—. Lamento mucho decirte que ya me marchó a mi habitación y que, por si tenías dudas, no eres bienvenido.

—Una lástima... —bromeé.

Giró la cabeza con brusquedad y me atravesó con las pupilas. Resopló y le dio otro pellizco al algodón conteniéndose las ganas de soltarme un insulto.

—Tranquila. No te estoy siguiendo. Yo también me marchó; estoy muy cansado. —Explicué masajeándome la nuca.

Pareció quedarse conforme con lo que le dije a pesar de estar mintiéndole. Mi única intención era pasar tiempo a su lado. Como le dije a Mark, poner distancia entre ambos era mi siguiente paso y, de alguna manera, sentía que aquellos segundos, aquellos minutos que pudiéramos compartir, serían los últimos.

—¿Vas a decirme qué te pasa? —insistí. Los silencios me incomodaban.

—¿Otra vez, Derek? —chasqueó la lengua—. Nada. No-me-pa-sa-na-da. ¿Te ha quedado claro o te lo digo en inglés? ¡Qué pesado! —Resolló.

Hundió el dedo en el botón del ascensor para llamarlo y, el uno al lado del otro, esperamos a que llegara. Ella con la mirada al frente; yo fija en su perfil enamorándome un poco

más si cabía.

—No sabía que seguíais teniendo relación. —Dijo tras algunos segundos en silencio. Sin retirar la vista de la puerta en tanto su mano iba y venía del algodón a su boca.

—¿Cómo dices?

—Tú y Leah. No sabía que aún seguíais teniendo relación.

¿Estaba celosa? No pude evitar marcarme unos bailecitos mentalmente.

—Leah y yo no tenemos ninguna relación. Nunca la hemos tenido, Gina —Aclaré haciendo hincapié en el «nunca».

Rotó la cabeza en mi dirección. Despacio. Como si le hubiera dicho que la hierba es azul y quisiera comprobar por sí misma que le estaba tomando el pelo.

—¿No te cansas de fingir, Derek? —me preguntó frunciendo la frente.

—No finjo. Nunca lo he hecho. —Aseguré sosteniéndole la mirada.

—Qué cínico... —susurró entre bufidos.

—Si vas a insultarme, hazlo en voz alta, nena.

—¡Cínico! —Repitió elevando considerablemente el tono—. ¡Y deja de llamarme nena! Mi nombre es Regina. Re-gi-na.

—¿Y puedo saber por qué me consideras cínico, nena? —le pregunté sin acatar su imposición.

Resopló y, justo cuando iba a responderme, la puerta se abrió y optó por callar. Nos hicimos a un lado para que media decena de personas abandonaran el habitáculo y, una vez vacío, nos adentramos nosotros.

Regina ocupó el fondo y llevó la mirada a sus pies; yo apoyé la espalda en uno de los laterales y miré al frente, a la botonera. La noté nerviosa cuando las puertas se deslizaron dejándonos encerrados en un espacio tan reducido. El aire podía cortarse con un cuchillo pero yo, esa tensión, la estaba disfrutando.

Presioné el botón de nuestra planta y me crucé de brazos.

La pantallita que indicaba en qué planta nos encontrábamos me chivó que en breve llegaríamos a esa que compartíamos. Tenía poco tiempo. Me negaba a aceptar que nuestros caminos se separarían sin haber mantenido esa conversación que tanto necesitaba así que, justo cuando las puertas se abrieron, le bloqueé la salida con mi cuerpo.

—¿Qué coño haces?

—¿Por qué me consideras cínico? —repetí la pregunta sin retirar los ojos de los suyos.

—¡Aparta de la puerta, Derek! Tengo prisa.

—¿Por qué me consideras cínico? —insistí.

—¡O te quitas, o grito! ¡Fñigo me está esperando.

—¿Crees que me importa tu novio en estos momentos? Contesta, ¿por qué me consideras cínico? —ante su mirada estupefacta, y con toda la seguridad que poseía, pulsé el botón que cerraba el ascensor y recé para que nadie lo llamase desde otra planta mientras yo arreglaba aquel “asuntillo”.

—¿A qué estás jugando?

—No juego a nada. Solo quiero saber por qué me consideras cínico. Después, dejaré que te vayas.

—No voy a responderte.

—Entonces no te irás a ningún lado. —Me encogí de hombros y a continuación, con parsimonia, llevé ambos brazos a la espalda. Sacando pecho. Arrogante.

—¿Eres consciente de que me estás reteniendo en contra de mi voluntad?

—¿Y tú eres consciente de que esta situación te encanta? Deja de hacerte la dura; conmigo no te funciona.

—¡DÉJAME SALIR, IMBÉCIL! —me gritó con rabia antes de lanzarme el algodón al pecho y admirar orgullosa lo que acababa de hacer.

Permaneció pegado algunos segundos en mi camisa para después empezar a desprenderse poco a poco y echar a rodar hasta alcanzar el suelo. Llevé la mirada a mi ropa y observé un enorme cerco rosado. Reconozco que su arrebato no me lo vi venir.

—¿Sabes? Puede que tengas razón —dije sereno en tanto me sacudía la mancha con el reverso de la mano como si así pudiera borrarla—. Solo un imbécil pelearía por alguien como tú.

Tragó saliva y sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Y cómo se supone que soy yo? —contraatacó.

—Una cobarde.

—¿Yo?

—Sí, tú. Eres una cobarde, Regina Weber.

—No hablemos de cobardía, Derek Müller.

—O sí. Hablemos de una puta vez por todas de cobardía —la encaré—. Empecemos por esa que, hace cinco años, te hizo huir de mi lado.

—¿Estás seguro de que quieres hablar de eso? No sales muy bien parado que digamos...

—Segurísimo. Abre fuego. Dime de una vez por todas qué es eso tan grave que hice. ¡Dilo, joder! —le ordené alzando la voz.

—¡Os vi! —chilló—. Os vi besándoos en el pasillo. Tú y Leah. Te vi besándola como me besabas a mí.

—Eso no es verdad.

—¿En serio? ¿De verdad vas a negarme algo que vi con mis propios ojos? —vociferó fuera de sí—. ¿Y aún te preguntas por qué te considero cínico?

—No. No voy a negarte que la besé.

—Oh, menos mal... —rodó los ojos—. Todo un detalle por tu parte el no hacerme quedar como una loca que ya no sabe ni lo que ve.

—Lo viste y jamás negaría lo evidente. Pero no voy a permitir que digas que la besé igual que a ti porque en mi puta vida he besado a nadie del mismo modo.

Tras mi confesión, se hizo un silencio. Por cómo sus ojos se llenaron de lágrimas, supe que mi respuesta la dejó fuera de juego.

—Di algo, Regina. —Le pedí. Los silencios me incomodaban.

—Seguir removiendo el pasado no tiene sentido. Ya nada de aquello importa. —Dejó caer sus párpados y las mejillas empezaron a humedecerse.

—Ey, no llores, por favor. —Le susurré. No podía verla mal; era superior a mí.

Rogándole mentalmente que me permitiera consolarla, de una sola zancada, me puse frente a ella. Con las pupilas conectadas, le sequé las lágrimas y después acuné su rostro en mis manos; agradecí que no se retirara. Joder, la deseaba tanto como la amaba. Imagina la fuerza.

—«Aquello», como tú lo has llamado, sí que importa. No he dejado de pensar en ti desde el primer día que te vi. Eres, fuiste y serás la única mujer capaz de que, aun pensando que voy perdiendo, consiga hacerme sentir que estoy ganando.

—¿Por qué lo hiciste? —musitó—, ¿por qué tuviste que besarte con mi amiga? —Temblaba como aquella primera vez que la tuve entre mis brazos y, al parpadear, otra lágrima rodó por su mejilla. Llevé mis labios a esa gota salada y me la bebí.

—Porque incumplí el contrato, Regina —confesé pegando mi frente a la suya—. Porque

empecé a enamorarme perdidamente de ti y ella insistió en que tú jamás querías nada serio. Que tenías bien claros tus sentimientos y que le confesaste que, si me atrevía a dar un paso más, huirías. Se lanzó sobre mi boca y me dejé besar para comprobar que nuestra relación, por mi parte, también estaba en ese punto. Pretendí convencerme de que yo tampoco necesitaba más de lo que teníamos, que sí que podía estar con otras mujeres porque, a diferencia de lo que mi corazón me gritaba, no significabas tanto para mí.

—Eso es absurdo. —Dijo con un hilo de voz. Rota. Como si revivir aquel momento la destrozara. Me sentí más ridículo que nunca exteriorizando aquella idiotez que cometí.

—Todo en nosotros lo era, Regina. ¿O vas a negarme que comprometernos a no enamorarnos no era una absurdez? Convencernos de que solo era sexo era lo más absurdo que pudimos hacer en la vida. —¡Lo era! ¡Joder, claro que lo era!—. Te amo, nena. Y hoy no voy a ponerte excusa alguna para ocultarlo porque ya no tengo miedo a asustarte y perderte. A fin de cuentas nadie puede perder algo que no tiene...

Elevó la mirada y dejó que las puntas de nuestras narices se rozaran. Ese minúsculo contacto me sacudió todo el cuerpo. El corazón se me iba a salir por la boca.

—Ese beso me destrozó. Te quería tanto, Derek. —Bisbisó.

—¿En pasado?

Cerró los ojos, apretó los labios y tragó saliva.

—Esto no está bien... —susurró. Llevó su mano a mi nuca y, hundiendo los dedos en esta, unió nuestros labios.

Capítulo 18

Tela de araña

Regina

—Esto no está bien. —Logré decir. Era una locura. Sabía que iba a matarme y aún así decidí no frenar.

Lo atraje hasta mi boca y su lengua se coló para enredarse con la mía. Lo deseaba tanto que me olvidé del resto del mundo. En ese momento solo estábamos él y yo.

Sin dejar de besarnos, me subió a su cadera. Mis dedos se hundieron un poco más en su nuca y los suyos en la carne desnuda de mis muslos. Abrasándome con las yemas de sus dedos. Me apuntó contra el cristal y el frío de este me recorrió la espalda aunque el fuego que arrasaba todo mi interior no perdió fuerza.

Su erección se acopló entre ambos y sentirla me erizó la piel. Las ganas de recibirlo dentro de mí inutilizaron cualquier esfuerzo que mi sensatez hiciera por darle fin a aquella locura.

Los gemidos llenaron el pequeño espacio como su saliva mi boca.

—Cómo te he echado de menos todos estos años... —jadeó contra mis labios antes de volver a devorarlos.

Extendió el brazo hacia la botonera y pulsó todos los botones a los que alcanzó. Temí que el ascensor se pusiera en marcha y nos llevara a cualquier otra planta rompiendo de golpe con la magia que nos envolvía, haciendo añicos aquel pequeño trocito de mundo que parecía pertenecernos solo a nosotros. Por suerte, se abrió la puerta y, una vez en el pasillo, abrazados

por el silencio más absoluto, finalizó el beso desuniendo poco a poco nuestros labios. Como si hacerlo le costara la propia vida.

—Derek... —susurré su nombre dejándome caer en su frente. Las respiraciones aceleradas evidenciaban lo excitados que estábamos.

—Regina, pídemle que pare ahora. Por favor. Hazlo tú. Yo soy incapaz. —Suplicó.

Le sostuve la mirada y, aunque mi interior me gritaba que no podía volver a enredarme en su peligrosa tela de araña, no pude decir nada.

Interpretó mi silencio como lo que era, como una carta blanca para darle rienda suelta a lo que de verdad sentíamos así que me dejó en el suelo, recolocó la falda de mi vestido con delicadeza y me rodeó con fuerza el talle con uno de sus brazos. Después, llevó la otra mano a la parte posterior de mi cabeza y retomó el beso.

Hechos uno, anduvimos por el pasillo golpeándonos con las paredes hasta frenar delante de la puerta de su habitación. Con las manos temblorosas, sacó la llave del bolsillo trasero de su pantalón y abrió. Nos adentramos como un tropel y, de una patada, cerró la puerta a nuestro paso. Aquel lugar olía a él. A ese perfume que siempre pareció vivir en mí. El que jamás conseguí arrancarme de las entrañas a pesar de los incontables intentos.

Arropados por la penumbra que brindaban las farolas del exterior colándose sin permiso en el saloncito a través de los visillos, fuimos besándonos hasta el dormitorio. Degustábamos cada milímetro de la boca y la lengua del otro siendo conscientes de que conocíamos a la perfección cada rincón que poseían.

Una vez allí, me tumbó despacio en la cama y se acomodó entre mis piernas. Sujetó suavemente mi cabeza entre sus manos y dejó de besarme para mirarme a los ojos. Permanecimos varios segundos en silencio, leyéndonos.

—Te quiero. —Me susurró.

Le sostuve la mirada y me reflejé en el azul de sus ojos. Me vi plasmada en estos como siempre, como si nada hubiera cambiado. Y volví a sentirlo solo mío, como cada vez que nos entregamos antaño.

—Te quiero, Derek. —Confesé con la voz entrecortada.

Por cómo tragó saliva supe que no se esperaba una contestación como esa. Orgulloso, sonrió y reanudó el beso.

Sus manos recorrieron mi perfil como si pretendiera guardar la sensación de cada centímetro de mí en sus dedos. Al llegar a mi cadera, tiró de la tela del vestido que la cubría y la fue enrollando en mi costado. Una vez que mis muslos estuvieron desnudos, los acarició y masajé con ahínco.

Separó nuestros labios y, a continuación, fue dejando un camino de besos húmedos que descendían desde el hueso de mi mandíbula, mi clavícula hasta uno de mis brazos. Toda mi piel se levantó a su paso. Toda mi piel parecía gritarle más.

Agarró el anillo de tela que rodeaba mi cintura y fue deslizándolo hasta sacármelo por la cabeza. Dejándome desnuda ante unos ojos que me admiraban como si fuera la octava maravilla del mundo.

Lanzó el vestido al suelo y volvió a posar sus labios sobre los míos para dejarme un beso corto. El primero de una larga lista que terminó en mi ombligo, donde se vio obligado a parar para deshacerme del tanga; que terminó corriendo la misma suerte que el vestido.

Desnuda por completo, me abrió las piernas y hundió su cabeza entre estas para que su lengua diera comienzo a un juego que me sacudió desde la coronilla a los pies en cuestión de milésimas de segundo.

Sabía cómo me gustaba.

Conocía todo lo que me volvía loca.

Llevaba ventaja y yo no me esforcé por ganarle la partida. ¿Para qué?

—Derek... por favor... —le supliqué entre jadeos cuando un par de dedos se sumaron al juego. Entendí que ya había perdido la poca voluntad que pudiera quedarme así que me dejé arrastrar por el deseo incontrolable que sentía cuando estos rozaban ese punto de mi interior que me desconectaba del mundo.

—Córrete. Córrete en mi boca, Regina. —Rogó.

No le hizo falta insistir. Sus dedos saliendo y entrando de mí, y su lengua deslizándose por mi clitoris con avidez me hicieron alcanzar el clímax escupiéndome a trompicones las sílabas que componían su nombre.

—Me encanta cómo te derrites en mi boca. —Dijo ronco.

Me besó la cara interna de los muslos y se puso de pie. Mi cuerpo aún temblaba en la cama por los espasmos del reciente orgasmo y aun así mis ganas de sentirlo dentro no mermaron.

—Siento lo de tu camisa... —Bisbisé al otear la gran mancha rosada.

—Me importa una mierda la camisa, Regina. —Indicó con una sonrisa ladina extremadamente sexi.

Sabiéndose observado, la desabotonó con presura y la tiró sin cuidado a los pies de la cama. Derek siempre tuvo un cuerpo musculoso, definido, pero ahora lucía mucho más fuerte y voluminoso. Los pectorales y el abdomen triplicaron su forma. Y la anchura de sus hombros y su espalda no se quedaron atrás.

—¿Te gusta lo que ves? —me preguntó en tanto se desabrochaba el pantalón.

—Mucho. Estás... más... grande...

—El gimnasio era lo único que conseguía alejarme la cabeza de ti.

—Pues se ve que tenías mucho interés en borrar me de tu pensamiento —bromeé.

—Era una medida desesperada para no volverme loco, nena.

Me guiñó el ojo y se desprendió de las bermudas. No tardó en hacer lo mismo con su bóxer. Liberando una exagerada erección que captó toda mi atención.

Tenía ante mis ojos al ser más perfecto del mundo y, paradójicamente, yo era incapaz de retirar los ojos de su polla. Achaqué mi debilidad a mi falta de sexo.

Rodeó la cama y sacó un preservativo de la caja que tenía en el cajón de la mesita de noche. Rasgó el paquetito plateado con los dientes y se lo puso.

Cuando terminó, le tendí la mano y no dudó en agarrarla.

—Ven, por favor. —Supliqué. Tiré de esta para que entendiera que mi intención era que volviera a colocarse sobre mi cuerpo desnudo porque, a pesar de que solo estuvo un par de minutos separado del suyo, lo esperaba con anhelo. Lo necesitaba. Y así lo hizo—. Ve despacio. —Le pedí. Asintió y me besó.

Fue entregándome cada centímetro a conciencia. Preocupándose de si me dolía o si podía seguir hundiéndose en mí. Volviéndome loca a fin de cuentas.

Aumentó los empujones cuando mi interior se adaptó a él. Sin dejar de besarme, salía y entraba en mí haciéndome gritar de placer y, como era de esperar, no tardamos en alcanzar juntos lo más alto.

—Te amo —jadeó en mi oído. Entrecortado.

—Yo también te amo.

Tenía tan nublada la razón que no era consciente de lo que acababa de pasar. Lo único que me nacía era sonreír, aferrar mis piernas a sus caderas y mis manos a su espalda. Alargar el

abrazo todo cuanto podía como si, cuando nos separásemos, supiera que no volveríamos a tenernos así nunca más.

—Voy a darme una ducha —dijo, repartiendo besos por mi barbilla—. ¿Te vienes?

—Ahora me sumo —indiqué—. Dame unos minutitos para que mis piernas respondan.

—Está bien —me dio un pico—. Ahora nos vemos, preciosa.

Se puso de pie y me acomodé entre las sabanas. Olían a nosotros. A sexo. Se retiró el preservativo y lo anudó bajo mi atenta mirada. Abrió el cajón y cogió otro.

—Por si te apetece repetir. —Me guiñó el ojo y reí. Obvio que me apetecía repetir. Cinco años fueron demasiados.

Lo seguí con la mirada hasta que desapareció de la habitación para dirigirse al baño. Su espalda parecía estar esculpida a cincel.

Por no entregarme a los brazos de Morfeo en una habitación que no era la mía, no quise demorarme mucho en abandonar el colchón que amenazaba con engullirme hasta el día siguiente.

Recogí a mi paso la ropa que quedó esparcida por el suelo y la fui doblando y colocando a los pies de la cama. Cuando le llegó el turno al pantalón de Derek, noté una vibración procedente de uno de sus bolsillos. Curiosa, saqué su móvil y una notificación que saltó de repente en la pantalla me heló la sangre:

Número desconocido

Soy Leah. ¿Te sigo esperando o me duermo? ;)

El corazón me dio un vuelco. Un nudo me apretó la garganta y sentí cómo mi interior se desgarraba haciéndose girones una vez más. Me sentí la persona más ridícula sobre la faz de la tierra y me maldije por no haber sido más fuerte.

Dejé el móvil en el bolsillo y doblé el pantalón para dejarlo junto con el resto de sus prendas. Con prisa, me vestí y, tacones en mano, me largué de allí sin mirar atrás.

Con los ojos encharcados, entré en la habitación que compartía con Íñigo. Aún estaba tumbado en el sofá con la televisión encendida aunque, por cómo caía su cabeza hacia un lateral, dudaba mucho de que la estuviera viendo.

—¿Me has traído el algodón? —me preguntó casi de manera ininteligible. Como si hablara en sueños.

—Íñigo, nos vamos. —Encendí la luz de un manotazo y se iluminó de golpe todo el salón. Con los ojos entrecerrados, miró por encima del respaldo del sofá intentando averiguar si aquello estaba sucediendo de verdad o si, por el contrario, formaba parte de un sueño.

—¿Ha pasado algo? —preguntó con la boca pastosa y frotándose los ojos.

—¡Nos vamos! ¡Nos vamos, ya!

Me dirigí al dormitorio y puse la maleta abierta sobre la cama. Empecé a meter ropa sin ton ni son dentro de esta en tanto mis lágrimas rodaban sin tregua por mis mejillas.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber cuando, cojeando, se plantó en el cuarto.

—Ha pasado que soy una gilipollas de manual. ¡Eso ha pasado, Íñigo! —Resollé.

Me movía nerviosa de un lado a otro. Guardando con prisa todo eso que era mío. Se acercó y me agarró del brazo, obligándome a parar.

—¿Vas a contarme por qué estás así?

Me mesé el pelo y lo miré. Sorbí los mocos y me retiré a manotazos las lágrimas.

—Nos hemos acostado. Derek y yo nos hemos acostado.

A Íñigo se le descolgó la mandíbula y tardó unos segundos en asimilar la información.

—Los dos sabíamos que podía pasar —se encogió de hombros—. No tienes por qué llorar. Derek está loco por ti. Y tú por él.

—Derek es un cerdo. —Aseguré llena de ira destrozando esa escena romántica que debía de estar montándose en su cabeza.

—¿Te ha obligado a hacer algo que no querías? Si es así, va a desear estar muerto...

—No —lo interrumpí—. No me ha obligado a nada.

—Entonces sigo sin entender tus lágrimas. Sois libres. Os gustáis. Deja esta farsa y dile que te has dado cuenta de que no querías seguir conmigo.

—¡Derek sigue viéndose con Leah! —exclamé con impotencia.

—¿Leah? —hundió las cejas—. ¿Y quién diablos es Leah?

—Es una larga historia. Te la contaré en el coche de camino a casa.

—¿Estás segura de que quieres irte, Gina?

—Como nunca.

—Entonces nos iremos. —Me dio un beso en la coronilla, se acercó a su armario y sacó su maleta. La dejó junto a la mía y empezó a guardar toda su ropa sin abrir la boca.



Las lágrimas apelotonadas en mis ojos no me dejaban ver con claridad la carretera. Hacía casi quince minutos que habíamos abandonado el hotel y no había logrado frenar la llantina en ningún momento. La sensación de rabia por haberme creído de nuevo sus mentiras, y la impotencia de saber que ya no podría recular, me estrujaban el corazón y la garganta.

Íñigo iba sentado en el asiento de atrás con la pierna estirada sobre este. De vez en cuando miraba por el espejo retrovisor y lo pillaba con los ojos fijos en mí. Era obvio que tenía curiosidad por saber qué había pasado con Derek. Por qué llegué tan mal y por qué aún seguía llorando sin consuelo. Pero su silencio evidenciaba que no quería presionarme a hacer algo que quizá no me apetecía.

—Me mudé a Rothenburg ob der Tauber tras una ruptura amorosa —comencé a narrar sin retirar los ojos de la autopista. Mi amigo aceptó acompañarme en esta aventura de la que no había salido muy bien parado que digamos y lo mínimo que se merecía era conocer mi historia—. Cuando, a los tres meses de comprometernos, Jonas me confesó que se había enamorado de la chica que le expedía cada mañana el billete de tren que lo llevaba al trabajo, hice mis maletas y abandoné el hogar que compartimos con el corazón hecho trizas. Necesitaba irme lejos, desvincularme de todo lo que me recordara lo que una vez fuimos. Ya no quedaba nada de aquellos que se juraron amor eterno ni de esos que, ilusionados, mostraban en todas sus redes sociales fotografías de dos manos entrelazadas en las que un anillo de pedida se llevaba todo el protagonismo. —Tomé aire y lo expulsé despacio—. Busqué en una decena de portales de trabajo ofertas lejos de Wurzburg. No tenía ningún destino en mente. Me daba igual siempre y cuando fuera en otra ciudad. —Reconocí—. Tras un par de días de búsqueda incansable, llamó mi atención un anuncio en el que requerían una recepcionista para un hotel donde destacaban un excelente ambiente laboral que pareció ser el ingrediente estrella; el que me hizo decantarme por esa oferta y no por las otras cincuenta que había visto antes. El *Müller&Beltrán* parecía tener todo eso que necesitaba así que me lie la manta a la cabeza e hice la maleta. Tras despedirme de Lenna, cogí mi coche y conduje hasta el que sería mi próximo destino con una sensación agridulce en la garganta. No fue fácil. Lenna me pidió una decena de veces que me lo pensara. Y me lo pensé. Y me largué.

»Nerviosa y emocionada, llegué a la recepción de un precioso hotel donde un simpático

Gerard me dio la bienvenida y acogió como si me conociera de toda la vida. Gesto que agradeceré eternamente —añadí—. Tras una pequeña entrevista con Donovan Müller, el propietario, me informó que empezaría al día siguiente y me ofreció la posibilidad de hospedarme en el apartamento de uno de los amigos de la familia que, recientemente, se había quedado vacío. Obviamente acepté. Estaba recién llegada a una ciudad que desconocía por completo así que encontrar tan pronto dónde instalarme fue lo mejor que pudo pasarme. —Eché un vistazo por el espejo retrovisor y vi cómo Íñigo escuchaba expectante mi historia—. Gerard me presentó a gran parte de la plantilla y pude confirmar que lo del anuncio era cierto: los compañeros molaban muchísimo y se respiraba un ambiente muy agradable. Tras una extendida charla, me despedí de todos ellos hasta el día siguiente y me dirigí a la puerta principal pero, justo cuando iba a salir, Derek entró como un tropel, golpeándome la frente con el canto de madera maciza.

—Buen comienzo... —bromeó.

—Supongo que fue premonitorio. Un inicio que auguraba un final más doloroso incluso. —Dije apenada—. Tras comprobar muy preocupado que había sido algo superficial, Derek se disculpó tantas veces que incluso le supliqué que dejara de hacerlo porque empezó a incomodarme. Su padre, que en ese instante salía de su despacho, se acercó para ver a qué era debido aquel revuelo que acababa de formarse alrededor de mi persona. Recuerdo que le echó la bronca con la mirada y lo obligó a acompañarme al apartamento de los Klein tras negarme a ir al hospital. Desde ese momento, coincidimos en un sinnúmero de ocasiones; a veces casuales, otras muchas más que planificadas. —El llanto pareció darme una tregua, como si al recordar nuestros comienzos la balanza se nivelara y, de alguna manera, el dolor fuera más liviano—. Derek y yo forjamos una amistad envidiable. Él me contaba todo lo que había hecho durante su día; y yo hacía lo mismo. No nos cansábamos de escucharnos y, en cuestión de unos pocos meses, conocíamos tanto el uno del otro que a veces no necesitábamos palabras para comunicarnos.

»Aprovechábamos cada rato que teníamos libre para pasarlo juntos con la sensación de que nos había sabido a poco cuando llegaba la hora de despedirnos. Me enseñó todos los rincones con encanto de Rothenburg y, sin darnos cuenta, los fuimos haciendo nuestros.

Se hizo un silencio donde cientos de anécdotas me invadieron la mente. Habíamos compartido tantas cosas especiales que daba la sensación que aquellos que las vivieron no éramos nosotros. Los del presente. Como si hubiéramos estado interpretando un papel y, acabado el rodaje, nos hubieran escupido en nuestras verdaderas vidas. Esas en las que el otro no tenía cabida.

—Una noche de tormenta donde la nieve cubría la ciudad —retomé—, tras terminar mi turno en el hotel, Derek se ofreció a llevarme a casa. Aunque no era la primera vez que subía, sí que pasaría a ser la que marcaría un antes y un después en nuestra relación. Lo invité a entrar y puedes imaginarte lo que pasó después. —Íñigo sonrió y asintió—. Tras esa primera noche que pasamos juntos enredados en las mismas sábanas, el miedo a volver a enamorarme perdidamente y que todo se estropeará como me sucedió con Jonas, le propuse un pacto: convertirnos en amigos con derechos, pero sin ataduras. Digamos que, sentir de más, estaba completamente prohibido...

—Pero te enamoraste...

—Como nunca. —Aseguré forzando una sonrisa.

—¿Y Derek aceptó como si nada?

—Se ve que tampoco tenía interés en tener una relación seria con nadie —me encogí de hombros.

—¿Y cuánto tiempo estuvisteis así?

—Ocho meses...

—Uff... en ocho meses da tiempo a enamorarse. Más aun si compartíais tantos momentos juntos. Lo vuestro no se limitaba a veros en la cama.

—Reconozco que lo vi receptivo muchas veces. Que me trataba diferente. Con amor. Como si él también hubiera traspasado esa línea que ambos acordamos no franquear; pero se ve que todo fue una mentira.

—¿Es ahí donde la tal Leah entraría en la ecuación?

Asentí y continué:

—Leah se incorporó a la plantilla a los pocos meses de hacerlo yo. Buscaba piso y le ofrecí que se instalara en una de las habitaciones que tenía libres en el mío. Desde el principio congeniamos genial. Era súper divertida y espontanea y me lo pasaba muy bien en su compañía. La consideraba mi amiga. Pero me traicionó. —Me hundí el dedo en la sien e hice presión en círculos. Tanto llanto empezó a pasarme factura.

»Una noche, cuando Derek se marchó, nos sentamos juntas en el sofá para ver otro capítulo de esa serie de zombis a la que me enganchó en tanto devorábamos una tarrina de helado a medias. Le confesé que empezaba a sentir de más por él. También le conté que mis miedos, esos que mi pasado habían instalado en mí, no me permitían hacer lo que de verdad quería. Lejos de animarme a darle rienda suelta a mis sentimientos, a lanzarme a la piscina y descubrir que el amor no era siempre igual, me dijo que todos los tíos estaban cortados con la misma tijera y que, tarde o temprano, terminaría jugándomela. Y no le faltó razón, poco después los pillé besándose en uno de los pasillos del hotel.

—¿En serio? Tremendo juego sucio...

—Rompí mentalmente el contrato ridículo que Derek y yo firmamos de palabra y volví a huir sin mirar atrás.

—Y regresaste a Wurzburg. —Entendió. Asentí.

—Sí. Jonas ya no provocaba nada en mí y volver era mi única opción. Alquilé mi apartamento y, al poco tiempo, invertí la poca herencia que me dejaron mis padres y compré un pequeño local donde llevar a cabo mi sueño: montar la floristería más bonita de la ciudad. —Y ahí sí que sonreí de verdad—. Reconozco que *Reginas Garten* se convirtió en mi refugio. Un lugar donde mi cabeza me daba una tregua.

—Y todo empezó a sonar de otra forma.

—Y me esforcé porque todo empezara a sonar de otra forma —lo corregí—. De alguna manera, Derek siempre estuvo ahí. Arraigado en mi pecho. Supongo que no es fácil arrancarte de las entrañas a quien has amado de verdad. —Suspiré.

Capítulo 19

Buscando culpables

Derek

—Regina, ¿te queda mucho? —le grité desde el baño.

Llevaba varios minutos debajo del chorro de agua templada esperándola. Recreándome en lo que acabábamos de vivir. Me parecía un sueño haber podido disfrutar de su cuerpo después de tanto tiempo extrañándolo y tener la sensación de que los años no habían pasado por nosotros.

La amaba más que nunca y estaba dispuesto a ir a por todas. Me daba igual su noviazgo con Íñigo. Regina era mía. Su «te amo» era justo lo que necesitaba oír para pelear por ella como nunca me atreví.

—Nena, ¿me has oído? —insistí abriendo la mampara para sacar la cabeza de la bañera.

No obtuve respuesta y pensé que quizá se había quedado dormida así que terminé de enjabonarme.

Me enrollé la toalla en la cintura y me peiné con los dedos. Me sequé tan deprisa que algunas gotas aún escapaban de mi pelo y emprendían un camino descendente por mi torso y espalda, pero tenía prisa por regresar a su lado y secarme pasó a ser secundario.

Cuando salí del baño observé que la luz del dormitorio estaba apagada y eso me hizo reafirmarme en que Regina estaría como un tronco. Unas cosquillas me recorrieron la columna vertebral al imaginar que pudiéramos pasar la noche juntos. Abrazados. Respirando el olor dulce de su pelo como en tantas ocasiones. Pero me equivoqué.

Por las lamas de la persiana se colaba la luz de la farola de afuera y vislumbé cómo mi cama estaba vacía.

—¿Gina? —pregunté, regresando al salón. Cabía la posibilidad de que hubiera ido a servirse un vaso de agua, o quizá había optado por asomarse al balcón y despejarse las ideas; imaginaba en la encrucijada que debía encontrarse.

El corazón me dio un vuelco y una bofetada de cruda realidad me puso los pies en el suelo cuando, al revisar una por una las estancias, comprobé que no había rastro de ella; se había marchado sin despedirse... Otra vez.

Quise salir y plantarme en la puerta de al lado y no parar de golpearla con los nudillos hasta que Gina abriera. Necesitaba decirle que quería compartir el resto de mis días con ella y que no tenía que tener miedo a enamorarse de mí. Que era lo más importante de mi vida y que, si le daba una oportunidad a lo nuestro, nos amaríamos hasta el último aliento. Pero entonces Íñigo se paseó de puntillas por mi cabeza dejando huellas más profundas de las que me habría gustado. Entendí —o me obligué a entender— que Regina tuvo que tener una razón de peso para irse, y estaba convencido de que ese tipo tenía mucho que ver. No quería meterla en problemas con él así que, aceptando muy a mi pesar mi papel en la historia, y deseando que Regina fuera sincera consigo misma y tomara la decisión correcta, me dirigí al dormitorio y me senté a los pies de la cama con resignación.

Al mirar a mi derecha, un montón de ropa bien doblada me apretó un poco más la garganta. Me negaba a admitir que la noche hubiera terminado así.

Llevaba horas dando vueltas sobre el colchón. Las sábanas olían a ella y eso no me ayudaba a conciliar el sueño. Tenía en la cabeza tantas preguntas sin respuesta que me iba a volver loco.

En una medida desesperada, agarré la almohada con la intención de irme a dormir al sofá. Pero antes busqué mi móvil en el bolsillo del pantalón que llevé a la fiesta para activar la alarma que debería despertarme en apenas unas horas. Aun consciente de que estaría agotado, me negaba a faltar a la actividad programada para aquella última mañana; aprovecharía la mínima oportunidad para asaltarla y preguntarle por qué se había ido así. Y también que qué iba a ser de nosotros a partir de ese momento a pesar del miedo inmenso que me provocaba el recibir una respuesta en la que un «nosotros» no tuviera cabida. Moví la cabeza y deseché esa idea. «Sus ojos no mienten. Te ama, Derek. Lo sabes», quiso convencerme mi voz interior.

Me senté en el sofá y miré la pantalla del móvil. La tuve que mirar dos veces porque no

podía creermelo que estuviera leyendo aquello. Resoplé.

Número desconocido

Soy Leah. ¿Te sigo esperando o me duermo? ;)

Yo

¿Quién te ha dado mi número?

Pensé que todo había quedado claro.

No vuelvas a escribirme.

Número desconocido

Mark.

Que te vaya bien siendo el segundo plato, idiota.

De todas las palabras que pudo utilizar para atacarme, tuvo que elegir esas. «Segundo plato» me atravesaba con cada una de las letras que las formaban. Bloqueé su número maldiciendo a mi amigo; a veces me preguntaba dónde narices tenía la cabeza. Enfadado, lancé el teléfono en la mesa de centro y, gruñendo, acomodé mi metro noventa en el sofá y me obligué a dormir. Deseé revivir el encuentro en sueños; con una sola vez no era suficiente.

Unos nudillos llamaron insistentemente sacándome de golpe de ese sueño en el que no hacía mucho que había conseguido sumirme. Aún no había sonado la alarma pero el sol ya se había instalado en el salón.

Me froté los ojos e intenté adaptarme a la claridad en tanto los golpes en la puerta no cesaban.

—¿Quién es? —pregunté antes de bostezar.

—Tu mejor amigo.

Arrastrando los pies y mesándome la nuca, me dirigí a la entrada.

—¿Aún estás así? —me preguntó en cuanto abrí.

—Es temprano... —dije, apoyando el antebrazo en el marco y pellizcándome el tabique de la nariz.

—Hay que desayunar fuerte. Tengo un hambre voraz; esta noche he quemado muchas calorías. —Me guiñó el ojo.

—¿Crees que me importa?

—¿Y puedo saber qué mosca te ha picado?

—¿Y yo puedo saber por qué le has dado mi número a Leah?

—Pensé que te gust...

—¿Pero es que has olvidado para qué estamos aquí? —le grité, irguiéndome.

—Me dijiste que lo tuyo con Regina... —le di un empujón y lo mandé a callar con un fuerte siseo. Varios huéspedes que pasaban por el pasillo se nos quedaron mirando como si tuviéramos la piel verde.

—¿Eres idiota? —susurré y señalé con la cabeza a la habitación de al lado—. Podría oírte... ya sabes... Él.

—Ah, no te preocupes por eso —le quitó importancia con un gesto de mano—. No hay nadie.

Hundí las cejas.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Hay una limpiadora...

Y no lo dejé terminar. Lo aparté de mi camino y salí yo también al pasillo.

Efectivamente, un carro de la limpieza estaba parado justo enfrente de la habitación de Regina e Íñigo.

Apresurado, me acerqué a la chica:

—Disculpe, ¿y las personas que estaban hospedadas en esta habitación?

—Esto... Lo si... siento —titubeó ruborizada—. No tengo esa infor... información. Quizá po... podría preguntar en la... en la recepción...

Con el corazón en un puño, le di la espalda y avancé un par de pasos hacia mi habitación pero, antes de llegar, frené y volví a girarme para darle las gracias. Se mordía el labio estrujando un rollo de papel higiénico en tanto sus ojos saltaban sobre mis abdominales. ¿He dicho «sobre mis abdominales»? «¡Joder, Derek, que estás en calzoncillos!», me grité mentalmente.

—Gracias. Muy amable. —Le dije antes de acelerar mis pasos y meterme en mi habitación.

—Cómo te gusta desarmar a las mujeres, Müller... —se carcajeó mi amigo cerrando la puerta a mi paso—. ¿No te da pena dejar a la pobre chica con tremendo calentón?

—Mark, vete a la mierda. —Bufé

Me dirigí al dormitorio y agarré una camiseta y un pantalón vaquero; lo primero que pillé.

—Voy a bajar a preguntar a la recepción. —Solté al aire.

—A ver, no es por desanimarte, pero creo que está bastante claro... —dijo, apoyando la espalda en la jamba de la puerta y cruzando los brazos a la altura del pecho—. ¿Que estén limpiando la habitación tan temprano no te dice nada?

—¿Piensas que se han ido?

—Creo que es obvio. —Se encogió de hombros. En el fondo yo también lo daba por hecho, pero me negaba a aceptarlo.

—Joder, la culpa es mía. —Resoplé mesándome el pelo.

—¿Tu culpa?

—Anoche pasaron... cosas.

—¿Qué cosas, Derek? —hundió las cejas— ¿Puedes ser un poco más concreto?

—Cosas.

—¡Sí, ya me he enterado! Pero qué cosas. —Me quedé en silencio y conectamos las miradas—. No. —Lo de hablarnos con los ojos nunca fallaba.

—Sí.

—Jo-der... —se pasó la mano por el pelo abriendo sus rizos—. Pero...

—Estoy seguro de que ha salido huyendo para salvar su relación. Para evitar que Íñigo pudiera enterarse de lo que ha pasado entre nosotros.

—Entonces podríamos decir que, entre su novio y tú, ya ha elegido, ¿no?

Las palabras de Mark las sentí como puñales. Me senté en la cama y apoyé los codos sobre mis rodillas. Después dejé caer la cabeza entre mis brazos y entrelacé los dedos en la nuca. Poco después noté cómo el colchón se hundía a mi lado y el brazo de mi amigo me apretaba el hombro.

—Has hecho todo lo que ha estado en tu mano, Derek. Quizá haya llegado el momento de aceptar la realidad.

—¿Y cuál es esa realidad que mencionas? —lo miré de reojo.

—Pues que sois dos personas que coincidieron en el mismo tren pero que tuvieron que bajarse en estaciones distintas. —Negué con la cabeza a la vez que una lágrima se asomaba a uno de mis ojos buscando el momento para lanzarse al vacío—. Sé que Regina te gusta...

—Regina no me gusta, Mark —lo interrumpí con rabia— Amo a Regina. Métetelo de una vez en la cabeza.

—Vale, la amas. Pero ya has hecho hasta lo imposible por conquistarla; y no ha servido para nada. Me duele verte mal pero digo yo que en algún momento tendrás que empezar a vivir... ¿No te parece?

Lo miré a los ojos y me sequé con el nudillo la lágrima que acababa de echar a rodar por mi mejilla.

—Me dijo te amo.

—Durante el sexo se dicen muchas estupideces.

—Sé que lo sentía de verdad. La conozco, Mark.

—Vale, pero está con *el Rapunzel*. Tienen una relación seria, formal. Conocerá a sus padres. Posiblemente vivan juntos. No va a tirar por la borda algo así por un polvo de una noche con un viejo amor.

—Tú decías que estaba enamorada de mí.

—Y lo está. Pero, en su balanza, el platillo donde está Íñigo tiene más peso. Comparten una vida juntos y a veces no es fácil acabar con todo eso por alguien que, a pesar de que tu corazón se acelera cuando lo tienes cerca, y que no logras arrancártelo de lo más profundo de tu ser, nunca has sacado de la zona de los *folamigos*... Regina no va a renunciar a una estabilidad por un posible «algo» que puede o no funcionar. Nunca fue valiente, y lo sabes.

—¿Y si lo intento una última vez? ¿Y si la busco y hablamos?

—¿Y si la olvidas de una puta vez? Derek, ya vale.



Dejé la maleta en una esquina del salón y comprobé que todo estuviera en orden. Nunca una vuelta a casa me resultó tan amarga.

Cuando el viernes salí de allí, en mi cabeza, aquel plan de fin de semana me parecía increíble; de película romántica. Un par de días después, la realidad era muy diferente. La sensación de haber estado haciendo el ridículo no me daba tregua.

Me serví un vaso de agua en la cocina y me quedé con la mirada fija en un punto de la pared de enfrente. La imagen de Regina desnuda, debajo de mi cuerpo, no me abandonaba. Y todo lo que compartimos durante la yincana, tampoco. Si seguía así iba a volverme loco.

Mi móvil empezó a sonar sobre la mesa del salón y me sacó de golpe de esos pensamientos recurrentes. El corazón me dio un vuelco al imaginar que Regina hubiera conseguido mi número y que fuera ella, así que corrí para atender la llamada con las pulsaciones a mil por hora. Cuando vi el nombre de mi hermano en la pantalla, sentí un latigazo de desilusión. Y no pude ocultarlo en el tono de voz.

—Dime, Logan.

—Joder, cuánto entusiasmo... —ironizó.

Sonreí y me disculpé:

—Lo siento. Pensé que eras otra persona. —Añadí frotándome la frente.

—Deja que lo adivine... ¿Gina?

Me mesé el pelo y me senté en el reposabrazos del sofá.

—Supongo que es obvio.

—Os vi muy bien ayer. Antes de la cena.

—Tú lo has dicho: antes de la cena.

—¿Quieres contármelo?

—¿Y desde cuándo te cuento mis cosas?
—Mira que eres imbécil, Derek... —resopló y reí.
—Bueno, venga, dime ¿a qué es debida tu llamada? —cambié de tema.
—Bien jugado. Pero no creas que no me he dado cuenta de tu enorme interés en aparcarse el asunto de Regina. —Mi hermano mayor era la persona que mejor me conocía del mundo; incluso mejor que mi madre. Y aunque ambos teníamos caracteres muy distintos y chocábamos mucho desde niños, siempre fue mi ejemplo a seguir. De pequeño siempre me resguardaba en Logan cuando sentía que mi mundo se tambaleaba. Como si él tuviera el poder de protegerme de todo y de todos—. ¿Cómo tienes la agenda para el próximo sábado?
—Depende de para qué. —Bromeé.
—¿Para una comida familiar? —preguntó con retintín—. Martina y yo tenemos algo muy importante que contaros y me encantaría que estuvieras presente.
—Aún tengo un par de semanas de vacaciones por delante; allí estaré.
—¡Genial! —Celebró entusiasmado—. Y ahora tengo que dejarte. El hotel está hasta arriba.
—No sabes cuánto me alegro, Logan. Saluda a Enzo de mi parte.
—Lo haré.
Nos despedimos y dejé el teléfono sobre la mesa pero, inmediatamente, recibí un WhatsApp.

Logan

Los Müller nunca nos rendimos.

Un abrazo.

Le sonreí a la pantalla. Ese mensaje de mi hermano no pudo llegarme en un momento mejor.

Capítulo 20

Media docena de Tulipanes blancos

Regina

—Regina, ¿otra vez con esa canción en bucle? —Lenna me apagó la música en el móvil y me quitó los cascos de un tirón haciendo con ellos una bola dentro de su mano—. Deja de mortificarte.

Perdí la cuenta de las veces que había escuchado esa canción que formaba parte de la vida pasada que compartí con Derek. Need you now de *Lady Antebellum* era como nuestro himno. Ese que debía de dejar de escuchar si quería avanzar.

—¡Y no te has duchado! —me regañó.

Me retiró la sábana y yo aproveché para ocultar la cabeza debajo de la almohada.

—¡Levántate y métete en la ducha! Es una orden.

—¿Puedo saber cómo has entrado en mi casa?

—Tengo una copia de las llaves. —Dijo como si nada mientras doblaba un par de camisetas que puse encima del tocador cuando deshice la maleta.

—¿Desde cuándo? —pregunté asomando un ojo.

—Desde siempre.

Rodé los ojos y dejé el tema. Me importaba bien poco si Lenna tenía llaves o no.

—¿A qué has venido?

—A comprobar que todo estuviera en orden. Y ya veo que no. —Me quitó la almohada de golpe y la lanzó a los pies de la cama.

—Vete a casa. Estoy bien.

—No. No lo estás. Apestas a mapache y aún no te has quitado la ropa que traías anoche.

—Gracias, amiga. Ya me siento mucho mejor... —ironicé.

—De nada. —Se dirigió a la ventana, levantó sin cuidado la persiana y corrió una de las hojas—. Ventilemos un poco porque el aire es bastante... denso...

—Qué sutil manera de llamarme guarra.

—No eres guarra. Solo que llevas demasiadas horas aquí encerrada y el ambiente está cargadillo —quiso enmendar—. Gina, voy a preparar el almuerzo. Como no estés sentada a la mesa oliendo a rosas en quince minutos, te arrastraré por los pelos hasta la bañera y te refregaré personalmente con el cepillo que reservas para las alfombras.

—No deberías de hacer esfuerzos en tu estado.

—¡Pues ya sabes!

Desapareció de mi habitación refunfuñando por los pasillos. Y yo le agradecí mentalmente que estuviera allí conmigo a pesar de la regañina.

Obedeciéndola, me metí en la bañera tras quitarme por fin aquel precioso vestido blanco que aún olía a Derek. Cuando la noche anterior dejé a Íñigo en su casa y le conté a mi amiga el motivo de aquella apresurada huida en mitad de la madrugada, insistió en que me quedara allí a dormir. Pero me negué. Quería llegar a mi pisito y tumbarme en la cama a echar fuera de mí toda la impotencia que sentía en forma de llanto.

Como supuse que pasaría, una vez debajo del chorro templado, volví a romperme. Las lágrimas se camuflaban con el agua y se perdían por el desagüe llevándose consigo parte de lo que por dentro me ahogaba.

¿Por qué fui tan ingenua al pensar que Derek era sincero? Leah sabía jugar sus cartas y a él parecía gustarle formar parte del juego. Se gustaba mucho y le encantaba saber que nos volvía locas. Saberse deseado sería su única forma de engrandecer su ego; más básico que el mecanismo de un chupete...

—¿Ves? Esto ya es otra cosa. —Me dijo mi amiga cuando me senté a su lado en el sofá.

—¿He dejado de oler a mapache?

Llevó su naricilla a mi brazo y olisqueó moviendo el bigotillo como si fuera un conejo.

—Sí. Ya hueles de nuevo a Regina Weber.

Sonreí y miré el plato que tenía delante. Un bocadillo del tamaño de la palma de Hulk y un vaso de té frío de melocotón.

—¿Este bocata es para mí sola, o ahora vendrán todos mis vecinos a por su parte proporcional?

—Come —instó—. Desde la cena no has probado bocado.

—¿Y tú qué sabes?

—Yo lo sé todo.

—Me das un poco de miedo, Lenni...

Tras mirarlo analizando por dónde asaltarlo, agarré el bocadillo y le di un primer bocado. Aunque estaba delicioso, tenía la garganta tan cerrada que me costaba horrores tragar.

—¿Cómo sigue Íñigo? —le pregunté antes de morder de nuevo.

—Bien. Lo dejé en el sofá viendo un programa de cocina. Últimamente se ha aficionado a verlos. Suerte que no los lleva a la práctica porque, entre tú y yo, es un desastre entre fogones. —Hizo un mohín y reímos.

—Me siento culpable. Si no me hubiera acompañado...

—Regina, los accidentes pasan —me interrumpió—. No le des más vueltas. —Se sirvió un poco más de té en su vaso y bebió. Ella no tenía bocadillo, solo me acompañaba para asegurarse de que me llevaba algo al estómago—. Y ahora que estamos solas, cuéntame bien lo que pasó con Derek.

—Pasó lo que era obvio que pasaría, Lenna. ¿A quién pretendo engañar?

—Anoche no podía dejar de pensar en vosotros. En el mensaje que leíste, el que te hizo huir de su habitación como alma que lleva el diablo.

—Ni me lo recuerdes... —bisbisé.

—¿Y si fuera una trampa?

La miré como si le hubiera salido un tercer ojo en la frente.

—¿Una trampa?

—No sé, Gina. ¿Y si esa tipa tan solo le hizo una proposición y tú ya diste por hecho que habían quedado?

Miré a mi amiga y tragué saliva. No me había planteado esa posibilidad. Pero ya daba igual. No había marcha atrás.

—¿Estás de su parte o de la mía?

—De la tuya. Siempre. Pero no sería justo acusarlo de algo que no es.

—Tampoco es justo estar cinco años con el alma destrozada.

—No. Tampoco lo es. Pero, Gina, ya somos mayorcitos. Reconoce que marcharte sin decir nada no era lo más correcto.

—¿Hubiera sido mucho mejor decirle que había estado cotilleándole el teléfono y que, casualmente, acababa de recibir un mensajito en el que la misma mujer con la que lo vi besándose años atrás le ponía en bandeja su kiwi? —ironicé—. Por favor, Lenna, eso suena aún más patético.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

—Nada. Haré todo lo posible por olvidarlo. Como he hecho hasta la fecha.

—Inútilmente. —Apuntilló.

—¡Ya vale, Lenna! —resoplé.

Se hizo un silencio incómodo entre nosotras. Llevé la mirada al bocadillo y un nudo me apretó la garganta amenazándome con romperme.

—Perdóname. —Le pedí con un hilo de voz.

—No. Perdóname tú a mí. Sé que no es fácil para ti. Lo único que quiero es que seas feliz de una vez por todas. Ya va siendo hora, Gina.

Nos fundimos en un abrazo y volví a llorar.



Como cada mañana, abrí la floristería cuando el reloj marcaba las nueve y media. Desde hacía bastante rato ya empezaba a haber movimiento en las terrazas de los bares colindantes, y es que el buen tiempo con el que amanecimos dio pie a ello.

Levanté la persiana y le di la vuelta al cartelito de la puerta que indicaba que *Reginas Garten* ya había abierto. Coloqué algunas macetas en la estantería que solía sacar a la acera y después la empujé hasta dejarla pegada a la fachada.

Tras un fin de semana movidito, regresar a mi pequeño rincón sabía que me ayudaría a desconectar. Sumergirme en aquella mezcla de olores y colores y dejarme abrazar por ellas era justo lo que necesitaba.

Apenas pegué ojo durante la noche. No podía dejar de pensar en lo que me dijo Lenna. ¿Y si tenía razón y Leah tan solo le había tirado la caña? Aunque podía ser una posibilidad nada descabellada porque ya lo hizo en el pasado, pensar que ambos decidieron verse después de la fiesta, también era viable. Derek no contaba con esa ración de sexo que le puse en bandeja y eso pudo hacer que se retrasara a “su cita”. Leah empezó a impacientarse y envió el mensaje. Cuadraba perfectamente.

Seguir dándole vueltas a lo mismo no me ayudaba. Necesitaba dejarlo todo encerrado en el cajón del olvido. Me puse detrás del mostrador y me até a la cintura el mandil rosa con el logotipo de la floristería con el que salvaguardaba mi pantalón vaquero, y me puse manos a la obra.

Para aquel día tenía un par de pedidos importantes y me puse manos a la obra cuando terminé de revisar si había entrado alguno más por la web. Desde que la puse en marcha, las ventas se habían multiplicado. Todo un acierto.

Estaba concentrada preparando un enorme ramo cuando la campanita de la entrada me avisó de un nuevo cliente. Levanté la mirada de las rosas y la llevé hacia la puerta. Sonreí de inmediato.

—Buenos días, señor Albert. ¿Cómo se encuentra hoy?

Albert era mi cliente fiel de los lunes. Y también la persona de más edad que solía visitar la floristería. Provisto de su garrota y un sombrero de ala ancha, llegaba, pedía media docena de tulipanes blancos y, tras pagarlos, me dejaba sobre el mostrador un caramelo de café. Algunas mañanas apenas hablaba; otras no callaba.

—Buenos días, bonita. Estoy bien.

—¿Lo de siempre?

—Por favor.

—Síntese —le señalé la banqueta de madera que compré exclusivamente para él y dejé a un lado el ramo en el que estaba trabajando para ponerme con su pedido—. Se lo tendré listo en un periquete.

—No tengo prisa, muchacha. Tranquila. —Tomó asiento y supe que era uno de esos lunes donde aquel octogenario con mirada tristona estaba parlanchín.

—¿Cómo le fue el fin de semana? —aproveché para preguntarle mientras elegía los seis mejores tulipanes blancos del macetón.

—Mis hijos, mis nueras y mis nietas estuvieron en casa. ¿Te he dicho que voy a ser bisabuelo?

Sí. Me lo había dicho muchas veces. Siempre tan ilusionado como la primera. Así que yo siempre fingía sorpresa y él volvía a contármelo.

—¡No! Pero si es un chaval. ¿Cómo que bisabuelo? ¿Seguro que no me está engañando? —achiné los ojos.

Albert rio y se quitó el sombrero, dejándoselo en una de sus rodillas.

—Mi nieta la mayor será madre allá por noviembre.

—¿Y ya saben el nombre que le pondrán?

«Sí. Gisela, como la bisabuela».

—Sí. Gisela, como la bisabuela. —Dijo a la vez que se le iluminaban los ojos.

—Un nombre precioso. —Afirmé mientras ataba los tallos de los tulipanes.

—Como lo es ella.
—Estoy convencida de que esa pequeña que viene en camino tampoco se quedará atrás; tiene unos genes maravillosos.
—No lo dirás por mí. —Rio.
—¡Claro que lo digo por usted! —rodeé el mostrador y le di las flores—. Quien tuvo retuvo, Albert.
—Ojalá pudiera volver a ser el jovenzuelo aquel... Habría sido un poco más valiente.
—¿Más valiente?
—A medida que nos acercamos a la muerte, tendemos a arrepentirnos más de las cosas que no hicimos que de esas otras que sí que llevamos a término; indiferentemente de si salieron bien o mal.
—¿Qué era eso que le hubiera gustado hacer y no hizo?
—Buscar mucho antes a la que siempre fue el amor de mi vida.
—¿A Gisela?
Afirmó con un movimiento de cabeza.
—Antes de estar con ella, estuve casado con otra mujer. Una que mis padres eligieron para mí. Una a la que no quería —afirmó con pesar—. Cuando nació nuestro primer hijo, ella enfermó. Los médicos no sabían qué le pasaba y, después de cuatro años luchando contra una enfermedad que fue devastándola poco a poco, murió.
—Lo siento mucho.
—Gracias, bonita. —esbozó una sonrisa de esas que los ojos contradicen—. Bianca murió siendo una mujer infeliz porque nunca supe amarla. Porque fui un cobarde incapaz de revelarme y la arrastré conmigo a una vida que ninguno de los dos merecíamos. —Un nudo se me alojó en la garganta e, inevitablemente, pensé en Derek. Si hubiéramos sido valientes desde el principio, quizá, solo quizá, las cosas hubieran sido muy diferentes—. Por suerte, la vida me dio una segunda oportunidad. Conocí a Gisela y, con ella, supe lo que era amar de verdad —le brillaban los ojos—. Desde que iniciamos nuestro camino juntos, supe que jamás me quedaría con las ganas de nada. La vida es más corta de lo que pensamos para no hacer lo que nos hace felices.
Se puso de pie aferrándose a su bastón y se colocó de nuevo el sombrero. Sacó su billetera y me pagó. Después me dejó un caramelo de café sobre el mostrador.
—Que tengas un buen día.
—Lo mismo le digo, Albert. Dele saludos de mi parte.
—Lo haré. —Le echó un vistazo al reloj que llevaba en la muñeca—. Ya empezó el horario de visitas en la residencia. No me entretengo más.
—Vaya con cuidado.
—Hasta el lunes que viene. —Se despidió antes de atravesar la puerta.
—Aquí lo estaré esperando.

Capítulo 21

Una docena de Dalias rojas

Regina

Contemplé enamorada cómo había quedado el ramo antes de imprimir la tarjeta que lo

acompañaría. Me encababa mi trabajo y disfrutaba mucho preparando lo que la gente pedía con tanto amor.

Lo dejé en la estantería a la espera de que lo recogiera el repartidor y me metí en la trastienda para hacerme con otro rollo de cuerda para preparar un nuevo pedido.

La campanita de la puerta me avisó de que alguien había entrado así que me apresuré en coger lo que necesitaba.

—Salgo en un segundito. —Vociferé.

Agarré una bobina y devolví la caja donde las guardaba al estante. Cuando atravesé las cortinillas que daban a la tienda y lo vi plantado en mitad de esta, el corazón se me frenó.

—Derek... —musité apretando el rollo.

—Hola, Regina.

Llevaba un pantalón vaquero desgastado y una camiseta negra que parecía una segunda piel. Su rostro cansado gritaba que había pasado una noche pésima —ya éramos dos—, y su pelo que ni tan siquiera había ocupado un minuto en peinarse.

—¿Qué haces aquí?

—Necesitaba comprar unas flores.

—¿Sabías que trabajo...?

—No lo sabía. —Se apresuró en responderme encogiéndose de hombros—. Vivo a apenas unas calles, pero no suelo venir por aquí. Busqué por internet una floristería cercana y me salió esta; reconozco que el nombre me empujó a elegirla. Supongo que me trae buenos recuerdos... Buen marketing. —Me guiñó el ojo y sonrió.

No pude evitar recordar cómo esa boca recorrió mi cuerpo. Supe que estaba ruborizada cuando percibí el intenso calor en las mejillas así que interrumpí el contacto visual para recomponerme. Me atusé el pelo nerviosa y dejé la bobina de cuerda sobre el mostrador. ¿De todas las ciudades del mundo tenía que vivir en Wurzburg? «Destino, ¿a qué diablos estás jugando? —lloriqueé—. ¿Qué tienes en mi contra?».

—No sabía que vivías en esta ciudad.

—Me mudé hace un par de años por motivos de trabajo; me pilla más cerca del aeropuerto que Rothenburg.

—Entiendo.

—Creo que nunca me contaste que eras de aquí.

—Ya sabes que me mudé a Rothenburg para olvidar. Como comprenderás, mencionar esta ciudad no ayudaba. —Expliqué—. Y bien, ¿qué estás buscando?

Con las manos en los bolsillos, miró a su alrededor y después a mí.

—No sé bien por qué decantarme. No entiendo mucho de flores...

—Si quieres, puedo echarte una mano. —Me ofrecí profesional.

—Oh, sí, claro. ¿Cuáles son tus flores favoritas?

—¿Las mías? —asintió—. Los girasoles, pero ahora mismo no me quedan... —dije con pesar señalando el cubo metálico vacío donde solía tenerlos.

—¿Y no hay otras que te gusten?

—En realidad amo todas las flores. Pero, de tener que escoger alguna, elegiría las Dalias rojas... —se las señalé.

—Pues un ramo de Dalias rojas, por favor.

—Perfecto. ¿Cuántas flores te pongo?

—Lo dejo a tu elección; que se vea bonito. Es para alguien muy especial para mí.

El estómago se me contrajo al pensar en esa «persona especial» de Derek. Reconozco que

estuve esperando que terminara la frase con algo como «a mi madre le encantarán» o «mi hermana no se las espera», pero no dijo nada. Ni una sola palabra más.

—Vale. —Dije.

Me sequé las manos sudorosas por los nervios en el delantal, y rodeé el mostrador para dirigirme a la maceta de Dalias.

Derek seguía inmóvil y no apartaba sus ojos de mí. Los sentía clavados en mi cuerpo. Abrasándome a su paso.

Corté doce flores y me dispuse a preparar su pedido. Al pasar por su lado, su perfume se coló por mi nariz y me erizó la piel. Derek era mi debilidad por más que quisiera convencerme de lo contrario.

—¿Vas a querer algo más? —le pregunté con la voz ahogada.

—Hablar contigo.

Tragué saliva y las pulsaciones se me dispararon.

—Derek, tengo mucho trabajo.

—No lo alargaré. Solo quiero saber por qué te fuiste así.

Dio un par de pasos y se puso frente a mí. El mostrador hizo de barrera entre los dos y lo agradecí.

—Hice lo que tenía que hacer.

—Es Íñigo, ¿verdad?

«No, es Leah. Otra vez», pensé.

—Sí. Nunca debí de meterme en tu cama. Me arrepiento muchísimo.

—No digas eso.

—Es lo que siento. —Me mostré fría.

—Quiero que sepas que no tienes que temer nada. Lo que pasó entre nosotros se quedará para nosotros. Íñigo no se enterará.

—Por favor, ¿crees que voy a agradecerte que seas cómplice de semejante traición?

—No. Solo quiero que estés tranquila por lo que a mí respecta.

—Vale. Todo un detalle por tu parte... —ironicé.

Cerré con una pegatina el papel que recogía las Dalias y se las dejé sobre el mostrador ya convertidas en ramo. La verdad que me había quedado precioso...

—¿Quieres acompañarlo con una tarjeta?

—Por favor.

Abrí el cajón y le di una. También un sobre y un bolígrafo.

—Te dejo intimidad.

Me di la vuelta y moví un par de macetas de sitio sin dejar de preguntarme para quién estaría comprando aquellas flores. Lo de mantener a raya los celos cuando se trataba de Derek se me daba bastante regular...

—Listo. —Guardó la tarjeta en el sobre y la hundió con delicadeza entre las flores. Después, me tendió el bolígrafo.

Al agarrarlo, nuestros dedos se rozaron y una corriente eléctrica me sacudió poniéndome la piel de gallina a su paso. Me miró y sus ojos azules acariciaron con nostalgia toda la piel donde fueron posándose. «¿Por qué lo tuvimos que hacer todo tan complicado?», le pregunté mentalmente.

—Son quince euros, Derek. —Bisbisé rompiendo el contacto visual.

Asintió. Sacó su cartera del bolsillo trasero de su tejano y me dejó un billete de veinte sobre el mostrador.

—Quédate el cambio —dijo—. Por la ayuda.

—No ha sido nada. Es mi trabajo.

—Y a mí me gusta valorarlo. Tómate un café a mi salud. —Me guiñó el ojo y elevó sutilmente la comisura. Después, giró sobre sus talones y me dio la espalda—. Que tengas un buen día, Gina.

—Tú también.

Me maldije por ser incapaz de confesarle que había leído el mensaje de Leah y que necesitaba que me dijera que no tenía de qué preocuparme. Agarró el pomo de la puerta y bajé la mirada para no ver cómo volvía a perderlo sin hacer nada por evitarlo. Pero entonces vi que no había cogido el ramo.

—Derek —frenó y me miró. Percibí cierta esperanza en sus ojos, como si necesitara tanto como yo esa conversación que nos acercara y que ninguno propiciaba—. El ramo. —Se lo tendí.

Lo miró y, a continuación, a mí.

—Ya está en las manos correctas.

Abandonó la floristería regalándome una sonrisa. Fundiéndome los plomos. Ganándome una vez más simplemente siendo él.

Me llevé las flores a la nariz como si fuera la primera vez que las olía y las observé como si yo misma no las hubiera cortado. El corazón me bombeaba con muchísima fuerza y las manos me temblaban como gelatina en terremoto.

Respiré hondo y cogí la tarjeta.

Me he enamorado muchas veces.

Y todas de ti.

Te amo. Cada día más.

Derek Müller



Tras otra noche sin poder conciliar el sueño. Trabajar de manera coordinada se me estaba resistiendo. No daba pie con bola. Me movía por la floristería como si fuera mi primer día y los nervios me estuvieran apretando el estomago.

Cada vez que un nuevo cliente hacía sonar la campanita, el corazón me daba un vuelco. Si no conseguía tranquilizarme, sería carne de infarto más pronto que tarde.

Poco antes de cerrar, cuando estaba editando el stock de flores secas en la web, ese que había estado en mi pensamiento todo el día atravesó la puerta con su aura de seguridad aplastante que me desarmaba.

—Hola. ¿Está abierto?

—Sí. Claro.

Con una sonrisa de esas que parecen rozar las orejas, entró y cogió una margarita de una de las macetas que encontró de camino al mostrador.

—¿Qué querías, Derek?

—Verte.

—Estoy trabajando. —Dije, llevando de nuevo la mirada a la pantalla del portátil para que no pudiera ver cómo esa simple palabra que había pronunciado acababa de provocar un tsunami en mí—. ¿A qué has venido?

—A verte. Ya te lo he dicho.

—Pues ya lo has hecho. Ya puedes irte.

—¿Qué maneras son esas de tratar a los clientes? —ironizó deshojando la flor; dejando

caer los pétalos sobre la libreta donde registraba todos los pedidos—. Uf, vaya golpe bajo —me la mostró completamente pelada—. Dice que no me quieres.

—Pues las margaritas nunca se equivocan. Deberías creerla.

—Prefiero creerme lo que me dice tu cuerpo y tus ojos. Confío más en ellos.

Las mejillas se me tiñeron y, nerviosa, me llevé un mechón de pelo detrás de la oreja.

—¿Vas a querer algo? Pronto cerraré.

—Doce Dalias rojas.

—No.

Apoyó ambas manos en el mostrador y se inclinó hacia mí.

—¿Por qué no?

—Porque no.

Arrastré con las piernas la banqueta de madera en la que estaba sentada y rodeé el mostrador para salir de este. Caminé hacia la puerta y, cuando abrí, lo invité a irse con la mano.

—Que tengas un buen día, Derek.

—¿Y mis flores?

—Vete.

—Regina, ¿dónde queda tu profesionalidad?

—Donde tu sensatez. ¿Has olvidado que tengo novio? ¡No puedes estar regalándome flores! —exclamé.

—Los amigos también pueden regalarsen flores.

—Tú y yo no podemos ser amigos —«te amo demasiado», pensé.

—Hubo un tiempo que lo fuimos.

—¿Y hace falta que te recuerde cómo acabó aquello? Vete, aún tengo que hacer el cierre de caja y he quedado con mi amiga para comer. No quiero llegar tarde.

—Está bien. —Aceptó y, conociéndolo, me extrañó que cediera. Caminó hacia la puerta y, cuando estuvo a mi lado, paró. Clavó sus ojos en los míos y percibí cómo se oscurecían. Sabía lo que eso significaba—. No sé por qué te empeñas en sacarme de tu vida. —Dijo ronco.

—Porque no pintas nada en ella. —«Y porque querrás desaparecer por ti mismo cuando sepas la mentira con la que he estado jugando contigo estos días». Lo de haber leído el *WhatsApp* de Leah era una chiquillada en comparación a la película que Íñigo y yo protagonizamos durante el fin de semana.

—Eso cuéntaselo a otro.

—Vete. Y no vuelvas más por aquí.

—¿Me vas a prohibir la entrada? —enarcó una ceja y me pareció jodidamente sexi.

—Estoy en todo mi derecho. Es mi tienda.

Sonrió de lado y miró hacia la calle pero, lejos de acatar mi orden, colocó la palma de la mano en el cristal y cerró. Derek siendo Derek.

—¿Qué haces?

—Creo que es obvio. —Echó el pestillo y giró el cartel indicando que estaba cerrado.

—¿Estás loco? —intenté abrir el pestillo pero me agarró la mano, transfiriéndome su calor.

—Sí. Por ti. No voy a rendirme fácilmente. No cuando sé que te mueres por estar conmigo.

—¿En qué momento he dicho eso?

—¿Desde cuándo, entre tú y yo, fueron necesarias las palabras, Regina Weber?

Sonrió y eliminó de golpe los pocos centímetros que estuvieron separándonos, dejando su

boca a escasos milímetros de la mía. Podía sentir su respiración estampándose en mi cara y la mía saliendo entrecortada.

—¿Por qué sigues con él?

—Porque lo quiero. —Musité.

—No te creo.

—Pues deberías.

—Y tú deberías ser sincera contigo misma de una maldita vez.

—Ya lo soy. —Joder, esa cercanía me estaba volviendo loca.

—Ese capullo no te merece. —Aseguré.

Y no me dejó decir nada más. Atrapó mis labios con los suyos y empezó a comerme la boca con ansia. Con ganas. Las mismas que yo no pude contener y me dejé llevar sin oponer resistencia. Olvidándome de lo que me hizo huir de su habitación y me había tenido llorando durante días. Por un momento mi cabeza lo eliminó para centrarse en él y en ese deseo irrefrenable que provocaba en mí.

Me subió a su cadera y se me escapó un jadeo. Hundí mis dedos en la parte posterior de su cabeza y se dirigió hasta la trastienda sin parar de besarnos. Una vez allí, me dejó sentada sobre la mesa alta de trabajo tras apartar a manotazos lo que en esta había, y se colocó entre mis piernas.

—Derek. Por favor. No me hagas esto... —rogué contradictoria.

—¿Te refieres a amarte como a nadie?

—No me haces bien.

—Sé que tienes miedo, que no es fácil. Que el pasado aún te sigue pesando y que volví a aparecer cuando lograste rehacer tu vida para ponértela patas arriba. No me importa lo que tengas con él porque sé que es inferior a esto que tenemos nosotros. No voy a volver a perderte; estoy dispuesto a todo. Incluso a esperarte si así me lo pides.

Lo miré a los ojos y un nudo me apretó la garganta. No podía seguir callando lo que me ahogaba.

—No me fui por Íñigo.

Hundió las cejas y la expresión se le paralizó.

—¿Cómo dices?

—Del hotel. No me fui por Íñigo.

—¿Entonces?

Tragué saliva y me animé mentalmente a empezar a deshacerme de una de las piedras que pesaba en mi mochila.

—Leah.

—¿Leah? Regina, no entiendo nada.

—Sé que está mal lo que hice, pero leí su mensaje.

Se quedó descolocado. Como si no supiera a lo que me refería. Continué para aclarárselo:

—Te decía si se iba ya a la cama o si te seguía esperando. —Dije avergonzada—. Pensé que me habías utilizado y que nuestro encuentro solo aplazó ese que habías acordado con ella.

Se apartó bruscamente de mí y se llevó ambas manos a la nuca.

—Joder, Gina. Dime que no es verdad.

—Te juro que no lo busqué. Empezó a sonar cuando estaba doblando la ropa y lo...

—¡No, coño, eso no! —me interrumpió. Se movía nervioso, como si intentara encajar unas piezas que anteriormente no les encontraba forma alguna—. ¿Pero cómo pudiste pensar que te estaba utilizando? —resopló y chasqueó la lengua—. Durante la fiesta me propuso pasar un

rato con ella. Pero me negué.

—¿Por qué?

—¡Porque te quiero a ti! —Y sonó tan sincero que me sentí ridícula por haber pensado que Leah y yo jugábamos en la misma liga. Se colocó de nuevo entre mis piernas y sus manos se aferraron con fuerza a mis caderas—. ¿Qué más tengo que hacer para que entiendas que eres la única mujer de mi vida? Dímelo porque te juro que lo haré.

Su pregunta se me agarró a la garganta. Derek se estaba abriendo en canal y yo aún no le había soltado la bomba más potente.

—Pero tú y yo no podemos estar juntos. Al menos no por ahora.

—Íñigo. —Supuso. Asentí manteniendo la farsa. La bola se había hecho tan grande que si ahora le confesaba la verdad, todo podría irse a la mierda—. No me importa él.

—Derek, por favor. No me lo pongas más difícil.

—No lo compliques tú. Déjalo. Íñigo no te quiere.

—No digas eso.

—¡Es que lo sé! —Exclamó. Se apartó de mí una vez más y se mesó el pelo—. Lo he visto. —Admitió con la misma vergüenza que yo tuve al confesar que había leído el *WhatsApp* de Leah.

Me quedé petrificada. ¿Habíamos dejado algún fleco suelto?

—¿Qué has visto?

—Una foto. En su cartera.

«Mierda. La foto. Al final Íñigo no se equivocaba». ¿De verdad que todo estaba a punto de salir a la luz? No sabía cómo abordar el tema y resultar convincente. Me negaba a dar un paso en falso y estropearlo todo.

—¿Ahora vas a confesarme que le quitaste la cartera? —Y sí, lo dije a la defensiva. Atacando primero para desviarnos del tema principal.

—Se le cayó.

—Oh, claro. Y ya aprovechaste para cotillear. —Me bajé de la mesa de un salto y me crucé de brazos—. No puedo creerlo...

—Vale, puede que no actuara de la mejor manera, pero ¿te vas a quedar con eso? ¿Has escuchado lo que te he dicho? ¡Íñigo te engaña, Gina! ¡Está con otra, joder!

—¡Eso no es verdad!

—Sí que lo es.

—No todo el mundo es como tú. No todos los hombres necesitan tener un séquito de mujeres detrás para aumentar su ego. La chica de la foto que mencionas es su hermana —inventé. Íñigo y Lenna se parecían como un huevo a una castaña pero improvisar no era lo mío. Recé todo lo que me sabía para que no se percatara de ello—. ¡Su hermana, Derek!

—¿Su hermana? Pero si la miraba...

—La miraba con todo el amor del mundo —le corté—. Igual que tú miras a la tuya.

Se quedó pensativo y me sentí mal por estar haciéndole lo blanco negro. Pero tenía que ganar tiempo para contarle ese plan absurdo en el que Lenna me envolvió para llevarlo a cabo aquel fin de semana.

—Estoy flipando con todo esto... —continué el papelón.

—¡Es que me matan los celos, joder! —admitió y yo me derretí—. El tipo es tan perfecto que le busqué desesperado alguna tara...

—Una tara para poder así bajarlo a tu altura, ¿verdad? Dime algo, lo de echarle la cerveza por encima también fue cosa de tus celos, ¿verdad? —Llevó la mirada a sus pies y con eso me

contestó—. ¡Lo sabía! Es que lo sabía... Vete.

—No me pidas que me vaya ahora.

—No quiero seguir hablando, Derek. Los actos tienen consecuencias. —E intenté sonar lo más firme que pude.

Salí de la trastienda y él lo hizo detrás.

—¿Lo de que Íñigo se callera también entraba en tus planes?

Si me decía que sí me daría un patatús allí mismo. Un esguince ya eran palabras mayores.

—¡No! —respiré aliviada—. ¡Claro que no! ¿Cómo puedes verme capaz de hacer algo así?

—Yo hace tiempo que estoy muy perdida con respecto a ti. —Dramaticé abriendo la puerta—. Vete. Y déjame un tiempo para pensarme las cosas —«porque no sé cómo voy a salir de este embrollo», añadí mentalmente—. Por favor.

No dijo nada y, echándome una última mirada, abandonó la floristería.

Cuando aseguraba que estaba dispuesto a todo no exageraba. Y eso me gustaba tanto como me acojonaba.

—Pues a mí me parece súper romántico... —suspiró Lenna.

Íñigo y yo la miramos y rodamos los ojos.

—Se nota que no fue a ti a quien bañaron en cerveza... —le reprochó su amado.

—Son daños colaterales. A veces pasan. —Se encogió de hombros acomodándose en el sofá y colocándose el plato con la porción de lasaña sobre la barriga.

—¿Y podéis decirme cómo salir de esto?

—Simple. Con la verdad por delante. —Resolvió Lenna.

—¿Cómo no se me ha ocurrido antes? —ironicé.

—Derek te ama. Puede que se lo tome mal al principio porque os habéis estado burlando en su cara todo el tiempo, pero terminará perdonándote.

—Nos hemos burlado en su cara porque alguien tuvo la magnífica idea de que aquí, el actor sin proyecto a la vista —señalé a Íñigo—, y la gilipollas desesperada por hacerle creer a todos que había superado al amor de su vida —me hundí el dedo en el pecho—, se hicieran pasar por pareja...

—Oye, que a los dos os pareció genial.

—A mí no. —La contradije.

—Yo asumo mi parte de culpa. Las ganas de interpretar me pudieron —admitió Íñigo.

—Mira, mañana, cuando vuelva a la floristería, se lo zampas.

—No creo que vuelva. Al menos en un par de días. Si supieras cómo lo he echado... —me sentía fatal—. Pero es que necesitaba organizar en mi cabeza lo que iba a decirle.

—Pues ponle un *WhatsApp* y dile que tenéis que hablar.

—Imposible. No tengo su número. Cuando me marché de Rothenburg ob der Tauber, lo borré.

—¡Leches, Gina, es que eres muy tremendista! —rodé los ojos—. Entonces solo te queda esperar a que vuelva por su propio pie. —Se encogió de hombros y se llevó otra pinchada de lasaña a la boca—. Umm, deliciosa. Enhorabuena, *puchu*, parece que empiezan a dar frutos todas esas recetas que ves.

Capítulo 22

Toda la verdad de sus mentiras

Regina

Hacía dos días que no había vuelto a ver a Derek. Dos días en los que no había dejado de pensar en él. Necesitaba decirle la verdad. Contarle que con Íñigo no tenía nada y que podíamos intentarlo desde cero tras sincerarnos. No iba a negarlo, estaba asustada.

Como cada viernes, había quedado con Lenna e Íñigo en el bar de siempre, pero no podía cerrar la floristería sin dejar preparados los encargos que deberían de ser entregados el sábado. En vísperas del fin de semana, el trabajo se multiplicaba. Por suerte mis amigos lo sabían y si me demoraba en llegar, ellos se iban pidiendo unas cervecitas mientras me esperaban; el tiempo es oro.

Miré el reloj cuando terminé el último ramo. El chico de la empresa de reparto pasaría en solo unos minutos y yo apenas llegaría un cuarto de hora tarde a mi cita —nótese la ironía—. Ya podía escuchar los tiritos de Íñigo. ¡Cómo le gustaba chincharme!

Comprobé que todo estuviera en orden y me senté en la banqueta a esperar trasteando las distintas aplicaciones que tenía en mi móvil. Estaba leyendo una riña ajena en *Instagram* sobre un vestido que cambiaba de color dependiendo de quién lo viera, cuando un *WhatsApp* entrante se reflejó en la barra de notificaciones. Pensé que sería Lenna preguntándome si me quedaba mucho —la paciencia no era lo suyo— pero, cuando la desplegué, comprobé que era una imagen enviada por alguien que no tenía memorizado en mi agenda.

Nerviosa, abrí la conversación deseando con todas mis fuerzas que fuera Derek. Poco me importaba cómo hubiera conseguido mi número; lo tenía y era lo único que me valía.

Pero me equivoqué. Y de qué manera.

La foto era una captura de pantalla de un chat de *WhatsApp* y, al pie de esta, algo que tuve que releer varias veces:

Número desconocido

Hola, Gina. Soy Leah.

**Sé que las cosas entre nosotras
no acabaron del todo bien.**

**¿De verdad crees que un tipo como
este merece que estemos enemistadas?**

Las manos me temblaban tanto que las letras se me emborronaban. Dudé en abrir la imagen; sabía que me iba a doler. Pero lo hice:

Leah

Soy Leah. ¿Te sigo esperando o me duermo? ;)

Derek

Perdona la tardanza.

¿Sigues en pie la oferta, o ya tienes un plan mejor?

Leah

¿Te ha dejado tirado la fan del algodón de azúcar?

Derek

Se ha ido. Tenía prisa.

Leah

¿Entonces soy tu segunda opción?

Derek

¿Es que acaso eso importa?

Leah

Venga, te estoy esperando.

No permitas que me enfríe ;)

Los ojos se me fueron encharcando a medida que fui leyendo la conversación que tuvieron entre ambos.

—Regina, preciosa, ¿esto es todo? —oí como si me lo estuvieran preguntando a diez metros de distancia.

Levanté la vista de la pantalla y lo vi allí. Jules, vestido con su uniforme de trabajo, esperaba pacientemente que le indicara la caja que debía llevarse. ¿En qué momento entró? Ni tan siquiera me di cuenta.

—¿Cómo dices? —musité. La voz no me salía de la garganta. Como si el nudo que se me había formado en esta me estuviera estrujando las cuerdas vocales.

—Que si es esta la única caja que tengo que llevarme.

—Sí. Perdona.

Dejé el móvil sobre el mostrador y cogí un trozo de cordel para cerrarla. La torpeza de mis dedos debido al tembleque, y la poca visión que me dejaban las lágrimas hicieron compleja una tarea que, en otro momento, habría hecho con los ojos cerrados.

Jules me quitó el cordel y terminó de anudarlo él mismo.

—Regina, ¿estás bien? —me levantó la cara pellizcándome con suavidad la barbilla.

—Sí. No te preocupes —forcé una sonrisa que, a pesar de que no podía verla, supe que no era nada creíble—. Solo estoy un poco cansada.

Y no mentía. Estaba cansada de las mentiras de Derek. De tropezar una y otra vez con la piedra que llevaba su nombre. Cansada de ser tan gilipollas como para no darme cuenta de que las personas no cambian.

—¿Segura?

—Sí. Gracias, Jules.

—Está bien.

Lo acompañé a la puerta y nos despedimos. Cuando le di la vuelta al cartelito indicando que mi pequeña floristería había echado el cierre, me derrumbé.

Caminé hasta el bar con el alma destrozada. Lloré tanto que las lágrimas fueron dándole paso a una rabia de esa que nace desde lo más profundo. De esa que, o dejas salir, o no dudará en carcomerte las entrañas.

Pensé en irme a casa. No estaba para echar un rato con mis amigos pero sabía que, estando junto a ellos, la maraña que en esos momentos amenazaba con estrangularme se desenredaría, al menos, un poco.

A lo lejos, en las sillas de la terraza, vi cierto revuelo. Varios clientes estaban de pie y, aunque aún me encontraba bastante alejada, podía oír sus gritos. «Joder, justo lo que necesitaba...», resoplé. A mi guerra interna tenía que sumarle esa que parecía haberse desatado en el bar; vaya planazo...

Aligeré el paso y se me heló la sangre cuando entendí lo que estaba pasando.

—Mira, ya está aquí —dijo Lenna señalándome—. Ella te lo explicará todo.

Derek estaba fuera de sí. Incluso un chico bastante corpulento lo tenía agarrado para evitar que se lanzara sobre Íñigo como por sus movimientos se intuía que pretendía.

—Regina —me miró—, este hijo de puta te está engañando.

En mi cabeza no dejaban de aparecer pequeños fogonazos que me refrescaban la captura que Leah me había mandado. Imaginarlo follando con ella después de haberlo hecho conmigo, después de haberme dicho que me amaba mirándome a los ojos, me retorció las tripas.

—No. —Logré decir. La ira me estaba haciendo odiarlo con todas mis fuerzas. Era incapaz de verlo del mismo modo que la última vez y eso también me desgarraba.

—Sí. Sí que lo hace —insistió desesperado. Se zafó con brusquedad del agarre del muchacho y su camiseta crujió; no le dio ni la más mínima importancia. Caminó hacia mí con un ruego en los ojos—. Los he visto besándose. Tienes que creerme.

—Íñigo no me está engañando. —Lo miré sintiendo cómo crecían las heridas. Dolía tanto que hasta el simple hecho de respirar se convertía en una odisea.

—¡Joder, Regina! Míralo —instó—. Incluso tiene restos de carmín en los labios... —señaló a Íñigo con los ojos inyectados en sangre.

—¡QUÉ NO ME ESTÁ ENGAÑANDO! —grité—. ¡ÍÑIGO NO ES MI PAREJA!

—¿Cómo dices?

—Lo que escuchas. Íñigo es el marido de mi mejor amiga.

Se tomó unos segundos para intentar atar cabos.

—No te creo capaz... —titubeó.

—¿De qué?

—De traicionar a una amiga. Tú no eres así.

Me tragué las ganas de llorar y, una vez en mi estómago, las transformé en ira.

—No he traicionado a nadie. Nunca. —Y me contuve un «¿y tú puedes decir lo mismo?».

—Entonces no entiendo nada. Por favor, Regina, dime qué está pasando. Voy a volverme loco.

—¡Lo fingí! —escupí atravesándolo con mis pupilas—. ¡Íñigo y yo fingimos que éramos pareja para que creyeras que había rehecho mi vida!

—Pero... ¿por qué? —bisbisó necesitando saber. Sus océanos confundidos saltaron por mi rostro intentando aclararse.

—Porque no quería que vieras que después de cinco años seguía enamorada de ti —confesé desprendiéndome al fin de la losa—. No quería que supieras que no conseguí arrancarte de mi corazón a pesar de todo lo que pasó.

Se hizo un silencio en toda la terraza y noté varias decenas de ojos clavados en nosotros.

—¿Por qué me mentiste con algo así? —se le aguaron los ojos.

—¿Tú me vas a pedir explicaciones, Derek?

—¡Claro! ¿Crees que es fácil encajar toda esta información? ¿Por qué no podría hacerlo?

—¡Porque tú también me has mentido! Una vez más te has burlado de mí. He visto los mensajes que le mandaste a Leah la noche que me fui de tu habitación.

—Esto ya estaba hablado.

—No. Simplemente adaptaste la versión como te convino para no quedar como la basura que eres. Obviaste detalles que te dejaban en muy mal lugar con respecto a esos sentimientos tan fuertes que decías tener por mí. —Hizo el amago de acercarse, pero le di un empujón dejándolo aún más descolocado—. ¡VETE!

—No me iré a ningún lado sin ti.

—¡DEREK, VETE! ¡DESAPARECE DE MI VIDA DE UNA VEZ POR TODAS Y DÉJAME SUPERARTE, JODER! —Chillé en tanto las lágrimas rodaban por mis mejillas.

—Regina, por favor. No sé de qué mensajes hablas. Yo no obvié nada... Te fui sincero. Lo miré a los ojos y le sostuve la mirada durante unos cuantos segundos antes de volver a hablar.

—¿Sabes? Eres el hombre que más daño me ha hecho en toda mi vida, Derek Müller.

—No me digas eso. Por favor. —Suplicó. Su tono de voz pareció fracturarse pero no estaba dispuesta a dejarme engañar otra vez.

—Vete. No quiero volver a verte nunca.

Negó con la cabeza incapaz de asimilar algo así.

—¿Estás segura de lo que me estás pidiendo?

—Completamente.

—Pues mírame a los ojos y dime una vez más que me vaya. Te juro que no volveré a molestarte. Jamás.

Tragué saliva y no me lo pensé dos veces.

—Vete.

Vi cómo la nuez le subió y bajó de forma exagerada al tragar saliva. Asintió casi de manera imperceptible aceptando que allí se acababa todo, y me dio la espalda. Agarró el casco que estaba encima de la mesa y, apretando la mandíbula y los puños, le dio una patada a una de las sillas que se encontró a su paso desplazándola un par de metros. Los clientes lo miraron horrorizados.

Se dirigió a una moto de gran cilindrada de color verde que estaba estacionada entre dos coches y se subió en ella. La puso en marcha y me dedicó una última mirada. Negó con la cabeza y apretó los labios como si se estuviera obligando a permanecer callado. Se puso el casco y se lo abrochó. Miró a ambos lados y salió del aparcamiento.

Aceleró como si el mundo fuera suyo y estuviera solo en este, y solo frenó cuando, el semáforo en rojo que estaba al final de la calle, lo obligó. Cuando este se abrió, el rugido de su moto lo invadió todo. Giró la esquina y lo perdí de vista; y algo de mí pareció irse con él.

La acera donde permanecí inmóvil desde el principio pareció abrirse bajo mis pies con la intención de engullirme concediéndome mi mayor deseo. Era incapaz de asimilar todo lo que había sucedido en poco menos de una hora.

No sé qué pasó después, solo sentía a Lenna abrazándome en tanto escuchaba a Íñigo pedirle a la gente que continuara con lo que estaban haciendo.



—¿Por qué me ha hecho esto, Lenna? —sollocé absorbiendo por la nariz.

Mi amiga estaba arrodillada en la alfombra del cuarto de baño pasándome por la espalda una esponja empapada de agua caliente y gel de olor a fresa. Al llegar a casa me llenó la bañera y me obligó a meterme en esta. Estaba convencida de que después me sentiría mejor. Yo tenía mis dudas; el agua templada nunca tuvo la capacidad de reconstruir un alma rota.

—No lo sé. Ojalá tuviera la respuesta a esa pregunta, cariño.

Abrazada a mis rodillas y con la mejilla apoyada en estas, me sentía una niña pequeña que pedía ayuda a pleno pulmón. Una niña que necesitaba que alguien la pusiera a salvo de eso que la ahogaba.

—Lo creí.

—No te culpes por ello. Todos nos lo creímos; yo la primera.

—Ojalá no lo hubiera conocido nunca. —Dije, notando cómo mi interior se rompía un poquito más al pronunciarlo.

—No podemos hacer nada. No tenemos el poder de modificar el pasado.

—Lo amo tanto, Lenna... —Gimoteé.

—Lo sé. —Me acarició la cara consiguiendo confortarme. Cuando mi mundo se hacía trizas, el amor incondicional de mi amiga se hacía mucho más grande.

—No voy a poder olvidarlo nunca. —Lamenté al dejar que hablara mi experiencia.

—Sí que lo harás. Un día encontrarás a alguien que te quiera como mereces. Un hombre que te mire cada día y se sienta afortunado de que una mujer como tú esté a su lado. Lo sé, Gina. Vas a ser feliz. A la gente buena siempre terminan pasándoles cosas buenas. —Aseguró dejándome un beso en el hombro.

Capítulo 23

Toda la verdad de nuestras mentiras

Regina

Me obligué a levantarme de la cama cuando finalicé la videollamada con Lenna. Me amenazó con que, si la siguiente volvía a hacerla desde esta, se presentaría en mi piso y me quemaría el colchón. Y la veía capaz.

El día anterior me lo pasé llorando. No quise salir de casa a pesar de la insistencia de mis amigos en que fuéramos a comer los tres juntos. No recordaba un sábado como aquel. Uno donde no me quité el pijama ni las legañas en todo el día. Como tampoco recordaba otro domingo donde me estuviera sirviendo el café del desayuno a las siete de la tarde.

Me senté en el sofá taza en mano. Aunque la tele estaba encendida, era incapaz de poner en pie lo que veía. Mi cabeza estaba muy lejos de aquel salón donde me encontraba.

El sonido del timbre me hizo dar un respingo. A pesar de que la casa de mi amiga estaba relativamente cerca, no podía ser ella. Su enorme barrigón la obligaba a aminorar la marcha de sus pasos y, por tiempo, era casi imposible.

Dejé la taza sobre la mesa y me dirigí a la puerta. Antes de abrir me miré en el espejo que tenía en el recibidor. Eché un vistazo a mi alrededor en busca de alguna bolsa de basura que me tapase aquella cara que parecía haber sido pisoteada por una familia de rinocerontes. Pero no la encontré.

Miré por la mirilla antes de abrir y se me paró el corazón.

—Regina, por favor, ábreme. Sé que estás ahí; te he oído.

Me re Coloqué el pijama y me agarré el pelo en una coleta alta. Después, abrí.

—Hola, Mark. ¿Qué haces aquí?

—¿Puedo pasar?

Por cómo se movía era evidente que estaba nervioso y, por la expresión de su cara, diría que angustiado.

—¿Te manda Derek?

—Ojalá. Por favor. Déjame pasar. Estoy desesperado.

Lo pensé durante algunos segundos pero, finalmente, me hice a un lado y pasó como un ciclón.

—¿Quieres tomar algo? —le ofrecí al cerrar la puerta.

—Agua. Por favor.

—Vale. Siéntate donde quieras.

Me dirigí a la cocina y serví un vaso de agua de la jarra del frigorífico.

—¿Sabes algo de Derek? —me preguntó cuando se lo di.

—No. —Ocupé el mismo sitio en el sofá en el que estuve “desayunando” y le di un sorbo al café.

—¿Y tienes idea de dónde puede estar?

—Bueno, se me ocurre que entre las piernas de Leah...

—¿Leah? No creo. Entre ellos no hay nada.

—Yo en tu lugar no me atrevería a asegurar algo así.

—Conozco a Derek como a nadie. Si tuviera algo con ella, me lo habría contado.

Rodé los ojos y solté una carcajada irónica.

—Nunca se termina de conocer a las personas. Créeme, Mark.

—Gina, sé que tuvisteis una discusión en el bar y que le pediste que se fuera de tu vida para siempre tras confesarle que Íñigo y tú no erais pareja. Que lo habías fingido todo para no mostrarle tus verdaderos sentimientos —soltó. Sí, sí que parecía que se lo contaban todo—. Me llamó completamente destrozado. Jamás lo había escuchado llorar de esa manera. Ayer tenía una comida familiar, una importante, y no acudió.

—Insisto: busca a Leah y pregúntale.

—¡Que no, joder! —gritó.

—Oye, a mí no me hables así —le advertí—. No olvides que estás en mi casa.

—Lo siento —se disculpó de inmediato mesándose el pelo—. Es que estoy muy preocupado. Sus hermanos y su madre están desesperados. No le llegan los mensajes y tampoco le entran las llamadas.

—¿No sabéis nada de él desde ayer? —la verdad que aquello también empezaba a inquietarme.

—Desde el viernes —puntualizó—. La última llamada me la hizo a mí para contarme que habíais discutido. Desde ese momento, su móvil está apagado.

Se hizo un silencio donde ambos parecíamos buscar un hilo del que tirar.

—Ojalá pudiera ayudarte —y lo dije con el corazón en la mano—, pero no sé dónde puede estar; si lo supiera, te lo diría.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Puedes. Yo ya veo si te contesto o no.

—¿Por qué lo has sacado así de tu vida?

—Porque Leah me mandó una captura de pantalla de la conversación que ambos tuvieron. Una en la que pude ver cómo quedaban después de que yo me fuera de su habitación.

—Dudo mucho de que eso sucediera así.

—Te digo que lo he visto con mis propios ojos.

—¿Puedes enseñármela? Entre Derek y yo no hay secretos. Si insistes en que eso es así, tiene que haber algo sucio detrás.

—Esto... sí... Aún guardo la conversación —titubeé.

Cogí mi móvil y busqué el chat. Después le mostré la imagen. Amplió la pantalla para ver la foto de perfil de su amigo y negó con la cabeza a la vez que su cara palidecía.

—Este no es él, Regina.

Hundí las cejas y lo miré.

—¿Tiene un hermano gemelo? Por favor, Mark, entiendo que quieras excusar a tu amigo

pero hasta aquí podríamos llegar. Si me niegas que el de la foto es Derek, te pediría que te fueras de mi casa; no estoy para gilipolleces.

—Sí. El de la foto claro que es él. Pero Derek no tiene esa foto de perfil. Mira.

Sacó su teléfono y buscó entre las conversaciones de *WhatsApp* la que tenía con su amigo. Después me la enseñó.

—Pudo cambiarla. —Bisbisé al ver la moto de Derek al borde de una carretera con un precioso atardecer por detrás.

—Lleva años con la misma foto, Regina. —Se levantó y se pasó la mano por la nuca. Se paseó por el salón con la mirada clavada en las punteras de sus zapatillas de deporte negras. Era obvio que su cabeza no dejaba de darle vueltas a lo que acababa de mostrarle—. Pásame el número de Leah.

—¿Qué vas a hacer?

—Llamarla.

—¿Pero no decías que Derek no estaba con ella?

—Y no lo está. Eso puedo asegurártelo. Pero me va a decir por qué ha hecho algo así —señaló la foto de la conversación que aún estaba reflejada en la pantalla de mi móvil.

Aunque no estaba entendiendo nada, hice lo que me pidió; Mark parecía muy seguro.

Tecleó nervioso los dígitos que fui diciéndole y puso el manos libres. Al tercer tono, descolgó:

—¿Quién es?

Su voz me erizó la piel y los recuerdos del pasado regresaron de nuevo a mi presente. Esa Leah que ahora conocía no tenía nada que ver con aquella otra con la que compartí piso, risas y tarrinas de helado hasta altas horas de la madrugada. No sé cómo pude estar tan ciega y creer que su amistad era sincera.

—¿Leah?

—Sí. ¿Quién eres?

—Mark, el amigo de Derek Müller. Hablamos en la fiesta. No sé si te acordarás de mí. Te di su número.

—Oh, sí, claro. Dime.

—¿Estás con él?

—¿Con Derek?

—Sí.

—No. ¿Por qué?

—Estoy intentando contactar con él y no me coge el teléfono —explicó—. Pensé que, a lo mejor, podías aportarme algún dato sobre su paradero.

—Lo siento, hace una semana que no sé nada de él. Desde la fiesta donde conmemorasteis a tu padre exactamente. —Indicó—. ¿Has llamado a Regina? Puede que ella tenga alguna información.

Mark se irguió, se humedeció los labios y después se mordió el inferior como si quisiera contener la rabia. No lo consiguió:

—Escucha bien lo que voy a decirte. Si a mi amigo le ha pasado algo, te buscaré y no pararé hasta encontrarte. Y, créeme, vas a desear no haber nacido. —Le gritó al altavoz apretando los puños.

—Ey, para el carro, tío. ¿A qué viene esta amenaza?

—¿La captura de pantalla que le has mandado a Regina es real?

El corazón se me encogió. Si lo afirmaba, me destrozaría la gran mentira de Derek; si lo

negaba, habría cometido la mayor injusticia de mi vida y Derek estaría desaparecido por mi culpa.

—¡Claro!

—A ver, creo que no tengo cobertura y no has escuchado bien. Voy a preguntártelo una vez más: ¿la captura de pantalla que le has mandado a Regina es real? —el tono de Mark daba miedo, y su envergadura también sumaba. Por suerte para Leah, no estaba viendo aquel hombre fuera de sí.

—Mira, Mark, a mí no me rechaza nadie y se va de rositas.

Sus palabras me atravesaron como si fueran estacas. Miré a Mark y sus ojos parecieron gritarme un «ya te lo dije». Se mesó el pelo y la ira aumentó.

—¿Eres consciente de lo que has hecho? —le chilló—. ¿Tú estas bien de la cabeza?

—Solo soy una mujer enamorada, ¿vale? ¡No he matado a nadie! —Bramó—. Cuando vi que Regina y Derek se marchaban juntos de la fiesta, no pude evitar seguirlos. Subieron en el ascensor y yo lo hice por la escalera. Tardaron demasiado en salir y, cuando lo hicieron, entendí a qué era debida dicha demora. Cuando la vi entrar con tu amigo en la habitación de este, supe lo que iba a pasar entre ellos; y la rabia se apoderó de mí —reconoció—. Subí a mi habitación y le mandé la proposición con la intención de interrumpir lo que pudieran estar haciendo. Sembrar la duda. Como no obtuve respuesta, cogí el móvil de Carol mientras dormía y monté la conversación que días después reenvié a Gina a modo de captura. Fue fácil, solo tuve que cambiar su foto por la del perfil Derek de *Instagram* durante unos minutos, y memorizarla en mi agenda con otro nombre. —Contó orgullosa su hazaña. Esa con la que había conseguido engañarme y hacerme trizas el corazón ahora que sabía la verdad. Había conseguido lo que quería: separarnos. Y que Derek y yo nos hubiéramos enfrentado como nunca.

Se me heló la sangre. Leah era el ser más repugnante del universo. Tan retorcida que solo una mente como la suya habría podido orquestar algo así. Me maldije por no haber sido más lista y menos impulsiva.

—Leah, reza todo cuanto sepas para que Derek esté bien. Por el contrario, no pararé hasta dar contigo —la voz le salía atropellada. La rabia era tal que sus ojos inyectados en sangre y los nudillos blancos de apretar los puños amenazaban con hacer añicos el teléfono de un puñetazo.

Decidí colgar para evitar que el enfado fuera a más y retiré el móvil de su campo de visión para ponerlo a salvo. Tener a Leah al otro lado ya no podía aportarnos nada más. Seguir alargando esa conversación era una pérdida de tiempo. Un tiempo muy valioso y que necesitábamos por completo para dar con Derek.

—Siéntate, por favor. —Le pedí al borde del llanto.

—Regina...

—Voy a traerte otro vaso de agua —lo interrumpí—. Siéntate.

Tras unos minutos en silencio intentando asimilar lo que acabábamos de descubrir, abrió fuego:

—Nunca debimos de llevar a cabo toda esa mierda. Sabía que terminaría torciéndose —lamentó—, que nada saldría como habíamos planificado.

—¿De qué hablas, Mark?

—Del cumpleaños de mi padre.

—¿A qué te refieres?

—Hace varias semanas, Derek cogió otra calle para ir al gimnasio. La calle donde está tu floristería. Tras años buscándote, de casualidad, te vio subiendo la persiana de tu negocio...

—No es posible. El otro día me dijo que había descubierto la floristería buscando una

cercana por internet.

—Te mintió.

—Mark, no estoy entendiendo nada pero si ya me dices que Derek me ha mentado, mal vamos.

—Regina, a veces mentir es necesario. —Dijo, quitándole importancia—. Como te estaba contando, al descubrir dónde trabajabas, un día te siguió hasta tu casa —abrí los ojos como platos. ¿Derek sabía también dónde vivía?—. Te vio recoger las cartas del buzón y, cuando desapareciste por las escaleras, te dejó en este la invitación del cumpleaños de mi padre.

—Pero...

—Lo planificó todo. Y cuando digo todo, es todo. Habitaciones contiguas. Una yincana donde el premio te animaría a participar y así podríais ser compañeros de equipo.

—Bueno, con eso no podía contar al cien por ciento —lo interrumpí—. El azar manda.

—Alteró las bolas que contenían vuestros nombres para que salieseis elegidos juntos —indicó y se me descolgó la mandíbula—. Aunque, en el último momento, y tras la discusión que tuvisteis en el restaurante a raíz de que se propasara con Íñigo, lo dejó en manos del destino, pero este pareció ponerse de su parte. Todas las pruebas las eligió con la única finalidad de propiciar acercamientos contigo; haz memoria y me darás la razón. —No conseguía salir de mi asombro, demasiada información de golpe—. Y la fiesta ibicenca no tenía otra finalidad que preguntarte si querías compartir con él el resto de sus días. —Se me hizo un nudo en la garganta y las lágrimas se agolparon en mis ojos—. En su cabeza todo era ideal pero se fue al traste cuando apareciste con Íñigo. Todo se le truncó de golpe: lo de las habitaciones colindantes ya no tenía sentido porque decía que si os escuchaba follar no podría soportarlo —sonreí y negué con la cabeza—; en la yincana ya no podría actuar del modo que había orquestado porque tú no estarías receptiva; y bueno, lo de pedirte ser su novia, como era lógico, ya era imposible porque lo eras de otro...

—No sé qué decir.

—No digas nada. Solo quería que supieras que Derek no se rindió. Te quiere y es capaz de hacer incluso lo que no imaginas por estar contigo.

—He sido tan imbécil... —me sequé las lágrimas a manotazos.

—No te culpes. Ambos sois las víctimas de un ser despreciable.

—Leah no ha parado de hacerme daño desde que apareció en mi vida.

—Regina, hay gente que no soporta ver felices a otros...

—Eso poco importa. Terminó saliéndose con la suya.

—Me niego. Hay que dar con él; ambos os merecéis una charla. Y también ser felices.

—¿Te habló de mí cuando me marché de Rothenburg?

—¿Cuándo no me ha hablado de ti? —sonreí—. Reconozco que fueron muchas las veces que le pedí que te olvidara, que te sacara de una vez por todas de su vida y que se permitiera ser feliz de una maldita vez. Pero, para él, era imposible concebir la felicidad alejado de ti. —Escuchar eso me apretó el corazón—. Te juro que el primer año fue el peor. No hacía otra cosa que buscarte. Miraba a cada rato todas las redes sociales para ver si en algún momento decidías abrirte una nueva cuenta; y le preguntaba a todos los trabajadores del *Müller&Beltrán* si tenían alguna novedad sobre ti. Tras tanta búsqueda infructuosa, se fue convirtiendo en un ser más y más amargado. Las peleas con sus hermanos, especialmente con Logan, incrementaron; estaba insoportable. Nada le parecía bien. Con la esperanza de que se enfocara en otra cosa, le propuse volver a apuntarnos juntos al gimnasio después de un año de estar entrenando por separado. Fue un acierto y todo su entorno me lo agradeció. Al menos, cuando estaba allí, su cabeza parecía tener otro objetivo y los demás teníamos un descanso de su mal genio. —Rio y yo me sumé a su

risa.

—No hubiera imaginado nunca que estaba pasando por eso; para mí tampoco ha sido fácil.

—Derek no es ese pasota insensible que todos creen —eso lo sabía, lo conocía lo suficiente como para afirmarlo yo también—. No conozco a un tío con el corazón más grande. Se preocupa tanto por los demás que, en muchas ocasiones, le ha pasado factura. Cuando Derek quiere, lo hace sin frenos. No le da miedo estrellarse, acelera y punto. —Se quedó callado y me miró fijamente. Sus ojos se llenaron de lágrimas volviendo vulnerable a un tío que parecía un armario empotrado. Jamás pensé que Mark fuera así; lo juzgué sin conocerlo y ahora me arrepentía—. Regina, si le ha pasado algo, me muero. Derek es la única persona en la que me he apoyado cuando las cosas se me torcían. Conoce más de mí que mi propia familia. Tres años atrás, perdí mi trabajo como portero de discoteca, y mi piso peligró. No poder afrontar los gastos empezó a asfixiarme. No lo se lo conté a nadie; mis padres no atravesaban su mejor momento económico y mis hermanos bastante tenían con afrontar mes a mes sus pagos. Derek notó que no estaba como siempre, y se puso tan pesado que terminé confesándoselo. No lo dudó, abonó la cantidad que le debía al banco y después habló por mí en el aeropuerto. Me llamaron a los dos días y empecé a trabajar como vigilante de seguridad. Le estaré eternamente agradecido, Regina. Derek es mucho más que un amigo. No sabría vivir sin él.

Coloqué mi mano sobre su rodilla y le di un apretón.

—Estoy segura de que estará bien... —y lo dije como si quisiera convencerme de ello.

—No sé dónde puede estar. Quizá haya buscado un lugar donde encontrar la paz en su guerra interna; uno donde poder pensar tranquilo.

Y entonces se me iluminó la bombilla.

—Mark, ¡sé dónde está!

Me levanté como un resorte del sofá.

—¿Cómo dices? —se le cambió el rictus.

—Me visto y nos vamos.

Capítulo 24

Blue Lake, un lugar donde sanar

Derek

No podía dejar de preguntarme qué diablos había pasado. En cuestión de minutos mi vida había dado un giro de ciento ochenta grados que para nada me vi venir.

Enterarme de que Regina había fingido durante días que mantenía una relación con Íñigo, me dejó fuera de juego. Pero eso solo fue la punta del iceberg con el que colisioné. Tras esa jarra de agua helada que no dudó en verterme por encima, me sacó de su vida de la manera más fría. No entendía a qué mensajes estaba haciendo alusión; tampoco que me echara en cara que le había contado una verdad a medias endulzándola para no cubrirme de mierda. «Si al menos nos hubiéramos permitido hablar las cosas...», no dejé de lamentar.

Todo se me había escapado de las manos ahora que pensaba que teníamos la oportunidad de encauzar la relación en cuanto pusiera en orden sus ideas. Y, puestos a ser sinceros, y antes de que me enterase de la gran puesta en escena de Regina y “su novio”, confiaba en que, entre Íñigo y yo, yo poseyera el boleto ganador. Los ojos no mienten, y los suyos me gritaron en la

floristería que se moría de ganas de pasar toda una vida a mi lado a pesar de su negativa.

Llegué a mi casa y me dejé caer en el sofá. Era incapaz de retirarme la imagen de Regina pidiéndome a gritos que me fuera, asegurando que era el hombre que más daño le había hecho en la vida y deseando no volver a verme nunca. Sus palabras me desgarraron. Noté cómo iba haciéndome girones por dentro a medida que las escupía sin contemplaciones.

Necesitaba irme, desaparecer de allí. Escaparme donde sus gritos retumbaran en mi cabeza con menos fuerza. Y tenía muy claro dónde dirigirme.

Guardé un puñado de ropa en una bolsa y salí de mi casa. De camino al coche llamé a Mark para contárselo todo. Cuando compartía con él lo que me asfixiaba, sus palabras conseguían darme esa bocanada de oxígeno que necesitaba.

—Ey, Derek. ¿Qué tal?

—Hola, Mark.

—¿Vas a venir a entrenar?

—No.

—¿Te ha pasado algo? —¿Cómo podía conocerme tan bien? Solo tuve que soltar un monosílabo para que notara que algo en mí no estaba como siempre.

No quería romperme en la calle. Ya había conseguido captar la atención de todos los clientes del bar; no entraba en mis planes atraer más miradas ese día. Conocedor de que una vez que empezara a ponerle voz a lo que me había sucedido me derramaría, aceleré el paso y me metí en mi coche.

—Se ha terminado, Mark. Regina me ha sacado de su vida. Y no imaginas de qué manera. —Y empecé a llorar como un niño pequeño con la frente sobre el volante en tanto me mesaba la nuca. Lloré como hacía tiempo que no lo hacía.

—Derek, pero ¿qué ha pasado? —me preguntó preocupado un par de veces—. ¿Por qué dices eso?

Le conté todo y, tras un silencio donde supuse que estaría digiriendo toda la información, habló:

—Me has dejado de piedra —admitió—. Esta vez no encuentro palabras que estén a la altura; Gina no sabe lo que quiere y va a volverte loco, hermano.

—Ya lo estoy, Mark. Solo un loco habría hecho todo lo que yo con el objetivo de conseguir que la chica de su vida quisiera compartir la suya con él. ¿Sabes? Ya me cansé de remar a contracorriente.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que ya no voy a seguir insistiendo. Aceptaré mi derrota. Estoy cansado, ¿sabes?

Y lo dije intentando parecer lo más convencido posible. Decirlo era fácil, unir palabras para formar una frase lo aprendí a los tres años; llevarlo a la práctica ya era harina de otro costal.

—No es una derrota. No pudo ser y ya está. Conseguirás ser feliz; hay vida más allá de Regina.

«Una vida que no quiero. Una vida que no me apetece porque pierde su sentido», pensé.

Cuando Regina se marchó, cualquier excusa era buena para enfrentarme con todos los que tenía a mi alrededor. Las discusiones aumentaron convirtiéndome en un ser insoportable. De alguna manera, mi vida perdió su norte y esas riñas parecían que eran las únicas que me hacían ver que aún estaba presente en el mundo.

Cuando volví a encontrarla de casualidad, tuve la esperanza de recuperar mi esencia si conseguía enamorarla y que decidiera quedarse a mi lado. Sé que no es sano depender de alguien para conseguir la felicidad plena, pero no tenía manera alguna de explicárselo a mi corazón, que

se aceleraba cuando Regina estaba cerca; a mi cabeza, que no paraba ni un segundo de pensar en ella; a mi piel, que se erizaba sin permiso con un ínfimo contacto que se diera entre nosotros, o cada vez que el recuerdo de estos aparecían de pronto; y a mis pulmones, que no querían entrar en razón cuando les decía que lo que necesitaban para mantenerme con vida era oxígeno y no el perfume de Gina.

—Tengo que dejarte. Voy a darme una ducha a ver si logro despejarme un poco —mentí.

—¿Vas a estar bien?

—Lo intentaré.

—Si quieres, me paso por tu casa. Si no te apetece hablar, estaremos en silencio.

—No te preocupes. Mañana lo veré todo de otra manera.

Aunque no se quedó conforme, no insistió. Sabía que lo mejor que podía hacer por mí era darme mi espacio cuando lo necesitaba. Mark conocía mi *modus operandi*: me aislaba y después volvía con más fuerza.

Colgué tras despedirnos y me tomé unos minutos para arrancar el coche. Por delante tenía casi una hora y media de carretera y enfrentarme a ella con un lazo apretándome las costillas no sumaba.

Cuando logré calmarme un poco, hundí el dedo en el botón de arranque e inicié mi viaje. No tenía dudas de que me encaraba a mi trayecto más complicado. La última conversación con Regina pesaba como un bloque de hormigón, pero confiaba en que, una vez a solas conmigo mismo, lo que ahora veía completamente negro, empezara a tomar algo de color.



Agotado, por fin llegué a mi destino. Sin salir del coche me coloqué junto a la garita del guarda de seguridad y bajé la ventanilla.

—Bienvenido, Müller. ¡Cuánto tiempo sin verlo por aquí!

—Necesitaba desconectar, Kevin —le dije con sinceridad—. Y no hay un lugar mejor.

—No voy a discutirlo. —Mostró una amplia sonrisa a la que no me nació corresponder.

El *Blue Lake* era un complejo en mitad de la montaña rodeado por un frondoso bosque de pinos y cipreses y en el que un precioso lago de aguas cristalinas era el mayor atractivo. La entrada estaba reservada exclusivamente a los clientes que, mediante una cuota anual, alquilaban una de las veinte cabañas con la intención de hacer suyo ese pequeño trozo de mundo donde desaparecer.

Nadie de mi entorno, ni tan siquiera Mark, sabía que yo tenía una cabaña reservada por temporadas en *Blue Lake*. Era mi secreto. Mi rincón de pensar. Mi lugar seguro cuando ese por el que andaba a diario temblaba y amenazaba con sepultarme bajo sus escombros.

—Si necesita algo, ya sabe dónde encontrarme. —Dijo antes de que levantara la barrera para que pasara.

—Muchas gracias.

Conduje hasta mi cabaña. Estaba muy próxima al lago y me ofrecía unas vistas increíbles. Aquel remanso de paz era justo lo que mi interior me pedía a gritos.

Estacioné en la parte de atrás y cogí la bolsa con mi ropa del asiento del copiloto. También agarré mi móvil y comprobé que me había quedado sin batería. Salí tan apresurado de mi piso que olvidé coger el cargador, pero no me importaba; en mis planes, mi teléfono no tenía cabida.

Caminé hacia la puerta de entrada y sacudí el felpudo. Muchas hojas secas de la temporada de otoño estaban desperdigadas por toda la zona, y la capa de polvo que cubría la

mesa de madera y las sillas que tenía en el porche evidenciaban el tiempo que había estado sin pisar aquella casa.

El interior no estaba mucho mejor. Tenía por delante bastante trabajo para dejar limpio todo aquello, así que me puse manos a la obra en cuanto dejé en los armarios la poca ropa que había llevado. Allí no necesitaba mucho más, siempre mantenía algunas prendas en los cajones para tirar de estas. Cuando llegaba a *Blue Lake* nunca sabía cuánto duraría mi estancia; no siempre se tarda el mismo tiempo en sanar.

Puse la radio y empezó a sonar una canción en español que pareció captar mi atención desde los primeros acordes. Aunque en mi casa solíamos hablarlo por ser la lengua materna de mi madre, apenas escuchaba canciones en ese idioma. Pero esa me pareció especial y es que, por un momento, nos vi reflejados a Regina y a mí en su letra. Cóseme de *Beret* y *Vanesa Martín*, parecía haber sido escrita por y para nosotros, y sentí hacerse grande una bola en mi garganta que amenazaba con volver a romperme.

Después de un par de horas, conseguí adecentar la cabaña. El sol ya se había ocultado y decidí sentarme en el porche a observar el reflejo de la luna en las aguas calmas del lago. Cerveza en mano, ocupé una de las sillas y dejé que mi mirada se perdiera en el horizonte.

No lo pude evitar, o puede que tampoco quisiera hacerlo, y un par de lágrimas rodaron por mis mejillas. No las frené. Dicen que el agua del mar cura las heridas con su sal y confié en que estas hicieran lo mismo con las que presentaba mi alma.

Olvidar a Regina no iba a ser fácil...

Capítulo 25

Lo haría mil veces

Regina

—¿Estás segura, Regina?

Mark no dejaba de mirar a nuestro alrededor en cuanto tomamos el camino de arenilla que se abría paso en mitad del bosque.

—Sí.

Bueno, en realidad no lo estaba. Saberlo con certeza era imposible, pero confiaba en mi sexto sentido.

Siguiendo mis indicaciones, esas que el GPS me iba chivando, lo conduje hasta *Blue Lake*.

—¿Y ahora qué? —me preguntó cuando vimos que el recinto estaba tapiado y que la única entrada estaba cerrada con una barrera de hierro que nos impedía el paso.

—Acércate —le señalé la garita del guarda de seguridad que, desde que vio las luces del coche de Mark, pareció ponerse en alerta—. Quizá él sepa si Derek se encuentra aquí.

Como desde que iniciamos el viaje, obedeció mi indicación sin rechistar.

—Buenas noches. —Saludó al hombre que, con el ceño fruncido, nos analizaba.

—Buenas noches. ¿En qué puedo ayudarlos?

Me incliné sobre Mark para poder ver a través de la ventanilla bajada de su lado.

—Buenas noches. Veníamos buscando a una persona —expliqué—. No sé si podría decirnos si Derek Müller Beltrán se encuentra en *Blue Lake*.

—Lo siento mucho pero la privacidad de los clientes es primordial. No puedo revelar información de quien pueda o no estar alojándose aquí.

—Es urgente —intervino Mark pretendiendo ablandar al tipo—. Llevamos un par de días sin saber nada de su paradero...

—Insisto: no puedo darles esa información.

Mark y yo nos miramos. Por su expresión lo vi capaz de hundir el pie en el acelerador y derribar él mismo la barrera, así que decidí darle el toque de cordura al momento y alejarlo cuanto antes de allí.

—Está bien. Gracias. Que tenga una buena noche. —Le dije al guarda—. Vámonos, Mark. —Se le descolgó la mandíbula.

—¿Me estás hablando en serio? —bisbisó.

—Vámonos —y cabeceé hacia el hombre en tanto le guiñaba un ojo y le rogaba con la mente que leyera entre líneas—. Aquí no nos pueden ayudar.

No muy conforme, se despidió del hombre y retrocedió un par de metros.

—¿Para esto hemos venido? ¿Cómo vamos a irnos sin saber si Derek está ahí dentro o no?

—Calla y escucha: tengo un plan.

—No me jodas, Regina. ¿En qué estás pensando?

—Cuando te adentres en el camino de arenilla, apaga las luces y estaciona en un lateral.

—¿Puedo saber qué pretendes hacer?

—Haz lo que te he dicho y ahora lo verás.

Una vez más, Mark confió en mí y llevó a cabo lo que le había pedido que hiciera. Estaba descubriendo una persona maravillosa; digno hijo de su padre.

—¿Y ahora qué? —quiso saber cuando nos bajamos del vehículo.

—Buscaremos un hueco por el que colarnos.

—Estás de coña, ¿verdad? El recinto está rodeado por un muro de casi tres metros.

—Estoy segura de que encontraremos algún fallo. Algún agujero por el que consigamos atravesarlo sin ser vistos.

—Estás peor de lo que pensaba...

—¿Quieres encontrar a Derek? —lo atravesé con las pupilas.

—¡Claro!

—Entonces vamos.

Tiré de su brazo y empezamos a caminar pegados a la pared buscando por dónde colarnos. El recinto era bastante grande y en los pocos metros que habíamos avanzado ya habíamos tropezado una decena de veces. Las linternas de nuestros móviles no eran suficientes para ver por dónde pisábamos.

—Regina, es imposible. ¿Sabes cuántos kilómetros puede tener esta fachada? —se secó el sudor de la frente con la parte baja de la camiseta.

No, no lo sabía, pero no había estado pensando en otra cosa desde que iniciamos el camino. Aquello parecía no tener final.

Mark apoyó la espalda en la pared y se quitó una de las deportivas. La puso del revés y cayeron varias piedrecitas al suelo.

—Pasaremos al plan B.

—¿Había un plan B?

—Siempre tiene que haber un plan B —aseguré—. Anótate esto para el futuro.

—Reconozco que me da miedo conocerlo.

Elevé la mirada por el muro y comprobé su tamaño.

—Lo saltaremos. —Solté.

—¿¡QUÉ!/? —gritó y me apresuré en taparle la boca con la mano.

—¿Quieres atraer al de la garita? —le pregunté atravesándolo con las pupilas. Negó con la cabeza—. Entonces más te vale controlar el tono.

—¿Es que te has vuelto loca? ¿Has visto el tamaño de esta pared?

—No sé para qué quieres tanto músculo si, a la hora de la verdad, te acojonas con lo más mínimo.

—¿A esto llamas «lo más mínimo»? —palmeó la pared—. Tú me dirás cómo pretendes saltar algo así. ¿Cojo del coche las pértigas? —ironizó y reí.

Eché de nuevo un vistazo a aquella línea infinita de ladrillos que se levantaba ante mis ojos y empecé a ver lo complejo del asunto.

—Solo se me ocurre una cosa...

—Ay, mi madre... —resopló.

—Tendrás que alzarme.

—Tú no estás bien, ¿verdad? —retrocedió algunos pasos negando con la mano y la cabeza de manera vehemente—. ¿Eres consciente de lo que me estás proponiendo?

—¿Acaso tienes una idea mejor? —lo reté con los brazos en jarras.

—No. Pero no pienso contribuir a que te partas la crisma.

—Está bien. Te niegas a ayudarme, ¿no? ¿Y si Derek estuviera en peligro? —tuve que empezar a tocarle la fibra. Ese era mi último cartucho—. ¿Este muro te frenaría?

Por su silencio di por hecho que había presionado la tecla correcta y me felicité mentalmente por mi astucia.

—Está bien. Ahora imagina que acepto participar en esta locura. ¿Cómo pasaré yo al otro lado?

—No lo harás.

—¿¡QUÉ!/? —chilló y, antes de que volviera a taparle la boca, lo hizo él solo—. ¿Cómo que yo no saltaré? —dijo más bajito.

—Mark, es inviable. Lo haré yo sola y tú esperarás aquí.

Se movió nervioso frotándose la nuca.

—Si te pasara algo, Derek me mataría, ¿lo sabes?

—No me pasará nada.

—¿Por qué estás tan segura?

—Mark, no estoy segura de nada —le dije mirándolo a los ojos—. Pero no pienso quedarme cruzada de brazos. Derek sería capaz de escalar el Empire State Building sin arnés por cualquiera de nosotros.

—Está bien —claudicó—. Pero prométeme que irás con cuidado y que me mantendrás informado.

—No lo dudes. Dame tu número y te llamaré si lo encuentro. Si no está aquí dentro no sé cómo saldré, pero no te vayas.

—No pienso moverme de aquí.

Me facilitó su teléfono y yo le di el mío.

—¿Estás preparado?

—¿Lo estás tú?

Asentí aunque por dentro estuviera acojonada.

Colocó sus manos en forma de peldaño y apoyé un pie en estas para impulsarme.

—Cuando tú me digas. —Dijo.

Conté regresivamente para asimilar lo que estaba a punto de hacer.

—Tres... dos... uno... ¡Ya!

Mark me propulsó y me encaramé al muro como si estuviera montada en un caballo. «Regina, esto ha sido una idea pésima», lloriqueó mi yo interior cuando, al mirar al suelo, comprobé a la distancia considerable a la que me encontraba. Me empezaron a temblar hasta las pestañas y el miedo me inmovilizó.

—¿Estás bien? —se preocupó Mark.

—No lo sé.

—Oh, genial...

—Esto está más alto de lo que pensaba.

—Ya te dije que era una locura. Te ayudaré a bajar y nos iremos. —Estiró los brazos en mi dirección—. Salta, yo te cogeré.

—No voy a irme sin saber si Derek está bien.

Con las piernas como gelatina, fui moviéndome poco a poco hasta quedar sentada con las piernas colgando hacia el interior del complejo. Un cosquilleo me subió por los pies y me recorrió todo el cuerpo.

—Estás fatal, Regina.

—Estoy enamorada. ¡Muy enamorada, Mark! Y por amor yo soy capaz de todo. —Dije antes de saltar al vacío.

Al tocar tierra firme, mi cuerpo perdió estabilidad y caí de rodillas sobre las piedrecillas que estaban esparcidas por toda la zona haciéndome gritar un «¡Ay!» que dudaba mucho de que no hubiera sido oído a un kilómetro a la redonda.

—Joder, Regina, ¿estás bien?

—Me he hecho daño en las rodillas.

Mi móvil salió rodando quedando con la linterna pegada al suelo y dejándome a oscuras por completo; imposibilitándome el poder comprobar la consecuencia de semejante golpetazo.

—Dios, no me digas eso. ¿Puedes andar?

Intenté ponerme de pie y respiré aliviada cuando logré dar un par de pasos. A pesar de que el dolor era bastante fuerte, podía caminar.

—Regina, por favor, contéstame.

—Estoy bien.

—Menos mal. —Y soltó el aire con fuerza.

Cuando conseguí hacerme con mi móvil, me enfoqué las rodillas. Me había hecho un par de raspones de los que la sangre brotaba entre la arenilla que se había incrustado. Maldije el haber elegido aquellos vaqueros cortos y no unos largos.

—Voy a buscarlo. —Indiqué.

—No te olvides de llamarme con lo que sea.

—Así lo haré.

Miré a mi alrededor sin saber a dónde dirigirme. A lo lejos, oteé unas cabañas bastante separadas entre sí y decidí tomar el camino asfaltado que conducía hacia la zona y que agradecí que estuviera bien iluminado.

Mi objetivo era encontrar algo que pudiera llevarme hasta Derek así que el corazón me dio un vuelco cuando, después de andar bastantes metros, vi su coche estacionado junto a una de las casitas de madera.

Aceleré el paso con las pulsaciones a mil por hora y mentiría si dijera que no tenía miedo.

—¡OYE, TÚ, ALTO! —me gritó una voz masculina por la espalda.

Me giré y descubrí al de seguridad pisándome los talones. No podía dejarme atrapar a solo un par de metros de mi objetivo, así que eché a correr.

—¡PARA! —vociferó en el silencio de la noche—. ¡TE ESTOY DICIENDO QUE PARES, LOCA!

Ignorándolo, llegué al porche de la cabaña que di por hecho que sería la de Derek pero, justo cuando iba a empezar a subir los cuatro escalones que me acercaban a la puerta, un cuerpo se abalanzó sobre mí, inmovilizándome.

—¡SUÉLTAME! —le pedí intentando zafarme de su agarre—. ¡DEREK! ¡DEREK! —Grité en tanto lanzaba patadas al aire.

—Te recomiendo que no te resistas...

—¡DEREK, AYÚDAME! —Rogué, desgarrándome la garganta.

—Ya te dije que no podías acceder al recinto —me recriminó—. ¿Cómo lo has hecho?

—No pienso revelarte mi hazaña. ¡Suéltame!

—Sí, te soltaré cuando te saque de aquí la policía. —Indicó tirando con fuerza de mí.

—¡DEREK! AUXILIO, QUE ME LLEVAN.

—Deja el drama.

A pesar de oponerme, el tipo consiguió arrastrarme varios metros. No se lo estaba poniendo fácil y mis gritos estaban consiguiendo que algún que otro espectador, con disimulo, se asomara a las ventanas para ver qué estaba pasando.

—Kevin, suéltala. —Miré hacia esa voz que supe de inmediato a quien pertenecía y dejé de batallar.

—Señor Müller, lo siento mucho. Debió de saltar la tapia.

—No te preocupes —se acercó a nosotros—. La conozco. Y no podía haber recibido una visita mejor. —Y pareció desinflarse a medida que lo verbalizaba.

—¿Está seguro?

—Muy seguro.

El tipo al fin me liberó y me froté los brazos. Durante el forcejeo se habían llevado la peor parte.

—¿Necesita algo, Müller?

—Nada. Gracias.

—¿No quiere que dé aviso a las autoridades?

—No. Creo que no es peligrosa. —Le guiñó el ojo y yo le di un codazo.

—Como usted mande.

El tal Kevin se marchó y las cortinas empezaron a cerrarse; el espectáculo ya había terminado.

—Gina... —musitó. Nos miramos a los ojos y pude ver la incertidumbre en estos—. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has sabido que yo...?

—Tenemos que hablar.

—Por favor. Tienes que creerme...

—Perdóname. —Le interrumpí.

—¿Cómo dices?

—Que me perdones, Derek. He cometido el mayor error de mi vida.

Me miró y tragó saliva.

—No tengo nada que perdonarte. —Bisbisó con los ojos al borde de las lágrimas.

—Sí. Sí que tienes. Pero antes de que mantengamos esa charla que nos debemos, tienes

que llamar a una persona. ¿Podemos pasar? —le señalé la cabaña.

—Claro. —Colocó su mano en la parte baja de mi espalda y juntos subimos los escalones. Cuando pasamos al interior, un delicioso olor a pizza me abrazó.

—Huele muy bien.

—La masa es casera —indicó con una sonrisa—. ¿Te quedarás a cenar?

—Solo si tú quieres.

—Yo quiero cenar contigo todos los días de mi vida, Regina.

Nos sostuvimos la mirada y le acaricié la mejilla.

—Nos merecemos ser felices. ¿Lo sabes? —Susurré.

—Y lo seremos.

Me acerqué a sus labios y posé los míos sobre estos para dejarle un beso corto. Su calor se me transfirió de inmediato y se extendió al resto de mi cuerpo. Aunque me hubiera encantado alargarlo durante horas, tenía que llamar a Mark.

—¿Puedo? —le señalé el sofá.

—Por supuesto. Estás en tu casa.

La cocina y el salón estaban separados por una pequeña barra americana. Junto a esta, un par de banquetas altas. Sobre la encimera tan solo había un bol con algunas piezas de fruta y una cafetera. Los muebles de la cocina eran blancos de estilo rústico y apenas tenía electrodomésticos: un frigorífico, una vitrocerámica y un horno. Encima del fregadero había una ventana que ofrecía unas vistas increíbles a un lago iluminado por la luz natural de la luna.

En medio del saloncito había una mesa baja, un sofá de tres plazas y una mecedora. De la pared de enfrente colgaba un televisor y, debajo de este, un mueble con cuatro puertas también de madera blanca que contrastaba con la oscura que forraba todas las paredes y el suelo de la cabaña. Las cortinas de la ventana que daba al porche también eran claras. Apenas tenía decoración, solo un jarrón bastante alto con flores secas en una de las esquinas y un marco con una foto de un lago que di por hecho que sería ese que podía verse desde la ventana de la cocina.

Me saqué el móvil del bolsillo trasero de mi tejanos y tomé asiento en el sofá.

—¡Joder, Gina! —exclamó, llevándose las manos a la cabeza a la vez que sus ojos se clavaban en mis rodillas—. ¿Qué te ha pasado? —preguntó acercándose con interés y preocupación.

—Me caí.

—Esto hay que limpiarlo y curarlo.

Hizo el amago de irse pero lo frené.

—Mis rodillas pueden esperar, Mark no.

—¿Mark? ¿Qué tiene que ver él en todo esto?

—Vine hasta aquí con él. Le prometí que lo llamaría si te encontraba; no quiero hacerle esperar más.

Busqué su número en la agenda, lo llamé y, antes de que diera el segundo tono, descolgó.

—Dime, Regina.

—Estoy con él —puse el manos libres y le pedí a Derek que se sentara a mi lado—. Te está escuchando.

—Derek.

—Hola, Mark.

—Joder, tío. Por fin. ¿Estás bien?

Derek me miró, sonrió y puso su mano en mi muslo.

—Mejor que nunca. —Dijo.

—Estábamos muy preocupados. Tu familia, al ver que ayer no te presentaste a la comida familiar, me llamaron.

A Derek se le congeló la expresión.

—Se me olvidó por completo lo de mi hermano... —reconoció masajeándose la frente—. ¿Puedes hacerme un favor?

—Sí, claro.

—Llama a mi madre y dile que estoy bien. Que me quedé sin batería. Pero no le digas que estoy aquí; invéntate algo. No quiero que más personas sepan que tengo una casa en *Blue Lake*.

—Está bien.

—Oye, Mark —intervine.

—Dime, Regina.

—Gracias por todo.

—A ti por no ignorar los detalles. —Derek me miró sin saber a qué se refería—. ¿Qué tal las rodillas?

Me eché un vistazo.

—Podrían estar mejor... —reconocí.

—Estás muy loca. Solo a ti podría habérsete ocurrido saltar tres metros de pared.

Derek me miró con los ojos tan abiertos que parecía que, de un momento a otro, se le saldrían y echarían a rodar por el suelo. Reí.

—Hay personas por las que jamás se debe pisar el freno —aseguré—. Lo haría mil veces, Mark.

—No me cabe ninguna duda. En la vida volveré a decirle a mi amigo que podrá ser feliz con otra; estoy seguro de que ninguna estaría dispuesta a partirse la crisma por él. Ahora sé por qué sois almas gemelas: os une la misma locura y sois capaces de lo que sea cuando del otro se trata. —Derek y yo nos miramos con una sonrisa en los labios—. Y ahora os dejo, me da que tenéis por delante una noche muy larga.

Nos despedimos y Mark colgó.

—¿Puedo curarte ya las heridas? —me preguntó dejándome muy claro cuál era su prioridad.

—Por favor.

Capítulo 26

El principio de un para siempre

Derek

Devolví al mueble de la cocina las gasas y todo lo que utilicé para curarla, y apagué el horno.

—La cena ya está lista, nena. —Le dije.

Se levantó del sofá y mis ojos se fueron directamente a las vendas que le cubrían las heridas.

—¿Vas a contarme cómo te lo has hecho?

—Ya te lo ha dicho Mark, me lancé del muro que rodea el camping exclusivo este donde te alojas.

¿Pero de verdad que había llevado a cabo una locura como esa?

—¿No pensaste en que podías hacerte daño? Pudo haber sido mucho peor, Regina. —Lo dije serio. Si le hubiera pasado algo, no me lo habría perdonado nunca.

—La verdad que todo me daba igual. Mi único pensamiento estaba contigo. Necesitaba encontrarte y asegurarme de que estabas bien.

Sonreí y le di un toquecito cariñoso en la nariz. Sus palabras me emocionaron.

—Pellízcame y dime que no estoy soñando. —Supliqué con un hilo de voz.

Rodeó la barra y se colocó detrás de mí. Me abrazó con fuerza por la cintura y apoyó su cara en mi espalda.

—No estás soñando —afirmó antes de dejarme un beso en el centro de esta.

Giré sobre mis pies y la levanté del suelo para dejarla sentada sobre la encimera. Por el grito que soltó, supe que no se lo vio venir. Me coloqué entre sus piernas y me aferré con fuerza a sus caderas.

—¿Cómo supiste que estaba aquí? No le he hablado de este lugar a nadie.

—Te equivocas —me contradijo—, a mí sí. —Hundí las cejas e hice memoria.

—No lo recuerdo...

—Una noche de lluvia, en tu cama, después de haber hecho el amor. Me hablaste de unas cabañas que quedaban junto a un precioso lago. Me dijiste que no había otro lugar como este y que se respiraba tanta paz que no imaginabas un entorno mejor para pasar un fin de semana juntos. —Explicó y una sonrisa se me trazó sola.

—Ahora sí que me acuerdo —musité emocionado—. Pero hace tanto tiempo de aquello que me sorprende que aún recuerdes esa conversación.

—No he olvidado ninguna de nuestras charlas; ninguno de esos planes que prometimos llevar a cabo algún día...

—Pues pienso hacerlos todos. Uno por uno. Contigo. Incluso aquel con el que tantas veces fantaseamos.

—¿A cuál te refieres?

—A ese viaje a Maldivas.

—Te acordabas de aquello... —dijo ilusionada.

—Claro que me acuerdo. Yo tampoco he olvidado ninguna de nuestras conversaciones. —Acuné su cara entre mis manos y atraje su boca hasta dejarla a apenas unos centímetros de la mía—. Esto es el principio de un para siempre, nena. Tenemos toda una vida por delante. —Aseguré antes de besarla.

Volver a saborear su boca después de haber pensado que eso jamás volvería a darse, era como rozar el cielo con la yema de los dedos. Necesitaba perderme en el paraíso de su cuerpo y suplicar no ser encontrado nunca en tanto me adentraba en él.

—Me da rabia haber malgastado tanto tiempo, Derek. —Bisbisó aún sobre mis labios.

—Lo recuperaremos. —Dije a pesar de tener esa misma sensación. Ya no podíamos hacer nada por un pasado que no pudimos compartir, pero mucho por un futuro donde cada segundo contaría—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Sí. Claro.

—¿Qué pasó? Ya sabes, en la terraza del bar. ¿Por qué me pediste que saliera de tu vida?

Agachó la cabeza y llevó la mirada a sus uñas, pero le agarré con suavidad la barbilla y volvimos a mirarnos.

—Leah me la jugó. Una vez más. Y me da muchísima vergüenza reconocerlo.

—¿Cómo te la jugó? —quise conocer.

—Se hizo pasar por ti desde el móvil de una amiga. Manipuló la conversación de tal

modo que tú terminabas aceptando su invitación a pasar la noche con ella; y después me pasó la captura de pantalla. No sé por qué me lo creí. Hubiera sido tan fácil desmontarle el teatro... Si al menos te hubiera dado la oportunidad de explicarte, si te hubiera enseñado la foto, si...

—Escúchame —sellé sus labios posando un par de dedos sobre estos—, no tienes que avergonzarte de nada. Tu reacción fue normal, estabas enfadada, decepcionada... Supongo que nadie piensa que pueda ser una patraña; es algo bastante retorcido. Algo digno de una tipa sin escrúpulos como lo es ella.

—Cuando Mark me enseñó tu foto de *WhatsApp*, me quise morir. Te había echado de mi vida de la manera más injusta; no me lo termino de perdonar. —Confesó con los ojos acuosos.

—No hay nada que perdonarnos. Olvídalo, nena. Leah no merece más protagonismo en nuestra historia. Las páginas que quedan por escribir serán solo nuestras.

Y volvimos a fundirnos en un beso.

Puse la pizza en un plato y la dejé junto a las copas que Regina había colocado en la mesita del salón.

—Tiene una pinta extraordinaria. Y huele de maravilla.

—Es mi especialidad —presumí. Me senté a su lado en el sofá y le serví un trozo en su plato—. Espero que te guste.

—¿Esto es rúcula? —agarró una de las hojas y me la mostró.

—Le da su toque.

—Nunca la he probado en una pizza.

—Quizá debí de preguntarte antes de echarla...

—Estoy segura de que me encantará. —Sonrió y me dejó un beso en el hueso de la mandíbula haciendo que toda mi piel reaccionara.

Se la llevó la boca y le dio un generoso bocado. Rodó los ojos y se relamió.

—¿Hay algo que se le dé mal, Müller?

—Muchas cosas. Pero esas me las guardo para mí —le guiñé el ojo—. No quiero que salgas corriendo de aquí.

—No hay nada que consiga separarme de ti. Me da igual si aguas demasiado el café, si las sábanas no están completamente estiradas debajo del edredón, o si tampoco bajas la tapa del wáter o rellenas la jarra de agua del frigorífico. Nada.

Reí. Me parecía mentira tenerla allí sentada, a mi lado, como si aquellos cinco años que estuvimos separados hubieran sido una pesadilla de la que acababa de despertarme y Regina ni tan siquiera sospechaba de lo mal que lo había pasado mientras dormía. Todo parecía estar donde mismo lo dejamos. La complicidad, el amor y la magia seguían intactos.

En los platos apenas quedaban las migajas de la pizza y las copas de vino ya las habíamos rellenado un par de veces.

—¿Más? —le pregunté mostrándole la botella.

—No, si sigo bebiendo no podré levantarme del sofá.

—No le veo el problema. —Dije con picardía, atrayéndola hasta dejarla sentada sobre mis piernas.

—¿Sabes? Mark me contó que sí que sabías dónde trabajaba. No apareciste en la floristería de casualidad.

—Una mentirijilla piadosa —sonreí.

—También me dijo todo lo que organizaste simplemente para volver a coincidir conmigo y volverme loca de amor.

—¿Hay algo que se haya guardado ese capullo? —rodé los ojos y reímos—. Debí de obligarlo a firmar un contrato de confidencialidad.

—No digas eso —me dio un golpe en el pecho y solté una carcajada—. Me encantó conocer que fuiste capaz de hacer todo eso por mí.

—Sería capaz de mucho más. Rétame. Pídeme lo que quieras.

—¿Estás seguro?

—Muy seguro. —Dije ronco, hundiendo mis dedos en la carne prieta de sus muslos.

—Hagámonos uno, Derek.

Sonreí de lado y me reflejé en el brillo de unos ojos que extrañé por demasiado tiempo.

—Hay un problema con eso... —dije. A Regina le cambió el rictus y quise tranquilizarla acariciándole la mejilla—. Es solo que no tengo condones. No contaba con esto... —confesé.

—Tomo la píldora desde hace años. Ya sabes, para mantener a raya algunos asuntillos femeninos... —rodó los ojos y reí.

—¿Estás segura? Podría hacerte muchas otras cosas. No quiero que te sientas obligada a hacer algo que no quieres.

—Derek, no hay nada que desee más que sentirte dentro de mí.

No necesité oír nada más. Me puse de pie sin bajarla al suelo y enroscó sus piernas en cadera, entrelazando los pies sobre mis glúteos. Caminé con ella hasta el dormitorio sin dejar de mirarla; sintiéndome el tío más afortunado del mundo.

—Sabes que te amo, ¿verdad? —musité y el brillo de sus ojos se hizo aún más notable.

—Sí lo sé, Derek. Prométeme que nada ni nadie podrá con nosotros. —Sonó a súplica. Conocía sus miedos y estaba dispuesto a derribarlos todos. En esta nueva etapa ya no tenían cabida los contratos de palabra ridículos que nos echaban el freno.

La dejé sobre la cama y me posicioné entre sus piernas con cuidado de no hacerle daño en las rodillas. Inmovilicé su cara entre mis antebrazos y conecté mis pupilas con las suyas.

—Te prometo que nada ni nadie podrá con nosotros. —Subrayé una a una sus palabras—. Te elijo hoy para el resto de mi vida.

La besé despacio. Disfrutando del juego de nuestras lenguas. Dejando que su fuego me arrasara sin temor alguno a quemarme.

Tras minutos devorándonos las bocas, me obligué a desunir nuestros labios y empecé a desnudarla. Admirando cada centímetro de su cuerpo que descubría al despojarla de cada prenda. Toda, por pequeña que fuera, estorbaba entre ambos.

—Joder, nena. Me encantas... —jadeé, trizando con mi dedo una línea recta desde la punta de su nariz hasta su ombligo. Erizándole la piel. A continuación, empecé a repartir besos por toda esta sin seguir ningún patrón.

—Derek, por favor... —gimió cuando mi boca se plantó en la cara interna de su muslo. Tan cerca de su sexo que noté cómo se contraían sus músculos y se le curvaba la espalda por la expectación.

Aunque me gustaba provocarle esa tensión, su sexo me atraía demasiado y no tardé en rendirme a él. Lo acaricié con mi lengua llenándome de su sabor. Primero despacio, bailando entre sus pliegues; después más intenso, succionándolo y ejerciendo presión en ese punto que la transportaba al séptimo cielo y que, con sus gemidos, me lo estaba haciendo saber.

Cuando entendí que se encontraba al borde del abismo, frené y empecé a desvestirme lanzando mi ropa por encima de mi hombro sin preocuparme dónde iba cayendo.

—No sabes lo mucho que te he echado de menos. —Dije, colocándome de nuevo entre sus piernas.

—Sí que lo sé. He estado extrañándote cada maldita noche de estos cinco años que no pudimos compartir.

Le besé la punta de la nariz y después unimos las lenguas.

Despacio, disfrutando cada centímetro que le entregaba, me hundí en ella. Cuando su calor me abrazó, me dejé llevar por esos sentimientos primarios sin raciocinio.

Me moví al ritmo que nuestros cuerpos fueron marcando. Al principio pausado. Disfrutando de cada minuto que aquel encuentro nos estaba regalando, memorizándolo en cada poro como si fuera el último. Pero pronto se tornó desesperado. Sus uñas se clavaron en mi espalda y los gemidos retumbaban en las paredes de aquella pequeña habitación.

Cuando alcanzó el clímax, los músculos de su interior se contrajeron y abrazaron con fuerza mi polla haciéndome sentir que, el placer, había dejado completamente inservibles cualquiera de mis sentidos al vaciarme en ella.

—Te amo, nena. —Jadeé con mi frente sobre la suya.

—Y yo a ti, Derek.

Nuestros cuerpos temblorosos permanecieron unos minutos sin separarse. No salí de ella, seguí allí necesitando que el reloj se parase justamente en aquel momento.

Capítulo 27

Locuras que se hacen por amor

Regina

«Que se detenga el tiempo ahora», le supliqué en silencio a la nada. Aún envuelta por sus brazos, hubiera hecho eterno aquel momento.

—Voy a darte una ducha —me dijo—. ¿Vienes?

—No he traído ropa para cambiarme...

Me dejó un beso en los labios y salió de la cama. Su cuerpo era un delito.

—Debería de estar prohibido por ley ir por ahí con semejante armadura. —Me miró y rio—. ¿No te doy penita?

—¿Penita? Todo esto es tuyo. —Ronroneó dirigiéndose a la cajonera.

Me puse de pie y, caminando sin hacer ruido, me abracé a él por la espalda sobresaltándolo. Aspiré su olor y me regocijé en él en tanto me besaba la mano.

—Esto puede servirte.

Me tendió una camiseta y un bóxer.

—Sí. Si tuviera tu cuerpo sería un *outfit* ideal. —Apunté haciéndolo reír.

—A ti te quedaría bien hasta un saco. De todas formas, mira tú a ver si ves algo que te guste más. Aunque te advierto que no encontrarás nada que no sea mío.

Miré al interior del cajón a ver si encontraba una camiseta un poco más pequeña y me quedé paralizada cuando la vi asomando entre la ropa.

—¿Y esto? —bisbisé tomando la fotografía.

Sonrió y me abrazó por detrás.

—Es la única que tenía de... de nosotros.

La miré con añoranza y viajé al momento exacto donde nos la tomaron.

—¿A que no recuerdas lo que pasó en cuanto nos la hicieron?

—¿Por quién me has tomado? —hundió las cejas y reí—. Acababa de comprarte ese

algodón —señaló— y le pedí a una chica que pasaba por allí nos echara la foto. Tú sonreías a la cámara y yo no podía retirar los ojos de ti.

—La sonrisa me duró poco... —lloriqueé.

—Creo que el niño que se lo llevó pegado en la cabeza aún estará quitándose azúcar del pelo. —Se carcajeo y le di un culetazo.

—¡No te rías!

—Lo siento... —y apreté los labios para no hacerlo.

—¿Sabes? Yo no conservo ninguna de las fotos que nos hicimos...

Miró esa que tenía entre mis dedos y después a mí.

—Quédatela. A fin de cuentas algún día presidirá nuestro salón y volverá a mis manos.

—¿Ya estás pensando en que nos vayamos a vivir juntos?

—¿Es que acaso he pensado en otra cosas desde que te conozco?

—¿No crees que primero deberíamos de conocernos?

—Yo ya conozco todo lo que tenía que conocer de ti. Y me encanta.

Sonreí bobalicona y caminamos juntos hacia el baño con esa ropa que él eligió y que ahora me apetecía mucho ponerme.

Tras regular la temperatura del agua, nos metimos juntos en la ducha. Permanecimos abrazados debajo del chorro unos minutos. Con mi cabeza sobre su pecho, oí cómo el corazón le bombeaba tranquilo. Todo estaba en calma y nuestros fueros internos lo sabían.

El olor a café me llegó a la nariz cuando los primeros rayos de sol se abrían paso entre las gruesas cortinas.

Me moví en la cama y por un momento tuve que pararme a pensar dónde me encontraba.

—Creí que aún estabas dormida...

Pasó a la habitación vestido únicamente con un delantal y su bóxer negro —«Menudo espectáculo mañanero», pensé—. En las manos llevaba una bandeja con desayuno para dos.

Me senté en el colchón y apoyé la espalda en el cabecero. No tardó en colocarse a mi lado.

—¿Tienes algún plan para hoy? —me preguntó. Sirviéndome un poco de leche en mi taza de café.

—No...

—Podríamos pasar el día en *Blue Lake* y, cuando caiga el sol, regresar a la cabaña.

—Mañana tengo que abrir la floristería.

Hizo un mohín de decepción y reí.

—Entonces desayuna rápida. Quiero enseñarte cada rincón de este lugar y aún tengo que hacerte el amor antes de bajar al lago.



Me dejó en mi casa cuando cayó la noche. Estaba agotada. Derek quiso aprovechar el día al máximo y tanta actividad me había pasado factura.

—¿Quieres quedarte? —le propuse.

—Claro que quiero quedarme, pero mañana viajaré muy temprano a Rothenburg y quiero pasarme por mi casa para cambiarme y soltar la ropa sucia. —Explicó—. Necesito hablar con mi hermano. No quiero que piense que para mí no tenía importancia la noticia que quería compartir con la familia.

—¿Estarás muchos días por allí?

—No. Regresaré para dormir.

—Entonces no olvides traerte el cepillo de dientes. Pienso raptarte todas las noches, Müller.

—Eso suena genial —me rodeó el talle y me pegó a su cuerpo. Dejó su boca a apenas unos centímetros de la mía y me dio un lametazo—. Ya estoy contando las horas para volver a vernos.

Me metí en la cama y cogí el móvil. Hasta ese momento no caí en la cuenta de que había estado todo el día sin mirarlo. Vi que tenía como veinte mensajes en *WhatsApp* y varias llamadas perdidas de Lenna, así que decidí llamarla antes de dormirme.

—Gina, ¿estás bien? —sonó preocupada.

—Sí. Como nunca. —Suspiré y estoy convencida de que mis pupilas tomaron forma de corazón.

—¿Dónde has estado? No respondías. Pensé que te había pasado algo.

—Y me ha pasado, Lenni —suspiré de nuevo—. Derek y yo hemos hablado y lo hemos arreglado.

—¿A qué vienen tantos suspiros, Gina? ¿Y Leah?

Le conté la patraña de esta, mi odisea para dar con Derek —salto de muro incluido— y lo que vivimos después. Lenna, a pesar de ser muy raro en ella, no dijo ni una sola palabra. No podía verla pero sabía que tuvo la boca abierta durante todo mi monólogo.

—¿Y bien, qué te parece?

—Una hija de puta. —Soltó sin despeinarse—. ¿Pero esa tipa está bien de la cabeza? Creo que sus padres le ocultan que se cayó de la cuna de pequeña y que se hizo muuuucho daño. Y ahora tú tienes que acarrear con las consecuencias de su despiste.

—Me cuesta mucho entender su actuación. No sé si en algún momento ha estado verdaderamente enamorada de Derek, pero yo sí que fui muy amiga suya. Aún no logro asimilar que me haga tanto daño.

—Es obvio que no es feliz. Las personas, cuando son felices, no pierden su tiempo en ir jodiendo a los demás. Fastidiar a otros necesita mucha inversión de energía y, el que es feliz, sabe bien dónde emplearla. El mal nace de corazones infelices, amiga.

—En el fondo siento lástima por ella.

—Lo sé. No es la primera vez que me lo dices. Cuando decidiste marcharte de Rothenburg, fue una de las primeras cosas que mencionaste en una de nuestras charlas.

—Ojalá algún día consiga ser feliz. —Y lo deseé de verdad. No quería imaginarme lo amargo que debía de ser su día a día si la adrenalina solo podía encontrarla en las lágrimas de los demás.



Como cada mañana, abrí la floristería y saqué fuera la estantería colmada de macetas tras regarlas.

Me encantaba cómo olía aquel rinconcito lleno de colores. El olor a tierra mojada se fusionaba con el de las flores convirtiéndolos en ese tan característico que te abrazaba en cuanto ponías un pie en *Reginas Garten*.

Comprobé que todo estaba en orden y giré el cartelito que indicaba que estaba abierta. De inmediato me metí al correo para comprobar los pedidos que habían sido realizados por la web durante el fin de semana.

Estaba anotando en la libreta algunas flores que tenía que reponer para poder hacer un par de ramos que habían encargado, cuando la campanita de la puerta me avisó de su llegada. Levanté la mirada de mis anotaciones y la clavé en él. Creo que con la comisura de los labios pude rozarme las orejas.

—¿Cómo tú por aquí? ¿No viajabas a Rothenburg?

—Y así es. Pero antes tenía que verte. —Dijo, metiéndose por detrás del mostrador sin quitarme los ojos de encima. Cuando Derek me miraba, sentía cómo podía acariciarme el alma.

Me rodeó la cintura con el brazo y me dejó un beso en los labios de esos que saben a poco a pesar de su fuerza.

—¿Y esto? —le señalé el enorme algodón de azúcar que, envuelto en plástico para protegerlo, traía en la mano.

—Para ti.

Lo agarré con la ilusión de una niña pequeña y lo miré como quien mira una autentica obra de arte. ¿Cómo algo tan simple podía seguir haciéndome tan feliz después de haberme hecho mayor? Recordaba con tanto cariño cuando mi padre me lo compraba los viernes, a la salida del colegio, que el recuerdo de aquellos algodones de azúcar, de alguna manera, estaría siempre ligado a una infancia feliz que forjó a la mujer que hoy en día era. Estaba segura de que mis padres, allí desde donde pudieran verme, estarían muy orgullosos de mí. No fue fácil quedarme huérfana a los diecinueve años y tener que sobrevivir sola en un mundo que parecía no tener hueco para una chica a la que la vida acababa de asestarle un revés que hizo añicos la brújula que la guiaba.

—¿Me has echado de menos? —me preguntó.

—Cada hora. Cada minuto. Cada segundo.

—Cuando vuelva no pienso separarme jamás de tu lado. Una noche ha sido más que suficiente. —Aseguró besándome—. Y ahora que ya te he dejado claras mis intenciones para lo que me resta de vida, voy a pedirte un favor antes de irme: ¿puedes prepararme un ramo para mi madre?

—Será un placer.

—Lo dejo todo en tus manos. Sé que lo que elijas le encantará.

Preparé un precioso ramo de rosas rojas y blancas con algunos tallos con hojas verdes brillantes que lo hacían aún más bonito. Derek se empeñó en pagarlo a pesar de mi insistencia en que no lo hiciera y, tras alargar la despedida por ambas partes, se fue.

Verlo abandonar la floristería me apretó el corazón así que, minutos después de que se marchara, cuando la campanita volvió a sonar, miré ilusionada hacia la puerta pensando que aún no habían sido suficientes los besos que nos dimos. Cuando la vi, tuve que tragarme el «¿Vienes a por más?» que estuve a punto de verbalizar.

—Hola, Regina. —Me saludó con un hilo de voz y sin poder sostenerme la mirada.

—¿Cómo has sabido que me encontrarías aquí, Leah?

—Sé tantas cosas de ti que te sorprenderías.

—No sé cómo tomarme eso después de ver tu *modus operandi*... Reconozco que da un poquito de... miedo...

—Lo siento mucho. Necesitaba venir a hablar contigo; no puedo callarlo más.

—Tengo mucho trabajo y no tengo tiempo para perderlo escuchando mentiras. Me has demostrado que terminas pudriendo todo a lo que alcanzas. O dañándolo en el mejor de los casos.

—Sé que mis actuaciones han dejado mucho que desear. Sé que estás decepcionada

conmigo.

—Ya no tienes que preocuparte por ello. Hace un par de días que arranqué de mi libro las páginas en las que salías. Borrón y cuenta nueva.

—Y lo entiendo —bajó la mirada—. Pero necesito que sepas la verdad.

—¿Qué verdad? Lamento decirte que no puedo creerme nada que venga de ti.

—Entre Derek y yo jamás ha habido nada. Nunca. —Escupió como si llevara una eternidad deseando sacarlo fuera.

Una parte de mí hizo piruetas al escucharlo; otra ya contaba con ese dato y ni se inmutó.

—Ya lo sé.

—Me arrepiento no sabes cuánto de haber actuado así. Cuando Mark me llamó, sentí verdadero pavor al imaginar que hubiera podido causar un daño irreversible con mi actitud infantiloides.

—Derek está bien. —Indiqué seca.

—Me alegro mucho —pareció sincera—, no quiero que sufras. Te quiero demasiado... —bisbisó.

—Yo también te quise mucho, pero tus actos me obligaron a poner distancia entre las dos.

—Creo que no me has entendido... —nos miramos a los ojos y vi que los suyos estaban llenos de lágrimas esperando un parpadeo para echar a rodar por sus mejillas.

—Explícamelo, Leah.

—¿De verdad que quieres escucharme? —preguntó sorprendida.

—Sí, claro. Lo de creerte ya lo iré viendo sobre la marcha.

Llevó sus ojos al mostrador y pareció rumiar lo que quería soltar, como si estuviera midiendo cada una de las palabras antes de ponerles voz. Nunca había visto a Leah tan acobardada. Parecía una niña pequeña que, tras someterla a presión, estuviera a punto de admitir que sí que era culpable.

—Me enamoré de ti. —Confesó dejándose sin palabras. Jamás hubiera imaginado que me diría algo así.

—¿Se trata de otra de tus mentiras? —pregunté escéptica.

—Ojalá... Llevo tanto tiempo enamorada de ti que no recuerdo cómo era mi vida antes de eso...

—¿De verdad que no me estás tomando el pelo?

—Estoy siendo muy sincera.

—¿Y por qué nunca me lo dijiste?

—No podía, Gina. Me daba miedo poder perderte.

—Y al final terminaste perdiéndome. No sé en que estabas pensando...

—Creí que si alejaba a Derek de tu vida, podría tener una oportunidad.

—Sé que orquestaste el beso en el hotel.

Asintió.

—Escuché que tenías que subir a dejar una llave y me adelanté para asaltarlo. Él siempre solía esperarte en aquel punto del pasillo. Le conté que tenías miedo al compromiso y que lo vuestro no iría a más. Supe que también se había enamorado a pesar de ese contrato que los dos teníais y pensé que, si ambos os atrevíais a confesaros vuestros sentimientos, yo no tendría oportunidad alguna para conquistarte.

—No hubiera podido enamorarme jamás de ti. —Se quedó callada y me retiró la mirada—. Sabías cuánto lo quería, Leah. Conocías mis temores y los usaste para hacerme daño. Se

suponía que éramos amigas.

—Confundí tus muestras de cariño... Siempre eras tan atenta, tan simpática, tan amable...

—¿Pero cómo pretendías que te tratara? —la interrumpí con rabia dando un manotazo en el mostrador—. Lenna, mi mejor amiga, estaba a cientos de kilómetros de distancia. Vi en ti alguien en quien apoyarme. Alguien con quien compartir mis alegrías, mis tristezas, mis miedos... Te convertí en mi confidente. En mi amiga, Leah. Éramos compañeras de trabajo y de piso, compartimos tantos momentos que sentirme traicionada por ti me destrozó.

—Por eso necesitaba pedirte perdón. —Musitó.

Se hizo un silencio que solo fue interrumpido por las personas que paseaban por la acera y cuyas conversaciones se colaban en la floristería.

—Dudo mucho de que te enamoraras de mí.

—Si no era amor, ¿qué era entonces, Regina?

—Enamorarse es como comprarte el vestido de tus sueños —dije captando su interés—.

Hay vestidos que los ves en la tienda y te parecen bonitos, que los tocas y te son agradables al tacto pero, cuando te los llevas a casa y te los pruebas, te das cuenta de que sí que podrías ponértelos en una ocasión, quizá en dos, pero ya está. Entiendes que solo fue un capricho. En cambio, un día pasas de nuevo por la puerta sin intención de comprar nada pero, entonces, lo ves allí, en medio de la tienda. Y te enamoras de él. Y tienes la sensación de que el resto de vestidos que también estaban a la venta se hacen invisibles. Y no te lo piensas dos veces. Lo miras y te encanta su estampado. Lo tocas y te fascina lo que la tela es capaz de provocar en la yema de tus dedos. Incluso te acercas un trozo a la nariz y sonríes con ese olor que jurarías que jamás has olido antes en otra prenda. Te lo llevas sin dudarlo y, cuando te lo ves puesto, sonríes plena al comprobar que con él brillas, que te sientes sexi y más guapa que nunca; que incluso te ha cambiado el color de la cara. Y entonces no quieres quitártelo nunca. Y no te importaría usarlo a diario. Y no entiendes cómo pudiste vivir tantos años sin él. Derek, para mí, es ese vestido que quiero ponerme todos los días de mi vida, Leah.

—Y podríamos decir que yo sería ese otro que ni tan siquiera te giras a mirar...

—Leah, algún día tú serás el vestido soñado de otra persona. Ese que no se quiera quitar ni para ir al baño —rio y bajó la mirada de nuevo, pero la obligué a mirarme agarrándola por la barbilla—. Uno no decide de quién enamorarse. Simplemente, pasa. Espero que lo entiendas.

Asintió y me tomó la mano.

—Lo siento, Regina. Si pudiera cómo enmendar el daño que te he hecho, créeme que lo haría.

—No te preocupes. Queda olvidado.

—¿Lo dices de verdad? ¿No me odias?

—No te odio, Leah. Es más, te agradezco que estés aquí y que hayas sido capaz de sincerarte conmigo. Sé las locuras que pueden llegar a hacerse en nombre del amor.

Me aparté un poco del mostrador y le mostré mis rodillas vendadas.

—Dios, ¿qué te ha pasado? —se tapó con las manos la enorme O que formó su boca.

—¿Te importa que te lo cuente mientras trabajo?

—¡Claro que no!

—Pues siéntate.

Ocupó la banqueta de madera que le cedí y, como antaño, le conté los últimos acontecimientos.

Hubiera sido muy fácil sacarla de la floristería sin darle opción a explicarse. Vivir eternamente con ese odio hacia ella y hacia ese pasado que compartimos; pero ya aprendí la

lección con Derek y no quería repetir mis errores.

Capítulo 28

Familia

Derek

Estacioné cerca y, ramo en mano, me dirigí a mi hogar de la infancia.

No visitaba a mi madre tanto como me gustaría pero, en cuanto tenía oportunidad de hacerlo, no lo dudaba. Toda mi familia vivía en Rothenburg ob der Tauber y yo, por motivos de trabajo, era el único que voló lejos del nido años atrás.

—Derek, cariño. —Me saludó emocionada nada más abrir—. ¡Qué alegría me has dado! No te esperaba.

La abracé, le di un par de besos y le tendí el ramo que Regina le había preparado.

—Tú tan detallista como siempre, hijo. —Dijo llevándose las flores a la nariz—. Pasa, acabo de hacer café.

Cerré la puerta a mi paso y me limpié los pies en la alfombra.

—¡Hermanito! —gritó mi hermana bajando las escaleras de forma escandalosa dejando tras de sí una estela de olor a coco que podía masticarse. Emma y sus colonias empalagosas...

—¿Cómo estás, fea? —la estreché entre mis brazos. A pesar de haberse convertido en una mujercita, no dejaba de verla como una niña.

—Bien. ¿Y tú? Te eché de menos en la fiesta de Logan.

—Se me complicó un poco el día. Ahora iré al hotel a hablar con él. ¿Qué contó? —le pregunté susurrando.

—Ni sueñes que voy a contártelo. Yo no soy ninguna chismosa, ¿sabes?

Reí. Mi hermana era la alegría de la casa. Llegó cuando Logan, Enzo y yo estábamos sumidos en plena adolescencia y la casa era un campo de batalla donde cada día caía uno de sus guerreros porque los otros dos se aliaban para ir en contra suya. La verdad que fue el mejor regalo que pudieron hacernos nuestros padres porque, al menos durante varios años, todo fue un remanso de paz.

—Dile a mamá que me voy con Hunter a la biblioteca.

—¿Quién es ese tal Hunter? —entrecerré los ojos.

—¿Acaso tú me has contado quién es la morenaza con la que estabas hablando en la fiesta de Gerard?

—¿Acaso me has preguntado?

—¿Para qué? Eres tan hermético que sé que no voy a sacar información alguna. —Se encogió de hombros.

—Es la mujer de mi vida.

Abrió los ojos muy sorprendida:

—¿Pero desde cuándo tú tienes una «mujer de tu vida»? Pensé que Mark y tú os quedaríais solteros para siempre. —Se burló.

—Pues para que veas que te equivocas, listilla. —Le di un chorrillo en la punta de la nariz y se quejó—. Y ahora confiesa: ¿quién es Hunter?

—Es mi amigo. Estudiamos juntos.

—¿Solo sois amigos? —hundí las cejas.

—Sí, pesado. —Me dio un puñetazo en el pecho y reí—. Tengo que irme.

—Ten cuidado. Y tu amiguito Hunter que tenga más cuidado todavía. —Resopló y, con una sonrisa, le dejó un beso en la coronilla.

—¿Te quedarás a dormir?

—No. Esta vez regreso a Wurzburg.

—¿Es por ella? —sonreí de lado y con eso se dio por contestada—. ¿Quién eres tú y qué has hecho con mi hermano? —me carcajeé. Si ella supiera que llevaba cinco años enamorado de la misma chica y que la fiesta de cumpleaños a la que asistió no era más que una excusa que inventé para volver a coincidir con ella, fliparía—. Te quiero, hermanito. —Se puso de puntillas y me dio un beso en la mejilla. Cogió el manojito de llaves del que colgaba un llavero con un osito rosa de peluche, y se fue.

Me dirigí a la cocina y vi que mi madre ya había puesto dos tazas sobre la mesa y la cafetera encima de una rodaja de madera. También había sacado una cajita metálica con pastas de esas que solía hacer varias veces al mes y que iba variando sus formas adaptándolas a las diferentes estaciones o festividades del año.

—Emma se ha ido a la biblioteca con un tal Hunter; me ha dicho que te lo diga. —Me senté en una de las sillas y procedí a servir el café.

—Imagino el tercer grado al que la habrás sometido. —Se burló.

—¿Qué te hace pensar eso?

—No eres muy diferente a tus hermanos y Logan y Enzo ya deben de conocer hasta el número de pie que el pobre chico calza.

Reí y dejé de nuevo la cafetera sobre la madera.

—No vas a contarme lo que pasó el sábado, ¿verdad?

—Se me olvidó. —Resumí.

—Hijo —posó su mano sobre la mía y me dio un apretón—, ¿es por Regina? Os vi en la fiesta y me quedé preocupada. No quiero que vuelvas a quedarte atrapado en esa vorágine de la que apenas empezabas a salir.

—Mamá, Regina y yo estamos más felices que nunca.

—¿Desde cuándo?

—Desde que me salvó de las tinieblas que amenazaban con engullirme.

Mi madre dibujó una sonrisa de inmediato. Sé que no fue fácil para los míos compartir conmigo aquella etapa. Aunque yo me escondía tras mi propia armadura para que nadie pudiera alcanzar mi interior, ellos conseguían ver a través de las fisuras de esta y sufrían a la par que lo hacía yo.

—¿Sabes si Logan estará en hotel?

Miró el reloj que colgaba de la pared:

—Supongo que sí.

—Quiero ir a hablar con él.

—Se preocupó mucho al ver que no llegabas.

—Me quedé sin batería. No hubiera podido avisarle de todos modos.

—No te lo tendrá en cuenta. Ya sabes cómo es.

Logan era la templanza personificada; todo lo contrario a mí. No le gustaban los conflictos y los evitaba a toda costa.

—¿Tú tampoco vas a darme una pista de eso que comunicó durante la comida? Estoy muy intrigado.

—No. No me pertenece a mí contártelo. Si quieres enterarte, tendrás que presentarte en el

hotel y hablarlo directamente con él.

—Pues no pierdo más tiempo —indiqué poniéndome de pie—. ¿Te apetece que comamos juntos?

—¡Claro!

Le dejé un beso en la cabeza y agarré una de las pastas metiéndomela entera en la boca.

—Pues ponte guapa que voy a llevarte al mejor restaurante de Rothenburg. —Dije lanzando migajas como proyectiles sobre la perfecta permanente de mi madre.



Empujé las pesadas puertas del *Müller&Beltrán* y Regina se me vino de golpe a la cabeza. Fue allí mismo donde nos conocimos, y jamás hubiera imaginado que terminaría convirtiéndose en la mujer que me haría soñar despierto. Esa por la que era capaz de hacer cualquier cosa sin medir las consecuencias.

Pasé al hall y sonreí al comprobar el cambio que había dado el hotel en casi dos años. Parecía otro. Lo único que parecía conservar era su esencia. Seguía siendo el mismo hotel familiar y acogedor en el que, cuando era mi padre el que estaba a los mandos, todo el mundo quería alojarse. El mismo que, desde que se renovó, casi no tenía habitaciones libres.

—¿Derek? —Logan no ocultó su sorpresa al verme. Se puso de pie y salió del mostrador bajo la mirada curiosa del chico que trabajaba a su lado—. ¿Qué te trae por aquí? —me abrazó y respiré aliviado al comprobar que mi plantón no había fastidiado nada entre nosotros. No sería la primera vez que levantaba un muro entre mi hermano y yo por mis actos.

—No podía alargarlo ni un minuto más. Necesito saber qué era eso tan importante que querías contarnos.

—Y te lo contaré. Pero antes me gustaría que hablásemos. Ya sabes... de ti.

—¿De mí?

Asintió y me pidió que lo acompañara al despacho. Aquel lugar estuvo cerrado durante mucho tiempo tras la muerte de mi padre. Era como si ninguno nos atreviésemos a usurpar un espacio que era tan suyo.

—Veo que al final también lo habéis reformado.

—Enzo insistió en que no podíamos dejarlo cerrado...

—Pues tenía razón.

Logan me miró extrañado. No estaba acostumbrado a que le dijera que habían dado el paso correcto; creo que podía contar con los dedos de una mano las veces que lo había hecho en la última década.

Antes de que mi padre muriera, llegó a un acuerdo con mi madre y juntos nos traspasaron el hotel a los cuatro hermanos haciendo hincapié en que dejaban en nuestras manos su bien máspreciado. Su orgullo. Ese en el que ambos invirtieron su dinero y sus propias vidas. Tenía miles de recuerdos de mi infancia en aquel escenario, pero tuve clara mi postura desde el principio.

Como comprenderás, tras la huida de Regina, yo no tenía la cabeza para ponerme al timón de un barco que, cuando él enfermó, empezó a hacer aguas por todos lados. ¿Ahogarme? No, gracias.

Rechacé mi parte y convencí a mi madre para que hiciera lo mismo con la de mi hermana, menor de edad. Aunque al principio estaba reacia, solo tuve que mostrarle un par de documentos para que comprobara por sí misma cómo su hotel iba cuesta abajo y sin frenos.

Obvio que también lo intenté con Enzo —el más impulsivo y alocado de los Müller—, pero este confió en Logan y se fijaron un objetivo: reflotar el *Müller&Beltrán*. Codo con codo, y

sin dejarse influenciar ni persuadir, pelearon como verdaderos jabatos a pesar de tenerlo todo en contra.

Mis enfrentamientos con mis dos hermanos por culpa del negocio familiar aumentaron y, a pesar de que me daba una pena horrible pensar en deshacernos de él, no sé cuántas veces, entre gritos, les ordené que lo hicieran cuanto antes para poner a salvo su economía. Los atacué en infinidad de ocasiones diciéndoles que eran unos inconscientes y que lo único que conseguirían sería hundirse en el fango.

No quise ver que quien verdaderamente hablaba cuando nos atacábamos era mi yo cobarde. Ese que prefería quedarse en su zona de confort cruzado de brazos a sabiendas de que podía perder mucho. Y sí, este argumento también era válido para mis comienzos con Regina. Si hubiera sido más valiente, no habríamos perdido cinco años de nuestras vidas.

Menos mal que no me hicieron caso porque la nueva versión era mucho más increíble que la anterior. Estaba muy orgulloso de Logan y Enzo, dignos sucesores de Donovan Müller.

—Siéntate, Derek —me pidió, señalando uno de los sillones de piel que había junto al escritorio.

Tomé asiento y él lo hizo en el otro que estaba justo al lado.

—Cuéntame cómo están las cosas con Regina.

—Logan... Nunca te he hablado de mi vida privada.

—Pero hoy sí que lo harás. —Aseguró dejándose descolocado.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Sé que estáis mejor que nunca. Cuando las cosas se te tiñen de color negro, te refugias en ti mismo; en cambio, cuando estás feliz, te vuelves el tipo más cercano que conozco. El simple hecho de que hayas venido hasta aquí ya me deja más que claro que con Regina has conseguido arreglar las cosas. —Sonreí y me recosté en el sillón cruzando los brazos sobre el abdomen—. Además, tus ojos no mienten. Hacía mucho tiempo que no veía ese brillo.

—No diré nada. —Vacilé.

—No hace falta que lo hagas. Sé que el sábado no acudiste a la comida familiar porque no estabas bien. Pero eso ya forma parte del pasado.

—Ya veo que me conoces más de lo que creía.

—No lo dudes. No podrías engañarme nunca, Derek.

Me quedé en silencio y volví a sentarme erguido. Lo miré a los ojos y decidí quitarme de una vez por todas la armadura. Estaba sentado enfrente de mi hermano, mi compañero de aventuras y mi primer mejor amigo. Pretender seguir escondiéndome detrás de mi coraza era absurdo.

—Regina y yo estamos juntos. —Sonrió asintiendo, orgulloso de su poder para ver más allá de lo que le mostraba—. Pero estoy acojonado, Logan. —Admití.

—¿Qué es lo que te da miedo?

—No saber hacerla feliz. Me conoces, no soy un tío fácil. No quiero ni imaginar que pueda marcharse de mi lado de nuevo...

—¿Y por qué haría algo así? —me encogí de hombros, no tenía respuesta para esa pregunta—. A mí no me resultas un tipo complicado.

—¿Después de las discusiones que hemos tenido afirmas eso?

—Yo no llamo complicado a alguien que no se rinde, a alguien que defiende su postura a capa y espada aunque pierda las formas. —Colocó su mano sobre mi rodilla y me dio un apretón—. A veces, los pasos que damos con más seguridad son esos en los que las piernas más nos tiemblan. Tener miedo a perder a quien se ama es de lo más normal. ¿Quién estaría impasible

ante la posibilidad de ver marcharse a quien le da sentido a su vida? Derek, límitate a vivir. A disfrutar cada día, cada hora, cada minuto... El pasado no importa, el mañana no existe, ¿qué tal si te centras en el hoy?

—Gracias, Logan. Sé que te lo he dicho en muy pocas ocasiones pero te admiro.

—Es mutuo, Derek. Ojalá pudieras, aunque solo fuera por un momento, verte con los ojos de quienes te miramos.

Me puse de pie y él lo hizo al mismo tiempo. Nos abrazamos y supe que mi padre estaría orgulloso de nosotros.

—¿Y ahora vas a decirme qué es eso tan importante que querías contarnos?

—Martina está embarazada. Vas a ser tío.

—¡¿Cómo?! —me lancé de nuevo sobre él y volví a abrazarlo—. Joder, Logan, pero esta es la mejor noticia que podías darme.

Cómo le brillaban los ojos. Si la felicidad tuviera rostro, estaba seguro de que sería ese que tenía mi hermano.

—¿Entiendes ahora lo que te he dicho hace un momento? ¿Crees que a mí no me tiemblan las piernas ante mi futura paternidad? —sonreí emocionado—. Pues puedo asegurarte que en mi vida he dado unos pasos más seguros que estos.

Epílogo

Regina y Derek, Especialistas en Planes absurdos

Regina

Un año después...

Mis vacaciones empezaron justo en el momento en el que pegué un folio en la puerta que indicaba que la floristería permanecería, por dos semanas, cerrada por vacaciones.

Como cada viernes, y con veinte minutos de retraso para no romper la rutina, me dirigí al bar donde Lenna e Íñigo debían de estar esperándome.

Aceleré el paso y la reconocí a lo lejos. Tenía a Victoria en los brazos y ambas picoteaban de una bola de patata que estaba partida por la mitad. Lenna con el tenedor; su hija directamente con las manos. Esa niña nos tenía el corazón robado a todos.

—¡Hola, Lenni! —la saludé. Le di un beso en la mejilla y otro en la coronilla a la pequeña que estiró los brazos en mi dirección y no dudé en cogerla—. ¿Estáis solas? —miré a nuestro alrededor para ver si estaba su marido sin firma de por medio por algún lado.

—Sí. —Eché una ojeada a su reloj—. Aunque Íñigo estará al llegar.

—¿Dónde está? —me senté en la silla que quedaba enfrente de mi amiga y le pedí al camarero un refresco de naranja. Agarré el plato del que ambas habían estado comiendo y se lo puse a Victoria delante.

—Hoy tenía un casting; estaba súper nervioso.

—Seguro que le ha salido genial.

—Ojalá, Gina. Últimamente está muy desanimado. Lo han rechazado de todos a los que se ha presentado. Se ve que no encaja físicamente con los personajes...

—¿Pero están locos? —pregunté indignada—. Íñigo sería el candidato ideal para

cualquier papel; no creo que los encuentren más guapos que él.

Mi amiga sonrió pero la conocía demasiado como para creermelo que esa curva era sincera.

—¿Qué pasa, Lenna?

—El otro día lo oí hablar con su hermano por teléfono. Cuando le dijo que estaba planteándose muy seriamente el tirar la toalla, un nudo me apretó la garganta. Lo he visto noches enteras dejándose la piel estudiando, formándose. No sería justo, Gina.

—Pues no, no sería justo. Y ya no solo por él; el mundo se perdería un excelente actor.

Mi amiga asintió dándome la razón.

—¿Y tú qué, estás contenta? —preguntó cambiándole el rumbo a la conversación.

—Estoy muy nerviosa —admití—. Volar tantas horas me acojona...

—Oye, está prohibido quejarse del vuelo. ¡Que te vas a Maldivas!

Cuando Derek me regaló por mi cumpleaños aquel viaje, empecé a saltar por todo el salón emocionada pero, cuando me dijo lo larguísimo que era el vuelo, tuve que contenerme para no echarme a llorar.

Nunca había volado. Los aviones siempre me dieron mucho respeto y estaba a punto de subirme en uno para pasarme más de medio día por los aires.

Iba a contestarle que llevaba un par de noches —quien dice un par dice un mes— sin dormir, cuando unas manos me taparon los ojos por detrás. Aunque de inmediato supe a quién pertenecían, Victoria me echó un cable.

—¡Tito *Lele*! —con su media lengua, exclamó con toda la felicidad del mundo extendiéndole los brazos y abandonándonos a la bola de patata y a mí por aquel rubio uniformado. No podía reprochárselo; yo habría hecho lo mismo.

—¿Qué tal, chicas?

Se inclinó para darme un beso y cogió a la niña. Empezó a hacerle pederretas y morisquetas que, en tanto Victoria reía a carcajadas, a mí se me desintegraba el tanga.

No me acostumbraba a verlo con ese uniforme. Le quedaba tan bien que parecía haber nacido con él para destacarle esas partes del cuerpo por las que debería de pagar un impuesto para poder lucirlas en exteriores.

Se sentó a mi lado y colocó a Victoria sobre sus rodillas.

—¿Dónde está Íñigo?

—Ha ido a un...

—¡Ahí viene! —la interrumpí con efusividad. Pero esta duró poco porque, cuando Íñigo se acercó a la mesa, cogió a su hija que ya había decidido cambiar a Derek por su padre, y se sentó junto a Lenna, todos nos percatamos de que estaba demasiado serio.

—¿Qué? —necesité saber mi amiga—. ¿Ha ido bien?

—Esta vez tampoco pudo ser. Más de lo mismo: «lo sentimos, no da el perfil» —remedó con vocecilla impertinente—. Ya estoy harto de toda esta mierda.

Lenna y yo nos miramos con una mezcla de tristeza y rabia.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó Derek.

—Otro casting en el que ni tan siquiera me dan la opción de demostrar si valgo o no.

—No pasa nada, *puchu* —le dijo su chica dejándole un beso en el hombro. Se agarró a su brazo y apoyó la cabeza en este—. La próxima será la definitiva.

—No habrá una próxima vez. —Aseguró él clavando sus ojazos oscuros en los de mi amiga.

—¿Cómo? No puedes decirlo en serio.

—A lo mejor no soy tan buen actor.

—Eso puedo rebatírtelo —intervino Derek—. A mí me engañaste. Me creí el papelón que te marcaste en el cumpleaños de Gerard. La próxima vez que vayas a un casting, llévame. A ver si tienen cojones de decirme a mí a la cara que no eres apto.

Íñigo rio deshaciéndose por un momento de esa decepción con la que llegó.

—Con cada negativa me hundo un poco más —confesó agarrando la manita de su pequeña—. Y no me vale seguir escuchando eso de que cuando una puerta se cierra, se abre una ventana...

—Creo que puedo hacer algo... —interrumpió Derek.

—¿Tú? —le dije con los ojos abiertos de par en par.

—Digamos que hay alguien que me debe un favorcillo.

Se puso de pie, sacó su móvil del bolsillo del pantalón y empezó a deslizar el dedo por la pantalla.

Reconozco que me mordí el labio cuando mis ojos se clavaron justo en su bragueta. Empecé a fantasear con lo que esta guardaba y con esas increíbles raciones de sexo que nos regalábamos. Estuve perdida en mis pensamientos hasta que una sutil patadita por debajo de la mesa me devolvió a la terraza.

—Guarra. —Me dijo Lenna moviendo solo los labios, sin emitir sonido alguno. Le mostré con disimulo mi dedo corazón y me hizo un guiño cómplice.

—Ahora vuelvo.

Los tres lo miramos sin entender nada en tanto se alejaba del jaleo de la terraza.

—Antes de que digáis nada, yo tampoco tengo ni idea de quién se trata. —Los avisé.

Apenas tardó quince minutos en regresar.

—Aquí tienes —le dejó sobre la mesa una servilleta con un par de anotaciones—. No te prometo nada, pero al menos, esta vez, tendrás la oportunidad de demostrar lo que vales.

Íñigo agarró el papel con los dedos temblorosos.

—No sé qué decirte, Derek.

—Nada. No tienes que decirme nada. Te lo debía.

—¿A mí?

—Tu camisa molaba demasiado; no debimos mancharla de cerveza. —Le guiñó el ojo y le dio un par de palmadas en la espalda.



«El avión con destino a Maldivas, se ha retrasado veinte minutos», oímos por megafonía.

—Oh, genial —ironicé atacada de los nervios—. Voy a pedir daños y perjuicios a la compañía. —Y no, no lo dije en broma. Mis uñas empezaron a verse perjudicadas y no era justo.

—Tranquila, nena. Recuerda el consejo de mi cuñada.

—Derek, Martina me aconsejó *empastillarme* —se carcajeó—; y con las prisas he olvidado las pastillas en casa.

—No me refiero a ese consejo.

—Pues no oí ningún otro. —No mentía. En cuanto mencionó unas pastillas que me dejarían dormida antes de despegar, desconecté de la conversación imaginando lo maravillosa que sería la experiencia si no me enteraba de nada.

La verdad que me reí mucho cuando nos contó su primera experiencia volando. Viajaba a Rothenburg con una amiga y se tomó una pastilla poco antes de despegar. Durante el vuelo se puso a canturrear en sueños y se le sumaron al concierto improvisado unos chicos que estaban de

despedida de soltero. A pesar del tiempo que había pasado de aquello, aún seguía ruborizándose al contarlo.

—Dijo que debes pensar en el destino. Que te imagines en la playa tomando mojitos y tostándote al sol.

—Lo intento... Pero creo que no tengo tan buena imaginación como ella... —lloriqueé.

—Vas a estar bien —me dejó un beso en los labios—. Voy al servicio, ahora vuelvo.

—No tardes.

Me besó de nuevo y se dirigió a los aseos.

Permanecí sentada con los ojos clavados en su figura observando cómo se alejaba. La seguridad con la que pisaba, ese porte de tipo duro que éramos pocos los que conocíamos lo blando que era su interior, y ese maldito pantalón vaquero desgastado que había elegido, me volvían loca.

Me sonó un *WhatsApp* entrante en mi móvil y lo leí. Sonreí al ver la imagen.

Leah

**Creo que encontré ese vestido que
no querré quitarme nunca.**

Yo

**¡Es guapísima! Hacéis una pareja
preciosa.**

Leah

**Si llego a saber que el amor de mi
vida estaría esperándome sobre una esterilla,
me habría apuntado antes a Pilates.**

Me alegraba tanto por ella. Se le veía feliz abrazada a esa chica que la miraba como si fuera única en el mundo. Le di la enhorabuena y, cuando fui a regresar el móvil a mi bolso, sonó otro.

No pude evitar reírme al ver la foto.

Lenna

Tu sobrina y yo te deseamos un feliz vuelo.

Ella y Victoria, con las naricillas arrugadas y con gafas de sol, sostenían un folio con un par de palmeras dibujadas y la palabra MALDIVAS en mayúsculas.

Yo

**Gracias, bellezas. Estáis ideales.
El vuelo se ha atrasado veinte minutos.
Busca en *Google* si puedo demandarlos
por ello.**

Lenna

**Jajaja y el premio a la Reina del Drama
es para..... (redoble de tambores)
¡Regina Weber!**

Yo

Con amigas como tú no necesito

enemigas...

La barra de notificaciones me avisó de otro chat de *WhatsApp*. Otra imagen. En esta ocasión la de Mariela, la bebé de Logan y Martina, que dormía plácidamente en los brazos de su padre.

Martina

Dime que estás tan relajada como tu sobrina.

Yo

S.O.S. OLVIDÉ TOMARME LA PASTILLA.

Martina

Piensa en el destino.

Yo

**Lo intento pero no logro sentir el sol
dorándome la piel ni la arena en los pies ☹**

Martina

Espero que esto te ayude.

Y me envió una captura de pantalla donde se veía el interior de una de las habitaciones del *Canareef Resort Maldives*, el hotel donde Derek y yo nos alojaríamos durante los próximos diez días.

Sonreí imaginándome en aquel espacio, deleitándome con las vistas que nos regalaba la terraza. E incluso la idea de comerme una de las manzanas brillantes del frutero que salía en una de las esquinitas de la fotografía me parecía apasionante.

Fui a contestarle que su foto había surtido efecto, cuando otro nuevo chat se me abrió. ¿Es que se había puesto todo el mundo de acuerdo?

Derek

Me he quedado encerrado en el baño.

Ayúdame.

Lo tuve que leer varias veces para asegurarme de que no había confundido las palabras. Salí corriendo esquivando todos esos cuerpos que me iba encontrando a mi paso hasta llegar a la puerta de los aseos. La empujé con el corazón a mil y, justo cuando iba a gritar su nombre para saber en qué cubículo se encontraba, lo vi cruzado de brazos con la cadera apoyada en los lavabos portando una sonrisilla canalla.

—Pero...

—Se me ha ocurrido un plan genial para relajarte. —Dijo ronco.

De un par de zancadas, se colocó frente a mí, me agarró con fuerza el trasero por debajo del vestido y me subió a su cintura con facilidad. Le dio una patada a una de las puertas y nos encerramos en uno de los baños individuales.

—¿Estás loco? —musité con la respiración acelerada.

—Mucho. Por ti. —Jadeó sobre mi boca.

Apoyó mi espalda contra la pared y, haciéndome a un lado la ropa interior y liberar su erección del bóxer, me penetró de una sola embestida arrancándome un sonido gutural que no pude contener y que estaba convencida de que pudo oírse afuera.

Hundí los dedos en la parte posterior de su cabeza y él en la carne de mis muslos y, sin

dejar de besarme feroz, empezó a bombear dentro de mí.

El morbo de que pudieran descubrirnos le sumó emoción al encuentro así que no tardé en alcanzar el clímax y empujarlo a él a vaciarse dentro de mí.

—Joder... nena... —dijo a trompicones.

No era capaz de verbalizar ni una sola palabra. Y dudaba mucho de que consiguiera llegar al avión por mi propio pie con ese tembleque que presentaban mis piernas.

Tras varios minutos, y un poco más repuestos del orgasmo, nos recolocamos la ropa y, dedicándonos miradas cómplices, abandonamos los aseos. No sé si es que nos escucharon, o que mi pelo alborotado llamaba la atención, o simplemente era imaginación mía, pero daba la impresión de que todo el mundo nos miraba.

—¡Mierda! —exclamó Derek con los ojos clavados en la pantalla de salidas.

—¿Qué?

—Tengo una mala noticia: hemos perdido el vuelo.

—Dime que estás de broma, Derek. —Rogué.

—No...

Hasta que no lo comprobé por mí misma, no pude creerlo.

—¿Y ahora qué? —me esforcé para no llorar.

—Quizá el plan de tener sexo en los baños se me fue un poco de las manos... —dijo intentando no reírse.

Epílogo

Regina, Derek y un para toda la vida Derek

—Vaya suerte hemos tenido...

Regina tenía la cara blanca. Acabábamos de tomar asiento en el avión y parecía que había activado el modo vibrador.

—¿Y si nos bajamos?

—Nena, he tenido que sobornar a varios compañeros para que nos cambiaran los billetes.

—Pues los *desobornamos* y punto. —Resolvió desabrochándose el cinturón de seguridad. Hizo el amago de ponerse de pie, pero la frené.

—Regina, no va a pasar nada. —Le dije volviendo a ponerle el cinturón.

—¿Y si que perdiéramos el avión era una señal del destino para no ir?

—¿Crees en esas cosas?

—Desde que me chocaste la frente con la puerta del *Müller&Beltrán*, sí. Si eso no hubiera pasado, tu padre no te habría obligado a acompañarme al que sería mi piso; no habríamos quedado los días siguientes para que me enseñaras Rothenburg ob der Tauber; no me habrías conquistado con algodones de azúcar; ni me habrías enmonado hasta el tuétano con tus irresistibles artes amatorias.

Reí.

—Gina —agarré con fuerza su mano y clavé mis ojos en los suyos—, cuando menos lo esperes, estaremos recostados en unas tumbonas frente al mar tomando cócteles hasta que el Sol se esconda. —Acerqué mi boca a la suya y la besé—. Te amo.

—Te amo.



—¡Es preciosa, Derek! —gritó emocionada en cuanto pasó.

Empezó a moverse por la habitación con la ilusión de una niña. Estábamos en un hotel situado en un enclave paradisíaco natural, en una habitación con unas vistas increíbles con acceso directo a una playa turquesa de arenas blancas que parecía sacada de una fotografía, y aun así yo solo tenía ojos para ella.

—¿Esto es cosa tuya? —me preguntó acariciando los pétalos de uno de los girasoles que estaban dentro de un jarrón sobre el mueble.

—Será solo una casualidad. —Me encogí de hombros.

—Müller, hace mucho tiempo que aprendí que, contigo, las casualidades no existen.

Reí y me acerqué a ella. La abracé por el talle y la pegué a mí.

—¿Ha merecido la pena volar?

—Ha merecido mucho la pena volar.

—Pues esto solo acaba de empezar. —Le guiñé el ojo y la besé.

Estaba dándome un baño cuando la oí gritar en la tumbona. Se levantó de golpe y empezó a saltar por la arena como si la estuvieran atacando una docena de abejas. Tenía el móvil en la mano y no descartaba que lo lanzara por los aires de un momento a otro.

Apresurado, salí del agua y corrí por la arena retirándome el agua del pelo y la cara.

—Nena, ¿qué pasa? ¿Estás bien? —la agarré del brazo para obligarla a parar.

—¿Estás hablándome en serio? —estaba eufórica—. ¡Estoy mucho mejor que bien! —vocifero—. ¡Estoy hipermegasuper bien!

Hundí las cejas. No estaba entendiendo nada. ¿Y las abejas?

—Pero... ¿por qué estabas saltando y manoteando de esa manera?

Me cedió el móvil. En videollamada tenía a Lenna y a Íñigo. Ambos estaban tan contentos como mi chica.

—¡Derek! —gritó Lenna.

—¿Alguien va a explicarme qué está pasando?

—¡Me han cogido, tío! —exclamó Íñigo con los ojos más brillantes que el Sol que me estaba calentando la nuca—. ¡En dos semanas empiezo la grabación!

—¿De verdad? Joder, ¡pero eso es un notición! —grité sumándome a la celebración.

—No sé cómo voy a pagarte esto.

—Con que me invites a un par de birras estaremos en paz.

Regina me abrazó por la espalda y se metió en el plano poniéndose de puntillas.

—¡Lo vas a hacer genial, Íñigo!

—Reconozco que estoy muy nervioso. Defender un personaje principal son palabras mayores.

—Ya lo hiciste en una ocasión. Hacerte pasar por mi novio fue bastante complejo.

Todos reímos.

—Yo ya se lo he dicho —intervino Lenna—, estoy tan convencida de su éxito que pienso ponerme manos a la obra con el club de fans en cuanto colguemos.

Eran tan para cual. Si Lenna hubiera estado presente aquel fin de semana, no me la habrían podido colar. Esas miradas que se dedicaban no hubieran podido disimularlas. Ese papel sí que le hubiera resultado difícil de defender, y no ese otro que estaba convencido de que bordaría.

Nos despedimos y Gina volvió a tumbarse.

—¿Vas a contarme qué has hecho?

—¿Yo? —enarqué una ceja.

—¿Con quién hablaste para que Íñigo consiguiera el papel?

—El papel lo ha conseguido él solito —ocupé la tumbona de al lado—. Yo solo le pregunté a Christopher Nolan si estaba trabajando en algún nuevo proyecto. Me dijo que sí y le pedí la dirección del casting.

—¿Christopher Nolan? —se le descolgó la mandíbula—. ¿De qué lo conoces?

—Podría decirse que le eché un cable en el aeropuerto.

—¿Tú?

—Evité que le robaran la maleta —resumí—. Lo que habría hecho por cualquiera. —Me encogí de hombros restándole importancia—. Después me dio una tarjeta con su teléfono y me dijo que me debía una.

—¿Y lo dices así?

—¿Y cómo quieres que lo diga? —le di un trago a mi mojito e hice un mohín—. Se ha agitado. Dame mi cartera —le señalé su bolso—. Voy a por otro.

Metió la mano en el bolso y rebuscó mirando el interior.

—¿Esto es tuyo? —extrañada, me mostró una cajita roja.

—¿Mío? —hundí las cejas—. No recuerdo haberla visto antes.

—Pues mía tampoco es.

—Ábrela. —La animé inclinándome hacia ella con interés.

La destapó con cuidado y, cuando vio lo que guardaba, se llevó la mano a la boca.

—Derek... Esto... Tú... —musitó nerviosa.

—Regina, ¿quieres casarte conmigo? —le pregunté clavando la rodilla en la arena. El corazón me iba a mil por hora.

Me miró con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Sí! ¡Claro que quiero! —gritó eufórica.

Con una sonrisa de oreja a oreja, le puse el anillo y devolví la caja al interior de su bolso con puntería. Le tendí la mano y después la ayudé a ponerse de pie. La abracé y conectamos nuestras pupilas.

—¿Has organizado todo esto para pedirme matrimonio?

—¿Te sorprendería?

—No. —Se carcajeó.

Me la eché al hombro y corrí con ella al mar. Iba pataleando y ordenándome que la soltara, pero hice oídos sordos.

Nos sumergimos en el agua del tirón y, cuando salimos a flote, volví a asaltarla. La subí a mi cadera y ella se aferró a esta con fuerza.

Le retiré el agua de los labios con mi boca y sonrió.

—Eres tan especial, Derek.

—¿Por gustarme el agua salada? —bromeé enarcando una ceja.

—Por sanar heridas que no hiciste. Por tu paciencia conmigo. Por esperarme después de todas esas piedras que nos encontramos en el camino. —Me peinó con las dos manos y me besó—. ¿Sabes? ¡Qué absurdo fue el plan de Lenna! —indicó.

—¿Te refieres a que Íñigo se hiciera pasar por tu chico? —asintió—. Tienes toda la razón aunque, si hablamos de planes absurdos, el del contrato verbal de no enamorarnos se llevaría la palma...

Se carcajeó.

—Reconoce que la idea era buena para poner a salvo nuestros corazones.

—Reconoce que la idea era extraordinaria para catalogarnos como los seres más ridículos del planeta, nena —pegué mi frente a la suya—. No se puede tapar el Sol con un dedo. Ni alejar a dos personas que están hechas la una para la otra. —Bisbisé antes de hacer una nuestras lenguas.

De entre todos esos planes absurdos que tanto ella como yo fuimos llevando a cabo desde que el destino nos cruzó en la puerta del *Müller&Beltrán*, sin lugar a dudas, el mayor de todos fue pretender mantener distanciados a dos corazones que llevaban latiendo en la misma sintonía desde ese primer instante que la vida los puso frente a frente para compartir una eternidad.

Tanto Regina como yo siempre manejamos los hilos de nuestra historia convirtiéndonos en los únicos dueños de esta. No tenía dudas, aún quedaban muchas páginas por escribir y yo acababa de estrenar bolígrafo...



Agradecimientos

Siempre que llego a este punto me invaden las emociones y es que, ponerle el punto y final a un proyecto en el que he trabajado día y noche durante meses, me despierta sentimientos contradictorios.

Es muy emocionante saber que estas páginas dejarán de ser solo mías para pasar a ser vuestras también, pero tener que despedirme de alguna manera de unos personajes con los que he convivido tantos meses, me aprieta la garganta.

Quiero daros las gracias a los que remáis conmigo desde el principio, a los que os subisteis en mi barca en cualquier otro puerto que publiqué a lo largo de estos cuatro años, y los que ha sido con este con el que os habéis animado a navegar a mi lado.

También agradecerle a mi familia y amigos su paciencia. Sé que no ha sido fácil respetar mis turnos de trabajo y mis momentos de bajón cuando pensaba que todo se torcía. No sabéis cuanto bien me hicieron vuestras palabras.

Os quiero.



No te vayas todavía...

Si te ha gustado, no olvides dejar tu valoración en Amazon, Goodreads o cualquier red social para que otros se animen a leerme.

Tampoco dejes pasar la oportunidad de seguirme en *Instagram* para no perderte nada (@rosariom_escritora).

Te espero en otra historia...